



*Por Ti,
una canción*

Betty Carrillo F.

Por Ti, una canción

Betty Carrillo Z.

Diseño de portada: José Del Valle

Edición: Betty Carrillo Z. / L.Farinelli / M.Vargas

© Betty Carrillo Z., 2018

San Juan, Puerto Rico

Correo: bcarrilloz@outlook.cm

Facebook: <https://www.facebook.com/bettycarrilloz.novelas>

Twitter: @BettyCarrilloZ

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito del titular, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet— y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

ÍNDICE

[ARGUMENTO](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[Gracias...](#)

[Historia de una portada](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Epílogo](#)

ARGUMENTO

Dos mujeres. Kara y Enya son dos cantantes famosas a quienes miles de personas aclaman, pero viven en una eterna soledad en un mundo donde la magia, la música, luces y la fama, son sus únicas compañías. Ambas buscan encontrar el amor verdadero de maneras diferentes; una, en la eterna espera. La otra, en cualquier lugar.

Una canción y un escenario las une. La atracción es inmediata, pero no será fácil, cada una deberá descubrir si la otra es la persona merecedora de esa canción. ¡Ojo!, si no tienes una ilusión, si no crees en historias rosadas o en el amor verdadero, esta historia no es para ti.

NOTA DE LA AUTORA

Este año 2018, ha sido sin duda un año de muchos retos, memorable positiva y negativamente.

Comencé esta historia cerca del mes de mayo; solo cuatro capítulos, o ¿fueron seis?, ¡anyway! No fue hasta agosto que la pude retomar, no porque no quisiera, era porque no estaba.

Durante esos meses, entre mayo y julio, pasé por experiencias muy fuertes, muy emotivas. Sonreí como nunca, derramé lagrimas por amor, dije hasta luego sin querer decirlo. Viví momentos de felicidad y también hice, sin querer, sufrir a muchos, a los que me aman de verdad y también hice que otros, que tal vez que no sabían que me apreciaban, darse cuenta de que sí, que me querían. Eso lo valoro, lo llevaré conmigo.

Muchos de los que me siguen en Facebook se habrán percatado de que utilizo frecuentemente la frase, “la vida es frágil”. Lo es amigos, lo es. Y lo importante en estos tiempos tan acelerados, tan llenos de envidias y maldad, es recuperar el tiempo perdido, la alegría, el amor. Descubrir que no solo quien está a tu lado físicamente es quien único te llena; descubrir y apreciar el regalo de la amistad, el apoyo, la lealtad. El amor.

El año 2018 lo comencé con ilusiones que convertí en realidad, pudieron ser las últimas de mi vida. Lo importante no es que pudieron ser las últimas, es que fui capaz de hacerlas realidad y agradezco tanto a Dios por ello.

Con esta experiencia llegaron también personas nuevas a mi vida, personas maravillosas que siempre cuidaré. Amo más que nunca a mi familia, a mis amistades, a mi amor, a mis compañeros, a la vida y a cada uno de los que se acercaron a esta persona para, simplemente, regalarle un abrazo.

Con esta nota solo deseo que quien me lee, pueda vivir cada sueño, cada ilusión, cada momento como si fuera el último, porque la vida es frágil, muy frágil y, a veces, no tenemos tiempo... la misma vida no nos regala más tiempo.

Y también deseo que disfruten de esta historia que para muchos parecerá irreal, pero de eso se trata lo que escribo, de vivir una ilusión en un par de horas, a través de una historia de amor “pink”, como la llamamos. Sin mucha complejidad.

Gracias por leerme y por ser parte de mí, porque cada uno, con sus buenas

y malas críticas, lo son.

Betty

Gracias...

Simplemente agradezco a Dios
por darme la oportunidad de otro amanecer.

A mi familia, amores de mi alma. Mi bastón, mi todo.

A ti, que has estado en este proceso
de lucha por sobrevivir.

L. Farinelli, María Vargas e Iris Vega por sus demostraciones de amistad y apoyo con este proyecto. Agradezco tanto al cielo haberme decidido a escribir un día, gracias a eso hoy las puedo llamar amigas.

Si algún día dejo de escribir, espero seguir contando con su amistad.

A todas esas chicas que están en mi FB, a las que envían sus reseñas y a las que no lo hacen, pero me leen, Gracias.

“Cuando la gratitud es tan absoluta, las palabras, sobran”

Álvaro Mutis

Historia de una portada

Según fui escribiendo esta historia, vinieron a mi varias imágenes de lo que quería para la portada. Soy muy musical, me encantan los conciertos, todo lo que tenga que ver con música. Contacté a mi escritora estrella que, a su vez, es una excelente creadora de portadas, L. Farinelli y le dije mi idea.

A los pocos días, ya tenía creada la imagen de lo que yo quería. Fondo negro, luces de escenario, letras en color brillante. Excelente.

Ya creada la portada, mi compañero y amigo, creador de @Myviewoficial, excelente fotógrafo, me dice: “Tomé unas fotos de un show en vivo y me gustaría dártelas para tu libro”. De hecho, las portadas de mis últimos dos libros son creaciones de él.

—¿A ver?

Chica rubia (como Enya), micrófono en mano y colores completamente tenues. No sé, pero me encantó. No solo me cedió la foto, también montó varias portadas para que yo escogiera. Tuve que hacer una encuesta entre mis amigos; ¿el resultado?, casi parejo. Las portadas eran totalmente opuestas, pero ambas me encantaban.

Nuevamente voy con Farinelli...

—¿Qué opinas?

—¡Creo que la de la chica va más acorde con la historia!

Jamás iba a decidir por la que ella creó; a su vez, mi amigo me cedió esa foto y creó una nueva portada... ¿Qué hacer?

Ya tienen en sus manos la escogida, espero que le guste al igual que deseo le guste la historia.

José, gracias por pensar en mí al tomar esas fotos. **@Myviewoficial**

Farinelli, a ti siempre agradecida por todo lo que haces y tu amistad incondicional. **@farinelli_1**

*Por ti...
Para ti...,
a pesar de mis dudas y miedos...
y mi inseguridad...*

*A ti, hermana, mi otra mitad...
por tu entereza...,
por tu valentía...
POR TU AMOR.*

Capítulo 1

—¿Cómo se sienten chicos?!

El impresionante efecto de las luces sobre el escenario impedía que pudiera ver los rostros de las miles de personas que se dieron cita en aquel estadio para vernos cantar. Era nuestra tercera presentación de la gira por las principales ciudades de Estados Unidos. Empezamos con New York, Madison Square Garden. Un lleno total.

Siempre me emocionaba los aplausos, los vítores y las caras de los seguidores cuando cantan nuestras canciones y bailan al ritmo que tocamos; estábamos ya a mitad del concierto y la adrenalina de todo el equipo estaba a mil.

Mi hermana Rebeca tenía la voz principal en la banda y era su momento de brillar. Le tocaba un solo con una de las canciones más exitosas de nuestra carrera. Tras bambalinas, todo el equipo de vestuario y maquillaje corrían tras ella para cambiar su ropa y retocar su maquillaje. Era su momento y siempre le causaba un poco de ansiedad.

—¡Kara!

Su voz angustiada me decía que estaba nerviosa. Mientras trataban de quitar su mini falda, ella agarraba mis manos. Abría los ojos haciéndole ver que debía permitir que los chicos de vestuario hicieran su trabajo.

—Ya está Rebe, saldrá espectacular como siempre, por eso es un éxito. No debes preocuparte, la has cantado mil veces.

El estilista arreglaba su cabello con una tenaza de mano, creándole algunos rizos a su cabello lacio. El joven de maquillaje retocaba su hermoso rostro. Mi hermana menor sí que era una belleza. Era un poco más baja que yo, de cabello negro que, esta vez, matizaba con destellos rojos. Unos profundos ojos del mismo color que su cabello, adornados por las pestañas más largas que había visto en mi vida. De niña fue mi muñeca, con solo tres años de diferencia, éramos inseparables.

Cuando nuestros padres se separaron, estando aún en la secundaria, nos unimos mucho más. Nuestra hermana mayor, Jessica, prefirió irse con papá y, por alguna razón, decidieron hacer una familia lejos de nosotras. Ahora había hermanastros, los que Jessica prefería, y una sobrina que tanto Rebe como yo adorábamos, pero casi no veíamos.

—Siii, pero nunca estuve enferma antes de un show —se quejó.

Tuve que abrazarla, ella era mi adoración. Cualquier cosita que la afectara, me perturbaba a mí. Una gripe la atacó y había estado algo ronca en la última semana.

—Llevamos una hora de espectáculo, tu voz está intacta. No te afectes amor —le dije.

En ese momento sentí las manos de Lisa, la chica de vestuario bajando el cierre de mi traje, también mini. Me moví para salir de él, mientras me quitaba los zapatos. La ropa que tocaba era negra, así que llevaba un top de flecos y un pantalón corto.

Un par de minutos después, Rebeca ya estaba lista, así que salió ante su público que deliraba al escuchar las notas que daban comienzo a su canción; la miré a través de bambalinas. Allí quedó su inseguridad. Tuve que sonreír complacida, mientras la observaba acercarse al micrófono y alzar sus manos saludando a la gente. Yo también alzaba los brazos, pero para que pudieran ponerme aquella blusa de flecos que ya acostumbraba a usar. Subí mi short negro brillante y Leima, nuestra asistente de vestuario, me ayudaba con las botas. De hecho, aquel vestuario, de los tres cambios que correspondían en cada espectáculo, era mi favorito.

Al otro lado estaba Jacob, el tercer y sexi integrante de nuestra banda sonriéndome, ya vestido... ¡qué fácil era para ellos! Un simple cepillo, algo de polvos para quitar el brillo de su cara y listo. Aún faltaba que retocaran mi maquillaje y cabello que, ciertamente era corto, pero necesitaba ser secado. Quise que en ese segundo cambio de ropa también modificaran mi estilo de peinado. Escogí, junto a mi estilista, un estilo engomado, todo hacia atrás. El problema vendría al finalizar el show, debían quitar toda esa cera y peinarlo de manera que mi flequillo quedara perfectamente lacio hacia el lado, cubriéndome la parte de la cabeza que llevaba casi al ras. ¡Si, mi look era el cabello más largo en el lado derecho y al ras en el izquierdo! Me encantaba.

Mientras Jacob y Rebeca comenzaban una canción a dúo, maquillaje terminarían conmigo y luego me integraría a la misma. Antes de comenzar, ellos comentarían con el público alguna trivialidad dando tiempo a que mi cabello estuviera listo. Era el proceso de preparación más largo de todo el espectáculo.

—¿No puedes terminar con el engomado en lugar de ponerlo a mitad? —era la pregunta que todo el tiempo me hacía mi hermana cuando tocaba esta

parte.

—No, el final debe ser de infarto... así que mi pelo debe estar a la altura.

—Kara, eres insoportable.

—No lo soy, es lo único que exijo. Tú escoges la ropa, Jacob el orden de las canciones, ¿yo?, me dejo llevar.

—Sí, pero nunca hacemos nada con lo que no estés de acuerdo.

—En efecto. Si no, no estaríamos tan bien acoplados.

Una hora después, el concierto terminó; acostumbrábamos a recibir algunos fans, los primeros que hicieran fila para entrar a saludarnos. Esa era mi parte favorita de ser una cantante reconocida, recibir el cariño de la gente que, aún sin conocernos, nos ama. A veces el cansancio es extremo, viajamos antes del show, usualmente el día anterior; vamos directo a ensayos de sonido, y si hay días de por medio, tocan entrevistas y algo de publicidad. Nos queda muy poco tiempo de distracción. Particularmente yo, creo en agotarme después de un evento. Es bien difícil llegar a un cuarto frío de hotel y no tener quien te reciba o simplemente te pregunté, ¿cómo te fue? Ni siquiera tener a quién llamar. No hay tanta felicidad dentro del “glamour”.

Teníamos cierto renombre a nivel internacional, los productores nos reservaban habitaciones individuales. Entendían que así estaríamos más cómodos y podíamos invitar a quien quisiéramos. Esa es la fama que rodea a un artista, tras una noche de éxito, toca una de descontrol. Quizás Jacob andaba en esa línea; Rebeca era novia de Dimas, uno de los bajistas, así que dormían juntos. Muchas veces se iban conmigo a conversar hasta que los echaba. Rebeca sabía que me dolía un poco la soledad.

A mis veintiseis años, era muy poco lo que conocía del amor. Mi estilo de vida era agitado. Desde de cumplí los veinte, nuestra carrera despuntó a niveles insospechados. De cantar en actividades en el colegio y universidad, nos habíamos convertido en una bomba. Conocía a mucha gente, a tantos chicos interesantes, desde fanáticos, productores, actores, cantantes, gente de publicidad, músicos.

Fue allí, entre los músicos que tuve mi última relación afectiva. ¡Alan!, un apuesto baterista. Desde que nuestra manejadora lo contrató, al año de empezar nuestra carrera, estuvo detrás de mí. Comenzó siendo mi amigo, de esos muy queridos. Luego el coqueteo, los roces entre shows, ensayos,

almuerzos juntos, se convirtió en alguien importante. Nos juntamos y todo fue muy bien, pero cuando llegaba la intimidad no me sentía completa. Algo había en mi ser que no me permitía dejarme sentir. Rebeca escuchaba mis lamentos y solo me aconsejó terminar aquella relación.

—No lo amas hermana. Lo quieres, no hay duda, pero no lo amas.

—Rebeca, ¿qué es lo que me impide amar?, ¿por qué nadie me llena?

—Creo que eres exigente al extremo. Temes.

—¿Temo? Estoy cansada de la soledad.

Después de escuchar los consejos de mi hermana rompí mi relación amorosa con Alan, era tan buen chico que entendió mi argumento. Estaba claro que no había nadie más, siempre estábamos juntos, como pareja y como compañeros de banda. Aun después del rompimiento me ofreció su mano, su amistad incondicional y agradecí que estuviera para mí, aunque yo sabía que él sí me amaba.

¿Les dije cuál es el nombre de nuestra banda?, Xtream.

Capítulo 2

—¿Qué vamos a cenar?

—Hay una pizzería cerca, al salir. Eso es lo que quiero, Rebeca.

—¡Kara!, ¿pizza?

La cara de asombro de mi hermana era un poema, su habilidad para ocultar el iris de sus ojos era increíble.

Estábamos decidiendo dónde ir a comer. Los productores, por lo general, al terminar un espectáculo deseaban llevarnos a lugares muy finos; a veces los complacíamos, pero usualmente nos decidíamos por restaurantes pequeños cerca del área del show o de nuestro hotel. Era conocido por los periodistas esa costumbre de Xtream; así que nos esperaban cerca de la salida adivinando cuál sería el elegido de la noche. Apostábamos entre la banda cuál periodista la “pegaría”.

—Bueno, puede ser una hamburguesa y una buena cerveza —Carlos, el pianista, siempre pensaba en cervezas.

—De pasada vi un lugar de comida vegetariana, lo tuyo Rebe —el pequeño Josean era el más inquieto, el más joven de todos, amaba molestar a mi hermana.

Nunca la complacíamos, puesto que, aunque solíamos cuidarnos, de vez en cuando nos encantaba hacer desarreglos; siempre preferiríamos la pizza. Los ojos de mi hermana saltaban de rostro a rostro.

—Yo estoy con Kara, pizza.

Abracé a mi cuñado, siempre me apoyaba.

—¡Deberías casarte con ella!

Rebeca dibujó un gesto en su rostro que yo amaba, frunció la nariz y boca a la vez.

—¡Al menos sabré que de vez en cuando comeré algo sabroso!

Todos se rieron mientras Dimas me abrazaba y mi hermana le sacaba la lengua.

—Sí, cástate con ella. Cuando no quepan ambos por la puerta y pidan ayuda, aquí estaré, muy delgada y saludable para ustedes.

—Por favor, Rebeca, ¡es solo pizza! Después de ese show las calorías en

nosotras no existen. Necesitaremos más de diez pizzas para engordar a Dimas y algunas adicionales para Kara. Además, estamos en New York —Carlos siempre mencionaba mi delgadez.

Exageraba, de hecho, mi estatura me prohibía engordar. Solo media 1'70; me cuidaba mucho porque era prohibitivo descuidarme, dos onzas se me notarían de inmediato y eso era mortal para mi carrera. Los generadores del cotilleo no me lo perdonarían.

—Okayyyy —aceptó mi hermana con desgano, mientras todos levantábamos las manos, aliviados.

—¿Nos vamos?

Entre risas contagiosas, miradas de asombro entre algunos latinos que nos conocían, una que otra fotografía, autógrafos, una excelente pizza, ¡de hecho!, con los flashes de algún paparazzi, pasamos gran parte de la noche. Éramos más que compañeros de banda, éramos una familia.

Cuatro de los músicos ya se habían marchado junto con Liz, nuestra manejadora. Los más cercanos, Rebeca, Dimas, Jacob, Alan, Carlos y yo, aún permanecíamos allí. En una mesa gigantesca al fondo, nuestras risas nos delataban; realmente no nos importaba mucho que nos reconocieran, mucho menos que algún admirador se acercara.

Mi móvil vibró. Lo saqué mostrándolo a todos, ya sabíamos quién llamaba.

—¡Liz! —gritaron todos a coro. Coloqué mi dedo en la boca en señal de silencio—. ¿Liz?

—*Kara, creo que es hora de que vayan a dormir. Es muy tarde.*

Nuestra manejadora era muy celosa con nosotros. Era como una madre y nosotras, al menos Rebeca y yo, la considerábamos así.

—Si Liz, pero no tenemos nada mañana, es decir hoy —ya era madrugada.

—*Lo entiendo, pero deben descansar, salimos a medio día para Ohio. No es bien visto que mis chicas estén hasta tarde en la calle. Por favor, ya vengan al hotel.*

—Está bien, Liz. Pagamos y salimos.

—*Ya está todo pago, dejé la tarjeta para el "ticket".*

Después de esa información, crucé un par de palabras con Liz y colgué. Me encontré con la mirada de Rebeca y su media sonrisa.

—¡Se terminó la fiesta!

—¡Ya! Nosotros nos quedamos un rato. Es tarde, ¡Dimas, te toca llevar a las chicas! —dijo Carlos, que era el mayor de todos y siempre apoyaba las

órdenes de Liz.

Yo estaba segura de que en algún momento se enredarían esos dos; sería inmensamente feliz. El novio de mi hermana se levantó dispuesto a escoltarnos hasta el hotel.

—No, quédate amor si deseas. El chófer está esperando, nos dejará justo en la puerta —mi hermana hablaba con su novio mientras repartía besos en su rostro.

—De ninguna manera Rebe, las llevo —Dimas la abrazaba mientras le depositaba besos en la cabeza.

Al salir del restaurante, escuché una voz desconocida que me llamó. Una chica de unos dieciocho años y muy guapa se acercó. Sus cabellos marrones cortados en desigual la hacían ver súper sexy. ¡Wow!, realmente era guapa.

—Disculpa, he esperado hasta ahora para acercarme. Muero por una foto contigo Kara, ¿será posible?

No podía dejar de mirarla, sacudí la cabeza entendiendo que esa atracción momentánea por aquel rostro me era algo extraño.

—¡Por supuesto! A ver, ¿cómo te llamas?

—¡Linda!

—¿Linda? Te queda perfecto —¡Ups!, no pude evitar ese comentario.

Le dimos su móvil a Carlos para que tomara esa foto, ya el auto se encontraba frente a nosotras. Rebeca y Jacob estaban dentro.

—¿Quieres que Rebeca y Jacob estén en la foto? —le pregunté. Era normal que las chicas quisieran estar cerca de Jacob.

—Bueno... —no estaba muy convencida— la que me interesa es contigo.

La mirada de Linda era inescrutable; nunca me habían dicho algo así. Si, pedían fotos solo conmigo, pero no en exclusividad. Me extrañó el comentario. Carlos tomó la foto y ella se acercó un poco más tomándome las manos, temblaba. Llenó sus pulmones de aire y unos segundos después lo soltó.

—Kara, aprovecho la oportunidad para decirte que eres mi cantante favorita. Que me encantas, ¡me encantas!

Noté un especial brillo en los ojos de aquella chica. Me agradó; a decir verdad, no deseaba soltar sus manos.

—Gracias Linda, me alegra mucho que te guste nuestra música.

—No, bueno... Si..., me encanta Xtream, pero porque tú estás ahí. Eres más hermosa en persona que en TV. Y ahora sé que internamente eres aún más

bella.

La chica se acercó y me besó en la mejilla. Sonreí y pasé las manos por sus hombros.

—¡Gracias! Ya me tengo que ir, me esperan.

—Gracias a ti... ¡Me encantas, Dios!

Colocó las manos sobre su rostro de una manera que me pareció tan tierna. Solo sonreí, pero algo dentro de mí despertó; no lo sabría explicar con palabras, fue como mirar hacia un camino repleto de hojas que te invita a caminar sobre ellas... hojas secas, color entre naranja y marrón. Un camino que te dirige hacia algún lugar que no puedes ver, pero que sabes que está ahí. Y que debo seguir.

Siempre recibí algún comentario agradable sobre mi voz, o mi belleza, pero esta forma tan directa me dejó de una pieza. Pensando en entré al auto.

—¿Y eso que fue? Por poco te besa en la boca.

Rebeca tenía el rostro encendido, ¡que celosa era mi hermana!

—No es nada, una admiradora peeeersonalll —acentué la palabra esperando que Jacob entendiera el mensaje—. Lo siento Jacob, esta vez no fuiste el centro de atención.

—Kara, en serio, esa chica resbalaba en su propia baba.

No abundé en el tema, entendí lo que Rebeca me decía. Esa chica me admiraba como mujer y lejos de desagradarme, me gustó. Era la primera vez que me pasaba esto, pero no lo sentí desagradable. Medité en eso durante el poco tiempo que duró nuestra travesía al hotel.

El repicar del móvil me sacó de aquel profundo sueño que me invadía. Abrí los ojos, me percaté que estaba desnuda. En la madrugada, al llegar me di una larga ducha, luego me sequé y caí sobre la cama. Creo que antes de llegar a ella ya estaba dormida. Así era que me gustaba llegar después de una noche de show. Pensar, no era saludable para mí, siempre terminaba muy triste.

Miré el número que ya no parpadeaba en la pantalla. Mamá estaba para mí a cualquier hora y muchas veces era ella a quien llamaba para platicar cualquier trivialidad. Amaba hablarle, pasábamos largas horas conversando. Era, junto con Rebeca, mi mejor amiga. Me quedé bajo las sábanas, pero devolví la llamada. Coloqué el móvil entre mi oreja y mi cara en la almohada.

—*¡Hija!*

—*¡Mad...re!, ho... la*

—*Te desperté, ¿verdad?*

—*Mjm.*

—*Perdóname mi amor.*

—*N..o hay pr..oble..ma. ¿Ya de..bo lev..an..tarm..e, qu...e ho...ra es?*

—*¿Puedes sacar la cara de la almohada?*

Sonreí.

—*No ten...go la ca..ra en la al..mo..ha..da.*

—*Kara Ivelisse, no te puedo entender.*

Mamá me llamó por mis dos nombres, ¡con eso no se juega! Me coloqué de espaldas a la cama muyy atenta a mi madre.

—*¡Ya!, ¿ahora me entiendes? —estaba boca arriba mirando el techo.*

—*¿Qué decías?, ¿esa manía!*

—*Mami, ¡me desperezaba! Te decía que no hay problemas, que ya debo levantarme —volví la mirada al reloj de la mesita. ¡Las diez!, ¡Dios!*

—*Hija, las reseñas del show son espectaculares. Estaba preocupada con Rebe por lo de la gripe, pero al parecer no hubo ni un fallo en su voz.*

Sonreí complacida; mamá siempre esperaba las reseñas de nuestros espectáculos, compraba todo lo que nos mencionaba. Tenía un closet repleto de revistas y cortes de periódico, y qué decir de grabaciones de TV donde nos presentábamos.

—*¿Como la pasaron?*

—*Muy lindo madre, ¡un público súper! Luego fuimos a una pizzería muy cerca del Madison.*

—*¿Y nada de nada?*

Mi madre estaba a la espera de que al fin consiguiera pareja, no perdía una oportunidad.

—*¿De qué?*

—*¿Alguien que te llame la atención? Algún fan, al menos.*

De repente recordé a Linda, sonreí. Una fan, en cualquier caso, llamó mi atención.

—*Mmm, ¡no! Otra vez regresé a la habitación sola, pero no te preocupes, caí rendida.*

Comenzamos a reírnos a la vez.

—*¡Sí, te escuchas bien. Ya te dejo hija. ¿A dónde van hoy?*

—Ohio, mamá. El Nationwide Arena en Columbus, nos presentaremos el fin de semana próximo.

—*¿Cuándo regresan? Recuerda que pronto se acerca mi cumpleaños, deseo pasarla con ustedes en la medida que sea posible.*

—Si mamá, esa fecha es intocable... te amo.

—*Cuídate mi amor.*

—¿Sabes si Rebe ya despertó?

Unos fuertes golpes en mi puerta me avisaron que sí, ya estaba despierta. Mamá escuchó los golpes.

—*Si hija, iba por ti.*

—¿Por qué ella es así?, ¿por qué no me tocó una hermana “normal”? —mamá rio con más ganas al escuchar mis quejas—. ¡Te quiero!

Me levanté con toda la sábana enredada; miré por la mirilla de la puerta y era mi loca hermana. Abrí, me extendió el café y me miró de arriba abajo.

—¿Estás con alguien?

Puse los ojos en blanco, cerré la puerta tras ella. Cada mañana tomaba el café conmigo, me apenaba Dimas, el pobre se las apañaba solo en las mañanas.

—¿Qué te hace pensar que estoy con alguien y te abriré la puerta Rebeca?

Me abrazó y continuó caminando hacia la habitación.

—Tenía esperanzas hermana, pero mejor así. ¡Ven!, te debo contar algo —fue directo a la cama y se lanzó sobre ella—. Pero antes ponte algo de ropa, me humillas con esos pechos tan bien esculpidos.

—¡Estúpida!, estoy en mi habitación ando como quiera. ¡Dime!

Me senté al borde de la cama, mientras mi hermanita que, aún estaba en pijama, se acomodó en el centro de la cama cual niña, con las piernas cruzadas.

—¿Sabes quién es Enya?

Elevé las cejas, todos sabían quién era. Enya era una cantante de música pop canadiense que enloquecía a multitudes, su fama era superior a la nuestra. Era más o menos de mi edad, no pasaba de los veintiséis años. Su carrera se había disparado hacía mucho, la chica estaba consagrada en el ambiente musical, sus conciertos eran llenos totales.

—¡Obvio! —puse los ojos en blanco.

—Mjm. La disquera quiere que hagamos una “colaboración” con ella para nuestra nueva grabación.

Me quedé con la boca abierta. ¡Enya! Tenía en mi iPod varias de sus canciones. No la conocía en persona, pero tenía fama de problemática y diva; se rumoraba que tenía amantes de ambos sexos. Todos esos rumores no la detenían, al contrario, cada día su fama era mayor.

—¿Y me lo dices así?, ¿sin siquiera terminar mi café?

—Se supone que te hagas la sorprendida cuando Liz nos llamó a reunión.

Mi hermana me hablaba despreocupada como si la noticia que acababa de darme fuera tan simple como “el café está frío”.

—Rebeca, ¿estás seguras de eso? ¿Quién te dijo?

—¿Adivina?

Mi hermana se tiró de espaldas a la cama.

—¡Carlos!

—¡Carlos!, ¡pero no sabes nada, Kara Ivelisse!

—Dios, ya van dos veces en el día que escucho ese nombre.

—¡Es el que te pusieron, tonta!

Capítulo 3

Una semana después...

—¿Liz, para qué nos reuniste hoy? Ando muerta de cansancio.

—Chicos, mañana tenemos que estar a primera hora en las oficinas de la disquera. Jeff necesita que nos reunamos con la manejadora de Enya para ultimar los detalles de la grabación —Liz daba vueltas sobre la hermosa alfombra Chilewich, donde mismo estaba Jacob sentado; Rebeca y yo descansábamos en el cómodo seccional Natuzzi color blanco que adornaba su sala.

—¿Mañana Liz? ¡Mañana es domingo! ¿Cuán temprano?, es el único día que teníamos libre. Entre ensayos de sonido, viajes y presentaciones, no hemos tenido descanso en el último mes y ya hice planes con nuestra madre. Quiero hacer cualquier cosa que no sea trabajar —me quejé.

—Debemos estar allí como tarde, a las ocho. ¡Lo siento chicos, se trata de Enya! Es nuestra oportunidad, no se repetirá.

—¡Da lo mismo que se trate de Juana o Petra! ¿Ella estará también? O sea, ¿madrugará como cualquier mortal? —le pregunté porque levantarme antes de las nueve era para mí un caos.

—No creo. Enya está de gira, ustedes saben lo difícil que es. ¡Es una estrella!

—Inalcanzable, ¿no? —mi boca torcida no dejaba dudas de lo molesta que me sentía.

—¡Por favor, Kara! No lo hagas más difícil. No es que sea inalcanzable, pero asumo que la chica se trasnochará. Según cuentan, después de sus presentaciones tiene una noche alocada.

La verdad es que aún no la conocía personalmente y ya me irritaba. ¿Una estrella?, ¡por favor! Ni que nosotros estuviéramos comenzando. El hecho de que grabáramos junto a ella me parecía extraordinario, una oportunidad única y era un honor. Pero nunca vi a mis compañeros del medio como superiores a mí, obvio, tampoco lo éramos nosotros a ellos.

—¡Ok! —intervino mi hermana, en claro apoyo—. Entiendo que su manejadora es quien va en su representación.

—Así es.

—¿Por qué entonces no vas tú por nosotros?, ¿qué debemos hacer allí?

Moví las manos y cejas a la vez.

—No, no, no... —interrumpió Jacob—. Yo quiero estar presente, Rebeca. Somos tres opiniones diferentes. Liz se encarga de la parte financiera únicamente, es importante que vayamos.

Esta vez fue mi encantadora manejadora quien señaló al cabezón de mi compañero en claro apoyo. El repicar de su móvil interrumpió nuestra discusión.

—¡Momento!... ¿Bueno?

—...

—Hola, Jeff. ¡Por supuesto!, estaremos encantados. Los chicos están muy emocionados...

Los ojos de Liz se posaron en nosotras. Me llevé las manos a la cabeza frustrada. Rebeca hizo lo propio.

—...

—Ok, hay cambio de horario. ¿En dónde sería ahora?

La mirada de Liz no nos daba buenas noticias, la conocía.

—...

—¡Perfecto Jeff!, hasta mañana. Sí, sí... a las siete de la mañana.

Vimos como Liz sonreía a la vez que torcía la boca; después de colgar, se sentó entre Rebeca y yo, agarró un cojín y lo colocó en su vientre.

—Dime..., ¿quién se va a presentar a las siete de la mañana? —mi hermana volvía a tomar la palabra evitando que salieran sapos y culebras por la mía.

—¡Enya quiere conocerlos! O sea, que ella estará allí igual que nosotros, a la misma hora, debe cumplir unos compromisos antes del mediodía.

—¡Vaya!, y para que tengamos ese privilegio debemos estar a las siete de la mañana, ¿dónde? —sentí la mirada de todos sobre mí—. ¿Qué?

—¡En serio Kara!, ¿por qué estás tan negativa con esto? —esta vez fue mi hermana quien se dirigió a mí.

No supe responder; además de la santa madrugada que debíamos dar, no había otra razón para mi aversión a ver a la “gran” Enya. Ella se presentaría a la reunión, ya no había excusas para no hacerlo nosotros. Liz ignoró mi comentario y continuó hablando.

—Como saben, hoy la chica tiene presentación, el plan es vernos en el estudio a las siete. Tiene algo como a las diez y, aparentemente, desea cumplir

con todo sin retrasos. En adición, desea plantearles personalmente una idea — la mirada de Liz estaba directamente dirigida a mí, extendió su mano y me hizo acercarme a ella.

“Malcriada”.

Decidí que me comportaría; analizando la situación, estuve bastante pesada ayer. Madrugar no es para mí; eran las 6:30 am cuando pasaron por nosotros al hotel. El perfume de Jacob, aunque exquisito como todo él, me taladró las fosas nasales a esta hora de la mañana. Mi hermana reaccionó al momento.

—Jacob, ¡cuántas veces te tengo que recordar que, por regla de etiqueta, el perfume no se coloca hasta pasadas las diez de la mañana?

—¡Mujeres! ¡¿No que les agrada que el hombre huela bien?!

—Tienes razón, la persona con un buen olor agrada mucho, pero podrías no usar una colonia o crema perfumada tan temprano. ¡Es muy fuerte!, en lugar de oler, molesta.

Jacob, en lugar de molestarse, comenzó a estrujarse encima de mi hermana para impregnarle su olor.

—¡Lizzzz!

Vi con diversión como nuestra manejadora se llevaba las manos a la cabeza, y negaba lo que estaba pasando en el asiento trasero; la llevábamos loca. Me miré en el retrovisor y no me veía nada mal para solo llevar labial. Tenía el cabello hacia atrás, pero mis mechones caían en la frente. Rebeca continuaba en su lucha con Jacob, a la vez que terminaba de hacerse una trenza hacia el lado.

El estudio de grabación quedaba cerca del hotel. Liz nos explicó que la reunión se llevaría a cabo allí, pues querían adelantar algo sobre las voces. Un inmenso salón nos dio la bienvenida, los pisos eran completamente en madera. ¡Un sueño! Y hemos grabado en lugares bonitos.

Jeff Thomas, el representante de la disquera de Enya, salió a nuestro encuentro. Era un hombre joven, no pasaba de los cuarenta años. Llevaba los cabellos recogidos en una cola, ojos negros adornados con lentes redondos. Simpatiquísimo.

—¡Xtream!, un placer chicos —nos extendió la mano, muy emocionado—. Me encantan y haré lo posible porque se queden con nosotros —esta vez se dirigió a la delgada mujer que nos representaba, tomándole la mano y

depositando un beso en ella—. ¡Liz Damon!, un placer también. Hermosa, igual que su voz.

Lo vi recorrer el cuerpo de Liz con su mirada, ya estábamos acostumbrados a ese efecto. Liz era realmente hermosa; con tan solo treinta y cinco años, tenía unos impresionantes ojos verdes y un escultural cuerpo, fruto de horas y horas en el gym.

—Ya Elvira está aquí —anunció él.

—¿Elvira? —me atreví a preguntar

—Elvira Lance, la representante de Enya —se apresuró a contestar Liz.

—¿Y... Enya? —pregunté. Ya pasaban las 7:30 am, para mí la puntualidad era vital.

—Ya debe estar por llegar.

Pasaban las 8:15 am y la susodicha no daba señales de aparecer, hice varios ejercicios de respiración intentado calmar la ira que acrecentaba dentro de mí. Rebeca, Jacob y yo nos manteníamos en completo silencio, con sus miradas entendían el estado de ebullición en el que me encontraba.

Liz se sentó a mi lado pasando su brazo por mi hombro sin mostrar preocupación, supe que estaba disimulando. No era bien visto que una persona estuviese tan molesta con la “mamá de los pollitos” de la disquera, su estrella máxima. Posiblemente, es más, estaba completamente segura, de que para ellos esto era común. Sin embargo, notaba que la tal Elvira había hecho varias llamadas apartándose de nosotros y su rostro mostraba algo de inquietud. Algo ocurría con la estrella.

Me levanté sutilmente y me acerqué hasta donde se encontraba Jeff. Al menos intentaría que comenzáramos la dichosa reunión sin ella.

—Jeff, ¿crees posible que comencemos sin Enya? Creo que ya está algo atrasada y la verdad es que tenemos otro compromiso que cumplir... —mentí —, aunque sea domingo. Ya sabes, la familia.

—No te preocupes Kara, en breve Enya estará aquí. Debe ocurrir algo grave para que no haya llegado aún.

—Bien —me di la vuelta y me acerqué a Liz—. Escúchame, esperaré solo quince minutos adicionales. Ni uno más —me alejé al pasillo.

La verdad es que desde el primer momento entendí que esa reunión era innecesaria, los manejadores están para eso... ¿qué demonios hacíamos allí?

Estaba sentada junto a mi hermana en el gran sofá mostaza que daba la bienvenida en la recepción. Jeff nos indicó que había un salón VIP solo para los artistas y sus reuniones. Sin embargo, mi hermana y yo siempre teníamos cosas personales que atender, sobre la familia, nuestra hermana Jessica, mamá. Esta vez nos quedamos apartadas porque la verdad, además del coraje que traía por el retraso de la estrella, también moría de sueño. Si permanecía en un salón junto a los grandes de la disquera, iba a dar un tremendo espectáculo.

—¿Crees que tendremos una oportunidad de intentar ver a Jessica?, ¿a la niña? —Rebeca hablaba mirando al infinito.

—No creo que tengamos mucho tiempo disponible; ahora con este nuevo proyecto se hará más difícil —noté la cara de mi hermana algo sombría. Mi cabeza yacía sobre el respaldo del sofá, mis piernas sobre Rebeca. La golpeé muy suave con el pie en un intento de distraerla—. ¿Qué pasa?, ¿en qué piensas? —me miró con los ojos algo cristalinos. Imaginaba que tenía que ver con nuestra hermana. Rebeca era la pequeña en casa y le afectó el distanciamiento de Jessica. Creo que más que el de papá—. Dime, ¿se trata de Jessi?

Al fin su mirada se encontró con la mía.

—Sí, Kara. Me molesta que no haya sido capaz ni siquiera de ir a uno de los shows cuando estábamos en la ciudad. El otro día le llamé, no te dije, quería saber de la niña.

—Ok, ¿y qué paso? ¿Por qué no me contaste?

—Porque no me fue muy bien. Veo cómo la gente nos sigue, quieren vernos, pagan por ello, y nuestra hermana, papá, solo aparecen a la salida de una grabación, cuando estamos en el top de las revistas y programas de radio y tele. Es frustrante hermana —la acerqué hacia mi pecho y la abracé. En este momento era una niña frágil y debía protegerla. Besé su cabeza y la acuné en mi pecho. Ella continuó hablando—. Jessi me atendió, pero estaba apurada, hablaba con otra persona a la vez y, bueno, ya sabes, corté la conversación. No he hablado con mamá porque sé que aún le afecta el tema, no comprendo qué fue lo que pasó entre ellos. O sea, las razones no me son convincentes, Kara.

—Rebe, cuando el amor se acaba, se acaba... entiéndelo nena.

—Sí, pero de ahí a divorciarse de nosotras. No comprendo a Jessi, esto es algo que a veces en las noches no me deja descansar. Imagínate que fuéramos una familia más unida, que compartiéramos los eventos especiales. A veces

cuando algún periodista nos pregunta por papá, se me quiere salir el corazón.

—Bueno, siempre se contesta lo mismo, la verdad. Que se encuentra bien y que está separado de nuestra madre. ¡Rebeca!, ya hemos hablado esto. Jessica es nuestra hermana, no es igual a nosotras y hay que respetarlo. Ella no nos busca, eso no significa que no nos quiera. Entiéndelo, bebé. A mí también me gustaría tener más contacto con ella, pero... tal vez su trabajo; ser la mano derecha de un político como Dan Fraser, no deja mucho tiempo libre.

—¡Dan Fraser!, un político que deja mucho que desear. Jessica debe tener cuidado con ese tipo, lo he visto cómo la mira. Ay, no sé, no me da buena espina.

—Tampoco a mí, y creo que a un buen grupo de ciudadanos tampoco, pero no nos toca opinar. Ella trabaja para él y a veces me da la impresión de que... —mis sospechas de que mi hermana Jessica mantenía un romance con este hombre eran cada vez más fuertes; sin embargo, nunca lo había comentado con Rebeca.

Dan Fraser, un político de segunda que estaba bastante posicionado en las encuestas. Yo sentía que no todo estaba bien con él; me daba la impresión de que su popularidad no era realmente por su calidad de figura pública, si no por algo oscuro. Y lamentable o, afortunadamente, mi sexto sentido casi nunca fallaba.

Capítulo 4

Enya

—¿Cuánto tiempo llevas mirándome?

Los ojos de la rubia se entornaron al abrirlos y encontrarse con los de su amiga Lena, una hermosa morena, cuya piel se podía confundir con el color del café con leche que tanto adoraba; de ojos miel y cabellera color azabache. Una mujer que jamás sospecharía que una mega estrella llevaba varios meses enamorada de ella.

Enamorada en silencio. Una ilusión que la cantante había callado por miedo a perder a su única amiga, esa, que sabía sus más dolorosos secretos. Quien único conocía su interior, de quien único no se escondía.

Cubrió su cuerpo con la manta en un acto de protección, aunque realmente no tenía nada que ocultar. Vestía una ligera camisilla de tirantes, no recordaba cuándo se la puso e imaginó quién lo había hecho. De repente se sintió vulnerable; mil veces se cambió de ropa frente a su amiga, ¿por qué esta vez sentía una especie de vergüenza al saber que su amiga la había visto desnuda?

Lena la miraba con ternura y una sonrisa que dejaba ver su perfecta dentadura. Pasó una mano por la cabellera de Enya, ocasionándole más de un estremecimiento en el cuerpo. Estremecimientos con el que luchó con éxito para mantener a raya.

La noche anterior se había pasado de copas. Recordaba perfectamente encontrar a su amiga con su novio, besándose apasionadamente en uno de los baños de la discoteca donde fueron a celebrar el éxito de su presentación esa misma noche. En su mente, y como una imagen intermitente, veía como la mano de Saúl desaparecía por debajo del vestido de su amiga y pudo, en ese instante, escuchar los gemidos de placer de Lena, mientras aquel hombre la besaba y acariciaba con pasión.

Todo su mundo se vino abajo. No era lo mismo saber que la mujer a quien amaba estaba comprometida, que ver con sus propios ojos tal escena. No era lo mismo verlos tomados de la mano siempre que compartían, que ver a su amiga, su amor en secreto, ser seducida por aquel hombre. En ese momento se arqueó, sentía que despreciaba a su amiga, como si ella, Lena, tuviera alguna idea sus sentimientos. Como si la estuviera engañando. Así son los celos, incomprensibles, irracionales; hacen historias, crean situaciones que están muy

lejos de ser ciertas. Esto le ocurría a Enya, estaba enamorada y solo ella lo sabía. Era tal la pasión y los gemidos que salían de aquel espacio que ninguno se percató de la presencia de la cantante; solo Osman, su guardaespaldas, pudo advertir lo que allí ocurría al verla salir atemorizada y verificar cuál era la causa de su consternación.

Osman la siguió hasta la barra de la discoteca imaginando lo que su niña consentida sentía. Enya caminaba usualmente con la cabeza agachada cuando se encontraba entre mucha gente, intentaba pasar desapercibida. Esta vez atravesó la pista tropezando con varias personas que bailaban. El fiel guardaespaldas hacía honor a su título, estuvo cerca toda la noche y pudo observar con mucha tristeza la angustia de la cantante. Reflejaba una actitud muy distinta a la que solo horas antes, hacía enloquecer a miles de fanáticos, mientras cantaba y bailaba para ellos.

En un momento lo llamó aparte.

—¡Osman! —se volvió buscándolo con la mirada.

—¿Señorita? —el hombre, muy alto y corpulento, la miró con atención.

—Por favor, intenta que nadie se me acerque. Con cautela, con sutileza, que nadie se sienta ofendido. No me siento bien.

—Tranquila, mi niña. Estaré aquí, como siempre.

La chica colocó la mano en el pecho del hombre, cuya dulzura muy pocos conocían. Su apariencia era parecida a la de un vikingo... así le llamaba ella.

—¡Gracias!

Enya era muy reservada, su éxito era arrollador, pero eso no la había alejado de la realidad. Era una chica que aparentaba dureza y, a veces, hasta un poco de rebeldía. Sin embargo, en el fondo era muy insegura e inestable. Osman la quería como a una hija y para ella, él era esa figura paterna que tanta falta le hizo. Era por eso que hacía meses que él sospechaba del amor secreto de la chica; la observaba a través del retrovisor del auto mientras conducía y ella hablaba por teléfono con Lena. Su sonrisa, sus suspiros cuando terminaban la conversación. Se percataba del cuidado que Enya le brindaba a la morena, *“Osman, por favor, ve por Lena”, “Osman, deja a Lena en su oficina... haz esto, haz aquello... sé puntual con ella”*.

Y también se percataba de la sombra en su mirada cuando Lena estaba con Saúl. No podía decir mucho, por no decir nada... adoraba a Enya Beatrice, la chica; pero trabajaba para Enya, la estrella del pop, y sentía que no era bien visto que opinara o comentara algo al respecto. Osman no tenía hijos, por lo

que sentía que Enya era su hija; la cuidaba y protegía como tal, y la amaba inmensamente.

Fueron seis whiskys en las rocas los que tomó la cantante en menos de una hora, uno detrás de otro. Las lágrimas se asomaban a sus ojos y el esfuerzo por no dejarlas ver le causaban un gran ardor en el pecho y un nudo en la garganta terrible, doloroso. Colocaba las manos sobre sus muslos sin intención de separar su mirada de ellos, mientras observaba como gotas espesas caían sobre la tela de su pantalón.

“¿Cómo pudo suceder esto?, Lena jamás me ha dado motivos. ¿Por qué ella?, ¿Por qué tuve que enamorarme de Lena?”

La chica de cabellos claros sacudía la cabeza tratando de comprender el torbellino de emociones que sentía en ese instante. Su visión era bastante limitada, estaba nublada, ya el alcohol había hecho algo de efecto.

Osman se encontraba sentado a la derecha de la cantante, en varias ocasiones se acercó algún joven con intenciones de obtener unas palabras, una foto con la chica, los mismos que aquel hombre despedía con un: *“lo siento, hoy no podrá ser”*.

Justo cuando la causa de su desasosiego se acercó, junto a su pareja, fue que Enya intentó ponerse en pie, fallando en el intento. Para su desgracia fue Saúl, su silente rival, quien la sostuvo por el brazo impidiendo que las revistas de cotilleo hicieran su agosto, evitando una caída.

Lena observó la escena preocupada, se había separado de su amiga solo por un rato; en realidad algo más de una hora. El tiempo se le fue volando en los brazos de su novio. De aquel baño pasaron a la camioneta de Saúl, el deseo contenido por varias horas había sido liberado.

Los ojos de Lena se abrieron como platos al notar el estado en el que se encontraba su amiga; un frío recorrió su cuerpo al verla. Se soltó del brazo de su pareja y llegó frente a la cantante.

—¿Qué pasó? —esta vez la morena dirigió su mirada hacia al vikingo, Osman.

Él negó con la cabeza saber la razón por la que Enya estaba en ese estado.

—¿En...?, ¿Enya que pasó? —le tomó la cara entre sus manos—. Nunca bebes así. Osman, ¿cómo lo permitiste?

La chica la miraba con aquellos ojos cristalizados, sin atreverse a decir nada; temía abrir la boca y decirle que lo sentía. Que sentía haberse enamorado de ella, de un imposible. Observaba la cara de preocupación de su

amiga, sus ojos buscando una respuesta, estudiaba su rostro; ese rostro que una hora antes reflejaba placer. Una mueca de disgusto se dibujó en su cara; Lena lo notó.

Su amiga sabía tanto de su vida, era imposible que se fijara en ella como una posible pareja. Ni siendo la figura que era, ni con miles de personas, chicos y chicas detrás de sus huesitos, podría aspirar a aquel amor. La rubia se pasó las manos nerviosas por su melena.

—No, no bebo así. Lo siento, se me fue el tren... —la voz le salía pesada.

Lena intentaba agarrarla por el brazo, pero ella lo evitaba. No podía, no quería sentir sus manos; no después de que estuvieron sobre él.

—Saúl, ¿puedes pagar mientras llevo a Enya al auto? Tenemos que intentar que nadie se percate de su estado.

—Nooo. Osman, paga tú... Que Saúl no pague... —cada palabra salía con dificultad—. ¡Era lo que me faltaba! —esto último lo dijo por lo bajo.

Solo Lena lo escuchó. Frase que logró que su entrecejo se frunciera. ¿Por qué ese comentario? Su novio y su amiga se llevaban bien, al menos era lo que ella creía.

Capítulo 5

¿Qué le había pasado a Enya? ¿Por qué ese comportamiento anoche?

La noche anterior Lena se despidió de Saúl; Enya se quedaría a dormir en su apartamento, no iba a dejarla sola. La había desvestido y con la ayuda de Osman, la llevó a la cama; permaneció allí hasta que la respiración de la cantante se reguló y confirmó que estaba profundamente dormida. No pudo conciliar el sueño buscando una respuesta a lo que había provocado aquella situación. En primer lugar, su amiga no bebía hasta perder la conciencia; en segundo lugar, qué era lo que había pasado y por qué no confiaba en contarle. Luego... aquella frase, “lo que me faltaba”. Las situaciones personales de Enya eran algo delicadas; ella las conocía, si ocurría algo relacionado a su vida ya le hubiese contado. No tenía ni la más remota sospecha y estaba preocupada. Le ardía el pecho. *Enya Beatrice*.

La morena permaneció parte de la mañana al lado de su amiga, sabía que tenía una reunión en la disquera con el grupo de moda y debía despertarla. Enya era sumamente puntual y la odiaría si se pasaba esa cita. Habían platicado sobre ello y los planes que tenía con el grupo; le encantaba su música y deseaba conocerlos.

Lena observaba en silencio la figura de Enya. Su cabello largo esparcido sobre la almohada, esta vez de dos tonos, miel en el comienzo, se iba matizando perfectamente hasta acabar en un rubio cenizo en las puntas. Era realmente hermosa; su nariz respingada, sus labios rosados, una piel de seda. Sus cejas perfectamente delineadas, una belleza de mujer. ¿Qué habrá ocasionado esto? En ese momento sintió una ternura e inquietud que no había experimentado desde que la conocía, hacía ya algunos años.

Lena era fotógrafa, de las mejores del medio. Conoció a Enya haciéndole fotos de promoción para su segunda grabación, su química fue instantánea. De hecho, desde ese mismo instante la cantante sintió una atracción por la chica de cabellos y piel oscura; siempre fue sincera y le confirmó sus preferencias sexuales, cosa que no sorprendió a la fotógrafa, cuya mente y racionamiento eran abiertos y liberal. Esa misma tarde salieron a almorzar y, desde allí, cultivaron lo que hasta ese día era una hermosa amistad.

En un principio, Lena se sintió intimidada ante la presencia de la rubia, aunque había fotografiado a muchos artistas, modelos y personalidades del

ambiente artístico. Para ella ninguno era otra cosa que un ser humano, pero Enya causaba intimidación por lo imponente de su presencia y su fama de indomable. Nada más lejos de la verdad, era una mujer con muchas heridas sin sanar, en busca de afecto sincero y una relación real. Andaba siempre de flor en flor, como las abejas, intentando sentirse querida, por ella, no por lo que representaba. Los halagos de los seguidores y los medios no la llenaban, las críticas y cotilleos tampoco le abrumaban. Se sentía sola en medio de mucha gente, siempre de pequeña fue así. Su infancia, algo complicada, la impulsó a seguir su camino sola. Lo que era, hoy en día, lo había logrado con mucho esfuerzo; una simple cara bonita y un buen cuerpo no llevan por sí solos a la realización. Se necesitan esfuerzo, talento, empeño y, sobre todo, trabajo y dedicación. Así era ella, una mujer de armas tomar que no permitía que nadie dirigiera su camino. Era dueña de sí.

Enya se movió, Lena sintió su respiración acelerarse un poco. ¡Iba a despertar! Se dirigió a la cocina en busca de café para cuando abriera los ojos. Se sentó en la orilla de la cama, justo a su lado derecho a la espera de que despertara por completo. Observó con detenimiento cómo abría los ojos. La realidad era que Enya era la mujer más guapa que había conocido. ¿Cómo era posible que después de una borrachera como la de la noche anterior, amaneciera más bella esa mañana? De repente, la fotógrafa se encontró mordiendo su labio inferior.

Al fin los ojos claros se posaron en los de Lena.

—¿Cuánto tiempo llevas mirándome? —fue solo un susurro, acompañado de unas cejas fruncidas y una mirada inescrutable.

—No llevo mucho tiempo acá —mintió—. ¿Te sientes mejor?

Enya se incorporó en la cama y recibió la taza humeante de café, la llevó con cuidado hasta su boca sin quitar la mirada de la morena. El ardor que estaba experimentando en su pecho era insoportable.

Por alguna razón, esta vez también Lena lo sintió. Una especie de mariposeo en su pecho le hizo fruncir el entrecejo. Enya notó la mueca en el rostro de su amiga y sonrió de medio lado, otro detalle que desarmó a la fotógrafa.

—¿Estás bien?

Enya siguió a su amiga con la mirada, la morena se levantó inquieta del borde de la cama y subió las cortinas que daban ese toque de privacidad a la habitación; la luz del sol entró a raudales. Mientras, contestaba sin darle la

cara a Enya. El aire se sentía espeso, el ambiente algo extraño.

—Estoy bien, ¿qué pasó anoche, En? ¿Quieres contarme? —se volteó de golpe para verla a la cara.

La rubia colocó la taza en la mesita de noche y se recostó nuevamente de la almohada, fijando su mirada en el techo y temiendo que en su rostro se notara la inquietud y el sonrojo que estaba experimentando en ese momento.

—Nada que no sepas, Lena —mintió.

—Mientes. Algo te ocurrió para que bebieras como lo hiciste. Tienes una reunión —miró su reloj mientras volvía a sentarse al borde de la cama rosando su muslo con el de la cantante— en media hora... y anoche te pusiste hasta atrás. No sueles ser irresponsable, tampoco bebes así —al subir la mirada volvió a encontrarse con los ojos de su amiga que esta vez rehuyó su mirada—. ¿Qué pasó?, ¿viste a alguien?, ¿recuerdos? ¿Qué pasó? —insistió al ver que Enya no le respondía ni siquiera con la mirada. Le dio una palmada en el muslo—. ¿En?

—No pasa nada Lena, me sentí abrumada de repente, no vuelve a pasar —dijo a la vez que se levantaba por el lado contrario de la cama dando por terminada la conversación.

Lena también se levantó poniéndose en medio, acercó el rostro al de su amiga, tomándola por las mejillas y fijando su mirada en la de ella. Esa acción provocó en Enya una explosión de inseguridad inmediata, no creía que podría controlar el impulso de agarrarla por los hombros y besarla. Su deseo cada día se intensificaba más y temía no poder controlarse en algún momento.

—Enya, sabes que sea lo que sea puedes contármelo. Jamás haré algo que te perjudique. Eres... mi mejor amiga y te adoro. No guardes nada, ¿sí?

“Si te cuento lo que siento en este instante, saldrías huyendo de mi vida... y no deseo perderte”, pensó. Su mirada penetró la oscura de Lena y sonrió.

—Todo está bien amiga. Cuando esté lista te contaré, por ahora debo prepararme. Xtream me espera, ya es muy tarde. Creo que hoy me matan.

Dicho esto, se metió al baño, cerró la puerta tras de sí y se recostó de la misma. Sentía su pecho subir y bajar de forma desproporcionada. *“Estuvo cerca En, ... muy cerca”*.

Capítulo 6

Kara

—¿No crees que ya se ha demorado demasiado? —ya mi nivel de paciencia estaba agotándose, si esa mujer no llegaba en diez minutos explotaría en ira.

De repente, escuché los neumáticos de un auto al frenar de golpe. Mi hermana y yo nos fijamos en el auto que acaba de estacionar frente a la izquierda. ¡Enya! Conducía un hermoso Lexus LFA de color blanco; se detuvo frente a la puerta del edificio, la reconocí inmediatamente. Un guardia se acercó a abrirle la puerta, vi cómo le daba un golpe cariñoso en el hombro, acción que me extrañó un poco. ¡Ya saben, por lo que comentaban de su personalidad! Ciertamente, me extrañó que no trajera chófer.

Llegó vestida con un conjunto deportivo de color negro, con franjas blancas a ambos lados. El pantalón quedaba justo en sus caderas, dejando ver su perfecto y bien trabajado abdomen; la sudadera era de mangas largas, aunque las llevaba recogidas hasta los codos, la cremallera de la sudadera a medio subir; debajo, una blusa sencilla muy ajustada en corte V. Traía un moño alto que dejaba al descubierto su largo cuello, ocultaba sus ojos con gafas del mismo color, blancas con negro. Imaginé que las llevaba para ocultar sus ojeras, si era cierto que su noche había sido de fiesta. Bueno, el atraso lo confirmaba. Eran las 8:30 am, una hora y media de atraso. ¡Qué impuntual!

Rebeca se puso de pie y me indicó que debíamos entrar, pero mi rebeldía y yo queríamos hacerla esperar un poco. “Unos minutos Rebe, ¿o también vas a rendir pleitesía a la diva?”

—¡La verdad es que cuando quieres ser insoportable, lo eres!, ¡Dios! Lo que quiero es terminar esto, Kara.

Suspiré profundamente, me puse de pie y seguí a mi hermana; mantuvimos algo de distancia. La niña entró al salón donde estaban esperando, justo unos segundos después entramos nosotras. Todos en la sala se voltearon al verla llegar, algunos se pusieron de pie.

—¡Buenos días!, disculpen la demora —dijo, pero no dio más explicaciones.

Elvira se acercó a ella y le susurró algo al oído, estuvieron algunos segundos a solas, pero pude escuchar el ¿todo bien? al finalizar su cotilleo sin

que su manejadora recibiera alguna contestación. Enya simplemente se acercó a la silla que le correspondía y se detuvo detrás de ella, esperando a que todos se sentaran. ¡Al menos era educada!

Me quedé de pie, al lado de la puerta, mientras todos tomaban asiento y hacían las presentaciones de rigor. Cuando tocó el turno de presentarnos, Enya me miró y automáticamente me acerqué hacia ella, se sacó las gafas a la vez que sonreía. Me encontré con los ojos más raros y hermosos que había visto en mi vida. Si, miles de veces la vi por televisión, en vídeos musicales, fotos de prensa y, sí, sabía que tenía unos ojos descritos como unos de los más bellos de la industria, pero la realidad era que no le hacían ninguna justicia. En persona eran impresionantes, eran de un color un café claro, casi verde; el borde de su iris era de un café intenso. Extendió la mano y al tomar la mía hizo un leve acercamiento y besó mi mejilla. En realidad fue muy efusiva con todos y cada uno de nosotros.

—Encantada, Kara. Me fascina tu nombre y tu voz.

Le sonreí fríamente, aunque aquella mirada y sus palabras ciertamente me causaron un estremecimiento nada agradable para mí.

—Hola Enya, es un placer para mí también —¡Uff!, creo que mantuve su mano entre la mía más de lo necesario. Me mató.

Una vez terminadas las presentaciones, procedimos a sentarnos a la mesa, que era larga y rectangular, de un color caoba intenso. Frente a cada puesto había un vaso con agua y dos inmensas jarras a cada extremo. Jeff estaba sentado a la cabeza, a su izquierda Elvira, Enya a su lado. En frente de Elvira, nuestra manejadora, Liz; Jacob a su derecha, mi hermana dejó el espacio entre Jacob y ella disponible y me indicó con la mirada que me sentara, de esta manera quedaba justo enfrente a la amiga impuntual. Frente a los impresionantes ojos de Enya que, por alguna razón, no dejaban de posarse sobre mí. Frente a su imponente presencia que, lejos de intimidarme, me tenía nerviosa.

Un rayo de luz entraba a través del enorme ventanal, la cantante pidió permiso para cerrar la cortina. Mis ojos se posaron en su cuerpo mientras se acercaba al ventanal. Puedo admirar la belleza de otra chica, no tengo problema con ello, lo que me causaba problema era sentir que no estaba admirando su figura, era algo más que eso. Me gustaba como se veía, como caminaba y como le quedaba aquel pantalón de chándal.

La reunión transcurrió con normalidad, no hubo ningún inconveniente tras

el plan de la disquera. Enya grabaría un tema en colaboración con Xtream y luego se vería, de tener éxito, la participación de la estrella en nuestras presentaciones y viceversa.

Tras culminar la reunión, poco más de una hora después, me dirigí al baño. Ya el malestar inicial por el retraso de Enya se había disipado un poco. La reunión me había permitido conocer un poco más la forma de ser de la rubia, su comportamiento, profesionalmente hablando, puesto que su personalidad aún no era del todo clara para mí. Al menos me confirmó que no todo lo que decían los medios era real.

El baño quedaba al final del pasillo de donde estábamos reunidos, caminé hasta allí admirando el buen gusto de aquellas oficinas. Varios premios y fotos adornaban sus paredes, por algo era la compañía disquera más grande del país. Al entrar, me encontré con Enya quien estaba cabizbaja frente al tocador, con las manos posadas en el lavabo. Me detuve en la puerta, ella se notaba contrariada.

—¿Se puede? —pregunté por educación.

No levantó la cabeza, solo asintió y señaló con la mano los cubículos. Eran tres y todos estaban desocupados. Me sentí tan tonta.

—¡Claro!

Al salir del cubículo la encontré frente al mismo lavabo, esta vez mirando a través del espejo. Me observó al salir, me encontré con su mirada y la retuve; había llorado o, quizás, aún lo hacía. Me detuve en el lavabo, a su izquierda, y procedí a lavarme las manos. Levanté la mirada al espejo, allí estaban sus ojos, mirándome.

—Enya, ¿estás bien?

Sonrió sin ganas, abrió la llave y simuló lavar sus manos.

—Estoy bien. Lamento el retraso de esta mañana.

—No hay problema.

Volvió a sonreír, esta vez con algo de sarcasmo.

—No me siento tan segura de esa respuesta, supe que no estabas nada contenta.

Me quedé en una pieza. ¿Cómo lo sabía? Levanté la cara imponiéndome, colocándome frente a ella, recostada igualmente del lavabo. Cara a cara.

—Bueno, no fue muy considerado de tu parte, pero asumo que no es por eso que estás llorando.

Sonrió esta vez levantando su mirada al techo.

—No Kara, no eres tan importante para que llore por un retraso que no estuvo en mi control. No suelo ser impuntual y ya pedí excusas, si no son aceptadas, lo siento.

Se secaba las manos con una servilleta de papel, recostada aún del lavabo a la vez que hablaba con ese tono que me estaba sacando de las casillas.

—Lo entiendo, no necesito explicaciones.

—No te las daré.

—Recuerda que no fui yo quien abrió este tema. Me gusta la puntualidad, eso es todo.

—No volverá a pasar —caminó algunos pasos hasta la puerta y se detuvo de golpe —Por cierto, ese corte de cabello te queda espectacular.

Ví como lanzó el papel al bote de basura, dio la espalda y se marchó dejándome completamente fría.

Capítulo 7

Enya

—¿Entonces ya está todo listo, ya puedo retirarme? ¿No corro peligro a que me ataquen en el estacionamiento?

Elvira me había contado que una de las chicas de Xtream, precisamente la más guapa, andaba molesta por mi retraso, pero ya había puesto a aquella chiquita en su lugar.

—Por favor Enya, no exageres.

Las carcajadas de mi manejadora siempre me cambiaban el humor.

—No exagero Elvira, ¿no pueden entender que pudo haberme sucedido algo?

—Bueno, de sucederte no te sucedió nada.

No respondí a eso, la verdad no me convenía. La reunión con Xtream había acabado hacía un rato, me detuve a conversar con mi manejadora quien me informó que se canceló la reunión de la diez de la mañana. Lo que agradecí inmensamente; la verdad, odiaba llegar tarde a mis compromisos y gracias a mi estúpido enamoramiento, a lo divino y a mi comportamiento infantil al emborracharme por amor, ahora estaba siendo juzgada por algunos, entre ellos los integrantes de Xtream. Sobre todo, la imprudente de Kara. ¡Qué mujer linda!, pero así de linda, imprudente.

Me dirigí a mi auto y allí, sentada, permanecí unos minutos. Me dolía un poco la cabeza, anoche no debí beber así, me recosté del volante para ver si esa presión, justo en el centro de la frente, se aliviaba un poco. Pero, ¿de dónde me recostaría para aliviar el ardor en mi pecho? Este dolor que traía desde la noche anterior.

En la mañana, cuando vi a Lena a mi lado, tan cerca de mi cuerpo y con tanta intimidad, mi corazón se sintió estremecer. No porque fuera la primera vez que ocurría; Lena era mi mejor amiga, muchas veces hasta compartíamos habitación cuando viajaba conmigo a otras ciudades. Fue porque era la primera vez que interiorizaba que ella, jamás, sería mía.

Usualmente la llamaba al salir de reuniones importantes, esta era una de ellas; Xtream despuntaba frenéticamente. A mí me encantaba su música, las voces de las chicas y la manera tan sublime de componer de los tres. Por esas razones le pedí a Elvira que me organizara una reunión con ellos; claro,

después de hablar con la disquera y proponerle grabar mi reciente composición con éste grupo. Era importante para mí, mi amiga lo sabía; seguramente estaba pendiente de esa llamada para saber cómo había salido todo. Tuve que reír por no llorar, esta vez no la llamaría. No podía, ni quería escucharla.

Antes de irme, al despedirnos, le tomé el rostro entre las manos y juro que quise besarla y mandar todo al diablo. Sus labios era tentadores y ella me tenía al borde, pero la noche anterior otro la tuvo y sus manos recorrieron su cuerpo, su boca devoró la de mi amiga. No, no quería escucharla. Era una manera silente de desquitarme un poco y alivianar este dolor. El sonido del teléfono me sacó de mis pensamientos. ¡Dios, que no sea ella!

No lo era, número desconocido.

—¿Diga?

—...

—Sí, soy yo. ¿Dónde está?

Automáticamente apagué la radio que comenzó a sonar en cuanto entré al carro y encendí el motor; cada vez que recibía este tipo de noticia me aterrorizaba. Necesitaba todas mis neuronas alertas. Y cada vez que recibía esta llamada, automáticamente llamaba a Lena. Esta vez, no.

—...

—Espere, anoto la dirección. Calle Luciérnaga 345 —encontré un recibo en la guantera a mi derecha y un bolígrafo. Allí, en la parte posterior, escribí la dirección.

—...

—Gracias, estaré allí en una media hora.

Me puse en marcha de inmediato; manejé por quince minutos hasta que llegué a un paraje solitario, una curva. Me detuve y esperé unos segundos; observé que nadie me seguía y, en efecto, no había ni un solo auto a varios metros. Descendí del auto y me dirigí a la cajuela, siempre tenía allí un cambio de ropa adicional. Volví al auto, a la parte trasera; me deshice del pantalón y me puse uno de tela militar. Me quité la sudadera y vestí una camiseta ajustada, luego, un abrigo de tela militar encima. Bajé mi moño hasta la nuca y me coloqué una gorra, gafas y listo. Irreconocible.

Llegué pasada la una de la tarde; me estacioné algo apartada del lugar

donde me indicó la voz a través del teléfono. El dolor de cabeza se había intensificado, los nervios por lo que podía encontrar en esa área tan alejada de la ciudad, tan oscura, me tenían a punto de un colapso. Si, era un área mal oliente y oscura, a pesar de la hora.

Los edificios eran altos, caminaba entre ellos mirando a cada rincón. Negocios ambulantes, tiendas donde solo vendían licor y cigarros estaban custodiadas por hombres con barbas descuidadas, sombreros y botellas de cerveza en sus manos. Se reían de algún chiste entre ellos, mientras posaban los ojos en mí. La realidad era que parecía peligroso pasearse por allí. Sin embargo, en una esquina, jugueteaban unos niños descalzos; un palo como bate y una bola, hacía de su juego un momento mágico, sus caras lo decían todo. Sonreí a pesar de mis nervios. Mis ojos no se detenían en ningún lugar específico, necesitaba encontrarla... pero, ¿dónde exactamente?

—Disculpen, buenas tardes.

Me acerqué a un grupo de mujeres que charlaban cerca de los chicos que jugaban al baseball, supuse que eran sus madres; eran muy jóvenes, pero bastante maltratadas. Una de ella se puso de pie, por instinto de protección retrocedí un paso.

—¿Eres policía?

Me habló con algo de molestia.

—No, para nada. Solo quiero saber si han visto a esta mujer —le extendí la foto que cargaba hacía muchos meses; una foto ya opaca y maltrecha de tanto apretarla entre mis manos.

La tomó y se la mostró a las demás. Cuatro mujeres me escudriñaban al mirar la fotografía.

—¿Qué quieres con ella? Digo, por si la vemos.

Ví su sonrisa, su comentario lleno de ironía.

—Necesito encontrarla, me dijeron que se paseaba por aquí —vi como la mujer volvió la mirada a sus amigas, sentí que les pedía autorización. Una de ellas, la más rubia, la miró extraño, como pidiéndole permiso para hablar—. Por favor, díganme si la han visto.

—Te me haces conocida, ¿eres policía?

¡Otra vez!

—¡Que no! —me alteré un poco—. Mira, sé que ella no es peligrosa, tampoco estoy buscándola para hacerle daño. Solo quiero encontrarla —la mujer se dio la vuelta y volvió a sentarse en su lugar, en una silla de playa

roja. Continuaron hablando como si no estuviera allí—. Por favor chicas, sé que está por aquí —supliqué, pero me ignoraron—. ¡Gracias!, disculpen la interrupción.

Solo la rubia me miraba, la única que hizo contacto visual conmigo, así que le sonreí. Me alejé un poco de allí; una bola llegó a mis pies, tuve que saltar para que no me golpeará. ¡Los chicos! Chicos al fin, se reían de la travesura. Uno de ellos, delgado, desnutrido, diría yo, rubio, se acercó a buscar la bola. No pude evitarlo, le acaricié la cabeza. Me agaché ante él.

—¿Cómo te llamas?

—Junior.

—¿Qué edad tienes, Junior?

—Ocho.

Le mostré la fotografía, no pude preguntarle, escuché en la distancia que lo llamaron. Él miró a su espalda, allí estaba la rubia. Definitivamente tenía que ser su madre, el parecido era impresionante. El niño se alejó hasta donde se encontraban sus amigos, no sin antes llegar a donde estaba su mamá que le besó la cabeza sin quitar sus ojos de mí. Después ella se acercó hasta quedar a centímetros de mí.

—Eres Enya, ¿verdad? ¿La cantante?

Bajé la cabeza, creí que estaba irreconocible disfrazada. Sería el fin si se sabía algo.

—No, no lo soy.

—¡Claro! —bufó—. Hay una camioneta blanca estacionada a dos metros de aquí, justo frente a una cerca de metal, se aloja allí. No sé qué quieres con ella, pero es inofensiva.

—Lo sé.

Levanté la cara y la miré a través de las gafas, ella sonrió. Era guapa a pesar de su extrema palidez y ojeras; era una mujer delgada de cabellos largos y ondulados que hacía tiempo no eran atendidos con decencia.

—No te preocupes, no diré tu secreto. Ten cuidado.

Me dio un golpecito en el hombro, dio la espalda y se dirigió hacia donde estaban las otras mujeres.

—¿Cuál es tu nombre?

Me gustaba saber los nombres con quien hablaba. Se giró al escucharme.

—Vanessa.

—Gracias Vanessa.

Sonrío y se volvió a alejar. Llevé la fotografía a mi pecho; caminé hacia donde me había señalado Vanessa. Ojalá la encuentre.

Capítulo 8

Lena

—Enya, ¿dónde estás? ¿Por qué no me llamas?

Miré mi reloj por décima vez, otra vez miré la pantalla del teléfono. Ni un mensaje, ni una llamada perdida; ya eran las dos de la tarde. Enya no se había comunicado y, por una extraña razón, tampoco yo lo hice. Digo extraña, porque en cualquier otra ocasión le hubiese explotado el celular hasta que contestara. Quería saber cómo le había ido con Xstream, si aceptaron la propuesta, si exigieron algo. Quería escucharla; bueno, la realidad, era que quería saber si la tristeza que noté en la mañana y la noche anterior, se había escurrido. Necesitaba confirmar que se encontraba bien y también saber qué era lo que pasaba.

La reunión en la disquera estaba programada para las siete de la mañana. Entiendo que se atrasó un poco gracias a la borrachera de la noche anterior, pero ya era suficiente tiempo para que hubiese finalizado y, por ende, me hubiese llamado. Era la norma entre nosotras.

Era la primera vez desde hacía mucho tiempo que Enya Beatrice me ocultaba algo. Anoche sus ojos no tenían el brillo que suelen tener, no había alegría en su voz, a pesar del éxito de su concierto. En la mañana, cuando abrió los ojos, solo vi tristeza y algo profundo se removió en mí. Era mi amiga, su dolor y sus penas, eran las mías y siempre estaría allí para ella.

Tengo claro que Enya no confía en mucha gente. Su vida, su adolescencia, estaba marcada por un trauma y muy pocas personas lo conocían. Una de esas pocas personas era yo, no porque la conociera de niña, sino más bien, porque ella me lo había confiado. Sin embargo, esto que hoy sentía, este dolor, como en el vientre que se propagaba por mi estómago, era raro. Y esta duda en llamarla, en dar ese simple paso para saber cómo estaba, si necesitaba algo, tampoco era común en mí.

Había estado casi toda la mañana, desde que Enya se marchó, sentada en mi terraza, rompiéndome la cabeza, tratando de saber qué demonios le pasaba a mi amiga y también a mí que me sentía tan inquieta. Mi terraza, allí pasaba las horas tranquila, siempre que mi trabajo me lo permitía; desde allí veía un nuevo día, hablaba con mi novio sobre cualquier cosa y con Enya... sobre todo con ella. Vivía en un penthouse desde donde se veía la ciudad, el mar. Los

domingos en la mañana podía ver cuando los cruceros atracaban en el puerto; también escuchaba su llamado en las noches para que cientos de turistas se acercaran a abordar. Este domingo, este día, ni lo noté. Pasé la mañana a la espera de que despertara. Cuando salí a la terraza, cuando ella se marchó, ya el crucero estaba allí.

Un pensamiento repetitivo navegaba por mi cabeza: *“Lena, ella es quien necesita tu apoyo. ¿La razón? ¡Ni idea! ¿Por qué esperar esa llamada?, tal vez sea ella quien espera la tuya”*. Lo hice, le marqué... varios timbrazos. Siempre el mismo mensaje. *“Hola, déjame un breve y conciso mensaje, le llamo luego”*

Con esfuerzo le pedí a mi trasero que se levantara de aquella butaca. Tomé la taza y los dos vasos vacíos que estaban sobre la mesita a mi derecha y el celular. En tantas horas que estuve como idiota pensando, solo me levanté para ir a la cocina; fui por café, por jugo y agua. Una taza y dos vasos, tres veces que me levanté, siempre con el celular en la mano. Siempre a la espera.

Necesitaba ducharme, ya el reflejo de los rayos del sol no me acariciaban, me quemaban. Mi piel estaba perlada por el sudor. ¿Sería por el calor o por las pulsaciones que cada vez sentía más intensas? Decidí llamar a Saúl, tenía que pensar en otra cosa. Me sentía embotada.

—*Hola preciosa.*

—*Hola guapo, ¿cómo estás?*

Saúl era un chico corpulento, muy guapo. Su piel era similar a la mía, por supuesto, en color. Alto, de unos profundos ojos negros. Era un modelo muy cotizado, su contrato era para una línea de ropa para caballeros exclusiva de una de las mejores cadenas de tiendas en Estados Unidos. Su torso, sobre todo su torso, era muy conocido en el área de la moda masculina. Como la mayoría de las personas y amistades a mí alrededor, lo conocí tomándole fotografías, igual que a Enya. Sacudí la cabeza, la preocupación por no saber de ella me estaba nublando los sentidos.

—*Estoy bien, ¿cómo vas tú?*

—*Sí, bueno algo preocupada. Desde esta mañana que me despedí de Enya no he tenido comunicación con ella, ya sabes, anoche estaba mal.*

—*Te iba a comentar... ¿tienes idea de qué le ocurrió? Llegamos a la disco y se encontraba muy animada, contenta. El show estuvo lleno, quedó perfecto, las críticas también. La verdad, amor, no tengo idea qué ocurrió. ¿Osman no soltó prenda?*

—No, en absoluto. Sea lo que sea que haya pasado, fue en el tiempo que nos separamos de ellos.

—*Por cierto, anoche estuviste maravillosa, Lena.*

Me sonrojé, pero ni ese recuerdo erótico de los besos y las caricias de mi amante, me desviaron de la preocupación que sentía ante el silencio de Enya.

Saúl era un excelente amante y siempre estaba dispuesto, en cualquier lugar y hora. Anoche, durante el show, mientras mi amiga cantaba, estuvo tocando mis muslos, besando de cuando en vez mi cuello y comentando todo un arsenal de palabras eróticas, todos los planes para conmigo durante la noche. Al llegar a la disco me retiré solo un minuto, pero él llegó hasta mí y no pude resistirme al sentir su abrazo por la espalda. Sus besos, sus manos traviesas y sobre todo, su erección tan palpable en mi trasero. Después de un buen calentón en el baño de chicas, nos retiramos hasta el estacionamiento; de prisa, buscamos su camioneta para terminar allí lo que había comenzado horas antes.

Al regresar, más recompuesta y claro, liberada, fue que vi a mi amiga cabizbaja. Con un vaso de whisky entre sus manos, los ojos cristalizados y la voz pesada, pastosa. Nadie me supo decir qué había pasado. Pasaron por mi mente diferentes razones, una de ellas y la más que me aterrorizaba, era que se hubiese aparecido allí alguien de su pasado. Ese pasado que arrastraba como un saco a sus espaldas, que le dolía y lastimaba. Pero, esa razón, no podía ser. Enya contaba conmigo para alivianar esos momentos y me negó categóricamente que esa fuera la razón.

—*Lena, ¿me estás escuchando?*

Desperté de mis pensamientos, no estaba prestándole atención a Saúl.

—Disculpa amor, me distraje.

—*Te preguntaba que si podíamos vernos hoy. Anoche me comentaste que no tenías sesión fotográfica hoy.*

—No. Es decir, no tengo nada, pero... prefiero descansar y esperar que Enya aparezca.

—*Mmm.*

—¿Qué con ese mmm?

—*Tu amiga es adulta, Lena. Sé que te preocupa, pero tiene su vida y sus problemas. No pretendas ser su tabla de salvación. Sabes cómo son estas personas.*

—¿Perdón?

—*Len, no lo tomes a mal. Me refiero a estas personalidades. Sé cuánto la adoras, pero amor...*

—¡Saúl!, tranquilo, dejémoslo ahí. Hay cosas de ella que no sabes y, por mí, no sabrás. Tengo mis razones para estar preocupada como lo estoy.

Realmente no había nada que temer, pero era una salida para mí poner esa excusa. Nadie hablaría, ni insinuaría algo negativo de mi amiga. Al menos no frente a mí.

—*Disculpa mi intromisión, entre amigas, un novio no se mete...*

Empezamos el melodrama, levanté los ojos al cielo.

—Amor, ¿podemos hablar luego? Ahora mismo estoy agotada, quiero descansar. Anoche no dormí bien.

—*Como quieras. Hablamos luego.*

Saúl colgó el teléfono de mala gana. Mi novio no toleraba que fuera yo quien terminase una conversación telefónica. Ya tendría yo, luego, otra situación por ello.

Capítulo 9

Enya

—¿Por qué te escondes? ¡Necesito verte!, ¡necesito saber cómo estás!

Las lágrimas inundaron su rostro, no era tan fuerte, estaba rompiéndose y perdiendo la fe.

Las horas transcurrieron lentas, y Enya no logró encontrar a quien tanto buscaba. La camioneta que mencionó Vanessa, donde le aseguró que se hallaba ella, estaba vacía. Se agachó en la acera, frente a la camioneta de color blanco, colocando sus manos en la cabeza, otra falsa alarma. Se estrujó la cara con el dorso de las manos en un gesto de desesperación.

Allí, sentada en la acera curtida por el hongo y la suciedad, permaneció poco más de media hora, después de esperar y buscar por cada rincón una señal, una simple señal que le asegurara que al menos estaba bien.

Una débil y mal vestida mujer la observaba desde una calle aledaña, la veía llorar y una punzada de dolor la atravesó. No quería eso, no quería verla sufrir, pero esconderse era la única manera de protegerla.

—¡Hey! —la mujer se exaltó al escuchar a su compañero y amigo justo detrás de ella. Un hombre también desaliñado, algo mayor. Traía una gorra bastante gastada y una barba de muchas semanas—. Parece que te buscan —señaló a la chica sentada en el suelo, como si ella no se hubiese percatado de su presencia—. Ha estado preguntando por ti desde temprano en la tarde. Tiene una foto.

Sus ojos se achicaron, llevó el dedo curtido de sucio hasta su boca indicándole que hiciera silencio, volvió la mirada hacia la chica vestida de militar.

—No hagas ruido, quiero mirarla hasta que se marche.

Ambos se quedaron en esa esquina, apartados, pero alertas. Una lágrima rodó por su cara maltrecha y opaca. Tenía ambas manos tapando su boca, suspirando aceleradamente. Cuanto la amaba, por ese amor era que se escondía.

Por fin Enya se levantó, sacudió su pantalón y se acercó nuevamente a la camioneta. La observó detenidamente buscando una señal, solo una. No encontró nada, pero dejó algo. Extrajo de su pantalón una hoja amarilla, se recostó del cristal y escribió, luego dobló la hoja en cuatro partes, la colocó

entre el cristal y la puerta. Dio dos pasos hacia el frente, se detuvo en seco y retrocedió. Recordó colocar algo más allí, así que agarró nuevamente la hoja, llevó su mano al bolsillo posterior y sacó un billete. Miró a todos lados verificando que nadie la observara, se llevó la hoja doblada a los labios y depositó un beso en ella. Volvió a colocarla donde inicialmente estaba y se marchó. Caminaba pensando en ella, llevaba a cuestas el mismo vacío con el que llegó allí, buscando a quien no desea ser encontrado.

La mujer vio cuando Enya sacó de su grueso pantalón algo, dejándolo pillado al retrovisor. Esperó el tiempo suficiente a que la chica desapareciera, luego cruzó la estrecha calle y llegó hasta la camioneta; esa que hacía las veces de cuarto dormitorio, que permitía que aquella mujer se protegiera del frío en la noche y descansara cuando ya no tenía fuerzas para buscar lo que tanto necesitaba. Cuando lo encontraba, simplemente se dormía en cualquier callejón. Esa era su vida, la que había escogido y era la razón por la cual abandonó a aquella joven mujer. A esa chica a la que hacía sufrir en un intento por protegerla.

Su compañero estuvo alerta detrás de ella, mientras sus manos temblorosas agarraban aquel papel doblado en cuatro partes, lo llevó a su nariz en un intento por descubrir si se había impregnado algo del olor de aquella chica. Sonrió tímidamente; sí, olía a ella. Con mucha delicadeza abrió la hoja, había un billete de \$100 y una simple nota.

“Cúdate, aliméntate y, por favor, hazme saber que estás bien. Te amo, En”.

Enya tardó unos diez minutos en regresar a donde dejó su auto aparcado; de camino hacia el Lexus, pedía al cielo que estuviera completo y no sobre cuatro bloques. Se había estacionado frente a un parque abandonado y luego pensó que no fue buena idea. El área era bastante peligrosa, pero Enya ya había recorrido lugares así antes, siempre con la misma encomienda; buscar y tratar de encontrar a Brenda. Solo que siempre regresaba devastada, sin éxito.

Abrió la puerta de su auto después de haber quitado la alarma y se sentó en el lado del piloto, agradeció que el auto estuviera en perfecto estado. Una vez dentro, soltó el aire que llevaba acumulado en los pulmones ante la incertidumbre de que su auto no estuviese donde lo dejó. Agarró con fuerza el volante, colocó su cabeza sobre él y lloró. Nuevamente lloró de impotencia.

En otro momento se hubiese dirigido a casa de Lena o la hubiese llamado, pero no tenía fuerzas para escucharla.

Secó sus lágrimas con el dorso del abrigo, puso las llaves en el contacto y encendió el motor. Miró por el retrovisor y puso el auto en marcha. Veía nublado entre las lágrimas y el sol que se ponía en el horizonte, cuyos rayos se reflejaban en sus ojos.

Tardó cerca de una hora en llegar a su apartamento, en el centro de Manhattan. Moría por llegar, bañarse y meterse en la cama hasta el día siguiente. Ya eran cerca de las siete de la noche; subió al piso noveno donde vivía, el ascensor la dejaba justo en la puerta. Sacó de su bolso las llaves con lentitud, su cabeza daba vueltas, estaba tan cansada. Abrió la puerta y su mundo se vino abajo cuando la vio sentada en el sofá con una copa en la mano. ¡Lena!

Su amiga se puso de pie, dejando la copa en la mesita del centro. Enya se quedó fría, mirándola; el ambiente estaba tan tenso que se podía cortar con un cuchillo.

—¡Len!, ¿qué haces aquí?

Ella no dejaba de mirarla, pero reaccionó y caminó hacia la sala; Enya colocó su bolso en el sillón de descanso y se acercó a saludarla con un beso en la mejilla. Era lo usual, lo normal, aunque esta vez no lo fuera del todo.

—No me contestabas el teléfono, Enya. Estaba más que preocupada —la observó detenidamente de arriba abajo—. ¿Fuiste a buscarla? ¿Sola?

Era evidente, traía su ropa de camuflaje. La rubia se dirigió hacia el sofá donde antes estuvo la morena y se lanzó literalmente allí.

—Recibí la llamada de Arturo.

La morena se sentó a su lado.

—¿Y?

—Nada Lena, lo mismo, falsa alarma. Ya estoy perdiendo la fe —Lena le colocó una mano sobre el muslo, causando estragos en el sistema nervioso de la cantante. Cerró los ojos fingiendo que no sentía nada y recostó la cabeza del respaldo—. Estoy tan cansada —se quejó en un intento de que Lena se diera por vencida en estar allí y se marchase, pero esa no era la intención de su amiga.

Algo estaba pasando y no se quedaría con los brazos cruzados esperando a que Enya decidiera hablarle.

—¿Que almorzaste hoy?

Enya levantó la cabeza y la miró sorprendida; sonrió y volvió a descansarse en el respaldo del sofá. La pregunta era retórica, sabía que ella no había almorzado nada.

—¿Sabes que desde la mañana no como algo? Hasta ahora que preguntas es que lo recuerdo.

—Mmm —la morena se levantó con los brazos cruzados al pecho frente a su amiga.

—Len, no me dio hambre —se defendió antes de que su amiga la regañara por no cuidarse.

—Ok, te haré un sándwich.

—De acuerdo, te lo agradezco.

La rubia vio cómo su amor secreto se dirigía a la cocina. Se dibujó una gran sonrisa en sus labios; mientras, se incorporó para agarrar la copa de vino que antes había depositado su amiga sobre la mesa. Lena la conocía más que nadie y se preocupaba por ella, eso la sobrepasaba. Continuó sonriendo acariciando aquella copa que antes estuvo en los labios de la morena.

Quince minutos después ambas saboreaban un sándwich de jamón, queso y ensalada y un chocolate caliente. Enya no se movió del sofá, así que tuvieron que cenar en la sala. Lena no quitaba los ojos de su amiga, lo que provocaba en ella incomodidad. *¡Si al menos dijera algo!*, pensó.

—¿En? —la rubia volteó a mirarla como respuesta, no podía creer que estaba contestando su petición mental.

Lena se acercó más a su amiga, notó alguna migaja de pan en la comisura de los labios de Enya, acercó la mano y los limpió. Todo el cuerpo de la cantante temblaba. ¿Se habría dado cuenta de su atracción hacia ella? ¿Estaba jugando? Era un toque muy íntimo y, aunque le encantó, también se sintió confundida. Las miradas que le dirigía Lena no eran las mismas de siempre.

—¿Estás enamorada y no quieres decirme?

Lena siempre fue directa, al igual que Enya; nunca había confusiones entre ellas por esta razón, la sinceridad de ambas. Pero, esta vez, le sobresaltó. La rubia se separó un poco, colocó la taza en la mesa y se puso de pie. Los ojos de la morena la siguieron y vieron con asombro cómo su amiga se acercaba a ella que estaba sentada, se dobló hacia el sofá, colocando los brazos en el respaldo del mueble a su alrededor. Enya acercó su cara a milímetros de la morena, respiraban el aire de la otra. Los hermosos ojos de la cantante se clavaron en los ojos negros de la fotógrafa.

—¿Crees que estoy enamorada? —fue un susurro la pregunta.

Toda la piel de Lena se erizó, enmudeció. ¿Qué carajos era lo que le pasaba?

Enya no recibió respuesta inmediata. Se separó de su amiga que aún no soltaba el aire de los pulmones, volvió a su lugar en el sofá, colocó los brazos sobre sus muslos y la taza de chocolate entre las manos. Iba a confesarse.

—Sí, Len, creo que estoy enamorada.

—¿De mí?

Enya no sabía por qué no se sorprendió ante esa pregunta. Internamente, y por las miradas que le dedicó esta noche, sospechaba que su secreto estaba al descubierto. Nunca levantó su mirada de la taza, solo asintió con la cabeza.

Lena se levantó del sofá, caminó alejándose un poco de Enya que aún continuaba sentada, llevó sus manos unidas a la boca. Lo sospechaba desde que escuchó la frase “era lo que me faltaba” en la disco, la noche anterior. Sospechar y hacerlo realidad era un golpe por el que no sabía cómo reaccionar.

—Lena, tranquila. Estaré bien.

—No hay problema con eso, soy yo quien no está bien. Creo que es mejor que me marche, hablamos luego.

No hubo despedida, simplemente la puerta se cerró dejando a Enya sentada en el mismo lugar, inmóvil, con los ojos aún puestos en la taza de chocolate entre sus manos.

Capítulo 10

Tres semanas después...

—¿A que no adivinan qué? Chicos, ya está todo listo para la grabación. Viajaremos a New York el lunes próximo, iremos directo a la disquera —Liz caminaba de un lado a otro colocándose el bolígrafo en el mentón como si pensara; grabar una colaboración con Enya era un sueño para cualquier artista que estuviera despuntado y, aunque ciertamente ellos no estaban en sus comienzos, si era cierto que Enya era una cantante internacional—. Hoy escucharemos el arreglo de “Por ti”. Si todos estamos de acuerdo y no es necesario hacer ningún cambio, procederemos a grabar una vez que lleguemos a la ciudad. Extrañamente Enya quiere que se graben las voces en vivo, ambas.

—¿Cómo es eso?, ¿ambas, Liz?

Rebeca estaba sentada sobre la alfombra de la sala de Liz.

—Su parte y la de Kara. No desea que se graben las voces individuales para mezclarse luego.

Todos abrieron los ojos sorprendidos, pero Jacob fue más allá, se levantó de golpe ante la noticia de que no fue escogido.

—Espera, ¿ya decidieron quien será la voz principal? O sea, creí que éramos todos.

—Bueno, serán todos Jacob, pero las partes principales serán Enya y Kara. La canción es de ella.

—Eso no importa, Liz. No me interesa quién la grave de nosotros, lo que quiero saber es cómo decidieron quien lo haría. No me parece justo.

Las chicas se miraron entre sí, Jacob realmente estaba molesto.

—Bueno amor, entiendo que soñabas con que fuera un dúo romántico donde el caballero de esta agrupación llevaría la voz cantante, pero no, ya ves que no fue así —Rebeca que había permanecido callada sonó muy sarcástica. Tampoco estaba muy de acuerdo con la decisión.

—No te burles Rebeca —el chico se volteó hacia su compañera, la nota de decepción en su voz era perceptible—. ¿Cómo lo decidieron, Liz? Aún no sabemos cómo se escuchará la mezcla de voces, sea quien sea de nosotros la voz principal.

Liz se esperaba esa reacción, Jacob había apostado que sería una canción

romántica entre dos enamorados, por ende, y como único hombre, creyó que sería el elegido. Era su oportunidad de sobresalir dentro del grupo, puesto que su voz era muy afinada y varonil, pero los grandes éxitos de la agrupación, los que habían alcanzado posiciones en las listas de popularidad, eran los que cantaba las chicas.

—¿Liz? —Kara que era la involucrada en este caso, había permanecido también callada observando, algo incómoda, la discusión de Liz con Jacob.

—Kara, ¿también vas a protestar?

—No, no es eso.

—¿Entonces? —la cara de Liz era de molestia total.

—Es que estoy de acuerdo con Jacob. ¿Cómo decidieron quién acompañaría a Enya en “Por ti”? No hemos hecho prueba de compatibilidad.

—Fue Enya. Por alguna razón, quiere que seas tú, fue una de sus peticiones. Posiblemente por ser la compositora del tema, te escogió.

—Bueno, ahora que lo recuerdo, ella mencionó que le gustaba la voz de mi hermana.

Hubo un silencio muy incómodo en la sala. Los chicos estaban sobre la alfombra como siempre, Liz al borde del sofá. Los observaba detenidamente.

—Insisto, debemos hacer prueba de compatibilidad. Si quieren, yo hablo con ella.

—No Kara, tranquila. Enya decidió que quería cantarla contigo y eso se hará. No vamos a incomodarla, ¿estamos de acuerdo? —silencio en la sala. Jacob reposaba la cabeza del sofá con la mirada al techo. Kara miraba a una pared y Rebeca estudiaba sus manos—. ¿De acuerdo chicos?

—Sí, de acuerdo —contestaron con poco entusiasmo.

—Ok, escuchemos el arreglo, me lo enviaron esta tarde. Ya lo escuché y me pareció genial, solo esperamos la aprobación de ustedes.

—Como si fuera necesario. ¿La señorita estrella lo escuchó?, ¿lo aprobó?

—Sí Kara, Enya ya lo escuchó.

—Bueno, pues no se diga más —todos miraron asombrados como la chica del cabello corto se levantaba del suelo y recogía su bolso del sofá—. Yo me tengo que ir, tengo una cita.

—Kara, ¿a dónde vas? —Rebeca la siguió hasta la puerta, le puso una mano en el antebrazo para detenerla—. Baby, esto es importante.

—Rebe, ya está decidido que ése será el arreglo, no tiene sentido que me quede aquí. Lo que diga su majestad será lo que se hará. Déjame, estoy

bastante incómoda. Mira a Jacob, su molestia se le sale por los poros.

La chica de cabello negro levantó sus manos rendida, besó a su hermana en la mejilla y la dejó ir. Al voltearse, Rebeca vio a Liz con la cabeza entre las manos, Jacob aún miraba al techo.

—Va a estar difícil esto.

—¿Cuál de las dos es más caprichosa?

Era lunes por fin, el día en que se reunirían con Enya para grabar la canción. En cuanto llegaron al estacionamiento, Kara se percató de que la chica ya se encontraba en la disquera. Su Lexus estaba aparcado justo al frente de la puerta. O era exclusivo el estacionamiento de ella, o había llegado muy temprano.

Entre los integrantes de Xtream, no se comentó nada de lo ocurrido la semana anterior, todos habían dejado la situación tranquila por temor a revolver más las cosas. Kara pidió al chófer que la dejara frente a la puerta y no en la entrada. Usualmente se entraba por el estacionamiento soterrado, un ascensor los llevaba cómodamente hacia las oficinas de la disquera.

—Necesito con urgencia ir al baño, los veo dentro.

Kara salió a las escaleras que daban acceso a la puerta principal, las subió ágilmente. Su vestimenta ese día era muy cómoda, calzado y ropa deportiva. Se presentó con la elegante recepcionista que, obviamente, la reconoció de inmediato. Se dirigió a la oficina de Jeff.

La oficina tenía una pared de cristal al igual que la puerta, desde afuera la chica pudo observar que Jeff estaba concentrado en una llamada telefónica, aun así, tocó la puerta. Él, al verla, terminó la llamada y se puso de pie para recibirla cálidamente

—¡Hola, Kara! ¡Qué bien!, llegaron temprano. ¿Los demás?

—¡Hola, Jeff! Ya vienen, están en el estacionamiento.

—Siéntate, te ofrezco algo en lo que se reúnen.

—No, no gracias... Jeff, me adelanté porque quiero hablar con Enya en privado, ¿será posible? Sé que ya está aquí.

El hombre mostró algo de sorpresa ante la petición, pero no se negó.

—Claro, ella está en el estudio “A”, ensaya la canción. Por cierto Kara, creo que esa composición es perfecta para este lanzamiento, te felicito.

—Gracias —dijo tímidamente, aún no se acostumbraba a que la

reconocieran como compositora—. Voy con Enya.

—¿Te acompaño?

—No, no es necesario. Gracias Jeff.

La chica se dirigió hacia el estudio; dio dos toques a la puerta, pero la música adentro impedía que se escucharan. Con un poco de ansiedad colocó la mano en el pomo de la puerta y la abrió. Al entrar se encontró con la cantante de espaldas, los grandes audífonos cubrían sus orejas. Entró cautelosamente mientras la observaba entregada a la canción, su voz era realmente privilegiada.

Una media pared de cristal la separaba de la impresionante consola de sonido. Justo detrás de la pared se encontraba el cuarto de grabación, donde se hallaba la chica rubia. Un sofá enorme daba la bienvenida al descanso en aquel estudio. Una moderna máquina de café se apreciaba sobre una mesa, acompañada de quesos, galletas, frutas y una gran jarra de agua; a veces las grabaciones se extendían por horas.

Según se acercaba a la pared de cristal con la intención de llamar su atención, vio como Enya limpiaba su cara. ¡No podía ser!, ¿nuevamente llorando? En el instante que decidió dar la vuelta y dejar el tema que la apremiaba, la cantante se percató de su presencia. Sus miradas se cruzaron a través del cristal, como la primera vez, la mirada de Enya traspasó los ojos de Kara, la paralizaron momentáneamente.

La pelinegra vio cómo Enya se quitó los audífonos y se disponía a salir a su encuentro, a la vez que secaba sus mejillas. Ella la esperó en el área del sofá.

—Hola Kara, llegaron temprano —un beso en la mejilla acompañó el saludo.

—Hola. Escuché algo de la canción, tienes una voz formidable.

Enya se acercó a la mesita dándole la espalda y tomó un poco de agua, levantó un vaso ofreciendo a la chica, la cual asintió. Enya lo sirvió y extendió el vaso a Kara.

—¿Llevas mucho aquí?

—No. Quería hablar contigo antes de comenzar, pero quiero saber... ¿estás bien?

Enya la miró por encima del vaso mientras bebía el líquido.

—Estoy bien, gracias —respondió. Kara la miró con duda—. En serio, no pasa nada —le aseguró y la invitó a sentarse en el sofá, una frente a la otra—.

Te escucho.

—Enya, supe que pediste que fuera yo quien cantara esta canción contigo y, en cierto modo, me halagas... —Kara buscaba las palabras adecuadas para expresar y solicitar un cambio de planes. No se abordó el tema entre el grupo después que ella salió de la casa de Liz la semana anterior; se había quedado inquieta, así que buscaba la manera de hacer las cosas más llevadera para todos.

—¿Pero...?

—Creo que no es justo, ni adecuado que yo sea quien cante la canción sin siquiera hacer una prueba de compatibilidad entre tu voz y las nuestras.

—¡Mmm!, ¿no te sientes cómoda conmigo? Entiendo que no empezamos con el pie derecho, pero...

—No, no es eso Enya. Es que nosotros somos tres y no quiero incomodidad.

La cantante de cabello rubio se puso de pie, comprendió de inmediato la petición de Kara. Quería cantar con ella porque su voz le transmitía paz, pero a la vez sintió que, desde que se conocieron, no le era del todo agradable a la pelinegra; sabía que no le caía bien y quería incomodarla. Divertirse viéndola incómoda. Y allí estaba ella, abogando por lo demás, cualquier otra persona no hubiese dudado en aceptar esa oportunidad; ese gesto la enterneció. Se volteó y volvió a su lugar en el sofá, tomó las manos de la otra, la corriente entre ellas fue palpable; ambas se miraron. Ambas lo sintieron. En tan solo un segundo un estremecimiento las hizo perderse en los ojos de la otra, fue como si de pronto en el universo hubiera cambiado algo y eso las sorprendió a ambas por igual, así que solo pudieron mirarse, mientras intentaban encontrar una explicación a su sentir y disimular la confusión que les causó.

Fue Enya quien finalmente cortó el silencio que surgió entre las dos.

—De acuerdo, lo haremos, pero, ya estudié sus voces Kara. Todos cantan hermoso; sin embargo, creo que esta canción tan sublime quien debe cantarla eres tú. No sé qué situación te hizo componerla, pero para mí, ya es una de mis favoritas. Y quiero cantarla contigo.

Tal declaración hizo que el corazón de Kara diera un vuelco.

Capítulo 11

—¿Está todo bien aquí?

El momento íntimo, y a la vez incómodo, fue interrumpido por la abrupta entrada de los otros integrantes de Xtream, el ingeniero de sonido, su asistente, Liz y Jeff. Fue éste último quien primero entró a la sala de grabación sin sorprenderse al verlas, una de pie, frente a la otra. Hacía algunos minutos que el grupo esperaba en la oficina de Jeff para comenzar la grabación; estaban dando espacio a la conversación que las chicas mantenían en la sala de grabación. Aunque nadie, ni siquiera Rebeca, sabía de qué hablaban; lo cierto era que, sin estar seguros de cuál era el tema, sí lo sospechaban por el comentario de Kara la semana anterior. A nadie le extrañó que Jeff les dijera dónde y con quien estaba Kara.

—Disculpen chicas, ya debemos comenzar.

Jeff se acercó a ambas sonriendo; las chicas devolvieron el saludo, mientras Kara se ponía de pie clavando su mirada en Rebeca que la estudió a profundidad. Colocó una mano en la espalda de su hermana.

—¿Qué hiciste?

Enya sonrió al escuchar el murmullo y se alejó un poco dando espacio para que las hermanas platicaran. Sin embargo, Kara solo negó con la cabeza a que algo pasara, lo hizo sin quitar la mirada de la rubia.

—Tranquila, todo está bien, solo ensayamos... ¿cierto, Enya?

La rubia, que estaba algo apartada platicando con Jeff, reaccionó sorprendida ante la pregunta; la verdad era que no escuchó lo que murmuraban las hermanas.

—¿Qué cosa?

—Que ensayábamos la canción —Enya volvió a dedicarle una sonrisa acercándose hacia el grupo.

—¡Ah!, sí. Y, de hecho, quisiera hablar con todos. Si me lo permiten.

El grupo se reunió en la sala de espera, mientras el ingeniero de sonido se colocaba frente al panel y comenzaba el proceso de modular el ecualizador; su asistente, un chico muy joven, se dirigió al cuarto donde antes se encontraba Enya ensayando para verificar los micrófonos y audífonos. Todos estaban atentos a lo que la estrella diría.

—Quería cantar esta primera canción con Kara. Las razones son simples,

me gusta su voz; creo que nos acoplaremos perfectamente y me agrada que ella haya sido la compositora. Sin embargo —la mirada de Kara se detuvo en la de Enya, no podía creer que la descubriera. Bueno, si podía creerlo, Enya era caprichosa. Tal vez mirándola profundamente desistiría de descubrirla—... Sin embargo, Kara me hizo reaccionar —no, no desistió—... Ella tiene razón, debemos hacer una prueba de sonido con Rebeca y Jacob. No debí decidir sin antes escucharlos. ¿Están de acuerdo?

Todos se miraron complacidos, todos menos Kara. ¡La había puesto en evidencia! La media sonrisa que le dedicó Enya la desarmó. Ella se le acercó mientras aún sonreía traviesa.

—¡Enya! —Kara se acercó y la rubia al verla levantó el dedo índice con amenaza.

—Nunca me dijiste que era secreto —se defendió, mientras continuaba sonriendo.

—Eres... terrible.

—¡Lo soy! —le hizo una guiñada que terminó de aniquilar a Kara.

Enya se retiró hacia el área de grabación, mientras la pelinegra la observaba alejarse y Rebeca a ella, sorprendiéndola a su espalda.

—¿Ya?, ¿las más amiguitas?

—No Rebeca, nada de amigas. Como les dije el otro día, no quiero problemas con esto. Le platicué y ella lo entendió. Hagamos nuestro mejor esfuerzo para ganar esa canción. Era lo que querían, ¿no?

Durante la primera hora se dedicaron a ensayar la canción. Cada uno de los vocalistas de Xtream cantaría varias estrofas de esta, acompañados de la pista musical. Enya, por ser la voz principal en esa pieza, tendría que cantarla más de una vez con cada uno. Liz se sentía algo incómoda cuestionándose si la mega estrella estaría molesta con el capricho de Kara, todo sería más fácil si el plan original se hubiese ejecutado tal cual. Enya y Kara, Kara y Enya. Lo que no sabía, era que la chica estaba disfrutándolo. Sus problemas personales no rondaban su mente en ese momento y solo tenía la cabeza puesta allí, en aquella canción que la había enamorado y que deseaba cantar.

La letra de aquella canción decía tanto de lo que quería gritar. Justo estaba cantándola frente a Kara, ella miraba a la compositora en cada frase. No tenía claro por qué, pero se preguntaba cómo alguien tan serio como aquella chica,

como Kara, logró sensibilizarse al escribir unas frases tan profundas. Al menos para ella era así.

Entre frase y frase se sonreían, Enya sabía que iba a probar mezclas de voces con los otros dos integrantes, pero por alguna razón, deseaba intensamente que esa canción fuera grabada solo por ellas. Sus voces se acoplaban, hacían juegos con las notas, como si la canción fuera ya un éxito y la hubiesen cantado mil veces. Como decían en el argot musical, la canción había salido de “una”.

*Por ti, que sé que existes.
Por tus besos que algún día serán míos.
Por ti, que aún no te conozco.
Por tu amor que fue creado para amarme.
Por tu sonrisa, que me iluminará hasta el alma.
Tus ojos que se empequeñecerán al mirarme,
Y lograrán que mi cuerpo se estremezca al solo recordarlos.
Por ti, amada mía,
llegaré hasta el último de los rincones, hasta encontrarte.
Porque, aunque sé que existes, aún no has llegado a mí.
A este lugar que fue creado para acunarte,
mis brazos, que esperan por ti.*

—¿Enya? —se escuchó la voz de Jeff, llamando la atención de la cantante que se había quedado muda, mirando hacia la sala de espera.

Todos dirigieron la mirada hacia el lugar que llamaba la atención de la cantante. La puerta.

Una hermosa morena de pie frente a la puerta cruzaba intensamente su mirada con la de la chica.

Una hermosa rubia le sostenía la mirada, incrédula, ante la aparición de su amiga sin previo aviso.

Un productor musical echaba chispas al ver que se había interrumpido una prueba musical que a todas luces iba perfecta.

Una Rebeca, un Jacob, una Liz escuchaban una pista musical de fondo, haciendo del ambiente muy incómodo.

Una chica de cabello negro sorteaba su mirada entre la rubia y la morena preguntándose qué rayos pasaba y sintiendo como su corazón latía de prisa sin una razón aparente.

Capítulo 12

—¿Qué haces aquí? —acabas de interrumpir una grabación.

Enya cerró la puerta del estudio tras ella, llevándose a Lena y enfrentándola.

Cuando por fin la razón llegó a Enya, luego de estar por varios segundos en silencio sorprendida ante la aparición de Lena en aquel estudio, se quitó los audífonos, miró a Kara sin decir nada y salió de allí, hacia la puerta, hacia Lena.

Enya se olvidó por un instante de actuar con disimulo. Durante los primeros días, luego de la confesión, intentó sin éxito que Lena contestara una sola llamada. Quería decirle que nada pasaba, que ella permanecería tranquila y no atentaría contra su relación de amistad. Pero Lena, en su inmensa sorpresa ante la confesión de su amiga, había quedado tan desconcertada, que no contestó. Se sentía rara; su amiga, que tanto amaba, tenía otro tipo de sentimiento hacia ella y eso la colocaba en una posición vulnerable, aunque no se sentía molesta, ni incómoda.

—Entiende En, me tomaste por sorpresa. Además, he tratado de hablarte y eres tú quien no me contestas.

Sí, lo hizo, la había ignorado, pero no era adrede. Simplemente estaba próxima la grabación con Xstream y necesitaba toda su energía en ello. Cada timbrazo, anunciándole que Lena estaba en la otra línea, la ponía muy ansiosa. Entonces decidió apagar su celular unos días.

La cantante se pasó las manos por el rostro, nerviosa; sin saber muy bien qué hacer, se llevó una mano a la barbilla mirando a su amiga fijamente, estudiándola y analizando qué decir.

—Quiero intentarlo Enya —dijo Lena finalmente.

La mano de la rubia pasó de su barbilla hasta su pecho, sus ojos se abrieron como platos ante la sorpresa.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que escuchaste, quiero intentarlo —repitió. Lena se acercó más al cuerpo de Enya causando escalofríos en ambas, pero la razón aún estaba del lado de la cantante. Retrocedió dos pasos colocando una mano en el hombro de su amiga, evitando así que se acercará un poco más—. ¿Qué ocurre?, ¿ya te arrepentiste?, ¿ya no sientes nada?

Enya volvió a colocar ambas manos en su cabeza, estaba desconcertada. No era el lugar y menos el momento para ceder, algo en su interior no le permitía ceder.

—Lena, estoy en medio de una grabación. Esas personas —señaló hacia la puerta— me están esperando.

—¡Enya! —fue Kara quien interrumpió el incómodo momento. Enya la miró sin expresión alguna. La pelinegra sintió la mirada de Lena de arriba abajo, percibió lo pesado del momento, pero necesitaba continuar y a la vez saber quién era esa persona que las había interrumpido en plena grabación—, esperamos por ti.

Lena se fijó en que la chica también la había estudiado, pero no la saludó, solo se dirigió a su amiga y eso, en cierto modo, la alertó.

—Ya voy, Kara. Disculpa, ¿sí?

Kara colocó la mano en el hombro de la chica y sonrió.

—Tranquila, te espero.

Las cejas de Lena se levantaron y una media sonrisa apareció en su rostro. La puerta se cerró y volvieron a quedar solas.

—Len, ¿podemos vernos luego para hablar? Déjame pensar. Sí, estoy enamorada de ti, no puedo ocultarlo, pero...

—No crees que yo pueda sentir algo, ¿cierto?

—¿Podemos vernos luego? —insistió—. ¿En la noche?

—De acuerdo.

Lena se levantó de puntillas y besó la mejilla de su amiga, acarició su rostro mirándola intensamente. Enya tragó en seco y solo sonrió. Soñaba con este momento y se estaba haciendo realidad, pero, ¿por qué no sentía maripositas en extremo?

Lena se marchó, Enya la observó caminar por el pasillo. Se quedó de espaldas a la pared en un intento por tranquilizarse. ¡Lena quería intentarlo! Sacudió la cabeza, sonrió, no podía creerlo. Lena...

Después que logró tranquilizarse, entró a la sala encontrándose con varias caras largas, entre ellas la de Jeff.

—¿Podrías venir Enya?

La chica miró a todos, pidió disculpas y se acercó a Jeff que ya estaba cerca de la puerta de la sala de grabación, algo apartado del grupo.

—Jeff.

—Enya, ¿podrías evitar este tipo de situación?

La chica extendió las manos en cuestionamiento.

—¿Qué situación?

—Cada minuto cuenta. Cambiaste la dinámica de grabación al acceder al capricho de Kara, ya se había decidido que ustedes interpretarían la canción.

El productor estaba molesto, era conocido que la poca disciplina lo alteraba.

—Fue mi decisión desde un principio cantar con Kara, creo que también lo es cambiar de opinión —Enya hablaba firmemente, como de costumbre. No podía entender el intercambio de palabras por parte de Jeff.

—Todos sabemos que no cambiaste de opinión porque si —el hombre apuntaba su dedo hacia la chica mientras hablaba—. Cediste ante esa niña; atrasas el proceso y, además, interrumpes las pruebas al salir del estudio en plena grabación. Eres la estrella aquí, pero yo soy el productor. Tus opiniones o peticiones son las válidas, no debes ceder así —caminó alejándose de ella unos pasos, sin salir del área—. Parece que te gustara esa niña.

Enya reaccionó sorprendida y a la vez muy molesta por varias razones. Tuvo una situación con Lena no planificada, puede ocurrir. Entendía que interrumpir así, sin más, no está bien visto, pero ella no tuvo otra opción. Era Lena quien la reclamaba, nunca antes eso ocurrió. Por otro lado, ¿qué tanto tiempo se había atrasado la grabación? Estaban en plena prueba. Recogió algo de oxígeno que llevó a los pulmones tratando de calmarse, se paró detrás del hombre tocando su hombro para que se volteara y la mirara. Él lo hizo, quedando frente a frente.

—Jeff..., disculpa lo que te diré. Como mencionaste hace unos minutos, aquí yo soy la estrella. No pierdo absolutamente nada con una cancelación, estamos comenzando. Si estás... —colocó el dedo índice en el pecho del hombre— o están tan molestos con mi cambio de decisión, lo lamento. Esa niña, como la llamas, tiene razón, no puedo obviar a los otros dos integrantes del grupo. Si me gusta o no me gusta... eso no te importa. Ahora bien, no voy a tolerar en ninguna circunstancia que me hables en ese tono. Te respeto y acepto que puedas llamarme la atención si cometo alguna falta, pero con mi vida personal no te metas.

El hombre asintió en silencio, sin quitar su mirada de la de ella. Prefería mantener silencio a permitir que, a estas alturas, la cantante se retirara de la

grabación. Era un contrato muy atractivo y sabía que sería una bomba.

—¿Algo más?

—No Enya, podemos continuar con la prueba.

—De acuerdo.

La cantante dio la vuelta, caminó dos pasos y se detuvo..., luego volvió sobre sus pasos hasta donde estaba el hombre.

—Otra cosa, Jeff.

—¿Sí?

—Las opiniones de Rebeca, Jacob y Kara, también son válidas, ¿ok?

La chica se retiró hacia la sala de grabación sin esperar una respuesta. Jeff la miró alejarse, luego sonrió. Trabajar con Enya no era fácil; era perfeccionista, muy humana, pero a la vez rebelde, nunca se quedaba callada. Siempre imponía sus criterios, era una ficha importantísima en la disquera, más le valía ceder a sus peticiones y no llevarle la contraria.

—¡Hey, people!, podemos continuar.

Desde la sala de grabación se sintió el llamado de Enya a través del sistema de sonido, ya estaba en posición, micrófono en frente, audífonos colocados. Todos miraron hacia el estudio, Enya estaba cabizbaja, aparentando que todo se encontraba bien. Kara se dirigió a la sala, abrió la puerta y se le acercó por la espalda, colocando una mano en la cintura de la chica.

—¿Estás bien?

—Lo estoy.

Ambas se dedicaron una tierna sonrisa. Kara se colocó los audífonos ya frente a su micrófono y de inmediato comenzó a sonar la melodía, la pelinegra no dejaba de mirar las reacciones de Enya, no podía evitarlo. Las notas principales de la canción eran melodiosas, la transportaban; sentía que era perfecta la escena, ella y Enya cantando su canción.

Enya sintió la mirada de la otra, alzó la cabeza y le regaló una guiñada. Kara bajó la cabeza en un claro acto de timidez, debía concentrarse. Quería ganar la oportunidad de vocalizar junto a Enya su canción.

Por ti, que sé que existes.

Por tus besos que algún día serán míos.

Por ti, que aún no te conozco.

Por tu amor, que fue creado para amarme...

Capítulo 13

—¿Qué hora es?, la verdad es que ya estamos agotados...

Eran ya pasadas las doce del mediodía; tres horas en aquel estudio. Enya, junto con Elvira, que acababa de llegar, habían decidido que, el mismo grupo, el arreglista, Liz y Jeff dispusieran quien debía vocalizar las voces principales de la pieza.

Enya estaba cansada, pero no era un cansancio físico. En su cabeza solo había un rostro, un nombre, una persona. Lena. Tenía sentimientos encontrados, se hallaba apartada, recostada en otro sofá que quedaba cerca de las consolas, mirando al techo acústico de aquel estudio, se había quedado allí durante el almuerzo. Solo deseaba que aquella reunión terminara, marcharse a su apartamento y quedarse allí toda la noche. Sola.

La realidad era que la idea de ver a Lena no le resultaba del todo agradable, tenía miedo. Miedo de esa repentina idea de intentarlo, miedo de que la confusión en Lena dañara una hermosa y gran amistad. Tenía miedo de que ella, su amiga, estuviera experimentando y, por ende, quedarse sola. Enya, estaba sola. Su carrera y Lena eran su todo, al menos en aquel momento.

Todos almorzaban en la sala de espera, un servicio de “catering” les había llevado la comida. Ensaladas de espinaca, aderezo de vinagreta con fresas y almendras, algo de pollo, puré de papas; habían pedido un almuerzo liviano, tenían que terminar ese día. Los chicos continuarían con su gira por algunas ciudades de Estados Unidos y no tenían otra oportunidad para grabar. La grabación debía salir en dos meses, no había otra opción. Platicaban sobre cualquier cosa, reían, estaban animados. Los tres cantantes de la agrupación hicieron, de hecho, una excelente interpretación del tema, pero por encima de esas voces, la de Kara sobresalía y todos, incluyendo a la misma cantante, lo sabían.

En un momento en el que las risas llenaban la sala, Kara se apartó; se sirvió algo de ensalada y pollo en un plato y se dirigió hasta donde se ocultaba Enya, quien, al verla, se incorporó en el sofá dejando espacio para que la chica de cabeza a medio rapar, se sentara. Le gustaba mucho cuando Kara bajaba la cabeza y el cabello caía sobre el área rapada disimulando el estilo; en ese momento parecía un recorte parejo, no en desigual como realmente era.

—Ten, debes comer algo —le ofreció el plato y la chica lo tomó

agradecida.

—Te lo agradezco, la verdad es que ya tenía apetito —Enya comenzó a comer de inmediato, sin siquiera mirar a Kara que sonreía complacida—. ¿Sabes?, me gusta cómo va quedando la pieza. ¿Qué piensas?, ¿tienes a alguien como favorito?

—Esto parece una competencia de Exatlón, todos contra todos.

Ambas soltaron una carcajada ante la ocurrencia. Enya levantó la cabeza y miró a Kara, la verdad era que esa chica era muy bella. Hubo un instante de silencio entre ambas, el mismo que la rubia interrumpió.

—Debiste aceptar cantarla tú, Kara. Es tu canción, te queda súper.

—Enya..., es lo justo, que todos audicionen. Siempre ha sido así.

—Sí, lo entiendo y dice mucho de ti, me gusta. Solo te expreso mi opinión.

—Y yo te lo agradezco. Viniendo de la gran Enya, es realmente un honor.

La chica se quedó seria, en silencio. No sabía cómo recibir esas palabras, estaba viendo en Kara a alguien especial; había cortado su momento a solas, interrumpió su momento de discusión con su amada Lena. En ninguna de las dos ocasiones le había molestado, ambos instantes eran de gran valor para ella, no hubiese sido así en cualquier otro momento o con otra persona.

—Kara, no soy una gran persona. No soy una gran estrella, te lo digo de corazón. Mi opinión sobre tu interpretación es más clara que el agua. Los chicos cantan hermoso, Rebeca tiene un metal de voz envidiable, Jacob canta espectacular, no les quito méritos, los tienen. Solo que, “Por Ti”, como que lleva tu sello. Creo que también tu esencia, ¿entiendes lo que quiero decir? —colocó la mano sobre su muslo.

Kara posó la mirada allí, en aquella parte de su cuerpo que ahora sentía que ardía. Enya se percató, pero acto seguido Kara se levantó obligando a la chica a apartar la mano; colocó las propias en su cintura.

—Lo entiendo, y vuelvo a agradecerte el cumplido. Además, debo añadir algo —se dobló un poco ante la rubia y agarró su mano libre—. Eres una gran estrella y yo solita averiguaré si eres una gran persona.

La chica se incorporó y luego se retiró hacia la sala. Enya dibujó una sonrisa en sus labios ante aquella frase de Kara.

—¡Presumida!

—¡Lo soy! —Kara habló sobre su hombro sin dejar de caminar.

Ambas rieron.

—¡Esa contestación es mía! —gritó Enya sin dejar de reír.

—Lo sé, aprendo rápido.

Una hora después de almorzar y descansar un poco, se decidió unánimemente que Kara sería la cantante que, junto a Enya, darían voz a la composición. La chica recibió la noticia sentada, con los codos en las rodillas y las manos en la boca. Miró a su compañera que estaba frente a ella sonriendo.

Una vez tomada la decisión, se dirigieron a la cabina de grabación y comenzaron a cantar, tanto Jacob como Rebeca ya habían grabado los intermedios y coros. Liz sonreía complacida, sus chicos eran excelentes. La gira estaba siendo vendida en su totalidad y esta nueva grabación saldría antes del fin del año; se encontraban a mediados de octubre. La canción atraería al público muy joven, y la unión de la estrella del pop y de la agrupación del momento, sería un seguro hit.

Pasada las cinco de la tarde, y una vez terminada la canción, grabada las voces, mezclado los coros y los efectos de sonido, decidieron que querían escucharla en su totalidad. Rebeca se sentó sobre las piernas de su hermana, Enya estaba al lado de la pelinegra, Liz junto a Enya. Elvira, Jeff y Jacob de pie.

Había sido un día largo, estaban agotados, pero muy satisfechos. Una vez las voces comenzaron a sonar por las bocinas, todos hicieron silencio. Kara recostó su cabeza del respaldo del sofá al igual que Enya, ojos cerrados, concentración total. Una de las partes más sublimes de la pieza fue cuando ambas chicas intercalaron un juego espectacular de notas altas. Solo se escuchaban los “wow” de cada uno de los presentes.

Kara se sorprendió cuando sintió la mano de Enya envolver la suya y la apretó; un estremecimiento recorrió todo su cuerpo, lo que hizo que separara su mano de la chica, llevándola a la cintura de su hermana. Enya lo hizo inconscientemente dejándose llevar por la emoción del momento. Kara no hizo mayor comentario, ni ella tampoco. Había sido un roce casual, Kara no entendió el porqué de su reacción.

La canción terminó entre vítores de todos, ya habían terminado. Jeff sacó una botella de champagne, algunas copas y brindaron por el éxito seguro de la pieza.

Era el momento de decir adiós, todos estaban agotados. Liz comenzó a

despedirse de Elvira y Enya, agradeciendo la oportunidad. Fue allí cuando Kara se percató de que ya no tendría mayor contacto con Enya, por el momento. Una vaga tristeza la invadió.

Kara y Enya caminaban detrás del grupo, en silencio, mientras todos se despedían y alejaban a sus autos. Fue la integrante de Xtream quien rompió el silencio.

—Enya, gracias por tus palabras e interés en grabar con nosotros. Sé que fue tu idea.

—Sí, me gusta mucho su música y la verdad es que me aburre un poco escucharme siempre sola. Basta con estarlo.

Ese comentario alertó a Kara, así se sentía ella. Rodeada de personas, pero sola; sabía lo que se sentía.

—Enya, ¿me prestas tu celular? —la chica de inmediato se lo extendió.

Kara marcó un número, de inmediato el de ella comenzó a sonar. Enya sonrió.

—Ok, grabaré tu nombre en los contactos.

—Cuando quieras llámame, ¿ok?

Continuaron sus pasos hacia los autos. Enya se notaba pensativa, de repente una idea cruzó su mente.

—Kara...

La chica se detuvo a la espera de lo que la otra iba a decir. La idea de Enya se desvaneció al instante.

—¿Sí?

—No, nada. Olvídalo.

—Enya, dime, lo que sea...

Enya dudó solo un segundo.

—Quería invitarte una copa o a comer algo por ahí, pero tengo un compromiso. No es que desee llegar al apartamento, debo hacerlo.

—Tranquila, entiendo. También me hubiese venido bien esa copa. Tienes mi número, en cualquier momento que desees hazlo, llámame.

Se despidieron con un tímido abrazo que a ambas les hizo estremecer. A lo lejos, Rebeca observaba la escena torciendo la boca.

Capítulo 14

—¿Me vas a decir qué pasa con Enya?

Rebeca, muy curiosa, se paró a los pies de la cama de su hermana. Kara se había tirado literalmente sobre ella desde que llegaron de la grabación al hotel. Sus brazos yacían estirados cual cruz sobre la cama, aún llevaba el bolso en la mano, el mismo que cayó al suelo cuando escuchó el cuestionamiento de su hermana.

—¿Qué pasa con ella?

De repente un frío cubrió su cuerpo, pero no dejaría que su hermana descubriera que sentía esa misma sensación cada vez que la cantante la rozaba, por casual que fuese el toque. No lo diría, puesto que ante la pregunta que Rebeca acababa de hacer, ella no tenía respuesta.

Rebeca se acostó al lado de su hermana empujándola un poco, la pelinegra cubría el centro de la cama. La respiración de la chica comenzó a intensificarse, y su hermana se percató.

—Hay una complicidad muy rara entre ustedes, Kara. ¿Qué ocurre?, ¿por qué no me cuentas?

Kara se recostó de su hombro derecho clavando la mirada en su hermana. Estaba muy seria, ni ella se había percatado de eso.

—Rebe, no sé de qué me hablas, créeme. Enya y yo simplemente hicimos... no te diría que las paces...

—La odiabas, acéptalo.

—No la odiaba, simplemente me incomodó la forma en que se dieron las cosas —se volvió sobre su espalda mirando al techo. Hubo un silencio nada prolongado, el mismo que utilizó la pelinegra para ordenar en su cabeza las palabras—. Me parece que Enya es una mujer triste, Rebeca. Ahí donde la ves... fuerte, decidida..., pero su vida parece vacía.

—A mí me parece buena persona, no lo niego —ahora fue Rebeca la que se incorporó, volvió su medio cuerpo hacia su hermana y la enfrentó—. Pero ese no es el tema. Si pudieras ver cómo la miras, Kara.

Kara frunció el entrecejo, también se sentó en la cama. ¿Qué quería decir Rebeca?

—¿Estás insinuando que me atrae?

—No sería raro.

—¿Cómo que no sería raro, Rebeca? —esta vez se levantó de la cama con ímpetu, colocándose en frente y enfrentando a su hermana—. ¿Qué te pasa?, ¿es una mujer, Rebeca! ¿Qué carajos insinúas?

La chica estaba alterada, lo que dibujo una sonrisa en su hermana. La conocía tan bien; cuando Kara se sentía acorralada actuaba así. Cuando Rebeca quería saber algo la presionaba, volvió a funcionar, había logrado alterarla.

—Amor... —Rebeca suavizó el tono de voz—, digo que no sería raro porque ella es una figura pública. Siempre hemos estado enamoradas de Ednita Nazario, tú, yo, aquella, él, el perro, el gato... la humanidad sin importar el sexo y, ¿Ednita qué es?... es mujer. Me refiero a atracción por admiración. Enya es hermosa, tiene unos ojos impresionantes, nos encanta su música, es famosa, admirada por tantas personas —se levantó de la cama y colocó sus manos sobre los hombros de la chica—. Es eso lo que te pasa con ella, ¿verdad? ¿La admiras?

Luego de unos breves segundos, donde el silencio llenó el cuarto y sus miradas se estudiaban, Kara respondió.

—Estás loca, no pasa nada con esa mujer que no sea que me cae bien. ¿Prefieres que siga llevándole la contraria? ¿O prefieres que llevemos la fiesta en paz?

Otra vez la sonrisa maldita en los labios de Rebeca.

—Como digas —no seguiría con el “sonsonete”, Kara estaba un poco agitada y no quería hacerla enojar. Mejor se retiraba y la dejaba con la pregunta en el aire—. Ya me voy, Dimas debe estar en histeria.

Rebeca besó su frente, tomó el bolso que descansaba sobre la cama y se retiró. Kara se mantuvo de pie en medio de la habitación, las palabras de su hermana retumbaban una y otra vez en su cabeza. “Si pudieras ver cómo la miras, Kara” ... ¿Cómo era que la miraba?

Detrás de la puerta de la habitación de hotel, Rebeca sonreía para sí. Se llevó las manos al rostro tapándose la cara, negándose a creer que había más que una simple admiración de su hermana hacia Enya. No le extrañaría que su hermana estuviera enamorada de otra mujer, Kara solo había tenido algún romance de adolescencia y su relación con Alan. Siempre pensó que esa relación se dio por la convivencia entre Alan y ella; eso, unido a la soledad en la que vivía Kara, pudo haber sido el detonante para que, en algún momento, se sintiera atraída por el chico que, ciertamente era muy guapo, y sí estaba

completamente enamorado de su hermana mayor.

Kara era una cantante conocida, era muy hermosa, tenía admiradores en todos lados; era simpática, inteligente y, extrañamente, nunca la había visto enamorada. Era por eso por lo que ahora su afinidad con Enya le parecía extraña. Estuvo observándolas toda la tarde, su hermana seguía con la mirada cada paso de la otra chica. Había cambiado su opinión de Enya en cuestión de minutos y ciertamente su hermana era un “hueso duro de roer”.

La estrella canadiense se le veía muy sonriente cuando se hallaba platicando con Kara, la buscaba con la mirada, pedía sus opiniones, había cedido a su petición de audicionar a los demás integrantes para hacer la canción. En fin, Rebeca se sentía intrigada y algo preocupada, esperaba que solo fuera lo que Kara le dijo, pura admiración y química entre ella y Enya. Nada más.

No sentía ningún tipo de discriminación por Enya por ser abiertamente bisexual, lo que le preocupaba era que su hermana se confundiera y se dejara llevar nuevamente por la soledad, el deseo de amar y sentirse enamorada. Enya tenía fama de rompecorazones y problemática. Finalmente, Rebeca se dirigió hacia su habitación del hotel. Durante el corto trayecto permaneció pensando, cuestionándose; sacudió la cabeza en un intento de alejar de ella ese pensamiento. Solo se habían visto un par de veces, no compartieron más allá del área laboral. Se estaba adelantando, analizaba algo que bien podía no ser cierto y solo causado por su imaginación.

Al colocar la llave magnética en la puerta sacudió la cabeza por segunda vez, sabía que al abrir esa puerta se encontraría con Dimas. Si él la notaba contrariada, le preguntaría y ella no deseaba bajo ningún concepto que sus ideas “locas”, relacionadas con su amada hermana, fueran tema de conversación con nadie. Ni siquiera con él.

El chico, al escuchar la puerta, se dirigió hacia ella, la recibió sin camisa, solo en shorts. Traía un vaso de refresco en la mano, al verla se acercó y la besó. Rebeca se agarró a su cuello devolviendo el beso.

—Mmm, ¿estás bien? —él se separó de ella para mirarla. Colocó sus labios sobre la frente de la hermosa pelinegra, luego quitó su bolso del hombro y lo lanzó al mueble.

Rebeca lo miro sonriendo vagamente.

—Si mi amor, estoy bien, algo cansada. La grabación se prolongó más de lo estimado.

—¿Cómo quedó?

—Perfecta, esas dos tienen una química increíble —ella se retiró hacia el mueble y se lanzó en él. Acto seguido comenzó a quitarse los tenis.

Dimas aún estaba de pie frente a ella.

—Cuando me llamaste para decirme del cambio de planes, juré que serías tú la elegida. O sea, ¿que siempre quedó Kara al frente de la canción?

—Sí, como te dije, Enya quiso que hiciéramos audiciones, claro, bajo la petición de mi hermana. Aun así, Kara quedó como vocalista de la pieza y, la verdad, ninguno la hubiésemos interpretado mejor.

Dimas se sentó a su lado y la llevó con él hasta su pecho, presentía que su mujer tenía alguna preocupación.

—Querías ser tú quien vocalizara “Por ti”, ¿verdad? Era perfecto, cantar junto a Enya.

—No, me da igual, te lo juro.

—Entonces, si no es eso, ¿qué te preocupa?

Rebeca se volvió hacia él y se subió a horcajadas sobre sus piernas, llevó las manos hasta su cabello, el chico se movió buscando comodidad y contacto íntimo, lo que permitió que la chica se separara un poco de él. Acto seguido comenzó a quitarse la blusa por encima de su cabeza, lo que aprovechó Dimas para agarrarla por la espalda y acercar su pecho hasta su boca, repartiendo dulces besos entre sus senos. Rebeca sintió el miembro de su hombre endurecerse bajo ella lo que le causó una marejada de placer de inmediato.

—No me preocupa nada, mi amor. Solo deseo que me hagas el amor. Ahora, aquí...

—Tus palabras son órdenes, muñeca.

Rebeca se envolvió en los brazos de su hombre y olvidó por unas horas la preocupación en que la tenía su hermana.

Capítulo 15

Enya

—Eres Enya, ¿cierto?

La chica volteó a su derecha al escuchar la pregunta; le parecía tan ficticio que alguien le preguntar eso sabiendo que sí, que era ella. A veces, como en esta ocasión, sentía el deseo de contestar con un “no, soy Juana de Arco”, pero se contuvo. Respiró muy profundo, regaló su mejor sonrisa y contestó:

—Si, lo soy.

El joven se mostró más que complacido, solicitó la foto que colocaría en su cuenta social, tendría muchos “likes” y estaría varios días con un tema del cual conversar. ¡Había conocido a Enya! Era lo máximo entre sus amistades, no le creerían, pero él tenía una foto como prueba de su buena suerte.

Lo que no sospechaba ese chico algo desgarbado, era que la sonrisa que su cantante favorita le había regalado estaba llena de miedos y temor por enfrentarse de una vez y por todas a Lena, su amiga; quien había llamado cinco veces preguntando a qué hora podrían verse.

Enya había notado en la voz de la morena una emoción algo exagerada en cuanto a esa reunión que se suponía tendrían en una hora. La inseguridad de la rubia la llevó a un bar cerca de su apartamento, muy pequeño e íntimo. Allí había ido más de una vez, cada momento que lo necesitara, fuera porque estaba triste, celebraba algo, debía tomar una decisión o simplemente a relajarse. Los “bartenders” la atendían con respeto y su intención de pasar desapercibida estaba a salvo allí.

El joven le invitó un trago que ella rechazó de inmediato; el mesero, “Josean”, lo miró haciendo un gesto con la cabeza para que se alejara de ella, luego se acercó a su clienta estrella y la saludó.

—¡Hey!, ¿eres Enya?

Ambos rieron.

—Eres terrible. Gracias —la chica apoyó los codos sobre la barra, mientras el joven servía lo que sabía que la chica tomaba siempre, whisky en las rocas.

—¿Estás bien, bonita? —preguntó Josean, mientras servía dos cubos de hielo en el vaso, después vertió el whisky sin dejar de mirarla.

—Bueno, puedo estar mejor... ¿sabes que he intentado servir mi whisky,

así como lo haces, sin mirar y siempre termina la mitad derramada sobre la mesa?

El hombre sonrió.

—Es práctica, mi querida estrella, pero ten —puso el vaso frente a ella—, tu caballero andante —dijo en referencia a la marca del licor—. Ese hará que te relajés.

—El mejor, casi siempre lo logra.

El chico guiñó un ojo y se alejó de su clienta dejándola sumida en sus pensamientos. Enya removi6 un poco el trago mientras su cabeza diseñaba posibles escenarios de su reuni6n con Lena.

¡Lena!, ¡tan hermosa!

Así permaneci6 una media hora, luego pag6 el trago y se retir6. Su auto se encontraba aparcado frente al local que, por ser día de semana, estaba muy c6moda el área para estacionar. Manej6 solo quince minutos, se dirigi6 al estacionamiento soterrado, dejando su auto en el lugar correspondiente. Por suerte, el estacionamiento del penthouse quedaba justo frente a la puerta del ascensor, era uno de los “plus” de su apartamento. Ya sabía que Lena estaba allí, le había avisado por medio de un mensaje de texto a su celular que llevaría la cena.

Enya se preguntaba por qué estaba tan nerviosa. Ella era una mujer que siempre tenía lo que quería en relación con parejas sexuales. Tal vez sentía por Lena algo más que simplemente el deseo de hacerla suya, a diferencia de tantas otras. También había accedido en varias ocasiones a enredarse con hombres, los que no le eran para nada desagradables. Sin embargo, cuando se acostaba con una mujer su libido era intenso; sus orgasmos prolongados y su deseo más fuerte. Le encantaba la piel suave, los labios carnosos, el olor que desprende una cabellera limpia. Adoraba dormir abrazada a un cuerpo femenino, acariciar las curvas delicadas, unos senos redondos le causaban un placer indescriptible. Lena tenía todo eso, pero ella en lo menos que pensaba era en su cuerpo; la chica la cautiv6, había entrado en su corazón y eso no se acababa con una simple noche de pasi6n. Lena era algo más y estaba aterrada, nunca su sexto sentido fallaba; esta vez le enviaba alertas que ella, ciertamente, no tenía intenciones de escuchar.

Enya abri6 la puerta de su apartamento y de inmediato un exquisito olor a comida atrapo sus sentidos, justo al entrar se percat6 de que ya tenía hambre. Había almorzado un poco de ensalada y pollo que Kara le llev6. “Kara”,

sonrió al recordar ese nombre.

Lena apareció en la sala vistiendo un diminuto short de tela mahón, combinado con una camiseta blanca con un diseño dorado en frente dejando al descubierto su abdomen. Su cabello negro lo llevaba recogido en un moño y estaba descalza, era su estilo. Enya no supo por qué esta vez le causó algo de escalofríos al verla. Ambas se sonrieron; Lena se acercó coquetamente y besó tímidamente la mejilla de su amiga, parándose de puntillas ya que la cantante le llevaba varios centímetros de estatura. Tomó sus manos y las sostuvo, mientras la miraba profundamente. Sonrió y la invitó hasta la cocina.

Enya no dejaba de sonreír mientras era arrastrada por la morena.

—Ya siéntate. ¿Cerveza, jugo, refresco, agua... qué te sirvo?

Lena tenía el refrigerador abierto en espera de la decisión de Enya. La cantante ya estaba apostada en frente a la barra de la cocina; aunque tenía una mesa de comedor de seis puestos, siempre prefirió comer en la barra. Lena lo sabía por lo que había puesto los platos y cubiertos uno frente al otro, allí.

—¡Me vas a mal acostumbrar, nena! Cerveza está bien, creo que la necesitaré.

—¿Y eso?, ¿mal día? ¿Kara te sacó por el techo?

Enya frunció el entrecejo. ¿A qué se debía ese comentario?

—¿Kara?, ¿por qué?

—Me comentaste el otro día que era una cascarrabias.

El sonido de la tapa de la botella de cerveza al caer se escuchó en la cocina. La morena se subió al taburete, mientras extendía la botella helada a su amiga; la tapa quedó en el suelo.

—¿Yo dije eso?

—No con esas palabras, pero así lo interpreté. De hecho, es bastante mal educada.

—¡Wow!, que mal concepto tienes de ella y la conociste justo hoy.

Enya miró a su amiga mientras le servía una porción de pasta y albóndigas, mantenía la botella en su mano dando sorbos entre oración y oración.

—Me bastó.

—¿Te bastó?, ¿y eso basado en qué?

Esta vez la chica cruzó los brazos frente a su pecho alzando las cejas con un gesto de cuestionamientos, no sabía por qué le incomodaba la conversación.

La morena detuvo lo que estaba haciendo, dejó de servir la comida y la

miró frunciendo el entrecejo, luego respiró para contener la impaciencia que la invadió. Fijando la mirada en los ojos de Enya colocó los antebrazos sobre el tope de la barra, acercó su cuerpo hacia la rubia, sin siquiera moverse de su taburete.

—Ni siquiera me saludó, Enya. Se supone que es una figura pública, lo menos es ser educada.

Enya se quedó mirándola fijamente con una sonrisa en los labios y bajó un poco la guardia. Gracias a esta conversación se había relajado un poco, aunque no le agradaba para nada la opinión que Lena tenía sobre la integrante de Xtream.

—No habrá reparado en ti.

Los ojos de la morena se abrieron como platos. Enya estaba disfrutando ver a Lena incómoda, era como defender el nombre de su nueva amiga, Kara. La chica no refutó ni hizo ningún comentario, se dedicó a llevar la comida a su boca sin siquiera mirar a la rubia que tenía en frente. Después de algunos segundos Enya se puso seria, agarró la delicada mano por encima de la barra y depositó un beso en ella. Lena levantó la mirada.

—¿Por qué estás enojada?

—Te gusta —declaró con determinación. Su mano quedó desprovista del calor de la rubia, Enya la soltó instintivamente y echó su cuerpo hacia atrás, descansando la espalda en el respaldo. Esa afirmación la dejó muda—. Kara te gusta.

—Lena, ¡por favor! ¡No seas infantil!

Una palmada sobre el tope de mármol retumbó en la cocina. Lena entrecerró los ojos ante la impetuosa reacción de Enya.

—Soy quien más te conoce. En, esa chica te gusta.

—¡Nos viste tres segundos intercambiar palabras y aseguras que me gusta! ¿Dónde, vives nena? —su tono fue sarcástico.

—No fueron los tres segundos ni las palabras, Enya. Lo sentí, lo sabes y ella también. La defiendes, cambias tus decisiones. ¡Mírate, por Dios! ¿Cómo voy a mantener una relación contigo?

Las manos de Enya quedaron sobre sus muslos, bajó la cabeza, pero no sabía por cuál de los dos argumentos recibidos era por los que no podía reaccionar. Si por la seguridad con la que Lena le habló sobre Kara afirmando algo que no había sopesado o la alusión sobre una relación entre ellas. Era lo que más había deseado, sentía que amaba a esa mujer. ¿Por qué esa frase no la

llenó de ilusión?

Capítulo 16

Lena & Enya

—¿Quieres tener una relación conmigo, Lena?, ¿eso es lo que escuché?

La mano con la botella de cerveza quedó en el aire, en cámara lenta fue bajándola hasta colocarla sobre el tope de mármol, el mismo que separaba los cuerpos de ambas mujeres que se miraban fijamente. Las palabras divertidas de Enya en un intento de molestar a Lena se silenciaron.

La mirada de la rubia no se despegaba del rostro de la morena. Buscaba un gesto, un simple gesto que le confirmara que no se equivocaban. Ambas estaban aún frente a frente en la barra, la comida en los platos, al menos Enya no había probado bocado.

De repente, Lena se puso de pie, rodeó la barra, colocándose detrás de la rubia, quien automáticamente giró la silla para encontrarse con ella. Lena puso sus manos sobre los brazos de la chica, manos frías, que estremecieron a la cantante. Las miradas estaban fijas, una en la otra. El estado emocional en el que se hallaba la rubia podía causarle un ataque, sus labios temblaban, su corazón palpitaba velozmente. Ella rogaba por poder articular una sola frase, pero no pudo si no acercar el rostro hacia la morena como en cámara lenta, llevando su mirada hasta los labios de la otra, anunciándole en silencio lo que estaba por hacer. Esperaba una respuesta, que se acercara a recibirla o se alejara huyendo.

Pasó lo primero, Lena cerró los ojos y se dejó llevar. Ambas alzaron sus manos hasta la nuca de la otra, acercando sus labios, uniéndolos en un tierno beso que poco a poco se intensificaba. La pelinegra pasó la lengua por los finos labios de la cantante, saboreándolos, descubriendo cuan suave y tierna podía ser la boca de una mujer. Era cierto que jamás, desde que conocía a Enya, sintió tentación por probarlos, hasta la mañana que despertó en su cama luego de la disco. Esa mañana se quedó observándola mientras dormía; además de preguntarse cuál había sido la causa de su tristeza y el porqué de aquella borrachera, observaba detenidamente su rostro. Un rostro que en su opinión era perfecto y eso que aún no abría sus ojos; esos ojos que causaban sensaciones indescriptibles en cualquiera que la mirara. Esa mañana deseó acercarse a ella, morder esos labios en un intento por descubrir qué sentiría.

Justo en ese momento, en su presente, pudo hacerlo. La tenía de frente, sus labios estaban unidos y mordió un poco; mordió delicadamente el labio inferior logrando un sutil gemido en Enya, quien abrió su boca para recibir la lengua hambrienta de su fotógrafa.

Las manos de Enya que estaban en la nuca de Lena bajaron por la espalda, acariciando y palpando ese delicado y firme cuerpo. Lena se colgó del cuello de la chica y se separaron un instante, se miraron. La morena bajó los ojos hacia los labios de Enya que estaban un poco más rojos que de costumbre, gracias a sus leves y placenteras mordidas, y sonrió complacida.

Enya abrió las piernas y recibió el cuerpo de su Lena, las cabezas se unieron, las miradas se encontraron nuevamente, los corazones palpitaban y las pulsaciones en ambos cuerpos eran evidentes, pero aún quedaba un poco de cordura en Enya. Moría por hacer suya aquella mujer, su deseo por ella era ardiente; sin embargo, su mente le decía que llevara las cosas con control, quería que fuera ella quien diera el siguiente paso. Lo que ocurrió al instante.

—En, ¿debemos hablar o nos dejamos llevar?

Esa voz ronca, ocasionó una sacudida terrible en su cuerpo; Enya volvió a besarla esta vez con un ímpetu mayor, halaba sus labios con los dientes, las lenguas danzaban dentro de la boca de la otra. Ya hablarían, la cordura fue reemplazada por el placer, el deseo ardiente que sentía su cuerpo por tenerla. Enya se paró del taburete llevando con ella a su fotógrafa hasta la pared del pasillo, sin despegar sus labios. Lena se subió a la cintura de la rubia quien presionaba su cuerpo contra el suyo. Los movimientos pélvicos se intensificaron, buscaban contacto.

Lena pegó la cabeza contra la pared y bajó las piernas del cuerpo de la chica, necesitaba balance. Enya la besaba como una diosa, su cuerpo estaba reaccionando violentamente, la deseaba con todas sus fuerzas. Separó el cabello de Enya de su cuello reemplazándolo con los labios, otro gemido salió de la boca de la cantante lo que electrificó a Lena. Enya le sacó la blusa sin darle un respiro, entonces, fueron sus labios los que recorrieron a placer la clavícula y el cuello de la chica, cuyos gemidos estaban alcanzando decibeles altos.

Las manos de la alta cantante agarraron su trasero haciendo que sus sexos se rozaran a través de la ropa. Las manos apretaban sus nalgas, se colaban por debajo del short, acariciaban sus muslos perfectos. Lena quería más, así que llevó la mano hasta su cierre, lo bajó sin que Enya pudiera percatarse y

comenzó a quitarle el pantalón, terminó la tarea con sus propias piernas. La cantante colocó las manos en la parte trasera de los muslos de la chica y la levantó en vilo sin dejar de hacer movimientos para que sus sexos se rozaran. La llevó hasta el respaldo del sofá, Lena se apoyó del mismo solo un momento. El momento que su compañera utilizó para sacar su propia ropa quedando solo en interior.

Ya se habían visto mil veces en ropa interior, pero esta vez los ojos de la morena miraban con lascivia a su amiga; su pecho era perfecto, una envidia. Enya se percató del escrutinio del que estaba siendo blanco y sonrió de medio lado. Desarmó a Lena haciendo que se acercara nuevamente con la intención de continuar con su tarea, pero Enya quería jugar un poco, así que colocó una mano entre ellas impidiéndoselo. Volvió a sonreír, mientras se quitaba el sostén y dejaba al descubierto sus senos erguidos, sus pezones perfectamente diseñados por el más grande artista.

Enya estudió la reacción de su amiga, cuyos ojos se entornaron y su boca se abrió levemente, vio perfectamente cuando tragó, acto que le dio luz verde a la cantante para continuar. Volvieron a mirarse.

—Ahora tú —susurró Enya como petición para que se quitara lo que quedaba de su ropa.

Lena mostró su lado sensual negándose a hacerlo ella misma.

—No. Si quieres ver qué hay debajo, quítala tú. ¡Y hazlo deprisa!

La chica mordió sus labios, sus ojos brillaban más de lo usual. Volvió a besarla, a morderle levemente los labios mientras lo hacía, quitaba la camiseta, solo se separó para sacársela por la cabeza. La tiró sobre el mueble a espaldas de Lena. Acarició la piel desnuda de la espalda de la morena y vio cómo se estremecía con cada caricia. Enya comenzó a lamer su pecho haciendo que gimiera de placer; un placer desconocido, pero extremadamente agradable. Cuando llegó a la montaña que daba comienzo a sus senos, abrió los labios; la humedad de su boca bañaba todo aquel pecho mientras en su espalda, las manos expertas de la cantante desabrochaban el brassier deportivo. Cuando los senos quedaron completamente al descubierto, Enya los observó, pero no los tocó.

Nuevamente levantó en vilo a su chica depositándola esta vez en el mueble, desde lo alto la contemplaba completa; solo quedaba por retirar su pequeña prenda, esa que cubría lo que ya apreciaba perfectamente depilado. Entonces, puso una rodilla sobre el mueble y, sin quitar sus ojos de los negros de la

fotógrafa, comenzó a retirar la prenda. El pecho de Lena subía y bajaba agitado; ella también lo estaba, pero quería tomarse el tiempo, necesitaba ver cada reacción a sus movimientos. La morena cerró los ojos y se recostó completamente del sofá con evidente éxtasis, ya no podía más ante la espera. Abrió las piernas invitando a Enya a sumergirse en ella.

Ese acto, esa invitación, terminó de desarmar a la cantante. Acarició a lo largo cada pierna, depositando besos desde los muslos hasta los tobillos a medida que bajaba la tela, humedeciendo cada pedazo de piel. Lena levantó la pelvis invitando a la chica, que no la desaprovechó y, sin más que deseo, llegó hasta allí.

Frente a su rostro estaba lo que había deseado, comenzó a lamer ascendentemente sin quitar la mirada del rostro de Lena. Cuando la chica sintió la lengua entrar en ella un grito desesperado salió de su boca ocasionando que la cantante la poseyera con todas sus fuerzas; aferró sus caderas para darle impulso. Intentaba llegar a las profundidades del cuerpo de aquella que, en ese momento, era su amada. Escuchaba los gemidos de la chica quien agarraba su cabeza haciendo más presión sobre su sexo, se frotaba con frenesí contra su boca, su cuerpo estaba experimentando el mayor de los orgasmos que tuvo en su vida. El preámbulo la había extasiado y no pudo retrasar más lo que su cuerpo sentía. Explotó en la boca de la cantante quien se sintió completamente llena, al menos en ese momento.

Capítulo 17

—¿Cuándo saldrá la canción, Liz? —Jacob estaba ansioso por ese lanzamiento.

Este día se encontraban los cuatro cenando tranquilamente en el SLS Hotel, en Beverly Hills, luego de su presentación en Los Ángeles esa misma tarde, sentados en una mesa para cuatro. El Bazaar, el restaurante del hotel, era una joya de elegancia e intimidad, estaba perfectamente decorado con pisos y paredes oscuras, unos ligeros toques de color rojo en algunas sillas y una imponente barra al fondo que invitaba a terminar la cena y sentarse allí para conversar y tomar alguna copa de vino. Pero no sin antes escoger un último bocado de preferencia en el área de postres, donde el pecado era palpable.

Hacía poco más de un mes que el grupo había grabado “Por tí”, el lanzamiento fue pospuesto por un problema con la promoción. No había disponibilidad de ninguna de las dos partes para promocionar la canción. La disquera prefería lanzarla una vez las agendas de Xtream y de la cantante estuvieran disponibles. En ese momento, el grupo culminaba su gira y Enya había tomado unas pequeñas vacaciones; además, también contaba con varios compromisos y, aunque no estaba de gira, sí había estado muy ocupada en su carrera y romance con la fotógrafa. Romance que estaba bajo las sombras, era totalmente desconocido.

Tanto Jeff Thomas, como los ejecutivos de la disquera, apostaban a un éxito arrollador y lo aprovecharían, su campaña promocional contaba con ambas estrellas. Planeaban sacar el mayor provecho posible y hablaban de giras en conjunto. Cosa que ninguno de los involucrados sabía.

—A mediados de diciembre.

Liz limpió su boca con una fina servilleta de tela, mientras observaba atentamente el rostro de las hermanas que no habían dicho una palabra durante la cena. Se rumoraba de un lío de faldas del senador Dan Fraser y ellas sospechaban que su hermana, Jessica, estaba involucrada. El hecho de que no se comunicaran frecuentemente no significaba que no la tuvieran presente.

—Si desean podemos ir a la piscina más tarde, es espectacular. Entiendo que no habrá mayor problema, puedo hablar con seguridad y tendrán la piscina solo para ustedes.

Liz intentaba distraer a las chicas, ella conocía su preocupación. Si ese lío explotaba públicamente, la prensa amarillista utilizaría el nombre de las chicas y su fama para explotar la noticia e involucrarlas. Liz trabajaba intensamente evitado que se filtrara información del parentesco de sus apoderadas y la supuesta amante del senador. Las chicas estaban preocupadas por eso y por su hermana, era totalmente aceptable.

—Es buena idea, no vendría mal un chapuzón. Aunque

no creo necesario que pidas que cierren el área —Kara al fin aportó a la conversación de la noche, la cual era llevada y dirigida por Jacob y Liz únicamente.

—Kara, querida, tienes razón. Solo nosotros en el área no es divertido; además, he visto mujeres espectaculares por aquí. Tal vez haya algún chico que te interese —intervino el único hombre de la mesa.

Rebeca rompió su largo silencio interesándose por los pormenores del lanzamiento de la canción y la participación de Enya en la misma.

—Oye Liz, hablando de la canción, ¿no te ha dicho la disquera cuándo será la sesión de las fotografías promocionales?

—Bueno, Jeff me comentó que esperan que Enya esté disponible.

—¿Está de gira?, no sabía.

Kara estaba algo sentida con la estrella por su silencio, creyó que entre ellas se había creado una relación, tal vez de amistad. Esperó una llamada, un solo saludo de Enya que nunca llegó. Descartó enojarse, puesto que ella tampoco había movido un dedo para contactarla, lo que sí sabía era que la cantante no estaba de gira. No tenían comunicación, pero ella seguía sus pasos a través de la prensa. Una extraña curiosidad, cual fanática de Enya, la mantenía al tanto de sus movimientos.

Rebeca se acercó al oído de su hermana en un instante en que Jacob y Liz hablaban entre ellos.

—Creí que se comunicaban, como le disté tu número de teléfono.

Kara bajó la copa de agua que llevaba a sus labios y la miró de reojo.

—También me dio el de ella, tampoco la he llamado. No hay razón para ello.

—¿No hay razón?, ¿y por qué te sorprendiste ante el comentario de Liz?

—¿Cuál comentario?, ¿que estaba de gira? Enya no está de gira —le

confirmó.

—¿Y cómo lo sabes?

—Lo sé. ¿No sigues las redes, Rebeca? Además —volvió el cuerpo hacia su hermana—, ¿cuál es el problema?, ¿qué te preocupa, nena?

—¿Qué dicen, nos vamos a la piscina? —Liz interrumpió la sutil discusión entre las chicas, intuía que secreteaban sobre el tema de su hermana. Nada más lejos de la verdad.

Rebeca agradeció en silencio la interrupción, no le agradaría a Kara saber el porqué de su preocupación. A la vez, tenía grandes dudas sobre si lo que sospechaba, que su hermana se sentía atraída por la estrella, era cierto.

En New York, Enya se abrazada a una fina y suave frazada color blanca, y tomaba un poco de aire frío en el balcón de su hermoso penthouse en el 555 de Hell Kitchen, que brindaba una vista impresionante hacia la ciudad. Esperaba que su amante se diera cita como de costumbre. Llevaban una relación algo incómoda para la cantante; Lena demostraba mucha pasión cuando estaban solas, pero no había dejado de verse en público con Saúl, aunque lo negara una y otra vez ante ella.

Era en ese momento cuando se preguntaba si era justo vivir así. Su pensamiento se interrumpió cuando sintió tras ella los pasos de Lena, sonrió al verla. Traía un abrigo liviano que le llegaba hasta las rodillas, una boina del mismo color gris que le daba una imagen elegante. La temperatura a principios de noviembre había comenzado a descender.

—¡Hola! —se acercó hasta el cómodo sillón donde estaba, bajó las piernas de Enya del borde del pasamanos del balcón para acomodarse a su lado, colocó la cabeza entre el cuello de la cantante que la abrazó y acercó a su cuerpo.

—¡Hola, linda! Disculpa el atraso, vine en tren; estaba atestado y tuve que detenerme en un café hasta conseguir un taxi. La calle está imposible hoy —diciendo esto buscaba sus labios para besarla, pero Enya no estaba muy convencida.

Ella le devolvió el beso sin ánimos de intensificarlo.

—¡Mmm!, ¿por qué no viniste en tu auto? Es más rápido, creo.

—No me gusta manejar cuando llueve. Además, viniendo en Path es más cómodo para mí.

—¿No quieres que Saúl sepa a dónde vas?

Lena suspiró profundamente y se separó un poco de la rubia, era un tema muy delicado. Ella se sentía impotente ante la relación que tenía con quien fue su mejor amiga. Se sentía a gusto entre sus brazos, era sin duda el mejor sexo que alguien le había dado en su vida, pero no quería dar un paso en falso y, aunque se sentía cómoda en la intimidad con Enya, no sentía lo mismo ante la preocupación de que su relación fuera pública. Ella era una fotógrafa de renombre, reconocida y ni hablar de su amante. Sentía que no podría con la presión del qué dirán. ¿Ella en una relación lésbica? No.

En cierto modo, el evitar que su novio supiera a dónde se dirigía cada jueves y domingo, era lo que la impulsaba a viajar hasta Manhathan en el sistema de tren Path. No estaba viviendo un momento agradable, por un lado, sus prejuicios, por otro, Enya. Su adorada amiga y, ahora, amante ardiente.

Hubo un prolongado silencio entre ambas; Enya se cubría más con la frazada utilizando ese pretexto para separar su cuerpo de la morena. Ya estaba hastiándose de no tener una vida libre, le bastaba con el extenso cuidado que tenía al salir a divertirse y tratar de pasar desapercibida.

El vibrar del celular de Lena interrumpió el silencio del momento; tomó la llamada mientras se ponía de pie y se recostaba en el borde del balcón de frente a la chica rubia. Enya observaba los movimientos de las manos de la morena mientras hablaba. Sabía que la llamada tenía que ver con trabajo, de otro modo se hubiese separado hasta el final del balcón o dentro del apartamento, alejada de ella. Mientras hablaba con su interlocutor sus ojos estaban posados en la chica.

—¿Sí?

—...

—Ella habla.

—...

—Claro, ¿para cuándo?

—...

—Perfecto. Le hablo mañana para concertar los detalles del lugar — después de colgar, sonrió para Enya—. Adivina —agradecía intensamente la interrupción, así no tenía que continuar el tema incómodo de Saúl.

—¿Qué cosa? —esta vez la interrupción provino del celular de Enya—. Un minuto. ¡Hola, Jeff!

—...

Al escuchar lo que le dijo su productor, Enya levantó la mirada hasta la morena que aún sonreía, sabía el motivo de esa llamada.

—¿Cuándo?

—...

—Perfecto, te veo entonces.

—...

—¡Hey!, disculpa que te pregunte. ¿Ellos asistirán también?

—...

—Bien. Ahora sí, hasta luego Jeff —al colgar la llamada vio en Lena una mirada extraña—. ¿Qué?

—Juraría que te ilusiona mucho esta sesión de fotos.

Enya frunció el entrecejo.

—¿Por qué el comentario? Son fotos de promoción, siempre las he hecho —la chica lucía incómoda

—Cierto, pero nunca con Kara y Xtream en el mismo estudio. Y nunca te había interesado si la otra parte asistiría.

Enya se levantó y quedó mirando fijamente a su amante.

—Siempre hay una primera vez. Y ya, déjalo ahí.

Capítulo 18

—¡Por favor!, ¿quién puso esa música?

Música de los años 90, en específico las notas de *Power of love* de Celine Dion, inundaban cada lugar de donde se llevaría a cabo la sesión de fotos para el lanzamiento de “*Por ti*”; habían decidido hacer la sesión de fotos en el hotel donde Xtream estaba hospedado, el SLS de Beverly Hill.

Enya se había hospedado allí varias veces y le encantaba. Jeff aprovechó que los chicos ya estaban allí y organizó todo para las fotos.

—A mí se me ocurrió. ¿Qué tal?, ¿no te gusta? ¡Esto si es música! — exclamó Kara cantando alguna estrofa justo frente al chico, tomando sus manos y utilizándola como micrófono.

—¡Para nada!, prefiero el trap —mientras hablaba, lanzaba casi al suelo a su pareja de baile al tiempo que los asistentes de fotografía y demás los miraban riendo.

—¡Jacob!, me desilusionas... Dime, ¿qué dice eso?

—¿Que dice qué?

—¿Esa... música, esa letra? Bueno, no tiene letra.

—Nada.

—¿Entonces?

—¡Te molesto, chica!

—Ya sabía yo, no puedes ser tan vacío. Pero acepto que el ritmo si es pegajoso.

La melodía estaba acabando y comenzaba *Hero* de Mariah Carey; los chicos continuaban bailando en medio del área, parecían una hermosa pareja a no ser porque ambos hacían que bailaban, pero dando vueltas como si fueran bailarines profesionales y tropezando en el intento.

—¡Wow!, ¿y este romance?

La aparición de Enya junto a Lena paralizó a Kara que instintivamente se separó de su pareja de baile. Enya sonrió y fijó su mirada en su amiga Kara, mientras colocaba su equipaje en una de las camas del área de piscina donde se llevaría a cabo la sesión. Lena se separó, saludó y se dirigió hasta sus asistentes. Los chicos, incluyendo a Rebeca, se acercaron a la estrella.

—¿Kara!, bailas bien. A ver cuándo me invitas...

Unbreake my heart... Ambas, repentinamente y sin pensarlo,

interrumpieron la conversación para cantar a dúo el coro de la canción que sonaba... *“Ohhh, said you love me... Unbreak...”*

—¡Están locas!, ¿cómo estás?

Jacob abrazó a la cantante, igualmente Rebeca.

—¡Hola, chicos!, qué bien me hace verlos. ¿Por favor —colocó las manos unidas como rogando—, después de las fotos podemos ir a algún lugar? ¿Aparentar que somos jóvenes normales?, ¿qué les parece?

—¡Me parece perfecto! —Jacob lucía muy entusiasmado.

Rebeca afirmó con la cabeza, la mirada de Enya se posó en Kara.

—Kara, ¿dormimos juntas? —la chica palideció ante ese comentario—. ¿No me saludas?

Le tomó a Kara unos segundos recuperarse, pues el comentario puso imágenes de las dos durmiendo y despertando juntas, por lo que tuvo que apartarlas para volver a la realidad.

—¡Claro, tonta! Es que estás tan activa que parece que no vas a parar de hablar —todos rieron—. ¡Ven!, ¿cómo estás?

Después de abrazarse ambas se quedaron tomadas de las manos. Rebeca se despidió llevándose disimuladamente a Jacob; ninguna de las dos se percató que ya estaban completamente solas, al menos en su espacio cercano. Desde un área, cerca de la barra, había un par de ojos de color negro azabache observándolas. Ellas sonreían si decir nada, la rubia sintió un poco de sorpresa ante el comportamiento de ambas.

—Estoy bien. Ya sabes, muy ilusionada con la gira juntos.

—¿Qué gira?

Los ojos de Enya se abrieron como plato.

—¡Metí las patas!

Kara alzó las cejas.

—Nosotros terminamos ya y espero nos den tregua —aunque no tenía información confirmada, sí sabía que estaba en planes hacer una gira juntos y eso, le agradaba. No sabía exactamente por qué, pero le agradaba.

—¡Por favor!, guárdame el secreto. Olvida que te comenté eso.

Kara soltó una carcajada al ver el rostro de la gran Enya rojo como tomate; esperaría confirmación, no estaba para nada molesta.

—¡Enya! —la aparición de Lena interrumpió el momento. La morena sonriendo de medio lado y sin ningún deseo, extendió la mano hacia Kara—. Hola Kara, soy Lena, la fotógrafa y mejor amiga de En.

Enya de repente recordó que la vez en la disquera no se habían presentado y a la vez sintió el ambiente cargado entre ellas dos. El tono que usó Lena al presentarse no le gustó mucho.

—Hola, encantada. Conozco tu trabajo. Extraordinario, por cierto.

—Gracias, lo intento. Si me permites debo hablar algo con la chica. Algo sobre las fotos.

La aclaración encendió las alarmas de la chica de cabello corto que frunció el entrecejo.

—Claro, las dejo.

Kara dio la vuelta con una sonrisa maliciosa en los labios, se dirigió a Rebeca que ya estaba en el área de maquillaje, quien la miraba expectante. Conocía esa sonrisa.

—¿Qué pasó?, ¿esa sonrisa?

—Esta sesión de fotos va a estar interesante. ¿Tengo mi cara bien? —le preguntó mientras se sentaba en la silla junto a su hermana.

La maquillista colocó la capa sobre sus hombros.

—¿Cómo?, ¿qué te paso? —su hermana volteó para verla sorprendida.

—Siento que me derritieron.

Kara no paraba de sonreír; su hermana volvió a colocarse derecha permitiendo que la maquilladora, una señora muy agradable de nombre Savage, continuara con su trabajo.

—¿Crees... que ellas?

Kara colocó el dedo sobre sus labios pidiéndole que no dijera nada. Con una mímica le dijo, “hablamos luego”

—¿Qué fue eso Lena?

Enya tomó a su amiga por el codo sutilmente y la movió a un área algo apartada.

—¿Qué de qué?, ¿no sé de qué hablas? —discutían en susurros.

Esta vez los ojos sobre ellas eran de color miel.

—Esa actitud. ¿“Mejor amiga”? ¿O sea?

—¡Bueno, creo que lo soy! —intentaba parecer ofendida.

—Yo creí que éramos pareja. Amigas y pareja... ¿quieres que te presente como tal?

—¡Enya!, ¿por qué te molestas?

—¿Por qué me molesto? Por tu actitud, Lena.

Se quedaron mirando unos segundos. La morena bajó la cabeza, se volteó y sin decir más, se dirigió hacia su área, colocó la cámara Phase One de 100 mega pixeles en su trípode, luego comenzó a medir las luces. La temperatura estaba agradable, había algo de niebla y unos 56 grados, por lo que era necesario utilizar unas luces fijas o tres, cuatro tiradas o “flashes”.

Poco después inició la sesión. Los cantantes vestían de blanco en esa primera toma; una de las poses los colocaba uno detrás del otro, Jacob y Rebeca en frente, Enya abrazando al chico por la espalda y Kara a su hermana de la misma manera. Las chicas llevaban trajes veraniegos, aunque las fotos no eran en esa temporada; el fondo se veía claramente invernal. La música de los 90 continuaba sonando y todos cantando; todos menos la fotógrafa que tenía cara de pocos amigos que nadie se explicaba, solo Enya y, en cierta manera, Kara.

Luego otra foto, donde las tres chicas llevaban en brazos al guapo Jacob; él acostado a lo largo, ellas sosteniéndolo. Había camaradería entre todos, los chicos vocalizaban las canciones de fondo, se retiraban en grupo a comer algo de fruta y champagne que tomaban de una mesa al lado de los vestidores mientras platicaban, en lo que el staff de fotografías decidía poses y cambiaba luces.

—¿Qué tal si hacemos unas solo con las vocalistas?

Kara se sintió algo incómoda con la petición de Jeff, el gran jefe. Miró a Enya que pareció no importarle mucho.

—¿No crees que se verá mal? O sea, son un grupo, Jeff —intervino la morena que sabía para sus adentros que era ideal la proposición del productor, ya que la canción sería entre ellas. Pero sus celos, porque eran celos, la estaban cegando.

—Estoy de acuerdo con Lena —comentó Kara.

—Yo no, hagámoslas —sin más, Jeff dio la orden y se retiró.

Kara alzó las cejas y miró a todos.

Tanto para Enya como para Kara el momento era incómodo, puesto que ellas tomaban muy en serio la cuestión de que era un grupo, no dos solistas y, en adición, sabían que había algo extraño y nada desagradable entre ellas. Una atracción, eso era.

Con pesar, pero siendo la profesional que era, Lena dirigió las poses que las chicas debían tomar; solo dio una idea, ellas con su vasta experiencia

tomándose fotos promocionales. Hicieron las poses con mucha naturalidad; ambas sentadas en la piscina, piernas en el agua, muy unidas dando la espalda a la cámara, luego mirando hacia la fotógrafa. Los flashes parpadeaban una y otra vez. Una pose más; esta vez una frente a la otra, separadas, pero uniendo sus pies en el borde de la piscina, con una copa entre las manos, lo que aprovecharon para platicar.

—Esto no me parece buena idea.

—Tampoco a mí, pero ¿qué hacemos?

—Hagamos un paro... “Cantantes se niegan a que los compañeros no salgan en la foto”.

—Jeff a veces se pone insoportable.

—Lo dices tú, yo no lo conozco.

Ambas reían, tomaban de su copa, se miraban, bajaban el rostro, veían a la cámara mientras el flash parpadeaba incesante sobre ellas. De repente, los otros dos integrantes del grupo se lanzaron al agua mojándolas. Jacob las haló hacia el agua.

El agua estaba helada, ellos tiritaban, pero disfrutaban el momento; comenzaron a aparecer en el aire burbujas. Los asistentes tiraron bolas inflables de colores sobre la piscina que los chicos utilizaron para jugar, mientras la cámara captaba con éxito esas imágenes. En un instante se unieron en el centro de la piscina, los hombros de Kara y Enya se rozaban, estaban consientes del coqueteo y lo disfrutaban. Enya había olvidado completamente a la mujer encargada de inmortalizar esas imágenes; en este momento, solo tenía ojos para aquella chica de cabello corto y sus compañeros.

Capítulo 19

—¿Nos vamos, Enya?

A nadie le extrañó que Lena interrumpiera la amena conversación que tenían los jóvenes en el área alrededor de la piscina, a fin de cuentas, llegaron juntas. Las tres cantantes descansaban sus espaldas en el respaldo de las sillas de descanso, ya se habían sacado el exceso de agua y todas cubrían su cuerpo con batas de baño. Los chicos, Jacob y Dimas, estaban sentados en los bordes de las sillas; las piernas de Rebeca descansaban sobre su novio. Jacob estaba a orillas de la silla de Enya, el chico no desperdiciaba oportunidad de estar cerca de la estrella, como de cualquier mujer que viera sola.

Habían decidido no salir, si no quedarse platicando y tomando algunos cocteles en la misma área donde trabajaron horas antes las fotografías. Todo el equipo, incluyendo los asistentes, estaban allí.

Todos miraron hacia Lena en el momento que abordó a su amiga. Era aún temprano.

—¡Amm!, Len, ven, quédate acá con nosotros. La verdad es que estamos pasándola bien.

Lena no puso su mejor cara ante la petición de Enya, la realidad era quería estar a solas con su mujer desde temprano.

A medida que la chica se acercaba a Enya, Jacob se levantó dejándole su espacio para que ella se sentara y se uniera al grupo. La fotógrafa le dedicó una sonrisa al joven y se sentó al lado de Enya, quien le ofreció una copa de mimosa e, instintivamente, colocó la mano en su espalda baja, acariciándola cariñosamente. Lena reaccionó al toque algo incómoda.

Kara, quien estaba en la silla de al lado, se percató. Los ojos de las cantantes se encontraron brevemente.

—¿Hasta cuándo te quedas acá, Enya?

—Bueno, realmente estoy tomándome unas semanas. Hasta que arranque la promoción de la canción no tengo nada pendiente. Ustedes terminaron ya su gira, ¿cierto?

—Si, esperamos que se nos concedan, al igual que a ti, un tiempo de descanso.

Las miradas de Enya y Kara fueron evidentes. La vocalista de Xstream ocultaba que conocía que pronto estarían muy ocupados con el lanzamiento.

Ambas se percataron del escrutinio de los demás y llevaron sus copas a la vez hasta sus labios, no disimularon nada.

—¿Ocurre algo?

Ambas alzaron sus cejas ante el cuestionamiento de Rebeca.

—No, ¡en lo absoluto!

—Mmm, no sé por qué no les creo. Ustedes tienen un misterio cada vez que se ven.

Por la cabeza de Rebeca jamás pasó que ese simple comentario lleno de cinismo, causaría en la pareja de Enya un gran malestar. La realidad era que Kara y Enya se llevaban a las mil maravillas, compartían el mismo gusto por la música y habían creado una mancuerna que les hacía bien a ambas, puesto que ninguna de las dos tenía muchas amistades. Aunque la realidad era que solo ocurría cuando se veían, fuera de ahí, no tenían comunicación.

La mirada de la morena, llena de cuestionamientos, se posó sobre la cantante rubia quien se percató al momento de que había malinterpretado el comentario de Rebeca. Kara también notó un poco de incomodidad en Lena, quien todo el tiempo permaneció callada.

—Lena, ¿para cuándo podremos ver las imágenes? Muero de ansiedad — Jacob nuevamente salvó el momento.

La chica se removió sobre el asiento y sonrió vagamente.

—En dos días, aproximadamente, estarán ya las muestras, después que trabaje los retoques. Claro, eso lo debo hacer en New York, donde tengo mi estudio.

—Ya. Solo intenta que me vea delgada, muy delgada —suplicó Kara.

—Kara, eres delgada. ¿Qué pretendes, chica, desaparecer? —Rebeca aportó a la conversación que por un momento se tornó algo pesada.

—Lena, Saúl Jiménez es tu novio, ¿no?

Decir que los colores subieron al rostro de la cantante y bajaron del rostro de la fotógrafa, no es una exageración. Saúl era un modelo bastante conocido; Lena Lewis tenía mucho prestigio en el ambiente artístico, todos conocían a todos. Jacob estaba, para variar, tanteando el terreno, la morena le gustaba. La chica solo asintió en silencio; Enya permaneció inmutable.

—Lo conocí a principios de año, es un hombre con mucho talento — continuó Jacob.

—Si, lo es —contestó la fotógrafa en un susurro.

—¿Con cuál marca está trabajando ahora?

—Permiso, regreso en un momento.

Enya, visiblemente incómoda, interrumpió la conversación. Los ojos de la fotógrafa siguieron a la cantante quien se dirigió a la barra de la piscina. Kara hablaba con su hermana y Dimas, pero pudo percatarse del malestar en el rostro de la cantante. Su impulso inicial fue acercarse a ella, pero se contuvo, estaba notando ciertos comportamientos entre la fotógrafa y su amiga que enviaba a su sistema más de un alerta, anunciándole que ellas tenían algo. Lo que sí le extrañaba, era que Lena tenía novio; Jacob acababa de preguntarlo y la relación con Enya, si era que existía, no parecía abierta.

Kara vio como Enya se subió a un taburete en la barra y comenzó a hablar con el “bartender”. Sus largas piernas quedaron descubiertas al cruzarlas, a fin de cuentas, solo vestía una bata de baño. De repente, vio como la fotógrafa se acercaba a la cantante y colocaba un brazo en su hombro haciéndole cariños a los que la chica no correspondía. Sus ademanes demostraban que discutían. Kara se fijó que sus compañeros estaban observando la misma escena.

—Chicos, creo que yo me voy a descansar —interrumpió el silencio momentáneo.

—Es temprano Kara —Jacob tomó de la mano a su amiga haciendo algo de presión en la muñeca para que no se marchara, pero ella ya estaba de pie—. Quedamos en salir con Enya, no lo hicimos. Ahora tratamos de pasarla bien, ¿y quieres retirarte?

—Diviértanse sin mí, quiero quitarme esto —agarró su ropa de baño—. Bañarme con agua muy caliente y meterme a la cama. La verdad no deseo para nada resfriarme.

—Bien, nosotros subimos más tarde.

La pelinegra besó a su hermana y se marchó.

—Claro, me despiden de todos.

—Vamos, subamos a la habitación, En. Ya deseo estar sola contigo.

Enya la miró sorprendida, ¿sola con ella? Hacía menos de diez minutos que le confirmaba a Jacob que era novia de Saúl, ¿y se atrevía a reclamarla?

—Estás loca, Len. En verdad lo estás.

Dicho esto, la chica se puso de pie y se acercó a los jóvenes dejando a su compañera en la barra. Sus cejas se unieron levemente al notar que Kara no estaba en el grupo.

—Chicos, me retiro. Les deseo buena noche. Sé... que les dije para divertirnos, pero la verdad es que estoy agotada. ¿Me excusan?

—Claro, ya Kara se marchó a descansar también.

Jacob se puso de pie para besarla en la mejilla.

—Ya veo. Nos estamos viendo mañana.

—Chao.

Ambas, Enya y Lena, se retiraron. Caminaban, lado a lado por el pasillo que las llevaría a la habitación, en silencio. Enya había estado allí solo unos minutos para cambiarse después de la sesión de fotos. Pidieron la habitación juntas; nada raro, eran amigas hacía mucho. Siempre que viajaban juntas se quedaban en la misma habitación; siempre que Saúl no estaba o Enya llevaba compañía. La verdad era que desde que Enya se percató de su atracción hacia su amiga había intensificado sus citas a ciegas; o de una noche, con el solo propósito de olvidarla, sin éxito. Pero ahora que la tenía, que estaban juntas, no disfrutaba de su suerte. Aunque la verdad... sentía ahogarse y sabía que ya no soportaría mucho más.

Una vez que la puerta de la habitación se cerró, Lena saltó sobre Enya y la besó apasionadamente. La cantante no estaba de ánimos, pero tampoco quería hacer sentir mal a su compañera; devolvió un beso e intentó caminar hacia el interior de la habitación, lo cierto era que cada vez que Lena la besaba sus defensas se derrumbaban.

Lena la abrazó por la espalda, pegó su cuerpo al de ella y le mordió levemente el hombro. Mil imágenes se apoderaron de la cantante, imágenes de Saúl sobre su mujer. Así que, sin aviso, se volteó pegándola de espaldas a la puerta. Se quitaría esas imágenes de la cabeza ahora mismo.

Lena sonrió complacida, su amante estaba reaccionando, tendría lo que había deseado desde temprano. Saborear su piel y sentir que Enya se la comía a pedazos; esa mujer le pertenecía y ninguna cantante de segunda se la iba a arrebatar. Enya era una bomba sexual, una bomba que tenía y que la hacía disfrutar. Y, por qué no, también la quería, nadie le iba a quitar eso. Unos celos enfermizos se apoderaron de ella mientras hacía las fotografías de las dos mujeres en solitario. La química entre ellas y su compenetración la tenían de muy mal humor; podía verlo a través del lente de su cámara, o simplemente al solo posar su mirada en ellas. Sabía que la resistencia de Enya hacía unos minutos se debía al tema de Saúl. ¡Maldito Jacob y sus imprudencias!

Enya la levantó por los muslos y comenzó a morder sus senos a través de la

tela. Lena cerró los ojos y metió la cabeza en su cuello, sujetándose con las piernas alrededor de la cantante. Una pierna sirvió de soporte mientras la rubia bajaba su mano, metiéndola a través de la ropa interior de la chica, penetrándola; los gemidos de pasión de Lena acompañaban los movimientos de Enya según entraba en ella. Una vez concluido el éxtasis, Lena bajó las piernas de la cintura de la cantante y se quedó de pie frente a ella.

Se miraban, la morena arreglaba los flecos de cabello de la rubia que se pegaban en la cara colocándolos tras sus orejas. Se dieron un beso muy largo que culminó cuando ambas cayeron sobre la cama. Enya colocó ambas rodillas a los costados de la chica y comenzó a quitarse la bata. Lena posó sus manos en los pechos de la estrella mientras los masajeaba, le encantaban. Pero necesitaba más, tomó la mano que masajeaba su seno izquierdo y lo llevó a su entrepierna; ella misma hizo todo el trabajo para calmar su sed. Hizo que la morena la penetrara y comenzó a moverse sobre ella buscando su propio placer. Lena se dejaba hacer.

La cantante logró liberar el peso del deseo al que la llevó su amante, pero no logró, de ninguna manera, quitar de su cabeza el vacío que sentía cada vez que terminaba su acto sexual con esa mujer que ella sentía que amaba.

Capítulo 20

¿Qué rayos es lo que me pasa?, ¿qué es lo que pasa?

Con esa pregunta rondando en su cabeza, amaneció Enya. Casi no había pegado un ojo; estaba angustiada, triste, no se sentía feliz.

Sentada a los pies de la cama, aún envuelta entre sábanas blancas, Enya miraba hacia su costado. Veía el pecho de Lena subir y bajar pausadamente, sus cabellos negros cubrían parte de sus senos desnudos. Se acercó a su amante y, por instinto, la cubrió con la sábana.

La cantante volvió a su lugar, cubría su cara con las manos, peinaba sus cabellos rubios, todos y cada uno de los movimientos mostraban el grado de ansiedad en el que se hallaba. Esto no era lo que quería; deseaba amanecer al lado de Lena cada día ¡abrazada a ella!, queriendo no salir del calor de sus brazos. ¡Y lo hizo!, claro que lo hizo, los primeros días cuando la novedad y la pasión desmedida de ambas las llevaban a no querer soltarse ni un segundo. ¿Pero, ahora? ¿Qué sentía ahora? ¿Estaba enamorada realmente de Lena?, ¿lo estuvo? ¿O fue una simple ilusión pasajera, la lucha de querer tener lo que no puedes? ¿Fue el egoísmo que mostraba la morena lo que había despertado en ella más soledad que antes?

Amaba el olor que desprendían las sábanas que cubrían el cuerpo de Lena, amaba su piel, le encantaba amarla. Pero, ¿a cambio de qué? Se puso de pie, sus sábanas quedaron en el suelo, se dirigió al baño, necesitaba salir de ese estupor en el que se hallaba. Al entrar a la ducha y el agua comenzar a caer sobre su rostro, sintió que volvía en sí. Los pensamientos volvieron a inundar su mente. ¿Qué hacer? ¿Seguir con esa relación que anheló por mucho tiempo, pero que no era lo que ella esperaba? Sacudió la cabeza en un intento de desviar sus pensamientos. Minutos después salió de la ducha a toda prisa, lavó sus dientes y se encontró con su rostro en el espejo.

—¡Eres una estúpida, Enya Beatrice!

Bajó el rostro y volvió a sacudir la cabeza, una lágrima estaba tentada a salir de sus ojos. En la penumbra de la habitación tanteó entre su equipaje hasta conseguir un pantalón de hacer ejercicios, se puso un sport bra y un abrigo por encima, se calzó unos deportivos. Miró hacia la cama donde la hermosa morena se hallaba profundamente dormida, sin ninguna preocupación aparente. Salió de la habitación sin siquiera mirar atrás; hizo todo en la

oscuridad de la habitación por lo que, al salir, la luz del pasillo lastimó un poco sus ojos. No quería despertar a Lena, iría a desayunar y luego caminaría por el área del hotel, necesitaba urgentemente distraerse.

Su habitación era la 892, al salir de ella, una hermosa chica llamó su atención. De la habitación 870, Enya vio salir a una delgada mujer de cabello corto que no se percató de que ella iba caminando en su dirección. Vestía casualmente con ropa deportiva también; Enya la alcanzó, llegando hasta su lado, fue cuando sus ojos se encontraron con los de color miel de Kara.

—¡Hey!, ¡buen día!

Fue la pelinegra quien saludó primero, entonces comenzaron a conversar mientras caminaban por el pasillo, una al lado de la otra.

—Uy, que madrugadora. Creo que no son ni las siete.

—No, faltan unos... —miró su reloj— quince minutos para las siete. ¿Pero de qué hablas?, estás en igual condición que yo, despierta y, al parecer, vas a ejercitarte.

Una mueca de desgano se dibujó en el rostro de la rubia, cuyos hoyuelos se marcaron visiblemente. Kara sintió en ese instante muchos deseos por posar sus labios allí, le quedaban perfectos donde estaban.

—¿Qué?, ¿quieres que nos ejercitemos juntas? Podemos desayunar luego.

—La verdad es que no tengo deseos de ejercitarme. Me puse esta ropa porque, aunque no lo creas, fue lo primero que encontré en la maleta.

Kara sonreía animada, no se le pasó por la cabeza encontrarse a Enya esta mañana. La realidad era que se había levantado muy temprano porque no podía dormir; la noche la pasó en vela y la mayor parte de sus pensamientos tenían un rostro y una voz. Quien aparecía era la chica que ahora caminaba junto a ella por el pasillo del hotel.

La noche anterior se había retirado sin despedirse de ella; verla al lado de su amiga le causaba cierta incomodidad, así que pasó su noche tratando de averiguar qué era. Aunque trataba de engañarse, le gustaba una mujer. Le atraía Enya.

—Iba a desayunar, pero...

La chica se detuvo en seco; Kara hizo lo mismo al ver que una idea se le había ocurrido a la rubia.

—¿Kara?

—¿Sí?

—¿Te molesta si te pido que obvias tu descabellada idea de correr a esta

hora y desayunos conmigo?

Kara mostró un poco de sorpresa, frunció la boca y le guiñó un ojo.

—No, no me molesta, vamos —continuó caminando hacia el ascensor cuando se percató de que la rubia no la seguía. Se volteó encontrándose con la chica de pie mirándola fijamente, como en otro mundo—. Enya, ¿vienes? —volvió en sus pasos hacia ella y le tomó la mano—. ¿En?

—¿Te molesta que pidamos desayuno en tu habitación?

La pelinegra estaba paralizada, sus ojos se perdieron en los de Enya. Tragó en seco y apretó un poco la delicada mano que sostenía. Pensamientos nada saludables se albergaron en su mente. ¿Ella y Enya solas en una habitación? La idea era en extremo tentadora; sin embargo, podía sentir que sus pensamientos se alejaban mucho de los de su amiga, algo en su mirada perdida la estaba lastimando.

—No me molesta, pero ¿estás bien?

Enya parpadeó varias veces y sonrió; esa sonrisa que derretía a más de uno, y que esta vez también surtía el mismo efecto en la cantante de Xtream.

—Solo no estoy de ánimos para ver mucha gente. ¿Y la verdad?, para ejercitarme tampoco.

—No se diga más, regresemos.

Ambas volvieron a recorrer el camino que minutos antes habían dejado atrás, en silencio. Kara observaba de reojo que la rubia caminaba cabizbaja. Abrió la puerta de la habitación y le permitió entrar primero. Enya notó que la cama estaba recogida, vio como Kara buscaba en la mesita de noche el menú de servicio a la habitación.

—¡Qué mujer ordenada! —murmuró con un tono de burla, logrando que la chica le sacara la lengua

—¿Qué te pido?

Enya miró a dónde estaba Kara, quien hacía gestos con su rostro y manos en espera de su decisión.

—Lo que vayas a comer tú.

—¡Enya!, no tienes idea de qué pediré.

—Lo mismo que tú, eso quiero. Soy muy fácil de complacer.

—Mjm.

Mientras Kara ordenaba huevos revueltos con jamón, tostadas, algo de fruta, café y jugo de naranja, Enya se dirigía al balcón de la habitación donde una suave y fría brisa invernal acariciaba su rostro. Tenía su mente en blanco,

solo cerraba los ojos dejando que el aire la acariciara.

Kara se descalzó como siempre hacía y llegó al balcón, tomó asiento en silencio mientras la observaba. Subió los pies a la silla y se abrazó las piernas. La observaba de espaldas sin decir nada. ¡Dios, era tan bella!

—¿No te ha pasado que sientes soledad en medio de tanto bullicio?

Esa frase rompió el silencio y le indicó a Kara que su compañera sabía que ella estaba allí, desde que se abrió paso hasta el balcón Enya la sintió. De repente, la chica se dio la vuelta encontrándose con la pelinegra que mantenía su mirada en ella, escudriñándola. Kara estaba preguntándose qué le pasaba a la explosiva y gran Enya, pero no tenía la confianza de preguntar. Kara soltó un gran suspiro, tantas veces había sentido eso mismo.

—¿Como si tuvieras al mundo a tus pies y a la vez no hubiese nadie, solo un puñado de personas amadas a los que no quieres abrumar con pesares? —la pelinegra respondió con otra pregunta.

Enya asentía con la cabeza agachada, miraba sobre sus pies; metió las manos a los bolsillos del abrigo buscando algo de calor. Kara acababa de dar en el clavo, solo que ella no contaba con ese puñado de personas; su única persona estaba haciéndose invisible ante sus ojos. Desde que eran amantes, se había perdido la complicidad que antes tenía con Lena.

—Qué difícil es la fama, ¿verdad?

—Lo es. La disfruto mucho, Enya; en realidad, esta es mi vida, no creo que pueda hacer otra cosa. Pero hay momentos que desearía ser desconocida, pasearme descalza por donde sea, emborracharme hasta perder el sentido, hacer lo que me plazca sin temor a una mala crítica.

—¡A un chisme! Y ahora hasta memes.

Ambas rieron con ganas. Enya miró a Kara de otra forma; su risa contagiosa la hizo estremecer. Ambas se quedaron mirando, cada una con un pensamiento sobre la otra, y podrían jurar que ambas reflexionaban lo mismo. El silencio del momento fue interrumpido por el timbre de la puerta, ya el desayuno había llegado.

Capítulo 21

—¿Café?

Kara sostenía la cafetera plateada esperando para servirle a la chica quien alcanzó su taza aceptando la preciada y caliente bebida.

—No funciona sin él. Gracias Kara.

Enya adoptó una actitud más animada justo al comenzar a desayunar, Kara quiso asumir que era el hambre lo que la tenía pensativa. Moría por preguntarle por Lena, sabía que se habían marchado juntas, sospechaba que entre ellas ocurría algo, pero Enya estaba justo en ese momento relajada, no era prudente y tampoco le debía importar.

Estaba interiorizando a esta enigmática mujer, era bastante sencilla en comparación con otras cantantes que no tenían tanto renombre y con las cuales habían compartido más de una vez. Cuando la chica de servicio apareció con el desayuno, fue ella quien la alcanzó para ayudarla con el carrito y las bandejas. La chica reaccionó más que sorprendida y agradecida con el gesto. Luego la cantante levantó la cubierta de una de las bandejas y sin siquiera sentarse a la mesa, ya tenía una tostada en la boca, gesto que enterneció a la pelinegra, quien sonreía embobada de pie en medio de la habitación observando la escena.

Comenzaron a desayunar en silencio, el desayuno era perfecto para Enya.

—Mamá siempre decía que el desayuno ideal incluía huevos, así que, ¡gracias nena!

—A mi me encantan de todas formas, menos...

—“Menos blanditos” —la interrumpió Enya, quitando las palabras de la boca de la pelinegra.

—¡Exacto! Es que me dan como asco, es una tontería, pero ni de pequeña pude.

—Me pasa igual.

El tiempo pasó volando mientras desayunaban y hablaban de tonterías y trivialidades cotidianas, cualquiera que las hubiera visto y no las conociera, jamás imaginaría quiénes eran y mucho menos sospecharían sobre su trayectoria musical. Kara descubrió que Enya era hija única, nacida en Canadá y que desde pequeña sintió vocación musical, siempre supo a lo que se dedicaría. Sus padres pagaron clases particulares de canto, al ser hija única,

ambos se dedicaban totalmente a ella. Recién cumplidos los quince años, sus padres la trajeron a Estados Unidos. Ambas cantantes tenían la misma edad, veintiséis años, aunque en algunos medios le especulaban entre veinticuatro a veintisiete.

—¿Tu padre vive?, hablas de él en pasado.

El rostro de Enya se entristeció, aún con la tostada en la boca, lo negó con la cabeza. Masticó el pan, tragó y se apresuró a contestar.

—Lo mataron hace diez años, justo cuando cumplí los dieciséis. Lío de faldas.

Kara tomó la mano libre de la chica dándole un leve apretón y un “lo siento”. Enya sonrió devolviendo el gesto.

—¡No hablemos de eso!, terminemos de desayunar. Otra de las cosas que no tolero es el huevo frío.

Luego de desayunar ambas subieron a la cama, cada una a un costado, se recostaron del respaldo con las piernas a lo largo de la cama. Ninguna había terminado su café, su segunda taza de café. Platicaban de todo y de nada con la taza en las manos, entre conversaciones había muchos momentos de silencio, donde cada una se tomaba el tiempo de aceptar que se sentían bien en compañía de la otra.

—Kara, ¿estás con alguien?

La pregunta tomó a la chica por sorpresa, pero no tenía otra cosa que decir que no fuera la verdad.

—No. Hace ya bastante tiempo que estoy sola.

—Que raro.

Enya hizo ese comentario sinceramente, frunció el ceño extrañada. Estos pocos días, los breves momentos que ambas habían compartido, le sirvieron para descubrir que la vocalista no era tal cual ella sospechó en aquel primer encuentro; de hecho, sentía que podía estar conversando de cualquier cosa con ella y a la vez de nada en particular. Si a eso le añadía que la cantante era preciosa, simplemente la convertía en la persona ideal.

—¿Por qué? Ya sabes cómo es esto, nunca sabes quien tiene buenas intenciones.

Enya hizo la pregunta, pero al segundo se quedó ausente. Sus ojos se posaron en Kara, ella sabía que su mente se hallaba en otro lugar. La chica colocó su mano en el muslo de la otra llamando su atención, era el momento de salir de dudas, le devolvería la misma pregunta, quería saber si estaba con

alguien.

—¿Enya? —el timbre del celular de la rubia comenzó a avisar que entraba una llamada.

Enya se sobresaltó al escuchar el tono, el café casi se derrama sobre su pecho. Kara también se sobresaltó, pero lo hizo por la reacción de la chica. A la vez se levantó para acercarle el móvil que aún estaba sobre el tocador de la habitación.

—Tranquila, te lo acerco.

Kara no pudo evitar ver el nombre de quien llamaba, fue solo un segundo hasta que la rubia se lo arrebató de las manos, por lo que se quedó con las manos en alto, visiblemente asustada. Era una reacción desesperante.

— ¿Arturo?

—...

—No estoy en New York, ¿dónde se encuentra?

—...

—Pero, ¿está bien? ¿La viste?

—...

—¿Puedes hacer algo? ¡Demonios Arturo, para algo te pago!

Kara era muy prudente, salió al balcón y la dejó sola en la habitación. Desde allí aún escuchaba la conversación de la chica quien caminaba de lado a lado frente a la cama. Esta vez era a ella la que el aire acariciaba. Enya actuaba extraño, un día era fuerte, imponente, hoy estaba ausente, de repente era dulce, conversadora y ahora, ahora se encontraba asustada. Si, esa era la reacción, de miedo y mucha angustia.

Pasaron varios minutos en los que Kara no escuchó nada dentro de la habitación. Se acercó, abrió la puerta de cristal y movió las gruesas cortinas que dividían el balcón y la habitación. La vio sentada a los pies de la cama, el móvil estaba a su lado, se apretaba el tabique de la nariz con dos dedos, reflejaba preocupación. Kara se agachó frente a ella y tomó su mano libre, descansando sus antebrazos en los fuertes muslos de la chica. Enya se relajó y posó su mirada en ella, esos ojos que la miraban estaban cristalizados, nuevamente la derretía. De mil maneras la derretía.

—¿Estás bien?, ¿necesitas algo?

Fue solo un susurro, un susurro que estremeció de sobre manera a la cantante. Solo Lena le habló así antes, con esa preocupación. Pero ella no era Lena, las cosas habían cambiado: estos ojos eran miel, aquellos negros. Kara

estaba allí frente a ella y una marejada de extrañas sensaciones se apoderaban cada día de sí. La tentación por posar sus manos en las mejillas de la otra no se hizo esperar, vio como los ojos de Kara se cerraron ante ese toque. Fue solo un instante que logró quemar la piel de la pelinegra y hacer que Enya también se estremeciera al sentir la suavidad de sus mejillas.

Pero Enya debía recordar su realidad; había una mujer desnuda, durmiendo en su cama, posiblemente estaría preguntándose por ella. Por otro lado, acababa de recibir una llamada que le informaba por cuarta vez en solo dos meses, dónde estaba Brenda.

—Si —respondió por fin a la pregunta.

De inmediato se puso de pie ayudando a Kara a hacer lo mismo, recogió su celular, dando dos pasos hacia el lado evitando a toda costa la mirada de su amiga. No deseaba dar explicaciones y tampoco la otra lo había pedido. Esa mujer estaba ocasionando que sus defensas bajaran. Justo en este momento se sentía tranquila por el simple hecho de que la otra estaba allí. Le sonrió y se dirigió a la puerta.

—Ya tengo que irme —dijo, pero Kara la tomó por los hombros y la hizo mirarla.

—Enya, puedes contar conmigo. Tienes mi número, úsalo.

Fueron solo segundos donde ambas sin darse cuenta se hallaban en los brazos de la otra. Kara sentía la respiración agitada de Enya, no sabía si era su corazón o el de ella que andaba desbocado. Enya descansaba su cabeza en el hombro de Kara; ambas aspirando el olor de la otra. Ellas sentían afinidad la una por la otra. Para Kara, Enya la necesitaba. Para Enya, Kara era su salvación. El abrazo duro solo un minuto, Enya se separó y nuevamente anunció su despedida, debía arreglar algunas cosas para irse esa misma mañana.

Pero Kara no lo sabía.

Capítulo 22

—¿Les gustaron las fotos?

Sobre una gran mesa los chicos de Xtream y su equipo de Relaciones Públicas observaba y hacía un escogido de las fotografías que darían vida a la publicidad del tema que justo ese día se estrenaría en los medios.

Se encontraban en la oficina de Liz. Hacía una semana que el producto final había llegado, pero hasta ese día no se había dado la oportunidad de estudiarlo. Los chicos, al regresar de Los Ángeles, tomaron unos días de descanso.

—Están hermosas, sí. No tengo ni idea de cuál escoger. Debo aceptar que Lena es un fotógrafa extraordinaria. ¡Mira ésta!

Rebeca observaba junto con Dimas una en particular donde estaban todos en la piscina, los rostros se apreciaban perfectamente. Cada foto les recordaba un momento en particular por el cual reían al comentarlo.

Para Kara las cosas no eran tan color de rosa, en cada imagen que miraba de ella con Enya la hacía recordarla, más de lo normal, más cada día. Porque lo cierto era que cada mañana se levantaba con la imagen de Enya frente a ella, la sensación de aquel dulce abrazo y, sobre todo, sus ojos, que llevaba clavados en la memoria como si la tuviese de frente.

Los días no habían sido fáciles para ella. Por un lado, intentaba dar con el motivo por el cual no dejaba de pensar en aquella chica; por otro lado, Enya y ella no se habían comunicado en ningún momento. Quería hablar con su hermana sobre lo que estaba sintiendo. Rebeca, a pesar de ser la menor, tenía más experiencia en relaciones y ella deseaba que su hermana le dijera que todo era producto de su imaginación. A la vez, le dolería que aquello, en efecto, fuera así.

Las fotos le recordaban los breves momentos que compartieron. Kara sonreía y simplemente opinaba que era el equipo de Publicidad quienes debían decidir sobre aquellas imágenes. Les informaron que ya la canadiense había visto las imágenes y prefería que el grupo las escogiera, esto porque, según ella, eran mayoría. Debía añadir que en cualquiera de esas fotos ella lucía espectacular.

El grupo estaba evaluando mudarse un tiempo a New York con el propósito de hacer aquel lugar su base, eso sin descuidar sus residencias particulares en

los estados donde vivían; Kara y Rebeca residían en Tennessee y Jacob en Virginia. Era un poco pesado estar viajando en auto o en avión hasta New York, mientras duraba la grabación del disco y la promoción de éste. Ya estaban todos enterados que en solo dos semanas comenzaba una mini gira de promoción por los medios, grabación de vídeo musical y la preparación de la gira de conciertos que estaba pautada para comenzar tres meses después. Todo iba muy de prisa.

—Chicos, acérquense. Vamos a discutir sobre la mudanza a New York — Liz llamó a su equipo invitándolos a sentarse en la gran mesa donde estaban todas las fotos en desorden. Una vez todos sentados, esta procedió a mostrarle algunos folletos de apartamentos en la ciudad. El grupo amaba su independencia por lo que siempre preferían quedarse en lugares individualmente. Incluso las hermanas—. Creo que debemos buscar cerca del estudio de grabación. Específicamente el área de Hudson Drive, allí hay muy buenos apartamentos. Quiero que los estudien y para mañana, si le es posible, decidírnos por el de su preferencia. Todos los mostrados están equipados, nos mudaríamos de inmediato —Liz caminaba, como era usual en ella, de lado a lado mientras les hablaba.

Rebeca estaba muy entusiasmada con la idea, siempre quiso vivir en New York. Su casa en las cercanías de Gatlimburg en Tennessee le encantaba, pero lo encontraba en extremo tranquilo para su estilo de vida. En cambio, su hermana amaba el área donde vivía.

La cantante canadiense asistía a una gala benéfica. La misma reunía a grandes personalidades de la música, arte y entretenimiento. Había escogido junto a Lena un atrevido traje negro, su color favorito; de mangas largas, muy justado a su hermosa silueta, largo, pero con una abertura desde el comienzo del muslo. Su descote pronunciado dejaba ver su hermoso pecho, el traje estaba atado con un delicado broche al final del descote. Combinaba su atuendo con unos zapatos de tacón en extremo alto y unos pendientes en forma de hojas doradas que llegaban hasta su cuello. Era sin lugar a duda, una de las mujeres más hermosas del lugar y, por ende, ladrona de las miradas de ambos sexos.

Lena prefirió no asistir, nuevamente la cantante asistía a un evento sola. La verdad, Enya le pidió que la acompañara a escoger el atuendo donde el

diseñador de moda, esto con la intención de provocarla de alguna manera; no lo consiguió. Lena continuaba con su temor a ser descubierta y Enya ya estaba decidida a dejar todo así, terminar lo que nunca hubo. Las cosas entre ellas cada día estaban más frías.

—Enya, soy Gilbert Cole de MGC. Estamos en vivo para la sesión de entretenimiento, ¿me concede unas palabras?

Un joven reportero tuvo la atención de la cantante, quien era aclamada por más de un admirador que se dio cita en la entrada del Metropolitan Museum of Art en New York.

—Claro Gilbert. ¡Buenas noches!

La chica atendía al reportero y posaba su mirada al camarógrafo, quien hizo una toma de cuerpo completo. Ella le mostró su mejor sonrisa, era muy amable con la prensa.

—Buenas noches. Estás hermosa, ¿de quién vistes esta noche?

—Gracias. Mi traje es de Oswell.

—Enya, hay rumores de que estás enamorada. Cuéntanos, ¿quién es el afortunado?

La cantante rio ante el nuevo “chisme farandulero”. Si, estaba con alguien, o al menos eso creía, pero esa relación dictaba de todo menos ser pública.

—No, esta vez te fallaron tus fuentes. No estoy enamorada y no estoy con nadie —Enya miró fijamente a la cámara para llevar su mensaje. Esperaba que su receptora entendiera la línea.

—Cuéntanos de esa maravillosa colaboración con el grupo del momento, Xtream.

Justo en ese momento Enya vio a lo lejos bajando de un auto negro a una mujer que hubiese jurado que era Kara, y su corazón le dio un vuelco. El hombre que la entrevistaba llevó sus ojos hacia el auto desde donde acababa de descender la mujer en cuestión, y volvió su atención a la entrevistada. Enya aún intentaba descubrir si aquella mujer era en realidad la cantante de Xtream.

—¿Enya?

Los ojos de la rubia volvieron al periodista.

—Disculpa Gilbert, ¿Xtream? —sonrió, no ante la pregunta si no más bien ante la emoción que acababa de pasar creyendo que Kara estaba entre los invitados a la gala—. Si, grabamos ese tema de la autoría de Kara y nos preparamos para una gira en conjunto. Ya escucharás de “Por ti”.

—Si, ya la escuché. Realmente es hermoso tema.

—Lo es, y ya debo retirarme, Gilbert. Fue un placer platicar contigo.

La cantante se despidió del reportero. De repente, se puso algo ansiosa, debía hacer una llamada, pero, no bien había dado dos pasos, cuando sintió su celular vibrar. Ya sabía de quien se trataba, Lena no estaría nada contenta con las declaraciones sobre su estado sentimental. Se adentró al museo, tomó una copa de Champagne Dom Pérignon que le entregaron y se alejó hacia las escaleras del segundo nivel. Sacó su móvil, pero no para contestar a Lena; había otra persona de su interés en ese momento.

El timbre en el celular de Kara la sacó de su ensoñación, acababa de encender su laptop con la intención de navegar un poco. Estaba en su cabaña de descanso en Gatlimburg, Tennessee. A diferencia de Enya, Kara vestía una pijama de pantalón largo, unas pantuflas peludas, un largo abrigo que le llegaba justo donde llegaba el traje de Enya, a los tobillos. Era mediados de noviembre y el frío en la montaña era de unos 49 °F.

Con pesar la chica se levantó de su mullido sillón de piel hasta alcanzar su móvil. No bien vio el nombre en la pantalla, sintió su corazón latir con más velocidad.

—¡Hola!

—Hola, karissima (1)

Escuchar ese saludo la emocionó, se quedó de pie mirando hacia las montañas que rodeaban su cabaña, los copos de nieve caían sobre los arboles de pino. El suelo completamente blanco y ella hablando con la persona que menos imaginó, pero que más anhelaba.

—¿Carissima?

—Mjm, sabes lo que significa, ¿no? O debo decir, ¿mía carissima?(2)

—¡Claro!, querida. “Parlo qualcosa in italiano” (3) —la chica habló con el típico acento italiano.

Al decir la frase, al otro lado de la línea la rubia se mordía sus labios.

—“Ascolti molto sexi” (4)

Kara se ruborizó al instante; esta mujer la estaba llevando al borde de la locura. ¿Sexy?, Sexy era ella y esa forma de hablar.

—¡Vaya sorpresa, Enya! ¿Cómo estás?

—Bueno, justo ahora en la gala benéfica de todos los años. Champagne, prensa, sonrisas... ya sabes.

—¿En el Metropolitan?

—Si, que raro que no están acá.

—No sé, creo que no nos invitaron. Pero tranquila, me libré de los tacones y el exceso de maquillaje.

Mientras hablaban, Kara accedió a las redes. Tecleó “Gala Benéfica, Metropolitan, Enya”, e inmediatamente apareció la imagen de la chica con su vestido negro que dejaba a más de uno con hipo.

—¿Dónde estás? ¡Hoy sábado noche!, ¿descansas?

—Descanso, estoy en mi cabaña. Específicamente en mi sofá; chocolate caliente, todo muy blanco afuera. Mucho frío.

—Ufff, que romántico. ¿Acompañada?

La canadiense se moría por saber si la chica estaba con alguien, no tenía claro cuál era el motivo de su curiosidad. La última vez que le preguntó fue interrumpida por otra falsa alarma. Apoyó los brazos sobre la baranda esperando una respuesta, imaginándose la descripción del lugar donde estaba Kara y deseando ser ella quien la acompañara.

—¡Wow, Enya! ¿No mueres de frío? —Kara no contestó la interrogante de su amiga, aunque le sorprendió nuevamente la pregunta. Miraba la pantalla de su computadora extasiada ante la imagen—. Ese traje está hermoso, pero...

—¿Dónde estás?

Enya se sintió algo intrigada. ¿Cómo sabía qué llevaba puesto? Miró a todos lados en busca de la chica. También se sintió decepcionada al notar que ella se resistía a contestar su curiosidad.

—Te queda perfecto. Estoy viéndote en las redes, estás en varios sitios — esta vez Enya sintió algo de decepción; Kara no estaba en la gala y no contestó su duda—. ¿Estás sola? —la pelinegro devolvió la pregunta. La que había quedado en el tintero.

—Sí, solo mi manejadora. Que, de hecho, se me perdió entre la multitud.

—¡Qué raro! —Enya recordó que semanas atrás, ante esa misma pregunta, ella había comentado lo mismo. Sonrió—. Nunca estás sola.

—Esta noche sí, estoy sola.

—Yo también..., también estoy sola.

1. *Querida** (*Carissima en italiano se escribe con “c”, pero la autora se toma la libertad de escribirlo con “K” en clara alusión al nombre de Kara*)

2. *Mi querida**

3. *Hablo un poco en italiano** (*Hablo algo en italiano*)

4. *Te escuchas muy sexy**

Capítulo 23

—¿Qué haces aquí, Lena?

Enya llegaba a su apartamento con los zapatos en mano, la noche había sido larga; no necesariamente porque disfrutó de la velada en la gala, sino porque no podía dejar de imaginar a su amiga Kara sola en aquella cabaña en las montañas. Y no tenía por qué preocuparse, era su lugar de descanso, no sería la primera vez que pernoctaba allí, sola. Deseaba con toda su alma tomar un vuelo e ir a su encuentro, beber ese chocolate caliente, sentarse a platicar de cualquier cosa como siempre. Por otro lado, pensaba en su relación con Lena, estaba segura de que ella seguía con Saúl, por eso retrasaba el momento de hacer pública su relación. Sus excusas variaban entre el qué dirán, los sentimientos de Saúl y la forma en que le rompería el corazón y dañaría su hombría al saber que lo dejaba por una mujer. Mil contemplaciones que había logrado que su nivel de tolerancia disminuyera.

Le había pedido a Elvira Lance, que se marcharan, pero ella le pidió encarecidamente que se quedaran un poco más. Era pasada la una de la madrugada cuando al abrir la puerta de su apartamento se encontró con la figura de Lena Lewis en su sala.

No fue nada agradable, era a quien menos deseaba ver. Tenía sentimientos encontrados entre decepción, coraje y deseo. Sí, deseo; aún la deseaba y ella lo sabía. Se levantó del sofá y fue al encuentro de Enya, quien soltó los zapatos en la entrada de la puerta, y comenzó a desvestirse según caminaba hacia la habitación.

—¿Cómo te fue?

Lena caminó tras ella hasta la habitación.

—Bien Len, como siempre. Y tú, ¿qué tal la pasaste?

La rubia ya estaba desnuda, frente al tocador quitaba los pendientes y comenzaba a desmaquillarse, a la vez que miraba tras el espejo a Lena que intentaba tranquilizarse. Se le notaba un poco la ira que bullía en su interior. Enya la vio sentarse en la cama y se volteó a su encuentro. Colocó las manos en el tocador para apoyar su cuerpo.

—¿Qué haces aquí? ¿Viniste para asegurarte de que llegué sola?

—La verdad, no sé por qué estás tan molesta. En todo caso, sería yo quien debería estarlo.

—Mmm, ¿en serio? —los ojos de Enya estaban fijos en su amante—. Y cuéntame, ¿por qué has de estar molesta? Porque cada año, luego de la gala llevo aquí en compañía de alguien y querías asegurarte de que esta vez fuera la excepción. ¡Ya sé!, porque los medios alabaron mi vestido, porque me veía bien y muchos quisieron estar a mi lado, muchos menos... tú.

Lena se levantó de la cama acercándose a la rubia, estaba frente a ella, llevaba solo su panty, lucía tan sexy. Colocó ambas manos al costado de la rubia y se acercó a su boca, sentía una carga sexual en el ambiente y quería apagarla, sabía que Enya estaba molesta y ella también.

Enya no desaprovechó la ocasión para mencionar a Kara en la entrevista y eso la sacó de sus casillas; lo cierto era que veía la transmisión por televisión en compañía de Saúl, que llegó a su apartamento sin aviso. El hombre notó un leve cambio de humor en ella luego de ver la entrevista de su amiga y terminaron peleando. Mil veces se reprendió por no haberla acompañado y sí, temía que Enya llegara con alguien esa noche. Siempre lo hacía.

—No, por nada de eso. Vine porque quería pedirte disculpas por no haberte acompañado, En. Debí hacerlo, pensé en eso toda la noche —Lena comenzó a pasar sus labios levemente por el cuello de la rubia quien se estremeció—. Además, te veías tan hermosa, mucho más que siempre.

Lena susurraba, un leve mordisco en el lóbulo de la oreja la dejó sin respiración. Enya no quería perder su voluntad, pero Lena la estaba estimulando sobremanera.

—¡Lena!

Esta vez las manos de la morena abandonaron el tocador para posarse en la cintura de la cantante, acercándola más. Enya colocó sus manos en los hombros de la otra con intención de separarla, pero Lena fue muy astuta. Sus labios se posaron sobre los de ella invitándola. Sin fuerza de voluntad para separarse de ese beso, Enya abrió la boca y la recibió; Lena la empujó un poco hasta sentarla en el tocador, abrió sus piernas y se colocó entre ellas, la ceñía a su cuerpo y besaba con lujuria. Enya dejó caer la cabeza hacia atrás mientras la otra devoraba la piel de su cuello.

De repente, y sin aviso, las manos de Lena hicieron desaparecer del esbelto cuerpo de la rubia sus pantys, ya no quedaba nada. Enya soltó un quejido cuando sintió la lengua de su amante acariciar su intimidad. Apoyó las manos del tope del tocador y ya no se resistió a sentirla. Las manos de la morena apretaban con ímpetu sus caderas, la penetró con la lengua, la mordía,

halaba sus labios íntimos volviéndola loca. Los ojos de Enya estaban cerrados, se entregó a aquel placer que por primera vez Lena le ofrecía. Siempre sintió que nunca había hecho el amor con ella, esta vez no era la excepción, pero estaba acostumbrada a dejar sentir su cuerpo, siempre sexo.

Después de un orgasmo algo forzado, ambas se quedaron en su misma posición. Lena descansaba su cabeza en la cintura de la rubia, y ella la descansaba del espejo. Las respiraciones volvían a su normalidad. Enya tomó la cabeza de Lena entre sus manos y la obligo a mirarla. Besó su frente, preparando el camino para lo que le diría.

—¿Estuviste hoy con Saúl?

Lena se incorporó y volvió a sentarse en la cama, visiblemente molesta.

—¡Enya!

—Contéstame. ¿No fuiste a la gala porque tenías planes con él?

Los ojos de ambas estaban clavados en la otra. Enya se bajó del tocador, agarró una camiseta que había dejado tirada en la cama en la tarde y se la puso. Volvió a su lugar, de pie recostada del tocador frente a Lena.

—No tenía planes con él.

—¿Ya le dijiste?, ¿ya rompiste con Saúl?

—No estoy con él, Enya. Bueno, técnicamente sí, pero... sabes que no hay nada entre nosotros.

—¡Mientes! —Enya se sentó al lado de su amiga, respiró profundo e intentó explicarse de la mejor manera posible. Ante su acusación Lena no había dicho nada, bajó la cabeza y la colocó entre sus manos—. Len, cometimos un error garrafal, tú no me amas y nunca lo harás. Esto que ocurrió entre nosotras nos va a dañar de sobremanera.

Enya se mantuvo mirando al techo buscando aire para llenar sus pulmones, aquello le estaba doliendo mas que lo que creyó.

—Enya, yo si te amo.

—No lo dudo, nena. Solo que no me amas como yo quiero y jamás vas a enfrentarte a la verdad de amar a otra mujer. No quieres intentarlo y yo no quiero seguir así.

—¿Cómo? —Lena se arrodilló frente a ella para mirarla, abrazaba sus piernas por debajo de las rodillas, sus ojos negros suplicaban por una oportunidad—. Podemos intentarlo, amor. Permíteme intentarlo, En. Tú me amas, lo sé, lo siento en tus besos, en la forma que me haces el amor.

Enya cubrió las manos de la morena con las suyas, mantenía su mirada en

ella, se mostraba pacífica, tranquila, no quería demostrar que su corazón estaba dolido. Lena había sido su amiga por mucho tiempo, su confidente; sus lazos eran más fuertes que la relación romántica que tenían y ahora intentaba que algo de aquello, de esa amistad, quedara vivo entre ellas. Sabía que era difícil, Lena no le había dado su lugar, se sentía usada y por más que quisiera mantener un romance, debía romper o ambas saldrían lastimadas.

La cantante se levantó de la cama dejando a su amante de rodillas en el suelo. Caminó por la habitación a la vez que sus dedos apretaban el tabique de su nariz, quería terminar aquello, era lo más inteligente. Le dolía, pero debía hacerlo. ¿Cómo sin lastimarla?

—Es por esa mujer, ¿verdad?

La voz de Lena retumbó a sus espaldas, ya no había dulzura ni suplicas, ahora eran reclamos. Enya se dio la vuelta para encontrarse con ella cara a cara. Ambas sentían la respiración de la otra.

—¿Qué mujer?, ¿De qué hablas?

—Hablo de Kara.

Enya instintivamente retrocedió dos pasos. Su ceño fruncido no mostraba dudas de lo sorprendida que quedó ante esa aseveración.

—¿Kara?

—Sí, Kara. ¿O crees que no me doy cuenta de cómo se miran y de la atención que le brindas? Y para colmo, veo que eres correspondida.

Enya no hacía sino pestañear. Se separó un poco, puesto que la cercanía de la morena la estaba asfixiando.

—De verdad no..., no sé de qué hablas, Lena.

Enya volvió a sentarse en la cama y esta vez fue ella quien descansó el rostro en sus propias manos que buscaron apoyo en sus muslos. Lena se colocó de pie frente a ella y, cruzada de manos, observó la reacción de su amiga. Ya no tenía la más mínima duda.

—Es mejor que lo aceptes y no busques una excusa para romper conmigo. Ya no te sirvo, ¿verdad?

Enya se puso de pie, altiva; la enfrentó. Sus ojos destilaban mucho coraje, la manera de proceder de Lena la molestó de sobremanera. Ella había intentado romper su relación íntima, pero no su amistad. Lena en su afán de quedar bien se estaba victimizando, usaba las palabras y la reacción de sorpresa de Enya para justificar su comportamiento.

—Es mejor que te vayas Lena, hablamos en otra ocasión.

Lena recogió su bolso y se marchó dando un portazo. Enya tomó el lugar que antes había dejado y se sentó, solo un rostro vino a su mente. Kara.

Capítulo 24

Kara

—¿Es tu teléfono, Enya?

La reunión con los ejecutivos estaba en su mejor momento. Estábamos reunidos planeando la agenda para comenzar la grabación del vídeo de “Por ti”, la canción en solo dos semanas se había posicionado en los primeros lugares. Debíamos darle prisa a todo lo relacionado con la gira y la promoción.

El timbre de un celular sacó a todos de concentración. Los ojos de Enya se posaron en su bolso, pidió un permiso y lo tomó. Me quedé pendiente a su reacción, igual que los demás.

—Debo contestar. Por favor, discúlpenme —se levantó del asiento y se dirigió afuera.

Esa no era la primera vez que Enya se comportaba tan nerviosa al recibir una llamada. En varias ocasiones la había visto palidecer y siempre tenía ese comportamiento, alejarse para contestar. En las últimas dos reuniones la había visto despistada, ausente y más de una vez pendiente de su celular. Ya mi instinto me inducía a investigar cuál era el misterio de esas llamadas.

—Con permiso, aprovecho la pausa, regreso en un minuto —estaba cerca de la puerta cuando escuché a mi hermana cuestionarme.

—¿A dónde vas, Kara?

Me volteé al escucharla, sus ojos se posaron fijamente en los míos. No había manera de engañarla.

—Voy al baño hermana, ¿vienes?

Sus ojos me taladraban, buscando una reacción que, afortunadamente, no encontró.

—No, está bien. No te tardes, por favor.

No hay otra manera de entender el por qué no me siguió que no sea que sabía hacia dónde iba y no precisamente al baño. Mi hermana ya me había insinuado en varias ocasiones sobre mi relación con Enya y siempre recibía la misma respuesta, “no pasa nada”; porque la realidad era que no pasaba nada.

Ella y yo solo nos veíamos por trabajo y, con excepción de la llamada desde el Museo, no habíamos vuelto a hablar.

—No lo haré. Permiso.

Salí del salón y la busqué con la mirada, Rebeca me había robado unos segundos que entendía eran valiosos; caminé hacia la salida hasta que escuché un murmullo, provenía de la esquina en el pasillo, al final. Me detuve, era ella. Hablaba en susurros, no podía entender qué era lo que decía, pero esa misma tarde averiguaría el porqué de tanto misterio. Enya actuaba totalmente contrariada después de esas misteriosas llamadas. Me acerqué un poco más.

—Carretera Olimpo, ¿qué calle? Bien, por favor, manténgala segura.

¿Carretera Olimpo?, esa área era muy peligrosa, era lo más alejado de la ciudad. Las redadas policíacas en esa área era la orden del día, desarticulaban una red de narcotráfico y aparecía otra. Sus calles en la noche eran la capital de la prostitución, de hecho, era muy reconocida por eso. ¿Qué iría a hacer Enya allí?

Escuché sus pasos, me detuve tratando de aparentar que acababa de llegar, pero ella no vino hacia mí, ni siquiera me vio. La vi desaparecer por la salida de las oficinas, iba a abandonar la reunión. Otra vez.

Caminé hasta la puerta, todavía confiaba en que no se iría, que daría una excusa al menos, pero no, Enya se dirigía al estacionamiento bajo techo. Caminó directo hacia su Lexus, apresuré mis pasos; la vi quitar la alarma desde la distancia. Me detuve detrás de una columna, Enya pareció que sintió que la seguían y buscó con la mirada detrás de su espalda. Una vez que entendió, o más bien, creyó que estaba sola, rodeó su auto, abrió la puerta y entró en él.

Corrí por la parte trasera, abrí la puerta del pasajero y me subí a su lado. Enya saltó del susto, su rostro era inescrutable.

—¡¿Qué carajo?!

Sus ojos, esos hermosos ojos mostraban miedo, mucho miedo, coraje, intriga.

—¿Enya, a dónde vas?

—¿Qué carajos te importa? —pasó su torso por encima de mi cuerpo hasta alcanzar el mango de la puerta abriéndola para que saliera—. Sal de mi auto Kara, por favor. Estoy de prisa —coloqué mis manos sobre su brazo, ella cerró los ojos ante el toque—. Kara por favor, déjame sola, es urgente. Tengo que salir.

—Enya, estás de prisa, me lo acabas de decir. Vamos, te acompaño a dónde sea.

Se irguió en su asiento limpiando las lágrimas que comenzaban a salir, lágrimas de rabia. Su rostro estaba rojo, sus ojos destilaban mucha ira.

—Quiero que bajes ahora mismo de mi auto, niña malcriada. No voy a responder y repito, tengo prisa.

Colocó la cabeza sobre el volante, exasperada.

—¿A dónde vas? —insistí, era la única manera de que esta mujer entendería.

—Que te bajes, ¡maldita sea!

Su angustia me estaba matando, su mirada llena de ira me destrozaba. Soportaría cualquier insulto, pero no la dejaría ir sola.

—Enya, voy a ir contigo a donde vayas... Dime qué ocurre —le suplicaba por una respuesta a la vez que trataba de apoyarla, pero su rostro estaba al punto de explotar.

—¡No te importa!, ¿Por qué eres tan imprudente? Siempre así, siempre... ¡Maldita sea!, baja de mi auto.

—Carretera Olimpo —le espeté—. Sé dónde queda, si tienes prisa debemos marcharnos ya.

Su cara se giró hacia mí.

—¿Cómo sabes eso?

—Te escuché.

—¿Me seguiste?, ¿me estás espiando? —sus ojos transmitieron mucha ira. Pasaron de ser hermosos a estar color sangre, debo aceptar que en un momento temí.

—No, solo estoy preocupada por ti —traté de sonar convincente.

Volvió a colocar su cabeza en el volante, rendida. Explotó en llanto y mi corazón se deshizo, coloqué mi mano sobre su cabeza, la acaricié mientras sus sollozos inundaban el espacio dentro de aquel auto.

—Enya, no sé qué vas a hacer allí, pero no puedes ir sola. Si no quieres que te acompañe, déjame llamar a Lena.

Movió la cabeza negativamente. Levantó el rostro hacia mí y tomó mi mano, apretándola. Sus ojos estaban suplicando que cediera, pero no, no la dejaría ir sola.

—Por favor Kara, necesito irme. Necesito ir allí, sola.

Solté mi mano de la suya y la coloqué en su mejilla, con mi pulgar

intentaba detener las lágrimas que salían de sus hermosos, y ahora, tristes ojos.

—En, confía en mí. Por favor, hazlo; solo quiero acompañarte. Si quieres me quedo en el auto, no tengo que saber a quién vas a ver ni lo que hagas, pero no puedes ir sola allí.

Su mirada se mantuvo en la mía por unos segundos, limpió sus lágrimas y esta vez fue ella quien llevó su mano hacia mi mejilla. Por unos segundos sus dedos acariciaron mi piel, me estremecí, tragué en seco. Ahora menos que nunca me separaría de ella, el corazón me hizo confirmar que estaba profundamente dentro de mí.

—Está bien, acompáñame, pero si dices algo, cualquier cosa de lo que veas o haga yo allí, vas a conocerme. Y créeme, no soy muy amable cuando me enojo.

Se veía tan guapa amenazando.

—No tienes que jurarlo. Anda, arranca, vámonos —le sonreí y por fin vi un gesto amable de su parte.

Me devolvió la sonrisa.

Se detuvo en un área solitaria, juro que pensé que me iba a dejar allí.

—¿Por qué te detienes?

—Quédate aquí.

Enya se bajó del auto y se dirigió a la parte trasera; miré por el retrovisor, sacaba una mochila pequeña, rosada y negra. Noté que se acercaba un auto pequeño de color negro, disminuyó la velocidad al acercarse al Lexus. Mi compañera estaba casi dentro de la cajuela, se escondía, y yo me preguntaba... ¿Qué era lo que ella ocultaba? El trayecto hasta allí lo hicimos en silencio. Estaba muy ansiosa, preocupada. Durante el primer minuto desde que arrancó el auto del estacionamiento percibí su ansiedad.

—Enya, déjame manejar, no estás bien.

Nunca respondió, no hizo ningún gesto, solo continuó manejando.

Cuando regresó al auto, tiró literalmente la mochila a mi falda.

—¿Qué es?

—Ábrelo, ponte una gorra y dame la chaqueta.

Hice lo que me dijo.

—¿Tienes gafas?

—No, dejé mi cartera. Enya, ¡por favor!, ¿qué pasa?

—Te empeñaste en venir, ahora aguantas —dijo mientras ponía el auto en marcha de nuevo.

Llegamos al lugar, era más tétrico de lo que imaginé. Enya estacionó el auto debajo de un árbol, frente a un parque abandonado. Abrió la puerta, yo hice lo mismo. Me agarró del brazo impidiendo que bajara.

—Quiero te quedes en el auto —su voz era firme, autoritaria, pero no me interesaba en absoluto lo que ella quisiera. No iba, de ninguna manera, a dejarla sola.

—¡No!, no me quedaré aquí.

La vi llevar sus manos al rostro. De repente golpeó el volante violentamente

—¡Maldita sea!, ¡me dijiste que solo me acompañarías... no lo hagas más difícil!

—No maldigas y no me importa lo que te haya dicho, Enya Beatrice Robinson. No... me quedaré... aquí. No mientras tú vas a quién sabe dónde, a hacer quién sabe qué cosa.

Salió del auto dando un portazo de los mil demonios. La seguí, caminaba de prisa, yo fui detrás; comenzó a hablar sin detenerse, se dirigía a mí. Obvio, no había nadie más. Agradezco sinceramente que no entendí la zafra de cosas que de su boca salían, por sus ademanes sabía que no eran piropos. De repente se detuvo en seco y se volvió hacia mí.

—Solo te pido que no cuestiones nada de lo que diga, ¿de acuerdo?

—¿Usas drogas?, ¿venimos para eso?

Silencio, se volvió en sus pasos y continuó su caminar hasta una calle donde las chicas que trabajaban con su cuerpo nos miraban atentas.

—Baja la cabeza, camina con la cabeza agachada, Kara —ordenó.

Esta mujer lo único que sabía era eso... ordenar. Hice lo que me dijo.

—¿Usas drogas, En? —insistí.

Se detuvo en seco, logrando que tropezara con su cuerpo.

—¿Podrás callarte solo un se... gun... do?

—Si, lo haré. Cuando... me... digas... qué... hacemos... acá —imité su tono y no le quedó de otra que agachar su cabeza y sonreír.

¡Ya está!, ¡la desarmé!

—¡Eres...! —mordió su labio inferior y negó con la cabeza.

—¿Maravillosa? —erguí la cabeza hacia ella y le mostré toda mi dentadura... cual niña buscando afecto.

—¡Imprudente!, eso eres —“*Y me encantas*”, pensó.

Se volvió y continuó su andar apresurado. Enya sacó de su bolsillo una foto, se acercaba a algunas personas preguntando si la habían visto, recibiendo negativas más de una vez. Caminamos más o menos cinco minutos. De repente se detuvo, la vi palidecer.

—¿Enya? —no recibí respuesta, volví a llamarla—. En, ¿qué ocurre?

Dirigí la mirada hasta el lugar que llamaba su atención, lo único que vi fue a una mujer y un hombre sentados al borde de una acera. Era una mujer de unos cincuenta años; ¿él?, tendría la misma edad. Ambos reían exageradamente, tenían una botella de alguna bebida en sus manos.

Enya me hizo un gesto para que me detuviera y me callara. Soltó la foto y caminó deprisa hacia esas personas.

La mujer la vio; escuché los cristales de la botella al caer al suelo y romperse. Ambas iban al encuentro de la otra. Recogí la foto del suelo, en ella había una mujer hermosa, de cabellos rubios. No me sorprendió la belleza, fueron sus ojos los que me cautivaron. Eran exactamente iguales a los de Enya.

El abrazo que ambas se dieron, el llanto de las dos y el momento en que se desvanecieron hasta quedar de rodillas en el suelo, no me dejó duda. Esa mujer, era su madre.

Capítulo 25

—¿Es su madre?, ¿tiene que serlo!

La escena ante Kara había causado que sus ojos se anegaran de lágrimas. Ambas, Enya y aquella mujer, estaban arrodilladas en el suelo en un abrazo que podría ser eterno.

La chica se quedó de pie observándolas; el hombre que acompañaba a la mujer, desde el lado contrario, la miraba, ambos eran cómplices silentes en este momento. El frío los estaba castigando bastante, comenzaba a caer copos de nieve sobre sus cuerpos. La chica de cabello negro ajustó su abrigo, tratando de protegerse del helado viento que los golpeaba. Enya parecía no querer despegarse de aquella mujer, Kara se sentó en la acera junto al hombre. Permanecieron en silencio, uno al lado del otro. Era un hombre que parecía guapo, solo estaba maltratado, tal vez por el alcohol... tal vez por la soledad. Le ofreció un cigarrillo a la chica que rechazó amablemente.

—¿Quién es ella? —se atrevió a preguntar al desconocido.

—Discúlpame bonita, no soy yo quien debe contestar eso.

Kara le sonrió sinceramente, la lealtad le encantaba.

—¿Hay algún lugar donde podamos resguardarnos del frío?, ¿tal vez un restaurant, una cafetería?

El hombre se levantó mirando hacia los lados, estaba evaluando a dónde ir. Sin quitar su cigarro de la boca, señaló a su izquierda; los letreros luminosos anunciaban dónde estaba la cafetería. Kara caminó hacia la pareja de mujeres, colocó su mano en el hombro de Enya, quien la miró asustada. La chica solo pensó que ahora Kara sabía su secreto y realmente no la conocía bien, pero esa inseguridad se disipó al momento, al mirarla. Sentía una conexión con esa mujer y su sexto sentido pocas veces fallaba, Kara no la defraudaría. Limpió sus lágrimas y se levantó, ayudando a la persona a su lado a incorporarse también.

—En, está nevando. ¿Te parece si vamos hacia aquella cafetería?

Tomó las manos de la otra cantante sin quitar sus ojos de ella.

—Es mi madre, Kara.

Sus palabras salieron con dificultad, pero ella sabía que era temor a un rechazo. Kara le sonrió, se acercó a aquella mujer que se había quedado detrás de su hija y besó su mejilla.

—¡Hola!, es idéntica a su hija. Bueno..., ella es idéntica a usted. Es un placer conocerla.

Enya se asombró una vez más de la delicadeza, comprensión y prudencia de su amiga. Esta vez Kara se dirigió a la más joven de las mujeres, la tomó por los hombros. Enya parecía una niña pequeña, provocaba solo abrazarla.

—Deben hablar corazón, pero hace frío. Vamos todos, nos tomamos un chocolate caliente y las dejamos solas, debemos protegernos —Kara colocó sus manos en las mejillas de Enya dándole confianza—. ¿Te parece?

Enya asintió con la cabeza y se acercó a su madre que tímidamente le sonrió a la chica.

—¡Vamos!

La cafetería era acogedora y pequeña, las mesas estaban cubiertas con típicos manteles a cuadros rojos y blancos. Al entrar, una señora delgada de cabellos blancos y con delantal se acercó a recibirlos cálidamente.

Ciertamente, ninguna de las dos mujeres jóvenes parecía deambulante, en cambio, la madre de Enya y su acompañante, vestían con ropas que bien dejaban ver de dónde venían. Kara presidía el grupo, pidió dos mesas, si podían ser separadas, mejor. La señora la miró extrañada, pero la complació. Dirigió a las dos mujeres, madre e hija, hasta una mesa pegada a la pared, solo de dos comensales. Kara y el hombre se sentaron en otra, desde donde ella podía establecer contacto visual con la rubia.

Las mujeres, al quedar frente a frente, se tomaron las manos sobre la mesa. Brenda observaba detenidamente a su hija, hacía casi dos años desde su último encuentro y la veía cada vez más hermosa.

Cuando la familia llegó a Estados Unidos, el padre de Enya comenzó a trabajar de inmediato como Administrador de una importante cadena de Farmacias; llegaba al país con una buena experiencia y múltiples recomendaciones como Farmacéutico y Administrador. En Canadá, la compañía donde trabajaba había cerrado. Josué Robinson vio que era el momento adecuado para regresar a su país de origen y establecerse allí. Se había mudado a Canadá en cuanto se enamoró de Brenda, una canadiense que lo volvió loco al momento, desde que se casaron se establecieron en Montreal; ya con Enya un poco más adolescente, y bajo las circunstancias de su desempleo, se marcharon a Estados Unidos.

Todo iba bien hasta que Josué comenzó a ser infiel. Nunca antes le falló a Brenda, pero siendo el hombre más importante de la compañía, tan atractivo y siendo la novedad, más de una mujer comenzó a coquetearle. Tuvo varios romances a escondidas y alguna que otra casada. Hasta que un marido celoso se enteró de las andadas de su mujer con el Administrador y jefe. Una noche, al salir de la compañía, fue víctima de un solo disparo que lo mató al instante.

Enya tenía dieciséis años, solo dos en Estados Unidos y ya había perdido a su padre. El día del funeral Brenda recibió un sobre de manos de un mensajero, dentro había fotos de su esposo con una mujer en posiciones que nada dejaban a la imaginación; también una nota donde alguien le pedía disculpas por el asesinato de su esposo y le decía que no permitiría que su esposa le siguiera pegando los “cuernos”. Josué no era el único en su vida, pero sería el último. Días después una mujer fue asesinada y el hombre que le quitó la vida al padre de Enya, y a su amante, se suicidó cayendo encima del cuerpo de la esposa infiel.

La pérdida de su esposo, la infidelidad y el tener que continuar sola con una hija en un país casi desconocido para ella, llevó a Brenda al alcoholismo. Bebía frente a la niña, la había descuidado totalmente. Muchas veces era Enya quien hacía las veces de madre, preparando desayunos, mientras la mujer que la trajo al mundo dormía en el sofá con una botella en la mano. Luchaba por llevarla a ducharse, que despertara.

Brenda nunca quiso recibir ayuda y Enya tuvo que luchar sola con la situación de llegar del colegio, aparentar que su vida continuaba en marcha, a pesar de lo que estaba viviendo. Sus amistades eran muy pocas, casi inexistentes, de ahí su inseguridad. Siempre temía que las personas a su alrededor se percataran del estado deprimente de su madre. Y cada día lloraba de camino a casa solo pensando en lo que se encontraría al llegar. Nada de reuniones familiares, pijamas parties, bailes. Nada.

Enya se refugió en la música, su padre le había inculcado esa pasión y desde sus primeros años fue a escuelas especializadas, baile, piano, voz. Cada noche se colocaba sus audífonos, grababa sus canciones y navegaba en las redes en busca del último lanzamiento musical. Esa era su meta, su sueño. Una vez que cumplió diecinueve años y que pudo valerse por sí misma económicamente, comenzó a enviar sus grabaciones y vídeos a diferentes agencias de publicidad, hasta que Elvira Lance la vio; la contactó y cambió su vida. Fue ahí cuando Brenda, en un momento de lucidez, decidió que no sería

impedimento en la carrera de su hija, que tenía que desaparecer de su vida para que Enya comenzara a realizarse sin ser un obstáculo. Así se lo dejó escrito en un pedazo de papel el día que se marchó.

Enya de repente estaba huérfana de padres. La joven era muy apegada a ellos y sufrió por partida doble la pérdida de ambos. Uno porque ya no estaba en el plano terrenal y ella, su madre, porque la abandonó.

El primer año sintió que su vida no tenía sentido, que estuvo al lado de aquella mujer cuando más la necesitó y ella, en cambio, la había abandonado. Ya Enya comenzaba a despuntar con una primera canción y el ambiente cargado de sexo, drogas y alcohol comenzó a rodearla. Se llenó de rencor, y comenzó entonces a refugiarse en los brazos de la primera persona que le demostrara afecto. Nunca se acercó a las drogas, solo buscaba afecto y las personas lo sabían.

Cuando su carrera se encaminaba al éxito, comenzó a sentir la soledad y el recuerdo de su madre abrazándola, llevándola al colegio, a las clases particulares de canto. Los recuerdos estaban haciendo de sí una mujer más que triste, conoció a Lena y en ella se refugió. Lena había sido su paño de lágrimas, su amiga y, en efecto, lo era sinceramente. Fue la fotógrafa quien al enterarse de su pena intentó ayudarla contactándola con Arturo, un detective de segunda que, por medio de Lena, estaba tras los pasos de Brenda hacía muchos años. Él la informaba por teléfono cuál era el último escondite de Brenda, pero no sabía para quién trabajaba, nunca se habían visto.

Era mejor así, si se filtraba ese secreto, Enya sufriría una gran persecución mediática y su madre sería víctima nuevamente de otro dolor.

Capítulo 26

—Mamá, ¿cómo estás?

Las manos continuaban entrelazadas, los hermosos y extraños ojos de ambas, unos puestos en la otra. La piel de Brenda ya estaba arrugada, pero su mirada, su sonrisa, intacta.

—¿Cómo estás tú, mi amor?

Las manos de Brenda acariciaban las de su hija, depositaba besos en ellas. Enya en aquel instante era feliz de tenerla; aunque fuera así, solo un rato, la llenaba inmensamente. Naturalmente quería más.

—Estoy bien, ando en un nuevo proyecto y estoy algo ocupada, pero..., te extraño, mamá. Por favor, ven conmigo.

Al escuchar nuevamente aquella petición Brenda soltó las manos de las de su hija, incorporándose en la silla. Justo en ese momento la señora del restaurant llegó con los chocolates que habían pedido y sándwiches de queso muy calientes para ambas. Ese instante permitió que la chica rubia tomara un poco de aire, un nuevo intento para convencerla de que se marchara con ella y aceptara un poco de ayuda.

—¿Sabes lo que conlleva eso, Enya? Sabes que mil veces me internarás en algún centro de desintoxicación y todas esas veces caeré.

—Mamá, no puedes pensar así, eres egoísta conmigo. Puedo darte la vida que tú quieras, lejos de ese vicio. Ya ha pasado tanto, mami. Tienes que superarlo. Por favor, hazlo por mí. Yo te necesito.

Lo ojos de Enya fueron inundados por las lágrimas, no era la primera vez que rogaba a su madre para que la acompañara. Brenda, al verla llorar, volvió a tomar sus manos y se las llevó a los labios. Kara, desde su lugar, levantó la cabeza pendiente de lo que ocurría con Enya, sin quitar sus ojos de ella.

Brenda no comprendía cómo su hija era tan desprendida, tan buena, después de la vida que inconscientemente o, conscientemente, ella le había dado. Últimamente, en sus momentos de lucidez, se reprochaba lo que hizo, a la vez pensaba que había sido lo mejor. Aunque Enya siempre le aseguró que lo mejor hubiese sido que ella estuviera a su lado, compartiendo sus éxitos, su vida tranquila.

Enya nunca vendió la propiedad que su padre había comprado, siempre tuvo la esperanza de que su madre volviera allí, recuperada. Esta vez Brenda

sintió un golpe en el centro de su pecho al ver nuevamente a su hija llorar.

—Amor, déjame pensarlo un poco. No quiero ser una carga para ti y tu carrera. Yo no he sido buena persona... yo...

Enya levantó un poco la voz interrumpiéndola.

—¡Eres mi madre y es lo único que me importa! Ese vicio no puede ser más importante que tu sangre. Y yo, mamá, soy tu sangre. Somos lo único que tenemos.

Estas palabras calaron profundamente en la mayor de las mujeres, era una verdad innegable. Debía pensarlo y también el tiempo que le había robado.

—Te prometo, mi amor, que te llamaré pronto con mi decisión. Te lo prometo.

Enya sonrió, era la primera vez que tenía una esperanza.

Pasaron un buen rato a solas conversando. Kara terminó su chocolate mientras hablaba trivialidades con aquel hombre de nombre Javier. De repente, recordó su reunión con la disquera, se habían marchado sin excusarse, sin decir nada. Kara buscó su celular en su abrigo, tenía quince llamadas perdidas. Rebeca, Liz y Jacob. Se levantó de golpe, pidió permiso al hombre y se retiró hacia la puerta. Enya notó el movimiento y la siguió con la mirada. Al pasar por su lado, Enya la tomó por el brazo.

—¿Pasó algo? —le preguntó.

Kara miró a la madre de su amiga y le sonrió.

—En, nos marchamos sin avisar. Vamos a tener grandes problemas.

—Ahhh, eso. Tranquila, lo arreglaré.

—No tienes idea de cómo es mi hermana y Liz...

Enya se levantó y la tomó por lo hombros.

—Tranquila, te prometo que todo estará bien.

Por alguna razón, Kara se tranquilizó, sonrió y continuó hacia la puerta, salió del local y se quedó en un pequeño balcón que recibía a los clientes. Marcó el número de su hermana, mientras sostenía el aire en los pulmones y se recostaba de la pared. Esta vez deseó ese cigarrillo que antes rechazó. Al segundo timbrado una voz llena de angustia contestó.

—¿Kara? Kara, ¿dónde demonios estás?

—Rebe, estoy bien, tranquila. Estoy con Enya —intentó tranquilizar a su hermana que sabía estaba al borde de las lágrimas.

—¡Qué demonios, Kara Ivelisse! ¿Qué haces con Enya?, ¿dónde están?, ¿por qué abandonaron la reunión? ¡Deberán tener una muy buena excusa!

La pelinegra permanecía con los ojos cerrados. No podía decir nada, era claro que la situación con la mamá de Enya era un secreto. Ella, ni a su hermana, se lo diría.

—No puedo decirte nada, solo quiero que estés tranquila, te juro que estoy bien. En este momento estoy en una cafetería tomando un chocolate y comiendo un sándwich. Te prometo que hablaremos luego.

—Kara, soy tu hermana, ¡por favor, dime qué pasa! ¿En qué lío te metió esa mujer?

La chica suspiró profundamente antes de responder.

—En ningún lío. Salí porque era importante, pero Rebe, no puedo decirte ahora. Hablamos luego.

—¿Prometido?

—¡Prometido, mamita! Ahora debo marcharme, nos vemos o hablamos en un rato.

La llamada terminó y Kara se quedó con la duda de qué le diría, porque la verdad era que no iba a descubrir a Enya. Entró de nuevo al local y se encontró con que todos estaban en una sola mesa; vio de lejos a Enya sonreír y el brazo de su madre sobre sus hombros. La canadiense volvió sus ojos sobre ella y le guiñó un ojo a la vez que se levantaba a recibirla y para preguntarle si todo estaba bien.

—Sí, todo bien. Debemos dar algunas explicaciones, pero está bajo control.

Kara retiró una silla y se prestó a sentarse cuando una pregunta de parte de Brenda descolocó a ambas cantantes.

—¿Cuánto llevan juntas? Se ven preciosas —las chicas se miraron y palidecieron. Ninguna esperó ese cuestionamiento, aunque alguna vez la pelinegra lo había pensado. Hubo un silencio que parecía eterno, fue cuando Brenda se percató de su asombro al verlas pálidas y ambas sin contestar—. ¡Oh!, discúlpenme. Pensé...

—Tranquila Brenda, tranquila. No somos pareja. Enya y yo estamos en una colaboración musical y sí, somos amigas. Bueno... —Kara buscó con sus ojos la aprobación de su compañera.

—Sí mamá, nos hemos hecho buenas amigas. Hace poco que nos conocemos.

Brenda tomó a ambas de las manos, uniéndolas. Las chicas volvieron a mirarse algo nerviosas, mientras sus dedos se rozaban, ambas sintieron un

golpe de electricidad en sus cuerpos y la respiración se les agitó de repente. Brenda se percató al momento y sonrió, era muy perspicaz.

Llegaba el momento de despedirse. Enya le recordó a su madre la promesa de pensar en su oferta; algo en ella le decía que esta vez sí recibiría una respuesta y sería positiva; se abrazaron fuertemente al salir del local. Ya Kara y Javier se habían retirado un poco dando espacio a la madre e hija para que se despidieran.

Brenda estaba abrazada a su hija, al separarse un poco de su cuerpo se quedó mirándola a los ojos, bajó su cabeza y soltó lo que tanto anhelaba decir. Era el momento, hoy se sentía fuerte y debía sincerarse con esa pequeña que había hecho sufrir.

—Amor, quiero decirte que me fui de tu vida en un intento de protegerte. No he tenido fuerza de voluntad para alejarme de esto que tanto daño hace a mi salud. Hoy estoy mejor, controlo un poco la bebida, mas no quiero dañar tu reputación. Sé quién eres, lo que representas y yo, hija mía, no soy digna de ti.

—Mamá... —colocó un dedo en sus labios. Enya vio con dolor cómo sus ojos comenzaron a desbordarse en lágrimas.

—Enya Beatrice, yo... yo siento que hayas tenido que pasar por todo esto. En un principio bebía por lo que me hizo tu padre, porque era la única manera de olvidar lo que pasó, su infidelidad, la humillación pública. Sabes que esa noticia se regó por todo el estado y fue más que doloroso para mí, luego bebí por olvidar lo que te hice, por la falta que me hacías. Cada día te pienso, mi amor; nunca podré perdonarme tanto daño, haberte abandonado... —Enya bajaba la cabeza, mientras sus lágrimas, al caer, mojaban la madera del balcón —. Cada vez que me buscas, que sé que me estás buscando, sea dónde me escondas, es para mí otro golpe. Porque tú, mi niña, siempre estás para mí; sin embargo, yo nunca he estado presente.

Las lágrimas de Brenda casi no la dejaban hablar. Los sollozos de ambas llamaron la atención de Kara, quien al ver la escena se estremeció. No sabía qué había ocurrido entre ellas, pero aquella imagen de ambas abrazadas, cuando se encontraron, no dejaba dudas del amor que se profesaban.

—Perdóname hija, ¡por favor, perdóname!

Una vez más se fundieron en otro interminable abrazo; Enya le habló al oído sin separarse de su madre.

—Sí, mamá, te perdoné hace mucho. No puedo guardar ningún rencor, solo te imploro que vuelvas a mi lado. Mira, no tienes que vivir conmigo, solo quiero sacarte de esta vida, quiero darte una vida digna. Sé que mi padre te hizo daño, no lo niego, pero tú te encargaste de destruirte. Permíteme ser hija, permíteme estar contigo.

Brenda la separó un poco, besó su frente y secó sus lágrimas.

—Te llamaré, mi amor. Te lo prometo.

Se sonrieron y caminaron hacia donde estaban Javier y Kara, los cuatro se despidieron. Las chicas no habían dado dos pasos cuando Brenda llamó a su hija. Enya se acercó a su madre.

—¿Madre?

—Intenta que se quede contigo.

Enya frunció el entrecejo.

—¿Quién, mamá?

—Ella, hija. Ella es lo mejor para ti.

Enya dirigió su mirada a Kara, quien se percató de que era el motivo de la conversación de ambas. La canadiense volvió sus ojos a su madre y le sonrió, se soltó de sus manos y volvió al lado de la chica, colocó su brazo en los hombros de la otra y caminaron hacia el auto. Kara no dijo nada, se sentía muy cómoda así, abrazada a Enya.

Enya simplemente sonreía para sí. Definitivamente, Brenda era su madre; solo una madre podría tener tanta perspicacia para notar lo que había entre ellas, aunque todavía no lo supieran.

Capítulo 27

—¿Te sientes bien?

Kara observaba el rostro de Enya mientras manejaba, desde que subieron al auto no habían intercambiado ninguna palabra. Llegaron hasta el Lexus aún abrazadas; para Kara fue algo hermoso, sentir el calor, el abrazo y olor de la rubia, la cercanía de su cuerpo y el roce de sus caderas al caminar. Su corazón latía a la par de sus emociones, fuerte, de prisa. La tarde fue muy emotiva, conocer esa parte oculta de Enya la había emocionado. Se sentía tranquila, contenta, pero necesitaba saber si la otra también lo estaba.

Enya desvió su mirada de la carretera para mirarla solo un segundo, encontrándose con sus ojos.

—Kara, ¿te molesta si vamos a mi apartamento?

Ciertamente la petición paralizó a Kara. Una parte de ella quería llegar al hotel, ver a su hermana y explicarle dentro de lo posible lo que había ocurrido, pero otra parte, no deseaba de ninguna manera separarse de Enya. Ella no contestó de inmediato, lo que alertó a la rubia, quien colocó una mano sobre el muslo de la otra en un intento de tranquilizar lo que no era palpable a simple vista.

—Kara, disculpa es que... me gustaría que habláramos de lo que viste. Quiero explicarte, es lo menos que puedo hacer.

La chica sonrió y puso su mano sobre la de Enya, apretó un poco y le sonrió, no pudo evitar ver la ansiedad en el rostro de la rubia. Decidió abandonar aquella mano y llevarla hasta su cabeza, acariciando su cabello. ¡Dios, era tan bella y se veía tan frágil!

—No tienes nada que explicarme Enya, está más que claro. Brenda es tu madre y hace tiempo que no se veían, eso es todo. Tranquila, ¿sí? Pero... si tienes algo de beber y deseas invitarme un trago, y de paso hablar de lo que quieras, con gusto lo acepto.

—Tramposa, lo que deseas de beber.

—Hace frío.

La forma en que Kara manejaba las situaciones más embarazosas agradaba mucho a Enya. Lo había hecho al presentarle a su madre, ante el comentario sobre si eran pareja. Era encantadora y se sentía más que cómoda a su lado. Nuevamente se instaló un silencio entre ellas; ambas se percataron de que la

mano de Enya permanecía en el muslo de Kara. A las dos se les aceleró el corazón al sentir el calor de la mano de esta al posarse sobre la de la rubia. Así permanecieron hasta llegar a su destino.

El apartamento de Enya era un sueño. Localizado en un área espectacular desde donde disfrutaban de una vista hacia el puente sobre el río Hudson. Kara automáticamente se asomó al balcón, apoyó los brazos sobre el pasamano, estaba extasiada con la vista. Enya se acercó por detrás con los tragos en las manos. Al ver a Kara de espaldas en su balcón se detuvo a observarla detenidamente; su espalda que, aunque cubierta con un abrigo, invitaba a abrazarla por detrás y hundir su nariz en la nuca, esa que se apreciaba gracias a su corte de cabello.

Kara se percató de la presencia de la chica, pero algo en su interior no le permitía moverse a encontrarse con ella. Sentía su mirada en la espalda, su olor, ese que había aspirado durante el trayecto en el auto se sumergía por sus fosas nasales hasta casi marearla de placer. Luchó y, mediante algunas respiraciones, logró tranquilizarse. Ese comportamiento no daba duda a otra cosa que no fuera que estaba enamorándose de esa mujer. ¡De una mujer! Y se encuentra allí, en su apartamento, sola con ella.

—Me dijiste que hacía frío —la voz de Enya la sacó de su éxtasis—, pero permaneces ahí, frente al balcón con la brisa congelándote. Me parece que eres algo masoquista.

Kara no tuvo que voltearse, Enya llegó a su lado y le ofreció el whiskey. Chocaron sus vasos y ambas tomaron un trago.

—Tienes un apartamento hermoso, Enya.

—El tuyo debe ser muy lindo también, vivir en Tennessee tiene sus encantos.

—Sí, es hermoso levantarte y ver las montañas, el verdor, la tranquilidad, es completamente contrario a esto. Lastima que no lo disfruto como quisiera.

—A ver si algún día me invitas.

—¡Por supuesto!

—¿Vives sola?

—Sí. Rebeca vive muy cerca. Ella es el amor de mi vida, pero ambas necesitamos nuestro espacio... Y tú, ¿tienes hermanos?

Esta vez la pelinegra dirigió su mirada a la rubia quien permaneció mirando hacia el infinito.

—¿Entramos? Encendí la chimenea al llegar, debe estar calientito adentro.

La rubia invitó a la chica adentrarse hasta la sala. Unos muebles blancos, muy mullidos, las recibió. Ambas se sentaron en cada costado del mueble, subieron las piernas hasta su pecho. Kara recostó la cabeza del respaldo mientras miraba a la chica que imitaba su postura. Había llegado el momento de hablar de lo que ocurrió en la calle Olimpo.

—Quedé huérfana de padre a mis dieciséis años —Enya soltó esta información sin aviso—. A los dieciocho, mamá también se fue. He estado buscándola durante ocho años, de barrio en barrio, de ciudad en ciudad. A menudo doy con ella y siempre se vuelve a ir —hubo un silencio entre ambas; los ojos de Kara brillaban al ver a aquella chica contarle su historia, al saber y haber vivido en primera persona lo que sentía ella por su madre—. Esta vez fuiste conmigo, siempre voy sola. Y ahora, Kara, siento, muy dentro de mí que las cosas cambiarán. Mamá es alcohólica, papá la engañó. Bueno..., nos engañó y lo mataron, el esposo de su última amante lo mató. Nunca pensó en el daño que podría hacernos..., que nos hizo. Yo superé aquello, lo perdoné, pero mamá nunca lo hizo y se autodestruyó, con ella me llevó a mí.

—Enya, lo siento —Kara se levantó de su lugar y se abrazó a la rubia—. Tu capacidad de amar es impresionante.

Enya sintió que todo el peso de aquello por fin se estaba disipando. No importaba lo que pasara de ahora en adelante, ya sentía que tenía con quién contar, en quién refugiarse. Lena la ayudó, pero jamás la había abrazado así, ni mirado con tanta comprensión.

—Nadie fuera de Lena sabe esto. Ahora tú y...

—Nadie sabrá, por mi nadie lo sabrá... Tu secreto está a salvo, pero —se separó de ella tomando su cara entre las manos—, necesito que me prometas algo —Enya quedó inmóvil en espera de lo que Kara le pediría—. Nunca te volverás a arriesgar a ir a un lugar así sola.

—Kara, yo... no puedo...

—¡Enya!, prométemelo por favor. No quiero imaginar que te ocurra algo.

Ambas se quedaron mirando, una fuerza sobrenatural estaba impidiendo lo que ambas deseaban. Los ojos de la rubia iban de los labios de la otra, los corazones latían velozmente, la respiración se volvió más acelerada. Kara observaba cada detalle en el rostro de Enya, ella hacía lo propio. La pelinegra vio como la rubia mordía sus labios y un golpe de excitación la asaltó. El momento fue interrumpido por el golpe de una puerta al cerrarse.

Las chicas se sobresaltaron. Detrás del sofá estaba Lena.

—¡Buenas noches!

Enya se puso de pie, Kara se quedó sentada, mientras observaba a la morena que la miraba detenidamente con las llaves de la puerta en la mano.

—Lena, ¿qué haces aquí?

Fue en ese breve momento que Kara confirmó lo que ya sospechaba, ellas tenían algo. Lena era quien único sabía de Brenda y acababa de entrar con su propia llave. No había ninguna duda.

—¡Wow! En, que bienvenida. Pareces sorprendida, ¿interrumpí algo? — Lena cruzó los brazos y se ubicó entre las cantantes.

Kara aún sentada en silencio, Enya de pie.

—No, no interrumpes nada. Kara hoy me acompañó a ver a mamá —Enya le soltó la información en un intento de ver su reacción.

Lo que vio, unas cejas fruncidas, unos ojos negros destilaban sorpresa y algo de coraje. ¡Kara sabía! Eso era lo más importante en la vida de Enya y lo había compartido con Kara. Lena le molestó mucho la información, sabía que Enya ya no era la misma y también que no sentía lo mismo por ella.

—Hola, Kara.

Lena intentó disimular saludándola, pero la cantante no se dejó engañar, la tensión era muy palpable y el día había sido difícil para Enya, lo mejor era marcharse. Se puso de pie, ambas la miraron.

—Enya, creo que ya debo marcharme. Hemos tenido un día pesado y bueno, ya no estás sola —se volteó a ver a Lena, sonrió muy a su pesar. El corazón lo sentía oprimido, una especie de dolor e incomodidad se alojó en su pecho. Enya no era libre, por poco la besa y no era libre. La chica tomó sus manos y besó su mejilla. Se despidió de Lena y se dirigió hasta la puerta.

Enya se quedó mirando a Lena que tomaba asiento, mientras veía un halo de victoria en su mirada y sonrisa de medio lado.

—¿No la vas a detener?

Enya reaccionó al instante y fue detrás de su amiga, la alcanzó en el pasillo, frente al ascensor.

—¡Kara, espera!

La chica se detuvo en seco. Cuando Enya estuvo frente a ella no supo qué decir; esta mujer se le había metido en la piel y ahora veía sus ojos apagados.

—¡No pasa nada, En! Ya debo irme, en serio.

—No tienes bolso, déjame llamar al chofer al menos.

Enya puso sus manos en los hombros de la otra; Kara llevó sus ojos hasta

ellas, Enya las retiró de inmediato.

—Llamaré al chofer del hotel. No te preocupes, estaré bien. ¿Lo estarás tú?

—Gracias por todo, Kara —no quiso contestar, lo que quería era abrazarla y sentirse bien, pero con ella a su lado.

—Gracias a ti por confiar en mí, estarás a salvo conmigo.

—No me quedó otra opción, te metiste en mi auto.

Ambas rieron, la tensión inicial había quedado atrás.

—Hasta mañana en la disquera.

—Hasta mañana, Enya.

La rubia se quedó de pie frente al ascensor hasta que vio los números descender. Suspiró, luego se volvió y entró al apartamento.

Capítulo 28

—¿Dónde demonios estabas?

De un solo tirón, Rebeca hizo pasar a su hermana hacia dentro de la habitación cuando alcanzó la puerta. Primero le reclamó, luego la abrazó fuertemente. La separó de su cuerpo para mirarla detenidamente, estudiar sus gestos, saber si algo le preocupaba, si estaba en un lío.

Aunque líos tendría luego con Liz y Jeff que para nada estaban contentos con el desplante de ellas, pero ahora, Rebeca necesitaba saber el porqué de ese comportamiento. Kara era un ejemplo de responsabilidad y seriedad, lo que había hecho dejaba mucho qué desear y debía ser muy grave.

Kara se lanzó literalmente en el sofá con los brazos extendidos y la cabeza sobre el respaldo.

—¿Estás sola?

—Estoy sola. Dimas salió con la banda.

—Qué raro, tú aquí sola, en New York.

—¡Te esperaba, estúpida! Dime dónde estabas y también qué pasa.

Kara la miró, cerró los ojos y respiró muy profundo.

—No puedo contarte, Rebe. Perdóname.

La chica se levantó de golpe agarrando sus largos cabellos, tiró de ellos en un intento de calmar la ansiedad que la estaba matando hacía ya horas, desde que su hermana desapareció.

—Agggrrrrr... ¡Dios, Kara! ¡Me vuelves loca! —dio varias vueltas por la sala agarrando su cabeza. Luego volvió hasta su hermana parándose frente a ella, le golpeó los pies con los suyos para que la atendiera. Kara aún tenía los ojos cerrados—. Dime algo, ¿no puedes ser una hermana mayor normal?, ¿por qué eres así?

—¿Así cómo, Rebeca?

—Así, ¡tan... tan... tan... idiota! No puedes desaparecer de repente, tenerme en ascuas, decirme que luego hablamos y ahora... “no puedo decir nada” —imitó su voz—. No puedes, Kara.

—Puedo, soy la mayor —dijo con toda la tranquilidad del mundo.

De repente, Rebeca vio que el rostro de su hermana no había cambiado su gesto en ningún momento, bajo ninguna de sus reclamaciones. Algo pasaba y debía tomarlo con seriedad. Kara estaba allí, se notaba mal y solo había una

razón; ella ya lo imaginaba, pero la escucharía. Escucharía todo lo que su hermana le iba a contar.

—¿Debo tomar algo para digerir lo que me vas a decir? —Kara asintió con la cabeza, mostró dos dedos—. ¡Serán dos!, ya vuelvo.

Rebeca se recostó de la barra en la cocina de la suite donde se hospedaban, respiró profundamente en un intento por calmarse. Su hermana estaba triste y tenía algo que decir y, aunque ella sospechaba quien ocasionaba esa tristeza, verla tan ansiosa le causaba más que pesar. Ellas eran solo una, cada cosa afectaba, para bien o para mal, a la otra. Preparó un par de coñacs con poco hielo, luego se dirigió a la sala y la vio, esta vez con las manos en la cara, los codos sobre las rodillas. Su corazón dio un vuelco.

—¡Beba!

Se apresuró a darle el vaso; Kara lo tomó, lo llevó a su boca dando un buen trago. El líquido le quemó la garganta. Hizo una mueca y levantó la cabeza tratando de buscar alivio al ardor que ocasionó el trago.

—No lo tomes tan deprisa. ¡Estás loca!

Rebeca se sentó a su lado, Kara colocó el vaso con el líquido restante en el suelo y se recostó del pecho de su hermana, quien también soltó su vaso para abrazarla. De repente, la chica comenzó a llorar sin consuelo. Rebeca la mecía en sus brazos y besaba su cabeza, dudaba en decir el nombre de quien sabía ocasionaba ese estado de ansiedad en su hermana, pero sabía que era importante ayudarla. Darle un empujón, solo uno. Esperó un tiempo prudente a que su hermana se desahogara.

—¿Enya?

—Mjm, Enya.

—Estás enamorada, Kara.

No fue una pregunta, era una confirmación a la que Kara solo asintió; entre lágrimas intentaba expresar lo que sentía.

—No sé cómo pasó, Rebe. Yo... me siento tan bien con ella, saca lo mejor de mí... pero...

—¿Pasó algo entre ustedes?

Kara se incorporó ante la pregunta, su hermana limpiaba sus lágrimas. Los ojos de la chica estaban rojos, se había congestionado, sus labios temblaban un poco. Contestó moviendo la cabeza negativamente. Rebeca quería facilitar la conversación, a Kara no se le daba bien explicarse.

—No, no ha pasado nada —volvió a tomar el vaso en sus manos.

—¿Quieres que pase algo?

—¡Por favor, Rebeca!, qué pregunta. Si alguien te atrae, por supuesto quieres que pase algo.

—¿Entonces?, ¿qué impide que estén juntas? Por eso lloras, ¿no?

—No, Rebeca.

—¿Entonces? —insistió.

—Lloro porque me siento extraña, me siento impotente. Quiero ser feliz, quiero amar, sentir que alguien me ama. Tengo miedo de esto, Rebeca; no sé, son tantas estupideces. Tanto tiempo para darme cuenta de que verla me hace ilusión, pero ella...

—¿No te corresponde?

—No lo sé, hermana. Ella a veces me mira y me transmite tantas emociones. ¡Me enamoré solita, punto!

Rebeca rodeó con el brazo la espalda de su hermana y besó su hombro.

—Kara Ivelisse, si tú sientes algo por Enya, es porque ella te lo inspira; porque de alguna forma te ha dado motivos. Yo si creo que ella también siente algo por ti, ustedes se miran de una manera que no hay duda de la atracción que sienten. Tal vez ninguna se dio cuenta de inmediato, pero como dice una amiga, el perjudicado siempre es el último en enterarse.

Kara volvió a recostarse del sofá, subió las piernas hasta el pecho y se abrazó de nuevo a ellas. Miraba sobre sus rodillas a su hermana, siempre tan directa y a la vez tan sutil. La amaba por sobre todas las cosas, sin embargo en este momento sentía que, no en todo lo que decía, tenía razón. Enya le había demostrado afecto, pero era simplemente eso.

—Ella está con alguien.

—¿En serio?, ¿te lo confirmó? No se sabe nada de eso públicamente. Bueno, hasta donde sé, está sola.

—Lena.

—¿La fotografía? ¡Ya, claro! —Rebeca movía las manos haciendo que sus dedos chocaran entre sí—. Recuerdo me comentaste algo el día de las fotos, pero ella confirmó que es novia de Saúl.

—No sé con exactitud, estoy casi segura de que tienen algo. Hoy entró al apartamento con su llave, nos encontró platicando y te puedo jurar que sentí fuego en su mirada; me derretía. Pobre de Enya, debe estar en un gran lío.

Rebeca se dirigió hacia la barra, de lejos ofreció otro trago que la chica aceptó. Al volver encontró a su hermana aún en la misma posición.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Con relación a Enya?

—Mjm

—Nada. Evitarla estará bien, no quiero problemas.

—¿Y tus sentimientos, tu corazón?

—Siempre mi corazón ha estado aquí —señaló su pecho—. ¿Mis sentimientos?, continuaran a la deriva.

Cuando Enya regresó a su apartamento, Lena ya estaba sentada en el sofá visiblemente molesta. La rubia se sentó en la mesa. Clavó su mirada en ella.

—¿Qué haces aquí, Lena?

—Pudiste dejar que la cama se enfriara antes de meter a esa zorra en ella.

Enya frunció su entrecejo.

—¿Qué dices?

—Lo que escuchaste, Enya Beatrice. ¿Es tan buena en la cama que ya le soltaste tu secreto?

—Te prohíbo que hables así de Kara.

Lena se levantó de golpe pegando su cara a la cantante.

—A mí no me prohíbes nada, esa tipa se metió en nuestra relación.

—¿Qué demonios te pasa? —dijo levantándose y enfrentándola cara a cara—. No tenemos nada. Es mi amiga, no debo darte explicaciones, pero la respetas. Además, ¿de qué relación hablas? ¿De la que tienes con Saúl? Conmigo no tienes nada que no sea sexo, Lena Lewis.

—¡Ja! —Lena caminaba alrededor de la sala hecha una fiera—. Cuando entré estaban a punto de besarse.

—¡Pero no pasó!

—¡Porque yo entré! —gritó la morena.

Enya cerró los ojos y levantó la cabeza como si mirara al techo. Comenzó a llorar, quería a Lena, mientras habían sido amigas era lo mejor que ella tenía; todo se fue al suelo en cuanto se relacionaron íntimamente. Se le había escapado todo de las manos, ahora se enfrentaba a una nueva realidad, sentía que perdía a su única amiga y estaba enamorándose de Kara. Si, Lena tenía razón, estuvieron a milímetros de besarse y ella juraba que jamás había deseado tanto sentir un beso como lo que sintió al tener a Kara tan cerca.

Enya volvió a sentarse en la mesa, lloraba con las manos en la cara. Lena

se calmó y se sentó en el sofá frente a ella, en silencio.

—Lena, has sido mi mejor amiga siempre; la única que tuve hasta ahora. Yo, de verdad, lamento que esto haya acabado así. Yo no puedo estar en una relación contigo mientras tú estás con Saúl —“*Y si, me siento atraída fuertemente a ella*”, pensó, pero no lo diría.

—Entonces, ¿esta relación se acabó? —la mirada de Lena aún no se había suavizado por más que lo intentara.

—Sabes que nunca hubo una relación, yo era para ti un objeto.

Esta vez la desarmó, Lena sintió pesar ante esas palabras.

—No lo eras, Enya. Yo te quiero —le tomó las manos.

Enya subió la mirada hasta ella.

—¿Y por qué nunca me diste mi lugar? Soy Enya, la cantante famosa, la creadora de muchos éxitos, la super girl, la estrella, la inalcanzable —Enya utilizó un poco de sarcasmo en sus palabras, todo lo que se decía de ella en los medios—. Todo en bandeja de plata, ¿no? Dime, ¿qué tenías que perder?

Lena se quedó en silencio, no sabía qué contestar. Para ella Enya era como un premio, tenía su confianza y su cuerpo. Ese, por el que deliraba más de uno. Ese, que le daba más que placer. Ahora se había quedado sin nada. ¿Era su culpa o era de Kara?

Capítulo 29

—¿Puedo saber qué fue lo que ocurrió ayer? ¿Por qué se marcharon en medio de una reunión?

Xtream, Enya y sus respectivas manejadoras estaban reunidas con Jeff Thomas y el equipo de producción de los espectáculos que subirían a escenario en menos de tres meses. La reunión de la que se habían escapado ambas chicas era la preparación y logística del espectáculo. Enya levantó la mano para hablar y excusar a su compañera.

—Disculpen por favor, toda la culpa es mía. Tuve un problema personal y le pedí a Kara que me acompañara —la chica de Xtream abrió los ojos ante la evidente mentira que estaba diciendo Enya, pero en cuanto fue a abrir la boca, esta subió su tono de voz y continuó hablando—. Ella no quería acompañarme y le mentí diciéndole que regresábamos en breve. La cosa se complicó y bueno, no pudimos llegar. No volverá a pasar.

Jeff se quedó con las manos bajo la barbilla, miró a Kara.

—¿Kara?

La chica miró a todos los presentes, sus ojos se posaron en Enya que la miraba insistentemente.

—Es... cierto —dijo tímidamente, bajando la cabeza.

—No les creo una palabra, a ninguna —el productor se levantó de la mesa y dio un manotazo sobre la misma, todos se sobresaltaron. Apoyó las manos sobre la mesa y se dirigió directamente a las chicas—. Escúchenme, si esto se repite habrá consecuencias. ¿Lo entienden?

—Sí señor —Kara casi susurró.

—¿Enya?

—Si Jeff, en verdad lo siento.

—Bien, me retiro. Deben coordinar la logística del espectáculo. Hoy —recalcó.

Jeff se marchó y todos se quedaron en la mesa. Los presentes se miraban entre sí, sin decir nada. Liz interrumpió el momento.

—Chicas, independientemente de lo que les haya ocurrido, quiero decirles que me siento muy decepcionada. Sobre todo contigo Kara —la chica bajó la cabeza visiblemente sentida—. Tu comportamiento deja mucho que desear y tú no eres así. Te pido, al igual que Jeff, que esto no vuelva a ocurrir.

—Liz, fue mi culpa —insistió Enya—. Solo quiso ayudarme. Si alguien tiene culpa en esto, soy yo.

—Enya, con todo respeto, pudo ser tu culpa, pero ella es quien toma las decisiones en su vida y si se trata de su vida profesional, con más razón.

—Lo entiendo, Liz —esta vez fue Kara quien se defendió—. Lo entiendo, sabes que no suelo ser irresponsable. Esta vez ocurrió algo de peso y la verdad lo lamento, pero si volviese a pasar, lo haría de nuevo.

El jefe de producción interrumpió.

—¿Qué tal si tomamos un receso?, corto —aclaró—. Nos tranquilizamos y regresamos en veinte minutos. Traigan las ideas que tengan, quiero escucharlos a todos. Será una presentación inolvidable para los fans, ¿de acuerdo?

Todos se levantaron y dispersaron por el salón. Todos, menos Enya y Kara. La rubia no despegaba la mirada de Kara, se encontraban frente a frente en la mesa de reunión, rodeadas de papeles y una maqueta. Quería hablarle, saber cómo estaba, al menos ella no durmió pensando en los acontecimientos de la noche; pidió a Osman, su guardaespaldas, que la llevara a la reunión. No tenía mente para otra cosa que no fuera analizar lo que sentía por Lena, por Kara. Cuando Lena se marchó de la habitación, ella se sumergió en su bañera; estuvo allí hasta que el agua se había enfriado. Salió del baño, se puso una bata para cubrir su cuerpo y se acostó en medio de la cama. Una y otra vez agarró su celular para marcar a Kara, pero no se atrevió.

En este momento, fue Kara quien dio el primer paso.

—¿Estás bien?

—Estoy apenada con todo esto, Kara. No pensé en las consecuencias.

—No hay consecuencias, En. Si no ibas ayer al llamado de Arturo, hubieses perdido la oportunidad de ver a Brenda. No pasa nada.

—Te involucré, eso es lo que lamento.

—Recuerda que yo te seguí.

—Debí ser más fuerte contigo. Es que... —quiso decir que estar a su lado le iba bien, que sí, en un principio se resistió, pero luego...

—¿Es qué?

Kara contuvo el aire por un segundo, temía que Enya dijera lo que ella quería escuchar. Vio a la chica jugar con los papeles frente así, manteniendo la vista baja, nerviosa.

—Me gusta estar contigo —dijo y subió la mirada. Kara se la sostuvo y solo sonrió, desarmando a la rubia.

—Siento lo mismo, Enya. Me gusta estar a tu lado.

Esos veinte minutos parecieron solo cinco, ya el alboroto de todos al entrar las había despertado de la ensoñación en la que se hallaban. Después de aquella confesión, ambas se quedaron en silencio unos minutos más.

Al entrar al salón, Rebeca fijó la mirada en su hermana, quien le guiñó un ojo. Ella se percató que las chicas no se habían movido de lugar. Miró a Enya que estaba pendiente de las reacciones de Rebeca, pero no porque supiera lo que Kara sentía, si no con el temor de que estuviese enojada por lo que ocurrió el día anterior.

Una vez a la mesa, procedieron con las ideas.

—Quiero que todos me digan cuál es su canción favorita de otros artistas. La idea que se me ocurre es abrir el show con una canción conocida por el público, pero que no pertenezca ni a Enya ni a Xtream —el director de producción, un hombre de unos cuarenta años, era el encargado de organizar el evento. Se llamaba Fernand.

—¿Y eso por qué? Me parece adecuado que abramos con un éxito de Enya, es más conocida —opinó Elvira, lo que ocasionó que todos comenzaran a murmurar.

—En todo caso de Xtream, son más integrantes —reclamó Liz, un poco molesta.

—Es lo que quiero evitar. Que se peleen el opening, por eso me parece una buena idea.

—¡Me parece perfecto!, me gusta —fue Rebeca quien opinó esta vez—. ¿Debe ser movida, lenta?

—Vamos a escoger de ambos géneros. ¿Quién comienza?

—¡Ok!, me apasiona “Follow the leader” como movida y “Just give me a reason” de Pink —dijo Rebeca, a lo que todos comenzaron a tararear la letra y a moverse en los asientos.

—¿Jacob?

El chico sonrió de oreja a oreja, iba a decir una de sus travesuras.

—A mí me gusta Zum, Zum de Daddy Yankee y R.K.M como movida. Y “Qué quieres de mí” de Fonsiii —alargó la i en alusión a “Despacito”—. Aunque mi favorita, favorita es... “Estamos bien”... ¡Ehh! —tarareó la canción imitando al artista.

“De ninguna manera. No, imposible”, fueron alguna de las opiniones de los demás.

—¡Bueno, Fernand dijo las favoritas! —se defendió.

—Es cierto, pero, amigo... esa no la anotaré como posibilidad —dijo el productor.

Todos rieron.

—A mí me gusta mucho “Unbreak my heart” de Braxton y “Uptown funk” de Bruno Mars.

Un uff y *¡Dont believe me, just watch!* de todos se escuchó en la sala, seguido de un comentario de Enya.

—“Uptown” es genial, esa me gusta mucho seguida de “Sugar” de Maroon 5. Esas son las mías —Enya buscó nuevamente la mirada de Kara que le sonreía embobada.

—Bien, buenas todas. Ahora... a ponernos de acuerdo... —dijo un productor visiblemente emocionado.

Capítulo 30

—¿Quién?

—Soy yo, Enya.

Esa mañana, Enya había buscado a Kara a primera hora a su apartamento. Los golpes en la puerta eran insistentes.

A Kara se le paralizó el corazón al escuchar su voz tan temprano. Este día descansaban y ella había decidido pasar el día en pijamas frente al tv, pero que Enya estuviera tocando a su puerta podría cambiar todo el panorama del día.

—Hey, hola, ¿cómo estás? —la chica pasó de prisa por su lado.

—Feliz, ¿podrás acompañarme a un lugar?

Los ojos de Enya lucían más hermosos que nunca, su felicidad era desbordante. Kara se contagió y le devolvió una sonrisa.

—Bueno, depende. ¿Qué tienes?, ¿a dónde?

La rubia daba saltitos como una niña frente a ella.

—Mamá llamó, aceptó recibir ayuda...

Los ojos de Kara se abrieron como platos.

—¿Quéeee? —se abrazaron fuerte. Kara daba saltos igual que Enya y aplaudían—. En, claro que voy contigo. Bueno, ¿vas a buscarla? A eso vienes, ¿no?

—Sí, sí, sí, cámbiate. No sea que se arrepienta; voy por ella y luego al hospital donde la curaran y por fin me la devolverán... como era antes. Osman nos está esperando.

—¿Osman?

—Mi guardaespaldas, prefiero que nos guíe él.

La felicidad de Enya hizo que los ojos de Kara se nublaran de emoción. Volvió a abrazarla; de repente estaban frente a frente, el momento fue oportuno para que sus labios se unieran en un ligero beso. Ambas se separaron asombradas, había sido electrificante.

—Vuelvo en un momento —dijo Kara nerviosa por el fugaz beso y se fue a cambiar.

Enya acababa de comprobar cuan feliz se puede ser en un instante; tomó asiento en lo que la chica regresaba. Llevó sus dedos a los labios, sentía cosquillas en ellos. Se habían besado, fue breve, no fue planificado y fue

causado por la emoción del momento, pero eso no quitaba que fue hermoso.

Mientras, en la habitación, una chica totalmente sorprendida hacía lo mismo, tocaba sus labios sentada en la cama.

Brenda esperó a su hija en el lugar donde se habían encontrado la última vez; en esta ocasión ninguna se disfrazó. No hubo tiempo, y la realidad, no recordaron hacerlo. Eran las ocho de la mañana cuando nuevamente Kara y Osman fueron testigos del encuentro entre madre e hija. Si, por que Osman nunca dejó sola a Enya, en cada búsqueda, tras ella, estaba él. Ella se acababa de enterar, justo cuando lo llamó esa mañana para explicarle lo que sucedía. Él rio sonoramente, casi en burla.

—Niña, ¿en serio creyó que la había dejado sola? He seguido sus pasos desde que me contrató hace cinco años.

—Debo despedirte por seguirme.

—Hágalo, igualmente la cuidaré.

Ella lo abrazó, lo amaba inmensamente.

—Perdóname Osman, no te conté porque para mí era muy doloroso.

—Lo entiendo, no tiene que disculparse.

Los cuatro se trasladaron hasta un Hospital en las afueras de la ciudad; era muy discreto, solo familias pudientes, personalidades públicas que necesitaban algo de ayuda para desintoxicarse de algún vicio, asistían allí. Era muy costoso, buscaban la exclusividad y lo habían logrado. Kara jamás escuchó hablar de él.

Al llegar, pudieron todos observar que era un lugar hermoso; árboles, que en algún momento fueron frondosos y ahora estaban sin hojas por la cercanía del invierno, rodeaban una hermosa casona. No había nada alrededor, ni calles atestadas de autos, ni edificios altos. Era una casona ubicada en el centro de un terreno baldío, solo árboles, silencio, ¡paz!

Brenda temblaba de pie a cabeza, agarraba la mano de su hija fuertemente. Enya y Kara tenían sus brazos sobre los hombros de ella en claro apoyo. Osman les recomendó a las chicas colocarse un sombrero y gafas. Kara aceptó y se colocó una boina que cubría sus orejas y algo de su frente, lo completó con unas gafas. Enya solo se amarró el cabello en una cola y se colocó sus lentes. No le preocupaba, ya había estado allí con Lena buscando información y tenía a alguien de contacto que le facilitaría el proceso de registro.

—Hija, ¿estás segura de esto? —Brenda se resistió a dar un paso más, estaba aterrada. Desconocía el proceso, lo hacía solo por su hija y claro, por el deseo de dormir tranquila en un lugar cálido y volver a ser la mujer que era antes.

Su hija le tomó la cabeza entre las manos, besó su frente y acabó por convencerla con sus palabras.

—Mamá, éste es el día más feliz de mi vida. El solo hecho de que quieras intentarlo me hace inmensamente feliz. Yo, Enya Beatrice Robinson, necesito a mi madre de vuelta. Se que no será fácil, mamá, lo sé, pero te pido, te imploro, que lo intentes. Que te mantengas fuerte por mí, por nosotras.

Brenda limpió las lágrimas del rostro de su hija y las suyas, sacudió la cabeza.

—¡Vamos!, adelante.

Comenzaron a subir los escalones que las llevaría hasta el área de recepción del hospital. Las recibió una mujer joven de apariencia muy agradable, tomó el poco equipaje de Brenda, solo lo necesario; algunos pijamas, ropa interior, efectos de higiene, toallas y demás artículos que Enya y Kara habían comprado antes de ir a recogerla a la calle Olimpo. La encargada dio las instrucciones a la hija, no podrían tener comunicación en tres semanas, mínimo. En caso extremo, el Hospital se comunicaría con ella. Luego de tramitar todos los documentos llegó el momento de despedirse. Lo hicieron con la promesa de que, cuando volvieran a encontrarse, Brenda estaría recuperada del todo.

En ese momento ninguna imaginaba que ése sería el comienzo de una nueva vida para madre e hija. Igualmente, el distanciamiento entre Kara y Enya.

Lejos de lo que la cantante canadiense esperaba, no lloró al despedirse de su madre. Al contrario, su corazón rebosaba de felicidad, sentía que su vida tomaba otro giro. Acababa de dejar a su madre en un hospital donde la ayudarían a regresar con ella; se la devolverían, tenía tanta fe. Estaba al lado de una mujer a la que deseaba conocer profundamente, de la que no dejaba de pensar y que la hacía reír, suspirar, esperar algo mejor. Kara caminaba a su lado, platicaban de cualquier cosa. La chica también sonreía ampliamente, veía como la rubia casi caminaba sobre el aire. Acordaron ir a almorzar juntas, luego pasarían la tarde en el apartamento de Enya viendo alguna película.

En un inicio, Kara dudó en volver a estar sola con ella. Esa mañana habían

rosado sus labios, con ese leve acercamiento Kara sintió que su corazón se desbocó. ¿Cómo actuaría si volviera a pasar? ¿Si volviera a besarla? Lo deseaba más que nada en este mundo, pero naturalmente, temía.

Antes de ir por Brenda, como planeado, desayunaron en un pequeño café en la Upper East Side. No tocaron el tema del beso, simplemente hablaban de los planes que Enya tenía con su madre. Tuvieron algunas interrupciones de fanáticos que las reconocían y no perdían oportunidad para pedir fotos con ambas. Ellas no estaban incómodas, atendían a todos, pero entendían que era un momento mágico que compartían y deseaban permanecer tranquilas, disfrutándolo.

Decidieron continuar la conversación en el apartamento. Una vez en el auto, Osman se dirigió hasta el 550 de Manhattan. Enya acababa de recibir un mensaje a su celular justo cuando estaban acercándose al área del apartamento, puso atención al mismo. Osman se aprestaba a estacionarse frente al edificio cuando Kara observó a una mujer bajando de otro auto, se le hizo conocida. El guardaespaldas de Enya estacionó y se quedó dentro del auto a la espera de que la chica terminara de contestar el mensaje.

Kara puso atención a los pasos de la morena; vestía una falda corta de color amarillo que dejaba ver unas largas y hermosas piernas. Caminaba imponente, decidida, se perdió de vista al ingresar al edificio de apartamentos, definitivamente al de Enya. Una sensación extraña recorrió el cuerpo de Kara. ¿Qué hacía Lena allí? *“Tonta, son pareja. Claro que va a verla”*. Y posiblemente ese mensaje que contestaba Enya era de ella, avisándole que acaba de llegar.

La pelinegra volvió sus ojos hacia la rubia quien levantó la cara al sentirse observada.

—Dame un minuto, es Elvira —le dijo.

Kara tragó en seco y en menos de un segundo cambió de opinión sobre ir al apartamento. No quería parecer celosa, aunque no entendía qué rayos era ese deseo de llorar que sintió de repente, tampoco el porqué de su garganta seca o aquel dolor en medio del pecho que le oprimía las entrañas.

—¡Listo!, vamos.

Osman abrió la puerta, a la vez que Kara la agarró por el brazo.

—En, recordé que tengo que hacer algo impórtate. ¿Te molesta si lo dejamos aquí y nos vemos mañana en el estudio?

—No, no me molesta. ¿Quieres que te acompañe?

—No, debo hacerlo sola —el rostro de Kara mostraba sonrojo.

Enya estaba extrañada, preocupada.

—Kara, ¿estás bien? Pareces alterada, ¿qué te pasa?

Ella bajó la cabeza.

—Estoy bien. ¿Osman puede llevarme al apartamento?

—Claro. De hecho, lo acompaño.

—No, En. Quédate y descansa. Prefiero ir sola.

Enya frunció el entrecejo, no entendía ese cambio de actitud, pero tampoco forzaría nada.

—Ok, ¿me llamarás? —Enya intentaba descubrir el cambio de actitud, pero el rostro de la chica no le decía nada.

—Lo haré —mintió.

Justo en ese momento decidió poner distancia entre las dos.

Capítulo 31

¿Qué sucedió?

Enya se había despedido de Kara con un mal sabor en la boca. Todo andaba bien en la mañana; todo, hasta que llegaron al área de apartamentos, después de aquella llamada de Elvira donde le confirmaba la hora de la reunión del día siguiente. Kara había permanecido callada en el asiento a su lado y de repente anunció que se marchaba. Todo estaría bien si no fuera por la cara de la chica, su gesto indescifrable. Un tímido beso en la mejilla fue su último contacto. Según subía a su penthouse, Enya hacía un análisis de cada palabra, cada conversación entre ellas, buscando una respuesta, pero no recordó nada.

Una vez las puertas del ascensor se abrieron, se encontró con Lena. Allí se le abrió el pensamiento, Kara tuvo que haberla visto.

—¿Qué haces aquí, Lena?

Lena estaba más sexy que nunca, llevaba su hermoso cabello negro atado en la nuca. Sus ojos maquillados cual gato salvaje y sexy, una minifalda amarilla destacaba su color moreno y una blusa negra con abertura en el pecho que no dejaba a la imaginación lo que había debajo. Sin embargo, y ante tanta sensualidad y belleza, Enya solo se sorprendía de verla allí esperándola. Entendía que lo de ellas ya estaba claro. No relación y un distanciamiento prudente que le permitiera sanar.

Lena sonrió, se acercó y besó su mejilla; no había entrado al apartamento, la esperaba frente a la puerta. Levantó sus manos en alto y mostró sus llaves. Enya la miró y un pequeño escalofrío la recorrió, esta Lena estaba algo extraña, pero no tenía deseos de descubrir por qué.

—Ten, vine a entregártelas y no te preocupes, no saqué copia.

La rubia tomó las llaves sin quitar los ojos de la morena.

—No creí que lo hicieras.

Nuevamente silencio, Enya no hizo ningún comentario adicional y tampoco abrió la puerta. Lena venía con intención de despedirse y ella lo sabía, si abría esa puerta y la invitaba a pasar, las cosas se complicarían. Lo sabía.

Lena entendió el prolongado silencio, no iba a pasar nada. Suspiró profundamente, intentando contener la rabia que bullía en su interior. Se había esmerado frente al espejo y ahora se sentía humillada.

—Bien, pues, solo pasaba a entregarte las llaves. Ya me voy, tengo algunas cosas que hacer.

La chica disponía a marcharse cuando Enya la detuvo.

—Quiero compartirte algo antes de que te marches.

Ella le prestó atención.

—Mamá accedió a buscar ayuda.

Lena alzó las cejas emocionada.

—¡Me alegra tanto, En!

—Quiero agradecer tu ayuda todo este tiempo. Gracias por contactarme con Arturo, al fin mamá está internada.

—Debes estar súper feliz. ¿Dónde la internaste?

—¿Recuerdas el Hospital a las afueras de la ciudad?

—¿La casona? —la chica asintió—. Me alegra mucho, al fin podrás cerrar ese ciclo.

—Eso espero.

Nuevamente el silencio, ambas se miraban. ¿Como habían llegado allí?, ¿A ser casi unas desconocidas? Lena bajó la cabeza, esperaba que la otra dijera algo, pero no sucedió.

—Ahora sí, me marcho.

—Hasta luego, Lena.

—Adiós, Enya.

La morena se marchó; Enya abrió la puerta y entró; tiró su bolso en el sofá y ella hizo lo mismo. La mañana había comenzado emocionante, su mayor deseo se estaba cumpliendo, Brenda al fin recibiría ayuda. Había pasado la mañana con Kara, su ilusión era terminar el día a su lado, pero..., todo se vino al suelo.

¡Kara!, ¿qué era lo que había pasado? Agarró su celular y escribió un mensaje.

“Gracias por acompañarme hoy, es muy importante para mí”

A los dos minutos recibió una fría respuesta que destruyó sus ilusiones.

“Por nada, Enya. A tus órdenes”

Enya tiró el celular al lado del bolso, se levantó y se dirigió hasta la habitación. Su maravilloso día libre estaría dispuesto para dormir.

Enya alcanzó a Kara en el baño, allí se encontraron, frente a los lavabos como la primera vez. De igual manera que en aquella ocasión, ambas platicaban con las caderas apoyadas a los lavabos, frente a frente.

Kara había llegado en punto a la reunión de ese día, lo hizo adrede, evitando algún momento disponible donde se diera la oportunidad de hablar con la rubia. Gracias a eso, no tuvieron un momento a solas y la realidad era que lo había logrado. Enya, por su parte, estaba incómoda, se percató del distanciamiento de la pelinegra desde el día anterior después de desayunar, y solo se preguntaba qué pasaba. Kara le rehuía la mirada, se mostraba incómoda cuando tocaba algún dúo entre ellas y la rubia intentaba algún acercamiento físico.

—Claro Enya, dime.

—Kara, ¿te pasa algo conmigo?

—¿Otra vez con eso? —la chica se volteó hacia el lavabo, abrió el grifo y lavaba sus manos nerviosa. Enya la imitó, pero puso las manos sobre la cerámica del lavabo, mientras la miraba a través del espejo—. Que no, todo está bien. No entiendo qué es lo que crees que pasa.

—Nada, discúlpame. Simplemente te noto distante y creí... que te pasaba algo.

Kara se arrepintió de la forma en que le contestó, vio tristeza en sus ojos. Se le estaba siendo difícil comportarse normal con ella. Durante todo el día no hizo más que mirarla, desviar su mirada cuando veía que la otra la buscaba. El almuerzo lo pasaron en grupo, simplemente la evitó.

Enya había esperado pacientemente al receso de la tarde de veinte minutos para acercarse a ella, pero Kara se alejó. Contestó una llamada de Jessica, su hermana; casi nunca le hablaba y aprovechó el momento para saber de ella y a la vez distraerse. En ese momento se alejó hasta el pasillo para platicar con tranquilidad. Ahí se fueron los veinte minutos, luego continuaron la reunión hasta la tarde.

Enya esperó a que la chica se acercara al baño para abordarla y allí estaban, en una incómoda conversación.

La mujer de cabellos cortos se pasó un poco de agua por la frente, estaba hecha un lío. Se apoyó en el lavamanos y levantó la cabeza. Suspiró profundamente.

—¡Enya, yo...!

Decidió que ya no iba a insistir, no quería forzar a la otra a hablarle, sería

mejor dejarlo allí; sea lo que fuese que le ocurriera, ya ella se enteraría.

—Está bien, todo está bien contigo, tranquila. Ya me voy, nos vemos luego —puso las manos en alto dando por terminada la conversación que no hubo.

La rubia se dispuso a marcharse, ya habían terminado la reunión del día. Ahora solo esperarían a que se hicieran los arreglos musicales, las citas para tomarse las medidas para los vestuarios con el diseñador, luego los ensayos y, finalmente, la gira. Todo esto tomaría poco más de un mes, tiempo en que el grupo y Enya estaría promocionando el tema y la proximidad del concierto. Ya tenían algunas fechas confirmadas.

Durante ese tiempo de promoción tenían que verse con más frecuencia. Enya estaba excitadísima con eso, la tendría cerca, eso pensó, pero ahora, con esta nueva Kara, ya no tenía claro cuál era la situación entre ellas.

—Enya... —Kara la llamó alcanzándola en la puerta. Se abrazó a ella metiendo la cabeza en su cuello, volvió a aspirar su aroma.

Enya la apretó a su cuerpo casi rompiéndola. No hubo otra cosa, solo eso, un abrazo que cambiaría todo. Kara se soltó de los brazos de Enya y se marchó dejándola confundida.

El camino no estaba del todo abierto para ellas. Ese abrazo sería mal interpretado por una y recordado por la otra.

Solo transcurrió un día desde que las chicas se despidieron. Kara estaba en su habitación, en su apartamento alquilado en New York, mientras se terminaba la gira. Ya era de noche, estaba sentada en el suelo con una copa entre sus manos. Se había puesto un pantalón de pijama largo, sus adoradas pantunflas, un sweater de mangas largas. Tenía buena calefacción en el apartamento, era uno de lujo, pero a ella le gustaba ir al balcón, mirar la ciudad, las luces de los autos en el continuo ir y venir, mirar a las personas que bajaban de los taxis amarillos. Observar a lo lejos el puente, ese que cruzaba el Hudson, ese que quedaba justo frente al apartamento de Enya, ¿Qué haría ella ahora mismo? Su teléfono comenzó a sonar, lo miró con desgano. No tenía deseos de hablar con nadie, así se lo expresó a su hermana, quien la había invitado a pasar la noche con en su apartamento.

—Quiero estar sola Rebe, pensar, descansar. Estoy molida.

Su hermana lo entendió y no insistió, solo deseaba que Enya apareciera en su apartamento y le quitara esa angustia que había emergido desde hacía dos

días. El teléfono continuó avisando que alguien la buscaba; lo agarró algo nerviosa. ¿Y si era ella? Pero no, señalaba varias llamadas de números desconocidos. Sospechaba que eran periodistas buscando la última información sobre la colaboración y serie de conciertos que darían próximamente. “Que llamen a Liz, no estoy para atenderlos”.

Quizás, si hubiese atendido aquellas llamadas, se hubiese ahorrado algunas lágrimas que derramaría luego.

Capítulo 32

—¿Cuál es la prisa, Rebeca?

Golpes insistentes en la puerta le avisaron a Kara que algo ocurría, al abrir se encontró con su hermana y Dimas.

—¿Por qué demonios no contestas el maldito teléfono? —Rebeca pasó por su lado adentrándose hasta la sala—. ¿Dónde está tu celular?

Kara no entendía nada, su hermana había entrado histérica, agarró su celular y accedió a las redes. Extendió el mismo a Kara que, inmediatamente, tapó su boca con las manos.

—¡Dios! —sus rodillas se doblaron, Dimas la tomó por el codo a tiempo para que no se desvaneciera. La condujo hasta el sofá—. Dios, ¿cómo ocurrió esto?

—Ese era el misterio. ¿Y tú eres la chica? —Rebeca permanecía de pie frente a su hermana, pero no apartaba la vista de la pantalla—. Está en todas los sitios de entretenimiento.

—Rebeca, debo ir con Enya.

Kara hacía un intento por levantarse, pero sus piernas no se lo permitían. Su cara palideció.

—Te acompaño.

—No, de ninguna manera.

Esta vez sí se puso de pie, agarró su bolso y, así como estaba, vestida con ropa cómoda de hacer ejercicios, se dirigió a la puerta.

—Kara, no vas sola.

—No puedes ir. Ella debe estar... destrozada, debo acompañarla.

Dimas la agarró por el brazo.

—Kara, te llevo. No entraremos, pero déjame llevarte.

—¡De acuerdo!

Los tres se dirigieron hasta el área de apartamentos donde vivía Enya. Al llegar, se encontraron con varios reporteros apostados en la entrada del edificio. Cámaras de televisión intentando alguna exclusiva, los guardias de seguridad intentaban calmar a la muchedumbre. Enya estaba descubierta, se filtró la noticia de la condición de su madre y el lugar donde se encontraba internada.

Dimas se detuvo al extremo contrario del edificio. ¿Cómo entrarían sin ser

vistos? Kara amagaba con salir del auto, pero su hermana se lo impedía. En este momento no medía las consecuencias, solo deseaba ver a Enya, abrazarla y apoyarla. Recordó a Osman, él debía estar allí. Marcó su número, Enya se lo había proporcionado por si lo necesitaba en algún momento. Ese momento llegó.

Dos timbrazos.

—¿Osman?

—*Sí, diga.*

—Es Kara. Por favor, necesito ver a Enya. ¿Estás en el edificio?

—*Lo estoy, pero no creo prudente que usted se acerque.*

La chica se extrañó ante ese comentario, pero no cuestionó.

—*No importa. Por favor, acércame, estoy en frente.*

Osman se rascó la cabeza, sabía que no era conveniente que Kara se acercara a Enya, eso empeoraría las cosas. Él estaba frente a su puerta y no se movería de allí, pero la insistencia de Kara, a quien le había tomado cariño, lo desarmó.

—Por favor, Osman. Enya no debe estar sola —suplicó.

—*Dé la vuelta por la calle de atrás, verá una puerta de servicio. Espere allí, alguien la dejará pasar. Por favor, tenga cautela.*

Kara siguió las instrucciones; en efecto, al llegar a la parte trasera del edificio, vio a un hombre parado en la puerta buscando con la mirada, debía ser la persona que la esperaba. Dimas acercó el auto hasta donde estaba el hombre, Kara bajó de inmediato, solo una carrera. El hombre abrió la puerta y la dejó pasar. Su hermana y Dimas se estacionaron cerca de la puerta.

El corazón de Kara latía velozmente, estaba tan angustiada. Durante el trayecto intentó sin éxito que Enya contestara el teléfono. Timbrazo tras timbrazo más se aprisionaba su corazón. ¡*Enya!*, era su único pensamiento.

Al fin llegó hasta la puerta del apartamento. Osman la esperaba, pero su cara no era de buenos amigos. Ella lo entendía, su chica estaba sufriendo, sabía cuánto ese hombre amaba a Enya. Lo que no sabía era que su cara desencajada no era por la noticia, era por ella. Él la detuvo, ella se conmocionó.

—Señorita, creo que es necesario aclarar algunas cosas y por eso le permitiré pasar, si la señorita Enya lo aprueba, pero si ella no lo permite, tendrá que marcharse. ¿De acuerdo?

Kara se sorprendió, abrió los ojos y frunció el entrecejo.

—De acuerdo, pero, ¿qué pasa?

En ese preciso momento Enya abrió la puerta, lo que vio Kara la impresionó mucho. Una punzada atravesó su corazón al ver a Enya desencajada, hinchada de tanto llorar y, sobre todo, la reacción que tuvo al encontrarse con ella. Vio odio, mucho resentimiento y no entendía por qué.

—¿Qué diablos haces aquí?!

—¡Enya! —se acercó para abrazarla, pero la chica dio dos pasos atrás rechazándola.

En ese instante, Osman se colocó frente a ellas protegiendo a su niña. Los ojos de Enya estaban desorbitados. Al segundo, la agarró por el brazo violentamente y la introdujo al apartamento, cerró la puerta y caminó hasta la sala mientras Kara la seguía. Enya temblaba de pies a cabeza; la sala estaba revuelta, la mesa de cristal frente al sofá no existía, jarrones, copas, todo en el suelo.

De repente, la rubia se volvió enfrentándose a Kara, quien la miraba con una especie de dolor, incertidumbre, miedo. No entendía nada. ¿Por qué esa actitud con ella?

—¿Por qué lo hiciste, Kara? ¿Ese era el motivo de tu distanciamiento?

—¿De qué hablas? Vine por ti, porque siento que me necesitas.

—¿Que te necesito?, ¿en serio crees que necesito verte después de lo que acabas de hacer?

Kara cada vez se ponía más nerviosa, ansiosa. Enya gritaba, daba vueltas por la sala pisando los vidrios que estaban en el suelo. De repente, se sentó en el sofá, colocó sus manos en la cara y lloró, esta vez desconsoladamente, el pecho le subía y bajaba al compás de sus gemidos. Kara se sentó a su lado, nuevamente intentó abrazarla, pero ella le apartó los brazos con violencia; la miró como si quisiera matarla.

—Enya, por favor, dime qué pasa. ¿De qué me estas acusando?

—Eres tan hipócrita, en serio creí que eras diferente. Kara, jamás imaginé que podrías hacerme esto. Tú sabías lo importante que era para mí y yo... ¡Maldita sea!, ¿cómo pudiste? Creí en ti, esperaba que entre nosotras...

Kara se levantó de golpe, ya lo entendía. Enya creía que la información sobre su madre la había dado ella; Osman también lo creía. Esta vez fue ella quien se llevó las manos a la cabeza, cubría su boca, su pecho. Ya no soportaba los golpes que su corazón le estaban dando.

—¿En serio crees que fui yo? ¡Enya!, ¿crees eso? —Enya no levantaba los

ojos del piso, ni quitaba las manos de su frente. Kara se paró frente a ella exigiéndole que la mirara—. ¡Mírame, por Dios! Estás acusándome de algo de lo que no tienes pruebas.

Kara se acercó al balcón, abrió sus brazos colocándolos en el pasamano y comenzó a llorar de coraje, de ira. Ya no estaba ansiosa por cómo se sentía Enya, ahora era la decepción de saber que ella la creyó capaz de traicionarla. Respiraba aceleradamente, levantó la cabeza buscando aire. Lo encontró, llenó sus pulmones y se dirigió nuevamente hasta la sala. La rubia aún estaba en la misma posición, se notaba su dificultad para respirar.

—Durante todo el tiempo que busqué a mamá no se supo nada. Hace tan poco que te lo confié y ya está en los medios. Dime Kara, ¿cómo pudo filtrarse?, ¿cómo, si no fue por ti? ¿Qué sacabas con eso?

Cuando Elvira la llamó para avisarle que había unos rumores corriendo por las redes Enya se paralizó. Elvira cuestionó cómo esa información se había filtrado si ni siquiera ella la conocía. Enya corrió a abrir las páginas de cotillero y allí, en cada una aparecía su cara; letras rojas anunciando su desgracia.

“El pasado oculto de Enya queda al descubierto”

“La madre de Enya prefirió el alcohol que a su hija”

“Enya, enamorada de una mujer”

“La cantante canadiense ocultaba su pasado. ¿Sería ella también alcohólica?”

“Desgracia en la vida de la cantante Enya, su madre internada en un centro de Rehabilitación”

Por algún motivo, Enya solo pensó en Kara, a fin de cuentas, era a quien último le había confiado ese secreto. Se negó a creerlo, Kara no podía ser así, pero como un diablillo posado en su hombro, ella recordó el distanciamiento que había mostrado después de haber internado a su madre. Imaginó que Kara sintió celos al ver a Lena entrar a su apartamento, no estaba segura de que la hubiera visto, pero era una posibilidad. Recordó que justo el día de la reunión Kara hablaba por teléfono en una actitud sospechosa, como en secreto. Lena sabía de su secreto hacía mucho y siempre lo ocultó, la había protegido.

El dolor de saberse traicionada se unía al daño que la sociedad le iba a ocasionar a su madre; a su vez, el dolor por la decepción. Estaba segura de

que Kara era la persona para ella; era imposible concebir lo que sentía por la chica de Xtream que no fuera que se había enamorado y que era quien esperaba en su vida. El nombre de Kara se presentaba una y otra vez en su cabeza desde que la conoció. Ahora se sentía como un animal derrotado, triste, sin fuerzas para continuar.

—Jamás, y menos a ti, traicionaría un secreto. Yo no se cómo se filtró esa información, pero te juro que no tengo nada que ver —las lágrimas dificultaban las palabras de la cantante de Xtream. Era doloroso que alguien dudara de ella, pero más doloroso era que esa incertidumbre viniera de la persona de quien se está enamorado. Por primera vez.

Enya levantó la mirada para encontrar a la chica agachada frente a ella, sus ojos hacia el suelo. Dudaba de ella, pero su voz, sus lágrimas, el dolor reflejado en su rostro, la estaban matando. No podía verla así, a pesar de la traición que, según ella, Kara había cometido.

—Lamento en verdad lo que estás pasando. Vine porque quería acompañarte y que supieras que estaba para ti, jamás imaginé encontrarme con tus dudas y acusaciones. Entiendo, juro que entiendo que las tengas, pero... — Kara se levantó. Los ojos de Enya la siguieron, aún no cesaba de llorar. Ella se dirigió a la puerta, cuando agarró el pomo para abrir se volvió hacia Enya. Solo diría una sola cosa adicional—. Yo... jamás traicionaría a alguien de quien estoy enamorada. ¡Jamás!

Dicho esto, abrió la puerta y desapareció de la habitación. Enya se quedó sentada en el sofá, inmóvil. Vio a su chica desaparecer tras la puerta y no hizo nada. Su cuerpo no reaccionó ante la confesión de Kara.

—Dios, ¿qué hice?

Se puso de pie y corrió hasta la puerta en un intento de alcanzarla; Osman le informó que ya se había marchado. Enya llamó al ascensor insistentemente, como si al apretar una y otra vez el botón el ascensor llegaría más rápido. Veía como los números descendían y lloraba de impotencia.

—¡Kara!

—Señorita, será mejor que no baje. Ya la chica debe estar saliendo del edificio y los periodistas aún están ahí.

Enya se quedó viendo al hombre, llevó sus manos a la cara. Él la acogió en su pecho.

—Osman, ¿qué hice? ¡¿Qué hice?!

Capítulo 33

—¿Puedo quedarme contigo, Rebe? No deseo estar sola.

Una destrozada Kara se abrazaba a su hermana como si no hubiese nada más que pudiera calmarla. De su pecho salían sollozos que parecían eternos, se ahogaba en sus propias lágrimas. Su dolor en ese momento era inmenso, estaba enamorada de alguien que no creía en ella. Era su primer amor, no había comenzado y ya acabó.

El trayecto al apartamento de Rebeca y Dimas lo hicieron en silencio. Solo una llamada de Jacob hacia Rebeca para enterarla de lo que ya ella sabía de primera mano. El timbre en el celular de Kara avisaba que Enya la llamaba insistentemente. Sus ojos no cesaban de mirar el nombre que se mostraba parpadeante en la pantalla. Rebeca tomó el celular silenciándolo y lo guardó en su abrigo. Una vez en el apartamento de Rebeca, Kara se dirigió hasta la sala, se sentó allí en silencio mientras su hermana estaba en la cocina preparando un té de manzanilla. Dimas se acercó a su mujer, comprensivo; él sabía que ella sufría al ver a su hermana de aquel modo y, aunque tenía idea de la atracción que sentían Kara y Enya, no estaba del todo seguro.

—Amor, sé por lo que Kara dijo al entrar al auto, que Enya cree que tiene que ver en este lío, ¿pero por qué no la manda al carajo y sigue adelante? O sea, no se conocen hace tanto. ¿Por qué le afecta que dude de ella?

Rebeca se acercó a su novio, colocó sus manos en el pecho, lo miró fijamente.

—Porque Kara está enamorada de Enya. ¿Leíste que insinúan que Enya está enamorada de una mujer? —él asintió—. Es de Kara, estoy segura.

El chico abrazó a su novia.

—Wow, entiendo. Voy a acompañarla, ¿de acuerdo?

—Si amor, ya voy con el té.

Dimas se sentó al lado de su amiga, ella inmediatamente se refugió en sus brazos. La prudencia era su mayor virtud, no dijo nada, solo la abrazaba y besaba su cabeza. Rebeca volvió con el té y se lo dio.

—Ella cree que fui yo. ¿Cómo es capaz de creer eso?

—¿Quieres contarnos desde el principio, Kara? Tal vez podamos entre los tres llegar a una conclusión —Rebeca se sentó a los pies de su hermana.

—¿Qué parte te cuento? ¿Dónde estúpidamente me enamoré de una mujer?

Y no de una mujer cualquiera, ¿de Enya ni más ni menos! —se recostó del respaldo—. ¿O dónde esa mujer cree que hice pública la parte más triste de su vida?

—Tienes todas las cualidades para enamorar a cualquiera Kara, así que, te hayas enamorado de Enya y ella de ti, no es algo increíble.

Kara se incorporó en el sofá, colocó ambas manos agarrando la taza, apoyando sus codos en las rodillas.

—Dimas, si Enya se hubiese enamorado de mí, no hubiese dudado, pero ya pasó, no puedo hacerle ver de ningún modo que está equivocada. Esto era algo muy de ella, lo tenía bien guardado, me lo reveló, salió a la luz pública y bueno..., uno más uno es dos, como lo pongas. Si no fui yo, ¿quién entonces?

—Entiendo, pero ¿pudiste explicarte? —él tomó la palabra.

—Dimas, no hay nada que explicar. Ella lo cree así y punto —intervino Rebeca algo perturbada.

—Rebeca, lo que quiero decir es, ¿Enya acusó a Kara sin más ni más o le dio beneficio a la duda?

—No, no lo hizo y eso me parte el alma, cuñado..., pero también entiendo. Ella no tiene por qué pedirme cuentas, es libre de pensar lo que desee.

—¿Alguien más sabía de la existencia de su madre?

El celular de Dimas era el único que estaba con sonido, por lo que interrumpió la pregunta que podía aclarar toda duda, así que quedó en el aire; quien llamaba era un número desconocido. La pareja se miró, sospecharon de inmediato quién podría estar llamando. Él mostró la pantalla a su novia, ella hizo una mueca con los labios lo que le dio pie para que la contestara. La cara del chico se transformó al escuchar la voz femenina a través del auricular. “*Es Enya*”, informó con mímicas labiales.

Los ojos de Rebeca fueron de Dimas a Kara y nuevamente de Kara a Dimas. Kara no se dio por enterada hasta ver a su hermana agarrar el celular de su novio, levantarse y caminar hacia la cocina.

—¿Enya? —la voz de Rebeca sonaba severa.

—Rebeca, por favor déjame hablar con Kara. Sé que está contigo.

La voz llena de angustia de Enya podría remover el corazón de quien la escuchara. Esa mujer le había hecho daño a su hermana, pero estaba destrozada. Recordó que traía el celular de Kara y lo buscó en su abrigo, el que había dejado sobre una silla en la barra. Allí se mostraba más de veinte llamadas de la cantante que ahora rogaba por hablar con su hermana.

—¿Para qué la quieres?, creo que ya dijiste lo que le tenías que decir.

—Me equivoque Rebeca, todo indicaba que ella... ¡Maldita sea!, me equivoqué...

—En, entiendo lo que estás pasando, pero entiéndeme tú. Kara es mi hermana, está destrozada por lo que le dijiste. Si a eso le añadimos que está preocupada por ti y por tu situación, hacen que yo quiera odiarte.

—Ódiame, ódiame todo lo que quieras. ¡Lo tengo más que merecido, pero por favor!, te suplico que me dejes hablar con ella.

—No se trata de odiarte, aunque te lo haya dicho antes, lo que quiero es que sepas que no voy a tolerar que maltrates a mi hermana. Independientemente de lo que estés pasando... por...

—¿Es Enya? —la voz de la Kara a sus espaldas interrumpió la discusión. Rebeca asintió algo desconcertada—. No le hables así.

Kara extendió la mano pidiendo el celular. A Rebeca no le cayó bien aquella petición, su hermana vio cómo su semblante cambió de ira a tristeza. Kara tomó el teléfono con la mano derecha y lo llevó a su oreja, pero mantuvo la mano izquierda agarrada a la de su hermana. Un pequeño apretón era la petición para que no se fuera, este detalle tranquilizó a su hermana.

—¿Te faltó decirme algo más?

Un estremecimiento en el cuerpo fue lo que sintió la canadiense al escuchar la voz de Kara a través del auricular. Pudo percibir a través de la línea el dolor mezclado con cinismo en su voz y se odió inmensamente. La última hora se había olvidado por completo de su problema con la revelación de su pasado y su familia. En la última hora solo se martirizaba pensando cómo pudo pensar que ella la había traicionado. Humanamente era natural la sospecha, y más en el ambiente que se movía, pero su corazón siempre le dijo que Kara no era capaz de tal bajeza. No le hizo caso, simplemente se dejó llevar por la ira, la frustración, no tanto por su secreto, si no el de su madre y su problema.

Ella se cegó y no analizó, no tuvo a nadie a su lado que la hiciera entrar en razón, aunque eso no era una excusa. Ahora la tenía a través del teléfono, la escuchaba y podía sentir cuánto la había lastimado. Enya temblaba de arriba abajo.

—Sí, faltó algo por decirte Kara.

—Te escucho —contestó fríamente.

Enya tragó en seco.

—Por favor, perdóname.

Kara apretó más la mano de su hermana, Rebeca observó como ella cerraba los ojos y mordía su labio inferior. Al abrirlos se encontró con los ojos de su hermana estudiando cada gesto en su rostro, respiró profundamente y volvió el celular hasta su oreja.

—¿Kara, aún estás ahí? —al no sentir un comentario en la línea, Enya creyó que su corazón había dejado de latir. Los segundos se hicieron eternos, esperando una reacción.

—Estoy.

—¿Puedo verte? ¡Necesito verte, Kara! Quiero decirte esto mirándote a los ojos.

—Tranquila, por ahora yo necesito un poco de distanciamiento. Y tú, debes permanecer fuera del ojo público unos días.

Enya la comprendió, mas no dejó de dolerle su frialdad. Se sintió de la peor manera, ella estaba aún protegiéndola, cuidándola, a pesar del dolor que le hizo pasar.

—Jamás me perdonaré esto, Kara.

La pelinegra pudo sentir que la rubia sollozaba.

—Enya, trata de descansar. Quédate tranquila —quería aparentar que estaba bien. La situación era muy complicada para ella, se sentía herida, a la vez entendía que era lo más lógico culparla de aquello, pero también entendía que la situación para Enya tampoco estaba fácil.

—Lo haré, el día que sepas que me perdonas.

—Debo cortar, hablamos en otro momento.

—¡Kara!

—¿Sí?

—También estoy enamorada de ti.

Capítulo 34

Kara

—¿Quién es?

Dos suaves toques me hicieron levantar la cabeza y mirar hacia la puerta. No deseaba recibir a nadie, estaba en mi sala, sentada mirando la chimenea, viendo cómo los maderos desaparecían lentamente, así sentía que desaparecía mi ilusión. El fuego destruye todo a su paso, igual que la desconfianza, la duda. Yo, en aquel razonamiento, era el madero. Mis ojos estaban hinchados de llorar, este domingo había sido el peor de mi existencia.

Por insistencias de mi cuñado y mi hermana, me había quedado a dormir en su apartamento. Dimas me regresó al mío muy temprano en la mañana, queríamos de cualquier manera evitar que algún periodista imprudente nos molestara. La verdad, en cuanto coloqué la cabeza en la cama, me dormí.

Dos toques, esta vez un poco más fuertes. Me acerqué a la puerta mientras mi corazón latía a una velocidad peligrosa, intuía quién estaba detrás. Tenía que ser quien causaba este dolor y alegría a la vez. Abrí un poco, dejando colgando la cadenita que usualmente sostenía la puerta en los apartamentos. El mío estaba en el piso sexto, un largo pasillo dividía los apartamentos. Solo dos por piso.

Al abrir, la vi. Enya. Vestía con un conjunto de pantalón y blusa de color negro, un abrigo de cuero del mismo color la cubría. Estaba recostada con la espalda en la pared, en espera de que yo abriera la puerta. Cuando escuchó el movimiento, se volvió hasta acercarse a mí. Recostó la cabeza en la pared cerca de la puerta dejándome ver sus impresionantes ojos a través de la abertura.

Yo hice lo propio desde adentro, nuestros ojos se encontraron. También había llorado, sus párpados estaban algo inflamados. Al verla tan cerca, su mirada fija en mí, solo recordé la primera vez que los vi. Hoy, igual que aquella vez, esos ojos ocasionaron que me estremeciera.

—¡Enya!

—¡Kara!... —el sonido de su voz me electrificaba, pero escucharla decir mi nombre, mientras me miraba de esa forma, me mataba. Mi corazón, ese que por más que quería no podía engañar, latió de prisa, sin control—, ¿puedo

pasar?

Quitó el cerrojo y me separé un poco. Entró en silencio, cerró la puerta sin girarme colocando nuevamente la cadenita. Todo en movimientos muy lentos, evitábamos el momento que sabía llegaría. ¡Y vaya!, por fin había llegado. Me giré y me recosté de la puerta, estaba parada frente a mí sin moverse. Sus ojos miraban al suelo, yo la miraba a ella.

—¿Enya? —subió su mirada hacia mí.

Esa hermosa mujer dio dos pasos hasta posarse muy cerca de mi cuerpo. Mi respiración se agitó al sentir la suya tan cerca.

No puedo recordar quien se acercó a quien, solo el encuentro de nuestros labios en un beso tan sensual como tierno. Las bocas se buscaban ansiosas despertando en mí sensaciones nunca conocidas. Sentí sus manos en mis caderas, coloqué las mías sobre su pecho. Nuestras bocas se separaron, no así las miradas. Nuestras frentes se unieron. Silencio, respiraciones agitadas. Mis brazos la rodearon, necesitaba ese contacto, aspirar su aroma, sentir su abrazo avasallador. Amaba a Enya Beatrice Robinson, no a la cantante. Amaba a esa mujer. Aquel abrazo, ese beso y la ausencia de palabras entre nosotras me decía que ella también sentía por mí.

La tomé de la mano y nos fuimos hasta el sofá. Sentadas una frente a la otra, con nuestras piernas levemente dobladas, Enya me acarició la cara, el cabello, me miraba con esa ternura de quien ama. Yo sentía que mi cuerpo se desvanecía solo al sentir la caricia, me estremecía. Entonces fui yo quien colocó mi mano en su nuca y me acerqué para besarla. Nuestras bocas se abrieron para recibir a la otra. Todos y cada movimiento, en silencio.

Me encontré desabotonando su blusa negra y ella sacando mi camiseta por encima de la cabeza, mis senos quedaron al descubierto. Un gemido “gutural” salió de mí al sentir su boca ansiosa tomar mi seno izquierdo, aquel que me causaba más sensibilidad. Ella lo tomaba con precisión, fuerza, lo saboreaba como si en su boca tuviera un caramelo, de esos que tardan en desgastarse. Mordía mi pezón, sentí que me mareaba.

Juro que sentí que mi cuerpo se convirtió en gelatina, temí desvanecerme. Yo quería tocarla, verla, sentir en mis manos su piel, como pude desabotoné su brassier. Al caer la prenda de encajes negro pude disfrutar de la vista de unos senos perfectos, redondos y generosos. Los tomé entre mis manos. Noté en ella un halo de sorpresa, levantó la cabeza y pude apreciar su sonrisa, sus ojos que brillaban de deseo. Se recostó hacia atrás disfrutando mi toque. Los acaricié

mientras la miraba estremecerse de placer, sentí una oleada de erotismo al verla, me hizo recordar ciertas partes en mi cuerpo que hacía mucho había olvidado que existían.

Aprovechando la posición me coloqué sobre ella, busqué sus labios y la besé. Enya me abrazó haciendo más presión en mi cuerpo. Sus manos navegaban por mi espalda desnuda y me sentía morir.

—¡Kara!

Por segunda vez desde que irrumpió en el apartamento escuché mi nombre en su voz. Me separé un poco para mirarla.

—¿Sí? —mi voz era un murmullo. Una alerta me indicó que ella necesitaba hablar.

—¿Estás segura de esto? Debemos hablar, yo no quiero que te vayas de mi vida por otro error.

Mis dedos recorrieron su rostro, detrás de esa poderosa mujer habitaba una llena de inseguridad y yo sabía que su preocupación era por lo que había pasado el día anterior, pero eso ahora no me importaba. Yo no la deseaba únicamente, yo la amaba con todas las fuerzas de mí ser. Quería besarla eternamente, abrazarla cada minuto, mirarme en esos ojos que transmitían tanto. No tenía ninguna duda de que yo necesitaba estar donde me encontraba justo en ese momento, con ella.

—Mírame Enya, dime si ves en mí un ápice de duda. Si lo ves, me separaré de ti en este momento, lo juro —mis manos se colocaron a cada lado de su cuello, sonreí—. Deja que te ame, En —sus ojos se cerraron al escucharme. Mis dedos recorrían su hermoso rostro, era endemoniadamente bella, perfecta. Por lo menos, para mí lo era—. Tal vez no sepa hacerlo como lo harías tú, pero necesito verte estremecer en mis brazos, quiero demostrarte que realmente estoy enamorada de ti y que nunca te traicionaría.

Enya se incorporó en el sofá y me abrazó tan fuerte que sentí que rompía cada uno de mis huesos.

—Kara, Kara... Gracias.

Ella no separaba los labios de mi cuello mientras hablaba, pero entendí perfectamente sus palabras.

—¿Gracias?

No entendía el porqué de su agradecimiento, la separé un poco para mirarla. De sus ojos vidriosos cayó una lágrima que detuve en el camino. Ella volvió a desarmarme, ya no tenía fuerzas para cuestionar nada.

Llevó su mano a mi mejilla, besó mi frente, acariciaba mi cabello, sus ojos recorrían mi rostro. Al sentir que sus labios se posaron nuevamente en los míos, olvidé su falta de respuesta ante mi pregunta, besarme así era una forma de acallarme. Mi boca anhelaba sentir las caricias que me brindaba su lengua, entre áspera y suave. Lamía mis labios con devoción, los llevó hasta mi cuello, se paseaba por él. Yo quería mantener el control, quería ser yo quien lo tuviese, pero sus labios en mi cuello eran una tortura, no me dejaba pensar.

La tenía debajo de mí; mi sexo pedía a gritos su contacto, me acerqué más. Comenzamos un baile una sobre la otra, nuestros pechos unidos. Ella puso una mano en mi pecho haciendo una leve presión para que me recostara del sofá, pero no, eso no sería así. Negué con la cabeza cuando su rostro dibujo sorpresa.

—No será así, es mi primera vez y te juro En, que no será de esta manera.

Levantó las cejas cuestionando, entonces me puse de pie, la tomé de la mano y la llevé a mi habitación. Mi primera vez, con la persona que quería, sería en mi habitación. Al llegar frente a la cama fue mi mano la que la doblé, sin esfuerzo se dejó llevar, quedando acostada sobre el colchón y mi cuerpo ardiendo sobre ella. Sonreí sin separar mis ojos de sus labios.

Comencé a explorar su cuerpo, sorteaba mis caricias con mis manos y mi boca. Sus brazos, sus costados, su cintura, su abdomen plano, limpio, perfecto. Enya mantenía sus ojos abiertos mirándome, entre caricia y caricia yo la miraba a ella. Su piel entre rosada y blanca, suave. Sus senos erguidos me invitaban a posar mi boca sobre ellos, a tomarlos. No podía separar mis ojos de allí mientras los dibujaba con mis manos, esos pechos cabían perfectamente en ellas, en mi boca.

Me acerqué hasta allí, sentía que era mi lugar. Enya se retorció de placer, yo me retorció con el gozo de verla. Coloqué mis manos en sus caderas, las presionaba contra mí. Enya, puso sus manos en los bordes de la cama, vi sus nudillos blanquearse con la presión al aferrarlos. Impulsaba sus caderas hacia mí, respondía a mi sexo que en ese momento me quemaba.

Ya sus hermosos ojos no me veían, su boca estaba entreabierta; no solté aquel delicioso pecho, continué entre lamidas y mordidas mientras mis manos recorrían su abdomen, y luego su sexo que acaricié con la mano completamente abierta. Sentí su humedad y me volvía loca.

Me percaté que su respiración estaba agitada, que su cuerpo se tensó. De repente, el silencio en el cual nos hallábamos se rompió cuando gritó mi

nombre. Su cuerpo se desvaneció entre mis brazos, esa mujer me regaló un poderoso orgasmo solo por tocarla. Llegué hasta su rostro y tomé sus labios, esta vez los acaricié con los míos, ella no respondía a mis caricias, pero sonreía... sonreíamos.

Apoyé el codo sobre el colchón mientras con mi mano derecha acariciaba su cabello, deposité varios besos en su rostro a la vez que la observaba, su sonrisa aún estaba allí. Cuando abrió sus hermosos y extraños ojos noté, sin que ella lo dijera, que era correspondida. No podía ser de otro modo. Dicen que los ojos no mienten y aquella mirada me decía que también ella estaba enamorada.

Mi corazón dio un vuelco, Enya tenía esa sonrisa eterna en su rostro.

—¿Estás bien? —me preguntó, mientras dibujaba con sus dedos mi rostro, mis parpados.

—Es la primera vez que alguien me mira como tú. Desde hace mucho, cada vez que me miras, siento que me absorbes.

La vi sonreír, luego se puso pensativa, nos colocamos de costado, una frente a la otra. Ambas acariciábamos nuestros rostros a la vez, descubriéndonos, sonriendo, embobadas con lo que acababa de pasar.

—Es la primera vez que alguien me hace el amor —me extrañó esa confesión. Enya había tenido muchas parejas conocidas y más aún en secreto. ¿Como podía decir eso? Fruncí el entrecejo, ella se percató de mi duda—. He tenido mucho sexo, no lo niego, pero contigo, Kara Ivelisse, contigo acabo de hacer el amor y es por primera vez.

Capítulo 35

—¿Te puedo preguntar algo?

Enya no quitaba sus ojos de los de Kara. Transcurrió más de media hora solo mirándose, acariciando cada palmo de piel, absorbiendo el olor de la otra.

—Tardaste mucho en hacerme una pregunta.

La chica de cabello negro se sonrojó.

—¿Soy preguntona?

—Mjm, eres muy curiosa... pero dime, ¿qué quieres preguntar esta vez?

Kara se apoyó en su codo izquierdo, descansó el brazo derecho en el pecho de la otra, sus dedos acariciando los labios de la chica.

—¿Por qué... por qué me diste las gracias?

La rubia se enderezó en la cama, mirando al techo. Atrajo a Kara hasta su pecho y depositó un beso en su cabeza.

—Kara, no solo debo darte las gracias una vez. Tú eres la mejor de las amigas; veo que eres una excelente hermana y un mejor ser humano, pero conmigo has logrado que lo que creí imposible, se hiciera posible. Me miras como nadie, siempre me has mirado como nadie; incluso cuando no te caía bien, aunque... —la separó un poco para mirarla— ¿Ya te caigo bien? —Kara sonrió y besó la punta de su nariz como respuesta—. Cuando me besabas, al sentir tus manos en mi piel, la forma en que me acariciabas fue más que suficiente para confirmar que quiero estar a tu lado, que necesito perdones mi error y sobre todo, quiero ser quien comparta tu vida. Te di las gracias por existir, Kara. Sé que tal vez es precipitado, pero ya no quiero perder más tiempo de estar contigo, que seamos cómplices. Estoy enamorada de ti.

Kara se colocó sobre ella y la besó intensamente.

—Quiero todo eso contigo, Enya. Ya te lo dije una vez y lo repito, también estoy total y locamente enamorada de ti.

—¡Lo de total y locamente no lo sabía!

La rubia la llevó de espaldas a la cama apresando sus brazos sobre la cabeza. Mantuvo sus labios sobre la otra, la besaba con pasión, con entrega. Las lenguas se unieron, Kara abrió su boca recibiendo y dando. El cuerpo de la canadiense se movía sobre la otra, rosando sus intimidades. Enya bajó sus labios hasta el cuello de Kara, no importaron sus quejidos o que intentaba

soltar sus brazos, los que permanecían inmóviles sobre lo alto de la cabeza. El cuerpo de la pelinegra se movía sin control.

Sin nada de esfuerzo, Enya separó las piernas de Kara acomodándose entre ellas. Ella, dispuesta y ardiendo como estaba, la rodeó con las piernas. El contacto de sus sexos era más poderoso. Kara se encontraba completamente entregada al placer que la otra le daba.

—¡En, por favor suéltame! —Kara hacía su mayor esfuerzo para zafarse de las manos de su amante.

—Aún no.

La voz de Enya era música sensual para sus oídos. En lugar de soltarla, la agarró más fuerte, sus brazos eran largos, no había mayor incomodidad. Los brazos rozaban el rostro de Kara quien sin poder aguantarse mordía el antebrazo de Enya, ocasionándole más de una sacudida. De repente, la pelinegra sintió la boca caliente en uno de sus senos. Un gemido se escapó de ella, al bajar su mirada y observar la escena. Enya succionaba su pezón, lo lamía mientras sus ojos, aquellos ojos increíbles, se clavaban en ella. Era la escena más erótica que había presenciado y las más hermosa también. En solo una milésima de segundo, Enya aflojó sus manos, lo que aprovechó para zafarse y clavarle las uñas en la espalda. La cantante soltó el pezón llevando su boca la suya, calmando aquella sed que ambas sentían.

Luego de que los labios de ambas jugaran con los otros apasionada y tiernamente, Enya tomó rumbo a su cuello. Kara levantó el cuello entregándose a las caricias de su amor.

—Me matas —la voz de Enya era casi ininteligible. Le susurraba al oído al mismo tiempo que le mordía el lóbulo de su oreja.

Kara temblaba entre sus brazos, ella moría de placer.

—Lo haces tú.

Los dedos de la canadiense se perdieron en la intimidad de Kara, causando estragos en su cuerpo. Su persona, la persona que había estado esperando, estaba sobre ella, haciéndole el amor, poseyéndola. Ella simplemente se dejaba hacer. Kara sintió que toda la habitación se tornó nublosa, solo veía los ojos de Enya cristalizados, su boca entreabierta, sentía el calor de sus labios abiertos rozando cada palmo de su cuello, su barbilla. Volviendo a su rostro una y otra vez solo para mirarla. Ella jamás había sentido un orgasmo producido por otra persona y ya entendía la razón. En este momento su cuerpo le daba avisos, era maravilloso; los vellos de sus brazos estaban erizados, su

corazón latía desbocado. Sentía que alcanzaba el cielo.

Cuando el momento del clímax llegó, Kara se aferró a ella, abrazándola con la poca fuerza que le quedaba. Metió su cara al cuello y silenció sus gritos en su hombro. Enya respondió al abrazo. Quitó cabellos húmedos de su frente y la besó tiernamente. Se fijó en su rostro, aparecieron en sus mejillas y su nariz manchas rojas producto de la excitación. Enya adoró eso, besó cada mancha sintiendo esa área de la piel caliente.

Se volvió sobre su espalda llevando con ella a Kara, sobre su pecho. La chica aún tenía espasmos en su cuerpo, la calmaba con su abrazo, con sus besos en la cabeza y la frente.

—Te amo, Enya.

Esa simple, corta y poderosa frase, llegó al corazón de la canadiense. Al escucharla, sonrió, sintió su corazón palpar más de prisa.

Ella sentía del mismo modo, sentía que la amaba intensamente. Esa mujer se había metido en sus poros, navegando por su torrente sanguíneo hasta posarse en su corazón, pero no quería expresarlo ahora. Sería trillado decir “te amo” después de otra confesión. Necesitaba aclarar algunas cosas, hablar de Lena, de lo que había pasado entre ellas. Necesitaba hablar del tema que no deseaba tocar, pero que era necesario. La situación pública de su madre.

Enya quería una relación seria con Kara, quería transparencia. Debía saber qué tan libre serían si ella aceptaba estar a su lado. Si tendrían una relación escondidas. No, no lo diría aún, aunque sintiera que caminaba sobre nubes solo al estar a su lado.

Pasaron varios minutos en silencio, Enya sumida en sus pensamientos. Entonces sintió el cuerpo de la otra más pesado, su respiración apacible. Se separó un poco y confirmó que Kara dormía, sonrió complacida. Siempre creyó que dormir en los brazos de alguien era confianza de que nada malo pasaría. Así como cuando era niña y sus padres la acunaban para que durmiera. No podía sentir más felicidad en ese momento. Kara, a pesar de lo ocurrido el día anterior, confiaba en ella, se sentía segura en sus brazos y eso, no lo iba a dejar ir. Eso era lo que tanto había buscado.

Capítulo 36

—¿Siempre te duermes después de un orgasmo?

Kara cubrió su cara con la almohada. Cuando abrió los ojos y vio a Enya a su lado su corazón dio un vuelco. Enya estaba allí, en su cama, desnuda y sonriendo; ella no podía esperar nada más de la vida. Su sonrisa era hermosa, tenía una dentadura perfecta, los ojos... esos ojos entre café y verde, su rostro, alargado, de quijada fina, pequeños y hermosos hoyuelos en sus mejillas. El cabello largo caía como una cascada por su cuello. Enya era, en resumidas cuentas, hermosa y estaba allí, junto a ella. Esa mujer le había hecho el amor y ella se lo hizo también. Nunca se sintió más feliz. Pero la pregunta llena de broma la había apenado, Enya luchó un poco para quitar la almohada de su cara, al lograrlo notó que la pelinegra se sonrojó una vez más y esta vez no era de excitación.

—Tonta, te bromeo.

—¡Lo sé!, es que... —se removió en la cama hasta erguirse y recostarse del respaldo. Kara nerviosa, agarró la sabana tapándose el pecho instintivamente. Enya notó su nerviosismo, se allegó hasta ella, agarrando sus manos y posando sus labios sobre los suyos, dándole confianza. Al separar sus bocas vino la confesión—. Es mi primer orgasmo, En.

—¿En serio, Kara?, ¿nunca?

Kara negó con la cabeza llevando nuevamente la almohada a su rostro.

—Quiero decir, provocado por alguien.

Enya abrió los ojos sorprendida, una hermosa sonrisa se dibujó en su rostro. Ella era la causante de esa primera vez, no podía con su felicidad.

—¡Es maravilloso! —el rostro de la rubia era un poema.

Sin embargo, Kara no esperaba esa reacción, se sorprendió de que la otra celebrará su confesión.

—¿¿Que?!

La almohada fue a parar en el rostro de Enya.

—Que es maravilloso...

—¡Enya, tengo 26 años! ¡No, es maravilloso!

—¡Me encanta! —ella comenzó a saltar en la cama con los brazos levantados. Kara reía sin poder creer que eso que le avergonzaba, era motivo de alegría para ella—. ¡Me encanta!

Enya siguió con su celebración, saltando sin parar; parecía una niña, una niña ante los ojos de Kara, muy sexy. De golpe cayó de rodillas frente a ella, Kara la recibió cruzada de brazos fingiendo molestia. La rubia estaba fatigada, su respiración entrecortada, entre los saltos de felicidad y su risa contagiosa. Según fue bajando revoluciones su rostro fue cambiando de euforia a ternura, tomó el rostro de su chica y depositó un húmedo y largo beso, el mismo que logró un suspiro prolongado en ambas.

—¿Qué te causa tanta felicidad?, ¿mi desdicha?

Aún los brazos de la chica estaban cruzados sobre su pecho.

—No lo entiendes, ¿verdad?

—No. ¡Explícame!

—Me estabas esperando. Suena a presunción, pero, no tienes idea lo que siento aquí —colocó la mano sobre su pecho, allí, donde late el corazón—. No me alegra que no lo hayas experimentado antes. No es que haya sido conmigo... aunque... uff, eso es maravilloso. Cuando te digo que es maravilloso me refiero a que... ¿cómo te puedo explicar sin sonar pretenciosa?

Kara la observaba divertida, Enya hacía mil gestos para intentar explicarse; gesticulaba con las manos, las mismas que ella agarró y llevó sobre su pecho.

—Tienes razón..., te estaba esperando. Debías ser tú, eres mi primer amor, Enya.

Kara lo vio, vio en los ojos de la mujer que amaba euforia, satisfacción, ternura, felicidad y ahora ella era la que moría de amor al observar cómo luchaba por no derramar lágrimas. Veía en sus ojos brillantes su inseguridad y estaba dispuesta a hacerla sentir la mujer más importante del universo, al menos para ella. No lo había escuchado, pero sentía en cada mirada que Enya le daba todo el amor que le profesaba.

Kara colocó sus piernas sobre los muslos de la canadiense, acercó su cuerpo a ella, sus pechos, sus sexos nuevamente unidos, comenzaron a generar calor, fuego. Un fuego que decidieron apagar durante muchas horas.

Esta vez fue Kara quien se despertó antes, estaba hambrienta. Desde que Enya llegó a media mañana, ninguna había probado bocado. Pasaron pasado toda la mañana y parte de la tarde amándose; Kara se levantó, cubrió a la

rubia que dormía boca abajo. Se sentía extraña, su cuerpo no estaba acostumbrado a tanta acción sexual y la verdad era que con Enya no se había cansado ni un segundo. En lugar de eso, verla allí, dormida tan hermosa como era, despertó nuevamente su deseo por ella... Sólo que esta vez su estómago ganaba.

Se dirigió a la pequeña cocina del apartamento, pasó por la sala, allí, en medio del sofá, estaba la camiseta que vestía antes de que Enya llegara. Se la puso, al igual que sus pantys. Sonrió al mirar el sofá y ver la ropa color negro de la chica en el suelo, recogió las prendas cuando de repente sintió golpes en la puerta.

Automáticamente peinó sus cortos cabellos con las manos y se dirigió a mirar quien era a través de la mirilla de la puerta, vio a su hermana. “*Dios, que esté sola*”, rogó.

Abrió la puerta sin quitar la cadena.

—¿Estás sola?

—No, traigo el equipo de noticias de CNN.

—¡Dime!

—Sí, estoy sola. ¿Ves a alguien más?

—Idiota, pasa.

Rebeca la miró de arriba abajo mientras se quitaba su abrigo. Kara no la saludó de beso y eso le extrañó. Ella temía que la descubriera.

—¿Estás bien? Eres rara, pero me parece que te pasa algo —se dirigió a la sala, de inmediato vio la ropa. La agarró mirándola al momento. Kara tenía las cejas alzadas y una gran sonrisa en su cara—. No te había visto esta ropa.

—¡Es de Enya, y no alces la voz!

Rebeca quedó con la boca abierta, mientras su hermana aún con su sonrisa dibujada en el rostro. Abrió sus ojos.

—¿Dónde está? —preguntó Rebeca en un murmullo.

—Duerme. Shhh —llevó un dedo a su boca.

Rebeca miró el reloj.

—¿A esta hora?

Kara se sentó en el sofá con las manos en la cara. Su hermana hizo lo mismo a su lado.

—Dios, hermana, ella es maravillosa... estoy jodida.

—¿Se acostaron?

Asintió con la cabeza, sin quitar sus manos de la cara.

—¿Estás bien? Quiero decir, ¿te gustó? ¿Lo disfrutaste?

—Fue hermoso... más que hermoso y ahora necesito que te vayas.

—¿Me estás echando por Enya? —su hermana fingía estar ofendida.

—Rebeca...

—Tranquila, te estoy bromeando —despeinó su cabellera cariñosamente.

—Bueno, quiero preparar algo para comer. A menos que desees quedarte a cenar, pero te advierto, estaremos desnudas.

—No, gracias. Sólo venía a ver cómo seguías, ya veo que muy bien. Así que me marcho.

Se puso de pie, tenía sentimientos encontrados. Kara se veía feliz, pero su miedo a que la hirieran aún estaba allí. Al llegar a la puerta, Kara se lanzó sobre su hermana abrazándola. Rebeca devolvió el abrazo lo más fuerte que pudo.

—Te veo feliz hermana, temí encontrarte destruida.

—Te amo Rebe. ¡Gracias por tanto! Si, en este momento estoy feliz.

—Solo espero que te haya pedido disculpas.

—Aún no hablamos de eso.

—Bueno, ve a bañarte. Aunque no me lo confirmaras, tu piel desprende olor a sexo.

—¡REBECA!

Capítulo 37

—¿Puedo hablar con Lena Lewis, por favor?

—Claro, pase por aquí, ya le aviso.

Los flashes de las cámaras en el estudio fotográfico L.L parpadeaban insistentemente. El estudio, localizado en Brooklyn, New York, era muy cotizado y no solo por la elegancia y amplitud para realizar trabajos para compañías de publicidad, personalidades públicas y eventos privados, si no por el talento y el renombre de Lena Lewis.

Un grupo de modelos de pasarela estaban en un shooting fotográfico liderado por la morena. La chica daba instrucciones a sus empleados, maquillistas, iluminación, ect. Una chica delgada, menuda, de anteojos de diseñador se acercó a su jefa, anunciándole que alguien deseaba verla.

Lena observó sobre el hombro de su asistente de quién se trataba. Su corazón se aceleró, le dedicó una sonrisa nerviosa al hombre que la observaba con seriedad. Él hizo lo mismo, una sonrisa fingida, cosa que no pasó desapercibida para ella, quien ante la sorpresa palideció. Notó cómo sus manos comenzaron a temblar, estaba segura de que, si aquel hombre se encontraba allí, era porque Enya le había pedido, como tantas veces, que la llevara con ella o sospechaba algo.

Le entregó la costosísima cámara a su asistente y ordenó un descanso a los modelos. Caminó con paso firme, pero con los nervios a flor de piel.

—¡Osman!, que sorpresa.

El hombre aún tenía aquella sonrisa en sus labios. Enya tenía razón, parecía un vikingo. Intimidaba.

—Señorita, buenas tardes.

La chica se quedó de pie en espera tratando de descifrar su rostro.

—Dime, ¿en qué puedo ayudarte?, ¿Enya me envió a buscar?

—No, la señorita Enya no sabe que vine. Está algo ocupada.

—Sí, ya vi lo que ronda en los medios. Imagino que está destrozada. Es muy triste, por eso creí que había pedido verme.

El hombre carraspeó sin quitar los ojos de ella.

—De eso quería hablarle. Estoy algo preocupado y me gustaría hablar con usted en privado.

Lena alzó las cejas algo nerviosa; el tono tranquilo con el que Osman

hablaba no iba acorde con su mirada.

—Claro, acompáñame —Lena se dirigió hasta un salón donde se reunía con los clientes una vez que tenía las ideas para sus trabajos. Osman se sentó en una silla en metal color blanco a juego con el escritorio. Ella se sentó frente al él cruzando las manos sobre el tope del escritorio—. Te escucho.

El hombre cruzó las piernas, se veía relajado, solo su mirada reflejaba algo que ella no podía descifrar.

—Verá, señorita, usted sabe que llevo muchos años al lado de Enya. He visto como usted y ella llevan una gran amistad, es por eso por lo que decidí venir a hablarle. Usted debe saber por lo que está pasando... ¿verdad?

—Sí, lo imagino. Pero aún no te entiendo y, antes de que sigas debes saber, porque sé que lo sabes, que mi amistad con ella en estas últimas semanas se ha enfriado un poco.

—Claro, sé que su RELACIÓN —recalcó la palabra— con la señorita Enya se ha enfriado, pero después de los acontecimientos de ayer, y de verla como la vi, pues creo que usted que tanto la quiere, debe ayudarla.

Lena respiró más aliviada, la tensión de su cuerpo fue disminuyendo a medida que Osman explicaba los motivos para estar allí. Él se percató, eso era lo que buscaba, tensarla y luego relajarla. Se rascó la barba sin quitar su mirada de ella, estudiándola.

—¿Y cómo la puedo ayudar?, ¿cómo está ella?

—Justo ahora, en este momento, está tranquila, pero no ha pasado buenos días. La situación es muy dolorosa para ella.

—Tristemente no me ha llamado. Tú sabes cuánto la quiero, siempre he estado allí para ella, lástima que las cosas hayan cambiado. Su amistad con esa chica de Xtream la ha cambiado.

—La señorita y Kara, así se llama la chica de Xtream —ella notó su cinismo, palideció y se recostó de su silla—, tuvieron un malentendido y un enfrentamiento muy fuerte.

Lena trató de no sonreír, pero él lo vio claro, un gesto de alegría.

—¿En serio?, ¿tan pronto?

—Sí, sí... obviamente solo dos personas sabían de la existencia de la madre de la señorita y, por tal razón, ella acusó a Kara. Fue muy triste, todo un drama.

El hombre hacía gestos con sus manos abiertas.

—Me imagino, tantos años guardando un secreto y que de repente salga a la

luz pública. Para Enya eso era su vida prácticamente..., hay que saber en quien se confía.

—Así es. Ese secreto yo lo sabía por mi unión con la señorita, pero ni a mí me lo había contado.

Lena no quitaba los ojos del hombre; de repente, Osman se acercó a ella como para decir un secreto, colocó sus codos en el escritorio.

—Le diré algo, Lena. Yo no creo que la señorita Kara tenga que ver en esta revelación a la prensa que, dicho sea de paso, ha sido una traición terrible e imperdonable.

—¿No? Y si no fue ella, es quien último se enteró. Entiendo que usted tampoco fue... entonces... ¿usted cree que fui yo?

Lena actuó ofendida. El hombre se alejó nuevamente cruzando las piernas, relajado, aunque por dentro sentía muchos deseos de agarrarla por los pelos y llevarla frente a su niña para que se confesara. Nunca sintió mayor aprecio por la fotografía y supo, en cuanto vio aparecer a Kara frente a él pidiéndole que le dejara ver a Enya, que ella no tenía nada que ver con la filtración de la información. Luego, cuando Enya lloró sobre su pecho al ver a la pelinegra marcharse supo que debía hacer algo. Ató cabos. Esperó a que Enya le avisara por medio de un texto que se encontraba bien en compañía de Kara, que las cosas se arreglaban, para ir al encuentro de quien estaba seguro había tramado toda esa maraña para dañar a Enya, y de paso, llevarse a Kara incluida.

—No, señorita. Yo sería incapaz de acusarla de algo tan vil y menos a usted que siempre demostró cariño a Enya. Simplemente vengo ante usted a que me ayude a averiguar quién lo hizo.

—¿Cómo podría yo ayudarte, Osman? Conozco la existencia de Brenda hace muchos años, tú lo sabías y en cuanto Kara se entera, ¡zaz!, se filtra. Está más que claro.

—La entiendo, pero dígame, ¿qué ganaba la señorita Kara con eso? Ella también es una figura pública.

Esta vez Lena estaba desarmada. Se puso de pie, caminó hasta una pequeña barra y se sirvió un vaso de agua; ofreció uno al hombre que rechazó amablemente. Al dar la espalda, fue Osman quien sonrió de medio lado, volviendo a ponerse serio en cuanto ella regresó al escritorio visiblemente nerviosa.

—De verdad no tengo idea. ¿Un paparazzi?, tal vez la siguió.

—Es posible, solo que siempre he estado tras los pasos de la niña. Nunca

noté nada extraño.

—Te repito, no tengo idea de cómo ayudarte.

—Lo que me preocupa —esta vez fue él quien se puso de pie—, es que la persona que tuvo la desfachatez de llamar a los medios e informar, con puntos y comas, dónde y cómo estaba la madre de Enya; informar el estado en el que se hallaba, no pensó que hay algo llamado Karma. Así como hizo daño y vaya usted a saber los motivos, otra persona puede hacer lo mismo e informar sobre su doble vida..., su vida oculta. Amores en secreto. Es así como funciona esto —se paró frente al escritorio apoyando las manos en el borde—, usted lo hace, usted lo paga. Sencillo.

Los vellos en la piel de Lena se erizaron, el corazón comenzó a bombear con más fuerza, se puso de pie en un acto de ira, sus ojos así lo reflejaban.

—¿Estás amenazándome?

—¡Jamás, señorita! No tengo pruebas —Osman continuaba hablando pausada y tranquilamente, acción que tenía a Lena más que molesta, al igual que el encontrarse acorralada—. Solo le comento lo que pienso, he llegado a esa conclusión. Imagine usted que la prensa tenga conocimiento de que la gran Lena estuvo involucrada sentimentalmente con otra mujer. O sencillo..., que engañó a su novio, quien también es una figura pública. Sería desastroso..., ¿no cree? Claro, usted me asegura que no tiene nada que ver, no debe preocuparse, solo le doy un ejemplo. Algo así sintió mi niña, y su amiga Kara pagó los platos rotos. O sea, fueron dos las perjudicadas, sin mencionar a la señora Brenda.

Hubo un largo silencio entre los dos. Lena sabía que estaba descubierta, ya no servía fingir. Cuando ella fue a entregar las llaves a Enya y notó la frialdad con la que la atendió, comenzó a pensar en vengarse. Luego, al saber que le había confesado su secreto a Kara, sintió la sangre hervir. Ella en serio quería a Enya, cuando se enredaron sentimentalmente creyó que podría mantener las dos relaciones, una sexual con Enya, que era una amante extraordinaria y otra a la par con Saúl para cubrir rumores. En ninguna circunstancia iba a declararse bisexual. Conocía a la cantante, sabía que ella se sentía sola, que estaba abierta a cualquier persona que le mostrara afecto. En principio sintió que se enamoraba de Enya y creyó que con solo tener sexo y algún momento en intimidad, como “parejas”, la rubia estaría conforme. No lo planeó, simplemente pasó.

Lo que sí planeó, paso a paso, fue un encuentro, deseaba estar con ella.

Darle un buen sexo para que Enya no pudiese dejarla. Se vistió sexy, acompañó aquella falda corta amarilla con una blusa negra que dejaba ver su ropa interior, sabía que a Enya le enloquecía esa ropa, la había visto mirarla insistentemente en una ocasión que la acompañó a un evento. La excusa perfecta era devolver las llaves, así que se dirigió hasta el apartamento de la cantante. Mientras subía el ascensor planeaba cómo seducirla; tocaría la puerta, Enya abriría y al verla no podría resistirse. No contaba con que la chica llegaba detrás de ella y no la invitaría a entrar. La despidió cortésmente, allí, frente a la puerta y causó en ella más que ira, deseos de vengarse. De ella y de Kara. Todo se derrumbó gracias a la aparición de la “mosquita muerta”. A Lena Lewis nadie la rechazaba.

Esa misma tarde llamó a un amigo personal que se dedicaba al cotilleo, le dio la exclusiva y él se encargó de regarlo. A fin de cuentas, Enya no había valorado los años de amistad, ¡a la mierda!, no tenía nada que perder. Sabía que Enya de quien primero dudaría sería de Kara, iría tras ella a reclamarle y de paso, volvería a su lado a llorar sus penas. La cosa no salió como esperaba y ahora éste hombre estaba frente a ella amenazándola sutilmente. ¿Pero qué pretendía él que hiciera?

Así se lo expresó al hombre, ya cabizbaja.

—Creo que la forma que mejor se arregla parte del daño es confesándose. La persona en cuestión puede pedir disculpas, limpiar el nombre de Kara al menos; que jamás haya un ápice de duda en ella. No es muy difícil, es algo humillante, pero viendo el daño causado sería una manera de “purificarse”.

El hombre extendió su mano, ella no la tomó. Él se despidió deseando un buen día. Lena se sentó de golpe en la silla. Estaba perdida, pero no quedaba más remedio. Se humillaría; eso, ¡o el desprestigio público!

Capítulo 38

—¿Piensas seguir durmiendo toda la tarde?

Enya abrió los ojos iluminando con su mirada a la pelinegra que se sostenía en brazos y rodillas sobre ella. Se desperezó mientras recibía cantidad de besos en su rostro.

—Mmm, ¿puedo quedarme un rato más? —Enya la abrazó arrastrándola hasta ponerla sobre ella.

—No es de mañana, amor. Son las tres de la tarde, creo que debemos comer algo, ven —intentaba levantarse, a lo que la chica se negaba poniéndose pesada sobre el colchón, agarrándola con brazos y piernas—. En, ya el almuerzo está servido, tengo hambre y me puedo comer un búfalo.

—Cómeme a mí.

Kara se detuvo en su lucha por hacer que la otra se pusiera de pie. Mordió sus labios y acercó su boca a ella.

—Eso lo haré en un rato...

Enya volvió a acostarse en la cama de golpe.

—Auchhhhh —gritó solo anhelando que llegara la tarde.

Kara sonrió, logró ponerse de pie y extendió su mano para que la otra la agarrara.

—Ven, levántate perezosa.

—¿Perezosa?, ¡acabaste conmigo!

—¿Yo? Enya Beatrice, no me hagas hablar.

Enya se puso de pie cubriendo su cuerpo con la sábana.

—Antes de almorzar, ¿puedo usar el baño? Quisiera ducharme.

—¿Rápido?

La rubia empezaba a conocer a su chica, estaba hambrienta y desesperada.

—Si..., lo prometo —unió las manos en un ruego—. Por favor, ya veo y huelo que tú lo hiciste —se acercó y puso sus manos en las caderas de Kara, acto seguido la besó profundamente.

—Rápido.

Dio la vuelta y se retiró hasta la cocina; Enya levantó la cabeza al techo, cerró los ojos y tapó su boca con las manos evitando que se escuchara el grito de emoción que quería soltar. Estaba en una nube, Kara era maravillosa y quería disfrutarla. Se juró que no se iba a arrepentir de una relación con ella.

En menos de quince minutos la chica estaba en la sala, vestía una camiseta que Kara reconoció como suya y un diminuto short. Hizo su entrada a la sala como si estuviera presentándose, con brazos extendidos. La pelinegra comenzó a reír, ya con un pedazo de lechuga en la boca.

La chica se acercó al comedor, la besó largamente y se sentó a su lado.

—En, recuerda que debo preguntarte algo después de almorzar.

—Puede ser ahora.

—¡No! Ahora a comer, hace hambre.

Enya se disponía a tomar un poco de arroz cuando escuchó la frase, se detuvo y la miró con el ceño fruncido.

—¿Hace?

—Sip, hace hambre —ya Kara se había servido arroz, pollo en salsa verde y algo de ensalada. Ella sabía que la frase chocaba, pero a le gustaba.

—¡Estás loca! Esto se ve rico, ¿lo hiciste todo tú?

—Sí. Rebeca vino, pero... —nuevamente se detuvo ante la información. Kara la observó de reojo con media sonrisa en su rostro—. No quiso quedarse a almorzar. Sabía que debía ayudar y, además, le dije que estaríamos desnudas.

—¡Kara!, que le dijiste, ¿qué?

Kara no podía con la cara de asombro de Enya.

—Lo que escuchaste, pensé que almorzaríamos desnudas.

Enya comenzó a negar con la cabeza a la vez que reía. Esta mujer era increíble.

—¿Le contaste de nosotras?

—Lo hice —llevó un bocado a su boca. Hablaba con mucha naturalidad.

—¿Qué opina?

—Está tranquila. Vino porque quería saber cómo estaba, pero veo en su mirada que quiere matarte.

Enya no levantó la cabeza.

—La entiendo, yo también lo haría.

La pelinegra puso su mano en el antebrazo de la rubia.

—Sabes que estoy bromeando.

—Sí, pero debemos hablar de eso.

—No es necesario, amor.

—*Mia Cara*, es necesario —cubrió su mano con la de ella—. No lo haremos ahora, pero luego. Está pendiente, ¿de acuerdo?

—*Come vuoi, amore**.

El almuerzo pasó entre conversaciones triviales, hablaron sobre su niñez, experiencias dentro del escenario y amores pasados. A Kara le fue sencillo hacer su lista, pero Enya tenía mucha historia; claro, solo le conto las relaciones que sintió relevantes. Ya habían pasado a la sala, estaban sentadas una frente a la otra, Enya con los pies encima de los dedos de Kara. Ambas se escuchaban atentas, pero ambas sabían que había varios temas que contar. Solo que este día no sería.

—En, miré mi celular. Andan buscándote.

—¿Elvira?

—Y Jeff. Me llamó Liz, no le dije que estabas aquí.

—Ya la llamaré.

—Quiero que te quedes conmigo un rato más, pero creo que debes ir con Elvira.

—¿Vienes conmigo?

—No creo que sea conveniente.

—No sospechará nada, ella sabe que eres mi amiga.

Escuchar aquello incomodó un poco a la cantante. Tomó un trago de su copa y bajó la mirada, esperó a que el líquido bajara por su garganta para decir lo que tenía atravesado desde hacía mucho.

—¿Igual que Lena? —Enya se sorprendió con la pregunta, fue ella quien tomó un trago esta vez. Kara no quitaba los ojos de ella, esperando una respuesta—. ¿Amigas como tú y Lena?, ¿qué tienes con ella, Enya?

—Kara, ¿podemos hablar eso luego? Me incomoda hablar de Lena justo en este momento —la rubia se levantó del sofá—. Voy por vino, ¿quieres un poco más?

Kara movió su cabeza en negativa. Enya fue hasta la cocina, sacó la botella de vino del refrigerador, rellenoó su copa, se sentó en un alto taburete en la barra del centro dando la espalda a la pelinegra.

Kara no quería parecer celosa y mucho menos una mujer impulsiva, pero desde hacía mucho deseaba confirmar o descartar que aquella morena y la rubia tenían algo. Por otro lado, se había entregado en cuerpo y alma a Enya, ella si estaba enamorada. Disfrutaba estar con la chica, hablar de todo. La verdad era que no deseaba que de buenas a primera llegara la fotografía a dañar todo.

La pelinegra la siguió, se sentó frente a ella en la barra, puso su manos

sobre la de la chica, buscando su mirada. Enya miraba fijamente la copa frente a ella.

—Bien..., está bien. Discúlpame solo que... sé que pasa algo con ella y no quiero sorpresas, Enya. Sé que no tenemos nada, pero...

—¿Que... no tenemos nada, Kara?

El rostro de Enya se transformó; esto era lo que le faltaba, que en la cama dijera que la amaba y ahora que no tenían nada. Colocó las manos sobre la mesa en espera de una respuesta. Kara se arrepintió al momento, no sabía qué tenían, pero no que fuera importante para ella. La pelinegra rodeó la barra que las separaba, se acercó a Enya por la espalda y la abrazó besándole el cuello. Ella estaba inmóvil, esperaba una respuesta, aquella frase la había sacudido.

Kara le dio vuelta al taburete llevando a la chica frente a ella. Acarició su rostro, llevó los labios hasta su frente y luego la besó.

—¿Dime tú qué tenemos, En? Yo recuerdo muy bien lo que te dije luego de hacer el amor. Ahora dime tú qué es lo que hay entre nosotras.

Enya bajó la cabeza apoyándose del pecho de la otra, sus manos en las caderas de Kara subían y bajaban por los costados, por debajo de la camiseta. Kara sentía sus manos acariciándole la piel. De repente, levantó la cabeza para encontrarse cara a cara con la pelinegra.

—Yo quiero todo contigo, Kara.

La chica fue lo más sincera que pudo. Era su realidad y, aunque había luchado contra ello, el enfrentarse a un cuestionamiento como aquel, no le dejaba de otra que sincerarse. Kara sintió debilidad en las piernas, pareció que no la sostendrían en pie. Los hombros de la rubia fueron su apoyo para no caerse. La besó como si en ello se le fuera la vida. Estuvieron un rato abrazadas, besando sus cabellos, sus rostros, sus labios. La pelinegra se separó, la miró a los ojos.

—Tengamos algo hermoso entonces. Yo también quiero todo contigo, Enya. Todo...

* Mia Cara-Querida

* Come vuoi, amore* Como quieras, amor.

Capítulo 39

—¿Por qué nunca me contaste nada Enya? Sabes que puedes confiar en mí, me parece increíble que hayas ocultado esto.

Elvira Lance lucía demacrada, no había podido conciliar el sueño pensando en cómo arreglar el asunto de Enya. Estaba pasando por una crisis publicitaria con su “apoderada”; no era la primera vez que la prensa atacaba a la cantante, pero sí era la ocasión más fuerte.

Enya solo escuchaba, atenta. No había olvidado lo que pasaba con su imagen y la situación en los medios, pero sí lo puso en pausa durante las horas en que estuvo al lado de Kara. Lo que sí olvidó por completo fue llamar a su manejadora y amiga. Estaba tan contrariada con la situación de Kara, que pasó la noche marcándole al celular, buscando hablarle sin éxito.

Fue Osman quien le aseguró que la cantante se encontraba en su apartamento, él la acercaría hasta allí; lo hizo y solo por la insistencia de quien ahora era su amor, fue que decidió ir a reunirse con Elvira, quien, dicho sea de paso, pasaba por un momento agríndice. Por un lado, rabiaba al enterarse de lo que ocultó Enya por los medios; y, por otro lado, estaba angustiada por cómo se sentiría.

Cuando la vio aparecer frente a la puerta de su apartamento la estrechó entre sus brazos, dándole todo el apoyo que sabía necesitaba, pero luego la escucharía.

—Dime, Enya, ¿por qué no comentaste nada? Podíamos arreglarlo.

—Perdóname Elvira, la verdad... me acostumbre a permanecer callada ante esta situación. Eres quien me descubrió, eres mi manejadora, yo...

—¿Creíste que si rompíamos nuestra relación profesional yo te descubriría?

Enya recostó la cabeza en el respaldo del sofá llevando sus manos a la cara, Elvira no estaba lejos de la verdad. Eran muchas las historias de terror que sucedían en los medios, en un principio lo ocultó solo pensando en eso, pero, luego se hizo costumbre.

—Discúlpame.

—Estuve en tu apartamento en la mañana, no te encontré. No fui anoche dándote espacio, pero...

—Estaba con Kara —interrumpió a su manejadora.

Al escucharla, Elvira movió las manos complacida.

—Me parece bien, no hay asociación con ella, así que no te molestarían allí. Bien hecho.

—Estoy con ella, Elvira —repitió y se incorporó para ver la reacción de la mujer.

—¿Te quedarás con ella mientras pasa esto?, ¿eso quieres decir? ¿No crees que se afectará...?

—Estoy en una relación romántica con Kara —nuevamente la interrumpió. Esta vez la mujer se quedó inmóvil—. Es lo que debes saber ahora. Tengo su apoyo, tengo su amistad y ahora su amor.

—Enya, no creo que sea conveniente en este momento...

Enya se levantó del sofá y caminó hasta el cristal del frente del lujoso apartamento de su jefa, miraba a la ciudad tratando de relajarse para lo que iba a decir, llevarle la contraria a Elvira.

—Elvira, no vamos a ocultar nuestra relación —fue tajante y segura al decirlo.

Elvira se quedó sentada con las manos sosteniendo la cabeza, un suspiro cargado de ansiedad salió de sus pulmones.

Enya lo hizo. Había pensado todo el camino al apartamento de Elvira cómo abordarla y confesarle eso. Era importante que supiera, sobre todo, que ella y Kara no se ocultarían.

—¿Cuánto tiempo llevan de relación?

La pregunta tomó por sorpresa a Enya quien se apresuró a contestar.

—Bueno, horas... horas de confirmar que ambas estábamos enamoradas, pero llevo algunas semanas hecha un lío por ella —trató de sonar convincente.

—¿Horas? —Elvira observaba cómo Enya caminaba alrededor del sofá. Se detenía solo cuando se dirigía a ella—. ¿No crees que sea muy pronto para catalogarlo como “relación”? Te estás apresurando, sabes que no es tu primer error.

—No es un error Elvira, estoy segura —exclamó, a lo que la mujer solo colocó sus manos entre las rodillas y suspiró.

—Enya, ven, siéntate.

Lo hizo; la mujer utilizó un tono conciliador, en ninguna circunstancia la atacaría, solo deseaba lo mejor para ella. El que estuviera con una mujer no era un problema, tampoco era la primera vez que la cantante se involucraba con una. Lo que le preocupaba era lo que se les vendría encima si resultaba un

capricho; su chica era bastante inestable románticamente y había una gira de por medio. Si rompían, sería un desastre para ambas, para el grupo y sobre todo, para la gira.

—No tengo nada en contra de que estés con Kara, solo te pido mantenerlo en secreto por un tiempo —Enya la miraba con el entrecejo fruncido—. Ahora mismo debemos hacer una conferencia, una carta, alguna reacción para mantener las aguas tranquilas. Si añadimos lo de tu relación lésbica, será un escándalo mayor.

Enya subió las piernas al mueble quedando así de frente a la mujer, sonreía cínicamente. Era la primera vez que sentía algo real en su vida y no lo iba a ocultar.

—Primero, no es simplemente una relación lésbica, Elvira. Es una relación, yo estoy enamorada, escúchalo bien..., ENAMORADA de Kara. Segundo, ¿no crees que debemos aprovechar este “escándalo” para anunciar mi relación, aprovechar el “chisme” y de paso, promocionar la gira de conciertos?

Elvira sonrió, conocía a la cantante. Esta vez no la iba a hacer cambiar de opinión.

—Está bien, solo espero que nadie salga lastimado.

Enya también sonrió complacida, sabía cómo darle lo que ella quería y a la vez salirse con la suya.

—Llamaré a Esteban —el publicista de Enya—. Él sabrá cómo abordar la noticia, acallaremos la situación de tu madre con una cortina de humo.

Una hora más tarde...

El publicista se apersonó en cuanto pudo hasta el apartamento, lo habían puesto al tanto de todo. Enya no quiso detallar la situación de Brenda y él lo entendió, de paso le informaron sobre su relación con Kara, lo que vio con positivismo. Mentalmente hizo la historia que contarían a los medios, Enya Robinson apoyaba totalmente a su madre, la amaba sobre todas las cosas y por ello no tenía ningún rencor hacia ella. Brenda estaba enferma y su hija se había encargado de su recuperación. Segundo tema: La cantante estaba enamorada y, tercera bomba, que era de una mujer. Así, el último tema opacaría los anteriores. Dejarían a la madre tranquila, Enya y Kara estarían libres y como

adelantó la cantante, les serviría como gancho publicitario para la gira de Xtream y Enya.

—Esteban, quiero que se trate el tema de mi madre con todo el respeto y la mayor delicadeza posible.

—Bien Enya, haremos lo siguiente. Vamos a hacer una conferencia de cinco o diez minutos, Kara te acompañará.

—¿Kara? No puedo meterla en esto. ¿Cuándo has visto a Kara en un lío publicitario?

—Siempre hay una primera vez, habla con ella.

—Yo... no creo...

—Será el tema del momento, tu madre pasará al olvido. ¿No es eso lo que quieres?

La chica dudaba, ella sentía que esta era una relación seria, aunque recién comenzaba. Quería que fuera perfecta, que nada opacara su creciente felicidad y estabilidad. Kara nunca había estado en boca de los medios a no ser por su talento y el éxito de su carrera. No llevaban ni un día de relación y ya querían que entrara en un juego publicitario y lo peor, de la mano de ella.

Ambos, Elvira y Estaban, observaban el nerviosismo de la cantante quien caminaba de esquina a esquina de la sala, se detenía frente al enorme cristal, miraba la ciudad, se rascaba la cabeza. Siempre se había dejado llevar por lo que ambos decidían en cuanto a publicidad, pero esta vez la sentían bastante decidida. Elvira se acercó poniéndole una mano en el hombro. No le gustaba verla así, la prefería explosiva y sin pelos en la lengua.

—Habla con ella, sal de la duda. Si está de acuerdo, perfecto; si no, dejamos la interrogante en el aire, ¿te parece?

Al otro lado de la ciudad...

En el apartamento de Liz se suscitaba una situación similar con la cantante de Xtream.

—¿Que tienes qué con Enya? Pero..., ¿desde cuándo?

Kara fue acompañada de su hermana a enfrentarse a Liz. Ella y Enya habían pactado hablar con sus respectivas manejadoras sobre el tema. Estaban tan eufóricas con su relación que no deseaban ocultarse de nadie, no andarían pregonándolo, pero tampoco ocultándose. Obviamente sus manejadoras se

percatarían, estaban trabajando juntas, comenzaban y, al menos, Kara aseguraba que amaba a la otra cantante.

La noticia había desencajado a Liz, la chica explicó que no llevaba mucho tiempo de relación, no entró en detalles de cuán poco tiempo, simplemente habló de cómo se sentía al lado de Enya y que deseaba mantener una relación en libertad con ella. Liz de inmediato pensó en las consecuencias catastróficas para la gira de romperse esa “relación”, ella entendía que era apresurado darlo a conocer. Si Kara se empeñaba en creer que su amor era una mujer, perfecto, ¿pero darlo a conocer? No, no estaba de acuerdo.

Rebeca permanecía en silencio al lado de su hermana. El timbre del celular de Kara sacó a todos de concentración. La chica cambió su semblante al ver quien llamaba. En una mesa de comedor dos mujeres fueron testigos de la cara de idiota enamorada que había puesto.

No había duda, quien llamaba era Enya.

Capítulo 40

—¿Es cierto que una de las integrantes de Xtream es su más reciente conquista?

La rueda de prensa fue citada para la mañana siguiente a la reunión del equipo de trabajo de Enya. La cantante se había presentado vistiendo un pantalón ajustado a sus caderas, de color negro con líneas blancas y rojas a los costados, una blusa de mangas largas y cuello alto a rayas que la cubría solo hasta el ombligo. Se había hecho un moño alto, complementaba sus accesorios con unas gafas de cristal claro. Estaba sumamente nerviosa, el equipo de publicidad que trabajaba para ella le había advertido sobre ciertas preguntas que no serían contestadas, pero sabía por experiencia que, una vez entre el fervor de la rueda de prensa, algunos no se detenían, preguntaban lo que les viniera en gana.

Esa pregunta era una de las que se suponía eran prohibidas, pero lo hicieron realmente con la intención de que lo preguntaran para desviar la atención sobre la madre de Enya. Era el gancho en toda la situación.

Kara no asistió a la rueda de prensa, Liz no estaba de acuerdo y Rebeca tampoco. No querían involucrarse en el escándalo. Enya lo aceptó de buena manera, puesto que tampoco ella quería que aturdieran a su chica con mil preguntas; sin embargo, Kara le dijo que si salía su nombre, no lo negara. En ese momento, esa era una de las preguntas finales, si estaba enamorada de una integrante de Xtream. ¿Qué decir?

—Enya, ¿puede contestar la pregunta?

—Disculpe, ¿podrá repetirla? —ella recordaba las primeras ruedas de prensa que tuvo que enfrentar, de eso habían pasado ya muchos años y ahora, esta situación la hacía comportarse como en aquel momento—. Sí, estoy muy enamorada de una chica. Me reservaré el nombre —en milésimas de segundo optó por esa respuesta, no lo negaba, pero tampoco revelaría el nombre ni confirmaría que se trataba de Xtream.

—¿Esta vez es como las anteriores? ¿Debut y despedida, por eso no revelará el nombre?

Esa pregunta le hizo hervir la sangre, se levantó de la silla que ocupaba al lado de Esteban y Elvira a enfrentar al periodista.

—Caballero, ¿su nombre?

—Joaquín Revelos, de la revista Kirk —respondió el reportero un poco intimidado por su reacción.

—Revelos, usted no tiene ni la más lejana idea de las situaciones que he atravesado durante los últimos semanas. Usted no tiene idea de las razones por las cuales he terminado de una u otra manera mis relaciones. Esta relación que recién comienzo es muy importante en mi vida —se dirigió esta vez hacia los demás medios—. Siempre los he tratado con respeto, pero igualmente lo exijo. Ciertamente su pregunta falta al mismo, no tengo por qué darles explicaciones de mi vida personal a ustedes, lo hago por el público que me sigue. Estas serán las únicas declaraciones que haré con relación a mi madre y mi relación sentimental. Sí, estoy enamorada, como nunca lo he estado. Escribanlo y grábenlo muy bien.

En la ciudad se encontraba Kara con los dedos en la boca observando la rueda de prensa. Rebeca se acariciaba el cuello mientras caminaba detrás del sofá en el apartamento de su hermana.

—Creo que reaccionó muy bien. No lo negó, pero tampoco te involucró.

—Para lo que me importa, Rebeca. Mírala, esa ropa le queda como anillo al dedo.

—Por favor Kara Ivelisse, pareces una quinceañera enamorada.

—Enamorada estoy. Voy al apartamento de Enya —se puso de pie al apagar el televisor frente a ella—. Quiero verla, debe tener los nervios de punta.

—Te acompaño.

—Negativo, voy solitaaaaa...

Una vez se acercaron a la puerta para salir, Kara a donde Enya y Rebeca a su apartamento, el celular de la última timbró. Al mirar quien llamaba levantó el rostro hacia su hermana evidentemente sorprendida, esta la cuestionó alzando las cejas.

—Es mamá.

—¿Mamá? —Kara colocó el bolso en la mesita a la salida del apartamento y esperó a que su hermana contestara—. Debió ver a Enya.

Rebeca le hizo un gesto con la mano para que esperara.

—Hola madre —saludó Rebeca.

—...

—Sí, estamos bien. Estoy con Kara, ¿dónde estás tú?

—...

— ¿Puedes viajar hasta New York?

—...

Rebeca caminó hasta la sala, fue quitándose el abrigo que anteriormente se había puesto para salir; Kara imitó a su hermana. La idea original de ir a casa de Enya se esfumó en ese instante, Kara le dejó mensaje para verla más tarde. No la llamó puesto que supuso que aún se encontraba en el canal donde se llevaba a cabo la rueda de prensa. La canadiense le preguntó si todo estaba bien, a lo que Kara le contestó que era una cuestión familiar que le contaría luego.

Las hermanas, decidieron convertir aquella llamada en una de vídeo. Mientras la madre de las chicas se conectaba, Kara comentó a su hermana que aún no le decía nada a su madre sobre su relación con Enya. Éste sería el momento.

—¡Mamá, hola!

Una guapísima mujer sonreía al ver a sus hijas a través de la pantalla.

—Hola nuevamente chicas, ¿cómo están?, ¿qué hacen?

—Acá, platicando sobre algo que debemos decirte. De hecho, es Kara quien debe hablarte, pero antes, ¿cómo estás?

Las chicas vieron como su madre se acomodaba en un sofá, muy derecha, en espera de lo que le dirían.

—¡A ver!, díganme. Imagino que es algo bueno, si están tan juntitas.

Ambas se miraron alzando las cejas, la mujer se percató de la complicidad de sus hijas.

—Bueno mamá... —comenzó Rebeca—, tal vez la noticia no te agrade mucho. Tal vez te sorprenda un poco, pero debes tomarlo con inteligencia. ¿de acuerdo?

Kara, al lado de su hermana, temblaba como una hoja; su madre se fijó en ello.

—¡Ya!, se lo pondré fácil.

—¿A ver?

Las hermanas se acercaron a la pantalla como si estuvieran secreteándose con la mujer.

—Mi niña al fin está enamorada —los ojos de ambas se abrieron más de lo usual—. De una chica.

Esta vez la boca y sus ojos estaban de la misma forma. Su madre no preguntaba, lo confirmaba y eso las dejó de una pieza.

—¡Mama! —Kara no salía de su asombro.

—Hija, soy tu madre. ¿Es eso?

Ambas asintieron, Rebeca puso su brazo sobre los hombros de su hermana. La mujer siempre los sospechó, no era usual que una estrella como su hija, hermosa, inteligente, no encontrara el amor en ningún hombre, no era usual con la cantidad de gente que conocía. Solo esperaba que ella misma supiera definirse; estaba contenta. Sabía que era un peso en sus hombros.

Ambas le contaron quien era la persona, como se habían dado las cosas. La madre estaba muy contenta, la felicidad de su hija por encima de todo. Kara suspiro aliviada.

Enya quería con todas sus ganas ver a Kara, desde la tarde anterior no se habían reunido. Llevaba una amena conversación con su guardaespaldas en el auto, ella estaba deseosa de comer una hamburguesa. Él se detuvo y bajó a comprarla para complacerla. Mientras, ella permanecía en el auto texteadando con Kara, quien solo le confirmaba que estaba bien, que quería verla y que se había presentado la oportunidad de decirle a su madre sobre ellas.

—¿Cómo lo tomo? —le preguntó.

—*Mejor de lo que supuse, mi madre es un sol.*

—¿Me odia?

—*¿Odiarte?, mi madre al fin me ve enamorada*

Enya sonrió.

—¿Estás contenta?

—*Lo estoy, ¿se nota tanto?*

—Mucho, espero siempre estar así.

Enya nunca imaginó que pronto vería personalmente cuán molesta podría estar Kara.

La cantante solicitó a su amigo Osman se detuviera en algún lugar para devorar su hamburguesa, pidió que él se comprara también una para que la acompañara, lo que hizo sin mayor problema. El hombre se detuvo en el Central Park, se volteó a entregar la hamburguesa con queso y tocino a la chica, papitas fritas y una botella de agua. Para él, una doble con dos porciones de papas. Enya siempre que deseaba comer alguna comida chatarra recurría a quién único la complacía sin cuestionamientos. Osman permaneció en el asiento del conductor y ella, atrás. Se hablaban mirándose por el retrovisor. Unos cristales oscuros daban la privacidad que una estrella

necesitaba.

—¿Que te pareció la rueda de prensa? ¿Salí airosa de la pregunta sobre Kara? Dime tú que viste desde afuera.

—Señorita, me pareció adecuado cómo se manejó la cosa, pero usted sabe que no desistirán en su empeño en averiguar cuál de las dos es la afortunada.

Enya sonrío.

—¿Crees que Kara es afortunada?

—Sí, es muy afortunada. Usted es una buena persona, ella también.

Ambos continuaron almorzando entre comentarios, pero Osman quería saber si su visita a la fotógrafa había dado resultados.

—¿Señorita? —Osman la miró a través del retrovisor.

—¿Sí?

—Hace tiempo no veo a la señorita Lena con usted.

Enya levantó la cara, un halo de tristeza la invadió. Extrañaba a la amiga, pero lo mejor era mantenerla alejada, había cambiado mucho y esta Lena no le agradaba tanto.

—Hace días no la veo, pero es mejor así. ¿Por qué preguntas?

—Creí que se había comunicado con usted ante la situación con su madre.

—No, no lo hizo, no sé nada de ella.

Osman logró ser convincente. Volvió la mirada al frente y encendió el auto, ya iban de regreso al apartamento.

Capítulo 41

—¿Me extrañaste?

—¡Como una loca!

En la puerta del apartamento de Kara se encontraba Enya, decidió que Osman la llevara directo a verla. Los ojos de las dos se iluminaron de igual modo, ambas se fundieron en un fuerte abrazo. Kara besó a su rubia como si no se hubiesen visto el día anterior.

—¿Cómo estás?

Kara reparaba en ella como si necesitara confirmar que no le faltaba una parte. Se colgó a su cuello, la rubia la abrazaba por la cintura, hablaban con sus rostros muy unidos, repartiendo besos entre línea y línea.

—Extrañándote. Además de eso, bien. Me quité un peso de encima.

—Me encantó que pusieras en su sitio al de Kirk, ese reportero es muy pesado.

—Hubiese preferido saltar por la mesa y pegarle un bofetón..., pero...

—¿A quién van a abofetear?

Ambas se sobresaltaron. Kara olvidó por completo la presencia de su hermana en la sala; la chica se acercó hasta ellas encontrándose con la escena de las apicultoras en plena recolección de miel. Kara se volvió de espaldas a Enya sin soltar sus brazos que la envolvían aún por la cintura, ella sostuvo en su abdomen las manos de la chica. La otra colocó la cabeza en el hombro de Kara.

—Hola Rebeca.

—Hola Enya —la chica devolvió el saludo cordialmente.

Rebeca mantuvo su mirada en ella. Se veían muy guapas y enamoradas, aún no estaba del todo convencida de esa relación, la fama de Enya la seguía y su hermana era intocable. El silencio era incómodo, así que Rebeca optó por despedirse. No sin antes lanzar una advertencia a su “cuñada”.

—Enya, quisiera en algún momento que habláramos, ¿de acuerdo?

—Claro Rebe, cuando quieras.

—Bien, te llamaré —sonrió complacida. Se acercó a su hermana que estaba pálida ante la petición a Enya. Kara la acompañó hasta el pasillo, la abrazó y le habló al oído—. Tranquila, es solo marcando terreno —la separó de su cuerpo sin soltar sus manos—. Ya me voy, por favor descansa. Recuerda

que mañana es el gran día, cambio de imagen y vestuario. Te quiero.

—No lo olvidaré, también te quiero.

Al regresar al apartamento, Enya la esperaba de pie con el rostro asombrado. El gesto en su cara hizo que Kara se riera. La rubia se cubrió la cara, sus ojos se asomaban entre sus dedos.

—Ella va a matarme, ¿verdad?

La pelinegra no podía dejar de reír, se acercó a su amor quitándole las manos del rostro.

—Ya, no pasa nada. Ella es inofensiva.

—¡Dios!, ¿en qué me metí?

Kara la abrazó metiendo su cara al cuello.

—Pórtate bien y no te pasará nada. Ahora solo bésame.

—Buena idea.

Se envolvieron en un beso apasionado, lleno de necesidad. Enya puso su mano en la nuca de la pelinegra aprisionándola con su boca, los ojos de ambas cerrados, disfrutando el sabor y la humedad que solo se consiguen en un beso de la persona que se ama. Las sensaciones que recorrían el cuerpo de ambas las llevó hasta las nubes y más allá.

—Te he pensado todo el día.

Se separaron solo un minuto para respirar, sus manos acariciaban el rostro de la otra. El corazón de la rubia estaba desbocado, ¿qué rayos era aquello que sentía por esa mujer? Se miraba en sus ojos, la abrazaba a su pecho, era tan fuerte, no podía ser otra cosa que amor. Su necesidad de verla la había desesperado al punto de que no pudo esperar. Deseaba olerla, verla... amarla. Y allí estaba, frente a Kara, la mujer que había derrumbado todos sus miedos y le ofreció con cada beso el mayor de los regalos. Ella misma.

Aquel beso apasionado las llevó hasta el sofá, sus ropas quedaron en el respaldo del mueble. Se amaron con toda la ternura que pudieron, las manos recorrieron cada centímetro del cuerpo de la otra con calma. Cada caricia las estremecía, las llevó de un punto a otro de total entrega hasta culminar con el mayor de los gemidos, al unísono.

Kara yacía en el pecho de Enya, la rubia tenía ambos brazos alrededor de su cuerpo, ya no soportaba mantener aquello que luchaba por salir de su boca. Mordía una y otra vez los labios mientras sentía la respiración de Kara acompañarse con la de ella. La estrechó más fuerte a su cuerpo, besó su cabeza.

—Te amo —por fin lo dijo, y jamás se sintió tan libre.

La pelinegra se quedó inmóvil al escucharla, levantó la cabeza del pecho que la acogía, miró a aquella mujer cuyos ojos la iluminaban y hacían que cada partícula de su cuerpo se perdiera en ellos. Acarició sus labios con los dedos, una sonrisa tímida apareció en su rostro. Ya no había duda estaban hechas la una para la otra.

—Yo también te amo Enya. Te amo mucho —la besó tiernamente.

—¿Sabes?, nunca había dicho esas dos palabras.

—¿No? —Enya negó con la cabeza—. No sé por qué, pero me alegra escucharlo.

—Tú eres mi primera vez. Mi primer amor, Kara. Quiero que siempre lo recuerdes, cuando pasen los años. Cuando ya no me mires como lo haces ahora —de repente una punzada de dolor y miedo atravesó a Enya.

Cuando ya no la mire como ahora. Eso será doloroso si ocurre. Kara se percató de la breve reacción de su chica.

—No creo que nunca deje de mirarte así, eres tan bella Enya. Es imposible no perderme en tus ojos.

Ella la estrechó más, así se quedaron un largo rato.

Llegó la tarde y con ella las conversaciones más profundas. A ambas le gustaba el frío, estaban sentadas en el balcón del apartamento, con gruesos abrigos y cubiertas con sábanas calientes. Una en brazos de la otra, hablaban de la familia, Kara le contó la situación con Jessica y su relación con su hermana. Enya le aconsejó que le diera una oportunidad, pero Kara no estaba convencida. Hablaron del futuro; sí, pensaron en un futuro juntas a largo plazo, a plazo indefinido. De repente, Enya recordó que debía hablar con Kara sobre Lena; justo cuando sus fuerzas estaban dispuestas para dar el paso, el timbre del celular las interrumpió.

Enya se separó de su pareja para tomar el teléfono que estaba al costado del sofá en el balcón. Kara se percató del cambio de color en su rostro al mirar la pantalla.

—¿Está todo bien? —Enya contestó con un movimiento afirmativo de cabeza. El celular seguía timbrando—. En, ¿vas a contestar?

Lo hizo, contestó la llamada.

—Hola, Lena.

La sangre en el rostro de la pelinegra se hizo visible.

—...

—¿No puede ser en otro momento?

—...

—Está bien, iré para allá —Kara frunció el entrecejo al ver que Enya se ponía de pie—. Debo irme amor.

La chica se dirigió hasta la sala, comenzó a quitarse la ropa de dormir que le había prestado Kara para que estuviesen más cómodas. La pelinegra se quedó sentada en el balcón, estaba sumamente incómoda, pero no deseaba decir nada. Si Enya se iba a atender a Lena, debía ser algo grave. Eran amigas, ¿lo eran? Tal vez la necesitaba.

Kara se levantó del sofá y se acercó a la sala, estaba recostada en el borde de la puerta de cristal observando cómo la rubia buscaba nerviosa su ropa, aquella que se había quitado dos horas antes.

—¿Cuándo me vas a hablar de Lena?

Enya se detuvo en su búsqueda, ya tenía el pantalón puesto; miró hasta la puerta y no le gustó lo que vio, Kara de brazos cruzados esperando una respuesta. Tragó en seco, no era el momento, minutos antes sí, pero ahora no lo era. Comenzó a abrocharse el brasier, necesitaba avanzar, ver qué quería Lena que la había solicitado con urgencia. Luego se reuniría nuevamente con Kara para contarle todo, pero no podía ser ahora. Se acercó a la chica dándole un tímido beso en la boca.

—Te prometo que regreso un poco más tarde y hablamos, ahora debo irme.

Acto seguido se puso la blusa, agarró su bolso y se dirigió a la puerta, mientras avisaba a Osman que iba bajando.

Kara permanecía inmóvil viendo cómo Enya trataba de aparentar tranquilidad, pero no, no lo estaba. Enya se detuvo antes de abrir la puerta, se regresó en sus pasos hasta ella. Sabía que la estaba cagando con Kara, pero necesitaba cerrar ese ciclo. Lena se escuchaba ansiosa, le dijo que debía confesar algo y que de no ser en ese momento, no lo haría más.

Una vez frente a ella la abrazó sin ser correspondida.

—Amor, regreso al rato, por favor disculpa que me marche así. Te juro que te explico luego —la besó, no esperó reacción de Kara.

Cerró la puerta tras de sí. Una vez en el pasillo se maldijo, sabía que aquello traería problemas, lo que no sabía con certeza era cuántos.

Capítulo 42

“¿Estará engañándome?, ¿Enya estará aún con Lena?, ¿cuánto más debo esperar para escuchar su confesión? ¡Yo sé que estuvieron juntas, lo sé! ¡Estoy segura!”

Kara permanecía sentada en el mismo lugar, desde que Enya se había marchado, hacía ya más de media hora, con esas interrogantes rondando su cabeza. Sus manos sujetaban el teléfono con fuerza en un intento de no llamar a su hermana para contarle, no daría más motivos para que Rebeca siguiera dudando de Enya. No hasta conocer de la boca de la chica qué era lo que ocurría u ocurrió con la fotografía.

Su confusión era mayor al recordar la tarde que pasaron juntas, amándose, entregándose. Enya se había confesado, le dijo que la amaba. Había expresado públicamente que estaba enamorada, como nunca. Las dudas la consumían, aunque debía darle un voto de confianza. *“No, ella no me engaña. Pasa algo, pero... ¡eso no es!”*

La pelinegra se acercó hasta la pequeña barra ubicada justo al costado de la sala. Sus ojos se perdían entre las pocas botellas de alcohol que se exhibían aún sin abrir encima del tope, se decidió por un coñac, el frío y sus nervios lo pedían, su cuerpo lo necesitaba. Una vez servido el licor, volvió a la sala. Kara observaba a través del cristal los copos de nieve que comenzaban a caer justo en ese momento, le encantaba esa imagen. Nuevamente sus ojos se posaron en el maldito celular. ¿Llamar a Enya pidiendo respuestas?, no. ¿Marcar a Rebeca?, mucho menos.

Intentó relajarse con otro trago, repitió todos los movimientos una y otra vez, levantarse, destapar, servir, tomar y volver al mismo lugar. Así por una hora más y el celular no timbraba. El alcohol y el agotamiento, después de esa tarde de pasión y luego de incertidumbre, la condujo a un sueño profundo, allí, en el sofá de su sala.

Lena esperaba a Enya sentada en un café cerca del edificio de apartamentos. La morena la citó en su apartamento por el temor a la reacción de la rubia cuando ella dijera lo que debía decir; sin embargo, Osman recomendó a la cantante verla en un lugar público, la convenció argumentando

que ella estaba justo en el ojo público, verla entrar en un edificio de apartamentos, donde se sabía vivía Lena Lewis, podría avivar los comentarios sobre su relación. La realidad era que Osman temía la reacción de su niña.

Se verían en un pequeño café cerca del apartamento de la cantante. Era muy íntimo, ellas solían desayunar allí. En una mesa apartada la esperaba Lena bastante ansiosa, la presencia de Enya, su rostro de pocos amigos, la puso más nerviosa aún.

Enya estaba molesta por la interrupción con Kara, se sentía culpable por no haber hablado claramente con ella sobre Lena y sabía que había dejado a su novia confundida y molesta, pero debía simular que todo estaba bajo control; cuando comenzó a vestirse sintió la mirada acusadora de su chica. Temió levantar su mirada, pero lo hizo y su corazón dio un vuelco al verla allí, de pie, cruzada de brazos, esperando una respuesta. Al cerrar la puerta tras de ella, un sentimiento de culpa la invadió; deseó regresar y explicar, pero debía ir con Lena, se escuchaba tan ansiosa por hablarle de ese “algo”, que suponía se trataba de su fallida relación. Nada más lejos de la verdad.

—¿Cómo estás Lena? Disculpa la tardanza, estaba al otro lado de la ciudad.

Se saludaron con un beso en la mejilla. Enya mantenía su postura de que podían seguir siendo amigas, aunque estaba decidido, jamás como lo eran antes.

—¿Al otro lado de la ciudad?, ¡wow! ¿Kara no consiguió un apartamento más cerca?

Los ojos de la rubia se posaron en los negros, alzó una ceja y respiró profundo. Lena lograba sacarla de las casillas en un segundo.

—No reaccionaré a ese comentario, lo importante es que estoy aquí — Enya tomó asiento frente a Lena—. Te escucho.

—¡Vaya!, directo al grano, ni un ápice de cordialidad. ¿Te interrumpí nuevamente?

—Pues sí, fíjate que volviste a interrumpir... Mira Lena, he pasado por un momento muy difícil, me llamas para verme con urgencia. Una urgencia que no puedes decirme por teléfono, dejo lo que estoy haciendo para venir a verte, llego y comienzas con tus comentarios llenos de cinismo, así que sí, al grano.

Lena llamó al mesero, pidió dos whiskys dando tiempo a que las aguas bajaran. Tomó la mano de la chica por encima de la mesa, acariciándola con su dedo pulgar.

—Discúlpame En, estoy algo dolida con lo que ha pasado entre nosotras.

—¿Dolida?, ¿por qué dolida?

—Enya, acabas de revelar en televisión nacional que amas a alguien y, obviamente, no es a mí, puesto que me cortaste en el primer malentendido. Claramente estaré dolida Enya.

—Por favor Lena, no hubo mal entendido... Dime —Enya se recostó de la silla—, ¿cómo vas con Saúl?

—¿Otra vez con eso?

—Sí, otra vez con eso. Estás exigiendo algo que no pudiste dar. Rompiste nuestra amistad por un capricho.

—¡¿Yo?! ¿yo rompí nuestra amistad? Tú me sedujiste —los ojos de la rubia casi salían de sus órbitas, la rabia estaba creciendo a grandes proporciones en su interior—. Y luego que me usas, me desechas.

Enya descansó la cabeza entre sus manos, se levantó de golpe de la silla, caminó dos pasos; se pasaba las manos por la cara, por la cabeza. Respiraba en un intento por tranquilizarse, luego regresó a la mesa y volvió a sentarse. Ya el whisky estaba servido, ella lo tomó y lo bebió de un solo sorbo.

—Lena... —comenzó a hablar sosegadamente—, yo te confesé que estaba atraída a ti...

—Enamorada, dijiste enamorada —la interrumpió.

—Bien, lo acepto. Creí estar enamorada, lo creí realmente y te lo expresé, pero fuiste tú quien se lanzó a mis brazos. Dime, siento que estoy enamorada, te lanzas a mis brazos, ¿y qué se supone que haga?

—¿Vas en serio con Kara o también sientes o crees —dibujó dos comillas en el aire— que estás enamorada de ella?

Enya se quedó mirándola fijamente.

—Yo... no... voy... a... hablar... de Kara... contigo.

Enya fue firme, Lena lo entendió, no debía seguir tocando ese tema, iba a empeorar las cosas.

—Disculpa.

—¿Eso era lo que querías decirme?

—No, no era eso. En, yo...

—Disculpe....

Dos reporteros con sus respectivos fotógrafos, cámara en mano, interrumpieron la conversación; continuos flashes alumbraban una y otra vez los rostros de las chicas.

—¿Es ella la chica con la que mantiene un romance?

—¿Desde cuándo están juntas?

Osman se interpuso entre ellos pidiéndole que se marcharan, las chicas se levantaron de sus asientos. El guardaespaldas intentaba sin éxito que los reporteros dejaran en paz a la chica, los comensales curiosos sacaron sus celulares para grabar la escena. Osman le pidió al gerente que interviniera, lo que hizo inmediatamente. Unos guardias de seguridad del pequeño restaurante sacaron a los intrusos a empujones, pero ya Lena había desaparecido y Enya se quedó de pie detrás del vikingo.

Enya se encontraba aturdida, buscaba a su alrededor para saber de Lena; le preocupaba, ahora estaba más que preocupada. Independientemente de todo, esto le afectaría. Aunque, pensándolo bien, si salía algún cotilleo sobre ellas no sería sorpresa para Saúl, él sabía que eran muy amigas. ¡O lo fueron!

Enya se dirigió a su apartamento, se había comunicado con Lena para saber si estaba bien, y citarla allí para que terminaran la conversación. También marcó a Kara, una y otra vez sin éxito.

Kara en realidad aún dormía, bebió más de lo usual, pero Enya no lo sabía. Imaginó que seguía molesta. Dejó varios mensajes pidiéndole que le devolviera la llamada.

—¿Quieres algo de beber?

Esta vez la cantante estaba más tranquila, ahora le preocupaba el estado de la morena. La chica aceptó el trago que le ofreció. Ambas se encontraban en la sala, ella se había sentado a su lado en un intento de apoyo, Lena parecía muy alterada aún.

—Enya, ¿cómo te sientes con lo que se filtró sobre tu madre?

La pregunta sacudió a la cantante, Lena lo percibió al instante. La rubia se puso de pie algo nerviosa, una extraña sensación comenzó a recorrerla de pies a cabeza.

—Yo, bueno, no me lo esperaba... Sabes cuánto tiempo cargaba con ese secreto, no tengo la mínima idea de cómo pudo suceder, en verdad.

Volvió a sentarse en el sofá, esta vez al lado contrario.

—¿Tienes alguna idea de cómo fue? O sea, ¿cómo o quién lo informó?

Enya recordó que de primera intención pensó en Kara, un golpe de culpa la sacudió. ¡Kara! En cuanto Lena se fuera iría a buscarla, ya sentía que le

costaba respirar sin ella.

—No, no sospecho de nadie.

—¿Ni de Kara? Ella también lo sabía —Lena intentaba ver algún gesto que le confirmara alguna duda hacia su rival, pero no lo vio.

—No Lena, no sospeché de nadie —mintió.

La cantante siguió con los ojos a la morena; esta se puso de pie, se dirigió hasta la barra en busca de otro whisky, lo tomó de golpe, sin siquiera respirar. Nuevamente esa sensación extraña se apoderó de su ser, observó cada movimiento de la chica, la conocía bien, lo que venía era muy doloroso, ya ella lo intuía. Solo necesitaba confirmarlo.

—¿Por qué lo hiciste?

Lena se volvió para encontrarse con Enya que la esperaba a sus espaldas; sus ojos ya no eran esos tan hermosos que enloquecían a miles de personas. Los labios estaban apresados por sus dientes. Lena solo bajó su mirada, en silencio.

—Lena, te estoy preguntando, ¿por qué lo hiciste?

—Enya yo...

—¡¿Cómo carajo te atreviste?! Eres una...

—Era la única manera de vengarme...

Una sonora bofetada acalló a la fotógrafa quien se llevó la mano a la mejilla tratando de calmar el ardor que inmediatamente se apoderó de su piel. Un ardor que no se comparaba con el que Enya sentía en su pecho.

—Eres una... ¡maldita sea Lena!... ¿Tú?

Enya explotó en ira, en llanto; un llanto desgarrador. Ella quería a Lena, siempre la quiso, ahora sabía que no como su pareja, pero eran tantos años de amistad, que aquella vileza atravesó su corazón. Quedó de rodillas en el suelo, tapándose la cara, tratando de silenciar de algún modo los sollozos que salían de su ser. Ella nunca sospechó de la fotógrafa, en quien había confiado cada uno de sus secretos. Ahora la traicionó y ella, en su ignorancia, descargó en Kara toda su frustración cuando el secreto se hizo público. Su dolor ahora era doble.

Lena hizo lo mismo, se arrodilló frente a ella, arrepentida.

—Vete.

—Enya, por favor perdóname. Lo hice bajo un momento de humillación, de coraje... Yo...

—¡Vete de mi vida y no vuelvas jamás!

—Enya...

—Si no desapareces de mi vista en este instante, todos sabrán lo que tuvimos. Todos...

Esa amenaza hizo que Lena se pusiera de pie como en cámara lenta; aún esperaba que la cantante subiera la mirada... pero no lo hizo.

La chica se marchó dejando a Enya de rodillas con la cabeza abajo, acompañada solo de sus sollozos.

Capítulo 43

—¿Qué hace aquí la famosa cantante?

Una Lena sarcástica y burlona se acercaba demasiado a Kara para hablarle, se percibía que no deseaba que alguien la escuchara.

—Creo que eso debo preguntar yo, Lena. —Kara dio dos pasos hacia el frente desafiante también. Esta mujer no la amedrentaría

Kara salía del ascensor justo cuando Lena salía del apartamento de Enya. Después de la confesión y la amenaza de la cantante, la fotógrafa se sentía humillada. Confesó lo que hizo ante la amenaza de Osman, de otro modo, nunca se sabría quien había filtrado la información de Enya y su madre. Ahora tenía frente a ella a la causante de que todo se viniera al piso.

Por otro lado, la cantante había despertado del sueño en que se hallaba producto de los tragos que ingirió, vio varias llamadas de su novia y decidió ir hasta al apartamento por ella, jamás imaginó que Lena saldría de allí, el estómago de inmediato se le revolvió al verla. En cuanto la fotógrafa se percató que la pelinegra salía del ascensor se incorporó, limpió su rostro y caminó a su encuentro.

—Vine a ver a Enya, ¿tú que vienes a hacer? ¿Ver si tu mujer esta dónde dijo que estaba?

La morena colocó sus manos en la cintura desafiante, sus ojos denotaban ira; Kara podía leer la rabia bullir en la chica

—Mira..., Lena. No sé qué te traes con Enya, pero imagino que tienes claro lo que hay entre nosotras.

La seguridad de la cantante ponía a Lena de un humor terrible, quería hacerla flaquear, hacer que se descontrolara, pero esta mujer era hueso duro de roer. Lo que no imaginaba Lena, era que ella estaba a punto de caer al suelo ante la sorpresa e incertidumbre de verla salir del apartamento.

—Fíjate, no me ha confirmado nada.

Era una verdad que Kara no sabía.

—Pues yo sí sabía que iban a verse, ella me lo dijo. De hecho..., cuando llamaste estaba en mi apartamento, con mi pijama y entre mis brazos —Kara vio con júbilo cómo los colores subían al rostro de la fotógrafa—. Tal vez ella no te lo confirmó, pero lo hago yo y debo confesarte que no me gustas, lo que significa que no quiero verte cerca de ella, ¿entiendes?

La barbilla de Lena reflejaba la rabia que sentía, sonrió de medio lado antes de soltarle una frase que dejaría a Kara en “jaque mate”.

—Suerte Kara, suerte si te dura un mes. Enya no se enamora de nadie, disfruta tus días de pasión.

Dicho eso se caminó hasta el ascensor, vio la espalda de la chica antes que las puertas se cerraran. Sonrió triunfante al ver que la cantante se mantuvo inerte en el mismo lugar.

Al día siguiente...

—¿Dónde está Enya?

—Ni idea Oswell.

Elvira había intentado comunicarse con su artista más de una docena de veces. Todos estaban reunidos con el asesor de imagen y diseñador, Oswell, quien había vestido a Enya para la gala en el Metropolitan, un mes atrás. Estaba desde temprano esperando en su elegante y exclusivo salón a los artistas; todos se encontraban presentes menos Enya. Este día cada integrante, y la misma Enya, se someterían a un cambio de imagen de la mano de un grupo de expertos en el área de la belleza quienes llevarían a cabo el trabajo con los chicos. Ello, como imagen a la caratula de su nueva producción y las promociones del concierto que casi tenían encima.

Elvira estaba en extremo molesta, desde la mañana circulaban fotos en internet de Enya con su amiga Lena en una pose algo romántica; Lena tomaba las manos de la cantante en un restaurante de la ciudad. La manejadora estaba muy avergonzada, no sabía qué había ocurrido, pero hasta el día anterior ella le confesó que tenía una relación con Kara, ahora esto. Enya era incorregible.

Podía ver a la integrante de Xtream sentada en una esquina del salón con las piernas abrazadas, agarradas al pecho y tenía cara de no haber dormido nada. La noche anterior y luego de largos minutos frente a la puerta de Enya, decidió por fin marcharse sin tocar. Lena había jugado y la venció, el problema era que ella no estaba clara sobre lo que la fotógrafa y su novia tenían, o tuvieron. Quería creer que Lena había escupido aquellas palabras en un claro intento de dejarla como estaba, abatida.

Enya no la había vuelto a llamar en la noche, tampoco cumplió su palabra de ir a verla después de reunirse con Lena. El dolor, la angustia y la

humillación la tenían en un estado más que deprimente. Su hermana permanecía a su lado, Kara le había contado todo. Rebeca hizo lo posible por intentar que se animara diciéndole que debía esperar a que su cuñada hablara, tendría una explicación, pero muy dentro, lo que quería era golpearla.

Elvira posó su mirada en la cantante en el instante en que el asesor de imagen pedía a Rebeca que se acercara para comenzar con ella. La mujer esperó a que la chica estuviera algo apartada para acercarse a Kara. Todos vieron cómo el hombre le mostraba a Rebeca varios estilos de peinados, maquillajes y vestuarios que habían elegido para ella. La palabra final la tendría la artista.

—¿Kara?

—Dime Elvira.

La mujer ocupó el asiento donde antes estaba Rebeca.

—Enya debe tener una explicación. Por favor, intenta comunicarte con ella.

—Lo hice toda la noche, sin respuesta. Ahora no quiero hablar de eso.

Elvira buscó con la mirada a la manejadora del grupo. Ambas ya habían conversado sobre la situación; acababan de empezar y ya Enya estaba ausentándose y su pareja en un estado de tristeza extremo. Esto no iba bien.

Ambas se apartaron y se recostaron de la mesa junto a los asesores, la escena era contradictoria. Kara a un lado cabizbaja, Rebeca mirando y opinando sobre su imagen y Jacob dirigiéndose a su compañera, sentándose a su lado con los brazos sobre las rodillas y su cabeza ladeada observando a su amiga.

—Duró poco, ¿eh? —el chico no tomaba nada en serio y, aunque estaba preocupado por su compañera, su nivel de inmadurez para poner seriedad a las cosas le hacían bromear con cualquier tema, por difícil que fuera—. Quiero decir, debut y despedida.

Kara lo miró muy seria.

—¿Necesitas un boleto al carajo, Jacob? Dime, ¿te lo consigo?

El chico movió su cabeza y volvió a posarse sobre la chica, le tomó la mano llevándola a los labios.

—Lo siento, estoy tratando de sacarte de ese estado. Mira, debes esperar a hablar con ella, ya sabes cómo es la prensa.

—No quiero hablar de eso Jacob, por favor.

¿La prensa? No era una nota de prensa lo que rondaba en las redes lo que la molestaba, era una foto. Enya y Lena estaban tomadas de mano por encima

de una mesa, se miraban fijamente. Eso era lo que mostraban las fotos, y las fotos no mienten.

Tocó su turno, sin mucho entusiasmo de acercó a la mesa. A medida que comenzó a mirar diferentes peinados y vestuarios muy atrevidos comenzó a relajarse, le encantaba la moda y el equipo de trabajo de Oswell le hacía el momento muy grato. No olvidaba su situación con Enya, pero se dejó llevar.

Capítulo 44

—¿Qué es lo que ocurre?

La estilista y Kara miraron hacia la entrada del salón al escuchar a Oswald hacer la pregunta. Comenzaban a pintar el cabello de Kara de un color caoba cuando una pequeña algarabía en el área de recepción llamó su atención. Al llevar su mirada hasta allá, la vio; su cuerpo se tensó. No sabía qué esperar, no sabía qué hacer. Miró hacia su derecha y se encontró con Rebeca que con un movimiento de labios le susurró, “Tranquila”. Kara veía cómo Liz trataba de impedir que se acercara a ella, podía observar su rostro apesadumbrado. Enya vestía con un pantalón de mezclilla, una chaqueta del mismo material amarilla con dos hileras de botones de metal a cada lado, una blusa de cuello alto del mismo amarillo maíz de la chaqueta, complementaba su vestuario con botas de gamuza marrón hasta la rodilla. No había forma posible de que no se viera sexy, pero esa sensualidad, en este momento, era opacada por su rostro en extremo desencajado.

Los ojos de ambas estaban clavados en la otra, a medida que Enya se acercaba a Kara, esta podía percatarse de la inflamación en sus ojos, esos ojos lucían opacos; su corazón por un momento dejó de latir.

—Kara, ¿podemos hablar?

La chica no pudo si no perderse en aquellos ojos triste que la miraban desde arriba. Ella, sentada en la silla de la estilista, Enya de pie, justo en frente.

—Me parece que está ocupada Enya, ¿puedes dejarla en paz?! Ya has hecho suficiente en demasiado poco tiempo —Rebeca reaccionó airada desde la silla de al lado.

—¡Rebeca, tranquila! —la reprendió su hermana.

—Kara, cara mía, no es lo que parece. Debes escucharme, mi amor.

—Creo que no es el lugar Enya, ni el momento.

Por fin la rubia escuchó la voz de su novia, no con la sensualidad con la que le hablaba, ni con la alegría y chispa usual en ella, pero al fin escuchaba su voz y más que nunca temió perderla. La chica se agachó hasta la altura de la otra, agarró sus manos suplicándole un momento para hablar. Los ojos de todos estaban puestos en ellas, pero ninguna se percató del detalle.

—Mírame, cara mía —Kara reaccionó ante la súplica—. Todo es muy

confuso, lo sé, pero yo necesito explicarte. La situación no es cómo crees, como viste en los medios.

—Luego Enya.

Kara habló con mucha entereza y carácter a la vez. Enya apretó la mano de la rubia que suspiró algo aliviada, aún tenía esperanzas.

La rubia se reunió con Oswell quien le explicaría las ideas que tenía para ella, los demás estaban ya en el proceso de corte de cabello. El salón era amplio, de paredes blancas, decoradas únicamente con maravillosas pinturas alusivas a la música. Cada artista tenía más de dos personas a su cargo, una chica para atender el pelo, otra para manicura y pedicura. El proceso de maquillaje sería justo cuando tomaran las fotos, esto, en otra área del salón. Una vez listos, cada uno podía pasar a un área designada para descanso, completamente privado. Varios cojines y muebles exclusivos adornaban ese salón, lo complementaba un refrigerador con jugos, refrescos, agua, frutas, todo lo necesario para que los clientes exclusivos que Oswell tenía ese día, se sintieran cómodos.

Oswell había habilitado otra área, un salón amplio para la sesión de fotos, un equipo de L.L, la agencia de Lena, ya estaba apostándose en el área, preparando todo. L.L era la agencia contratada originalmente por la disquera; la asistente de la fotógrafa anunció que su equipo estaría a cargo. Lena no se presentaría, lo que tranquilizó a más de uno en el grupo.

El ambiente se ponía algo tenso cuando las chicas se encontraban, ambas bajaban la cabeza y evitaban a toda costa tener que dirigirse la palabra; para las dos era doloroso, pero necesitaban mantener el ambiente libre de roces. Cada una por su parte, y ante la petición de sus manejadoras, decidieron mantener distancia hasta que aclararan la situación.

Para Kara era doblemente dolorosa la situación; por un lado, no había conciliado el sueño dándole vueltas a la tarde que tuvo con Enya. Ella le dijo que la amaba, pero luego, su repentina partida para encontrarse con Lena, eso la dejó intrigada. Las palabras de la fotógrafa calaron hondo en su mente, cuando ya pensaba que nada podría perturbarla más, aparecen en la mañana las fotos en la prensa, vaya humillación. ¿Que pensaría Lena cuando la vio presentarse en el edificio de Enya? Que era una mujer ingenua, enamorada e ingenua. Una mujer como Enya, ¿cambiar por un amor? Qué estupidez. Sacudió la cabeza en un intento de apartar esos pensamientos de su mente.

Oswell era un hombre muy elegante, cotizado por su capacidad de sacar la mejor imagen de cada persona. Él y Enya se llevaban muy bien; él conocía el cuerpo de la chica centímetro a centímetro, era quien siempre la vestía para los grandes eventos, tenían lo que se podía catalogar como una gran amistad. No importaba la fecha u hora en que la chica necesitara su ayuda, él siempre lograba complacerla. El cuerpo de Enya hacía de sus creaciones una obra maestra.

Esta vez, fue él quien se acercó a la rubia cuando tenía su cabello dentro de un gorro de plástico debajo de una secadora. Él movió una silla con ruedas y se colocó frente a ella, tomándole las manos, entendía por lo que estaba pasando.

—Enya, ¿cómo estás?

—Imagínate Os, en solo dos días he sido la comidilla de todos. Esto me apesta, en verdad.

—¿Y Kara?, ¿hablaste con ella?

—No, y sé que no creará ni una palabra de lo que le diga.

El hombre se quedó viéndola por largos segundos, decidió que él serviría en este día de cupido. Apretó la mano de la chica a la vez que se levantaba de la silla.

—Bien equipo, tomaremos un descanso. Los invito a almorzar, pedí algo saludable. ¡Pizza para todos! —acto seguido levantó el casco de la secadora de cabello, se acercó hasta el oído de Enya y le pidió que fuera a su oficina—. Te alcanzo en breve, necesito hablar contigo.

Enya se sorprendió un poco, pero al ver el movimiento de todos fuera de sus áreas, decidió hacer caso a la petición del diseñado, hasta allí se dirigió. Al entrar, se sentó frente al escritorio del hombre, recostó la cabeza en el respaldo de la silla con ruedas y cerró los ojos. Una música suave, instrumental, llenaba el espacio. Este hombre sí tenía clase, la oficina era un sueño.

Enya estaba tan agotada, física y mentalmente, que agradeció ese momento a solas. Solo esperó a que el hombre se reuniera con ella.

Capítulo 45

—¿Enya?

El sonido de la puerta al cerrarse sobresaltó a la rubia quien se giró en su silla para encontrarse con los ojos de Kara un tanto sorprendida al verla allí. Oswell, de igual modo, la había citado hasta su oficina. El momento de sorpresa se evaporó en el momento en que la pelinegra se percató de la jugada del diseñador, bajó su cabeza y sonrió para sí. Utilizaría en ese instante la oportunidad que el hombre le había dado. Enya por su parte, aún permanecía sentada, su cuerpo no reaccionaba al ver a su chica recostada en la puerta.

—¿Tienes una idea de lo humillada que me siento, Enya?

Como en automático ella se puso de pie, acercándose a la chica, cuyos ojos no se despegaban del suelo.

—Kara...

—¿Cuándo pensabas decirme lo de Lena?, ¿cuántas veces te lo pregunté?

Esta vez, subió su mirada para encontrarse con los ojos de Enya. Reflejaba tanto dolor, pero debía manejar el de ella, el dolor que sentía. La calma con la que Kara preguntaba lograba que Enya se pusiera más nerviosa de lo que en ese momento estaba, quizá si gritara un poco la situación sería más llevadera para ella.

—No es lo que piensas Kara, esas fotos no significan nada.

—Te di la oportunidad para que te sinceraras Enya, ese era el trato. Sinceridad. ¿Tan pronto lo olvidaste?

—Kara, escúchame.

Enya intentó tomar su mano, pero la rechazó. Se movió de donde se encontraba, fue directo al escritorio, colocó sus manos en el borde y se recostó en él.

—No sé por qué te cuesta tanto aceptar lo que a mil kilómetros se nota, ¿o crees que no sospechaba que esa mujer y tú estaban enredadas?, ¿en verdad me crees tan idiota Enya?

La rubia se quedó de espaldas escuchando lo que la otra le decía, sus ojos cerrados, su respiración agitada. La dejaría expresarse, era normal, ella la había dejado sola para ir tras Lena, luego aparecen esas fotos donde claramente se ven tomadas de la su mano, mirándose fijamente, la foto acompañada por el titular en letras rojas:

“Sorprendimos a Enya con su más reciente conquista, de quien dice estar enamorada”.

No era extraño que se sintiera humillada, pero esa no era la verdad y le explicaría, ella también era víctima.

—Lena fue quien filtró la información de mamá a la prensa —Enya soltó la confesión de golpe, la tenía atragantada en su garganta. Kara se quedó literalmente fría. ¿La verdad?, ni había reparado en la posibilidad. Enya se volvió sobre sus pies para mirar a Kara, esta vez sus ojos no reflejaban ira—. Por eso salí y te dejé sola, ella me llamó para hablarme de algo muy importante y bueno, cometí el error de no explicarte.

Se acerco más a su novia, tomó sus manos que fueron aceptadas.

—Lo siento En, siento que hayas pasado por eso —en realidad si lo sentía, podía ver el dolor en los ojos de su amada, podía sentir cuán difícil le era a Enya hablar de ese tema. Ella aún no estaba convencida, ¿cuál era el motivo que Lena tuvo para tal traición?—. Y me hubiese gustado ser yo quien te hubiese apoyado..., pero...

—Pero..., fui una idiota que, en lugar de eso, te atacó.

Kara bajó la cabeza, Enya dio un paso adicional, puso un dedo debajo de su barbilla y la hizo mirarla. Ver sus ojos apagados le causó un estremecimiento en todo su cuerpo. Amaba a esa mujer como jamás imaginó amar a nadie, no se creía capaz de ese sentimiento. Le dolía demasiado verla triste.

—Lena era mi mejor amiga, realmente mi única amiga, sabía todo sobre mi, todo Kara. Yo me sentí atraída por ella, su apoyo, su cercanía, me hizo confundir la atracción con el amor... y creí estar enamorada. Ella, sin yo decirle ya sabía lo que siento por ti, mucho antes de entenderlo, así de tanto me conoce.

—¿Por eso te traicionó? —Enya solo asintió—. ¿Por qué no me dijiste?, te lo pregunté varias veces Enya.

Enya se separó de ella, se acercó hasta un curio donde el diseñador exhibía sus múltiples trofeos en el área de la belleza. Podía ver su rostro reflejado en el cristal, un rostro sin ápice de maquillaje y la angustia reflejada en él. Vergüenza por no haberle confiado a quien amaba realmente algo de su pasado, porque inmediatamente que ella comenzó con Kara, todo lo anterior era pasado.

Kara era su presente y rogaba en ese momento que fuera también su futuro.

Se volvió hasta encontrarse con ella, que permanecía en el mismo lugar, recostada del escritorio. Se sentó en la silla frente a Kara y continuó confesándose.

—En un principio, no te conté porque era una relación a escondidas. Estaba confundida, acepté algo que es irracional, luego comenzaba una relación contigo, yo necesitaba conocerte, utilizar todas mis energías en simplemente enamorarte y no me atreví, la verdad no tuve el valor, temía que no lo entendieras. ¿Cómo podías estar con alguien a quien no le importa ser plato de segunda? No me valoré, fui tan cobarde Kara...

La pelinegra no pudo resistirse más, tendió su mano hasta la rubia. Enya la miró, colocó su mano en la otra, un corrientazo las envolvió a ambas. La canadiense se incorporó estrellándose en los brazos de Kara, ambas sentían las manos de la otra en su espalda, sus cuerpos necesitados del contacto de esa persona a quien se ama.

Enya hundió la nariz en el cuello de la pelinegra, aspiraba su aroma. Deseaba siempre permanecer allí en la calidez de sus brazos.

—Te amo Kara Ivelisse, perdóname por favor.

—Ya amor, simplemente tuviste miedo..., ahora lo entiendo —Kara la separó de su cuerpo para admirarla, acariciaban sus mejillas, la pelinegra sonreía de una forma indescriptible. Pasó su mano por la cabeza de la otra, aún el cabello estaba húmedo—. Te vas a enfermar, debiste secarte el cabello antes.

Enya le bajó la cabeza exageradamente para tocar el de ella.

—Tampoco tú lo tienes muy seco señorita. Por cierto, me gusta el color.

Ambas se quedaron en silencio, se miraban, parecían bobas cuando se embelesaban mirándose. Lo sabían y sonreían, si lo advertían en otras personas de seguro se burlarían. La pelinegra acarició los labios de la otra, las manos de Enya estaban posadas en su cintura.

—También te amo Enya, y tuve miedo.

Un beso selló aquel mal momento. Las bocas hambrientas se abrieron recibiendo el calor y la humedad entre ellas, se quedaron abrazadas. Justo en ese momento tocaron a la puerta, era Oswald, quien al abrir se encontró con la escena. Sonrió complacido.

—¡Vaya!, me alegra que de ahora en adelante en este salón se respire felicidad. La espesura en el aire no me hace bien.

Las chicas rieron junto al hombre quien se acercó para unirse al abrazo.

—Gracias Os, gracias por el empujón —era Enya quien lo estrechaba muy fuerte.

—Niña, te repito, no soportaba tanta tristeza y esas miradas. No, no, no, en el salón de Oswell solo felicidad, solo amor —el hombre exageraba su tono afeminado, las tomó a ambas entre sus brazos—. Ahora volvamos al ruedo, no quiero que se le echen a perder sus cabellos. Vamos.

Todos se aprestaban a salir hacia el salón. Kara haló a Enya por un brazo para que esperara un momento.

—Júrame que confiaras en mi, Enya Beatrice, Júrame que no darás motivos para que dude de ti, nunca más —el tono de súplica con el que le habló la descolocó.

Enya cerró la puerta, colocó su mano en la nuca de la otra y la atrajo hasta ella, la besó profundamente. Kara quedó temblando de placer.

—Lo juro mi amor..., nunca, nunca volveré a ocultarte nada.

Capítulo 46

—¿Están listos?

—¡Listos!

Todos exclamaron colocándose en posiciones, caminaron hasta sus lugares siguiendo a cada miembro de su “staff”, quienes los dirigían iluminándolos solo por una linterna. Kara y Enya iban tomadas de la mano. Una vez Kara se colocó en posición, Enya la besó deseándole suerte y luego se ubicó en su lugar.

Una multitud reunida en el American Airlines Arena, en Miami, gritaba extasiada al escuchar las primeras notas de “Uptown Funk”, canción escogida para abrir el espectáculo. La gira de conciertos comenzaba allí.

Los chicos descendían encima de unas gruesas columnas hasta llegar al escenario, mientras las impresionantes luces de diferentes colores iban iluminando a cada cantante según eran presentados por una potente voz que mencionaba sus nombres a través de las bocinas.

—¡Rebeca!... ¡Jacob!... ¡Kara!... Y ¡Enya!

Jacob comenzaba la pieza, la letra iba dirigida a las chicas y él era el único hombre en escenario. El chico saltó de la columna hasta el escenario, las chicas vestían con sombreros de gánster y largos abrigos, debajo unos minishorts se iban a descubrir una vez la pieza fuese “in crescendo”.

*This hit
That ice cold
Michelle Pfeiffer
That white gold
This one, for them hood girls
Them good girls
Straight masterpieces
Stylin', while in
Livin' it up in the city
Got Chucks on with Saint Laurent
Got kiss myself I'm so pretty.*

Las chicas deliraban al ver al hombre bailar con la soltura que lo

caracterizaba, luego tocó el turno de Rebeca; esta esperó a que la columna quedara a nivel del escenario para descender de ella, lo mismo que Enya y Kara, cuyos sombreros le caían como anillo al dedo. El público tarareaba la canción que a todos los tomó por sorpresa, esa era la idea. Una canción muy conocida que dejara ver el talento de cada uno. La coreografía era muy “Punk”. Los chicos habían estado de acuerdo en que esa canción, “Uptown Funk” era la indicada.

*I'm too hot (hot damn)
Called a police and a fireman
I'm too hot (hot damn)
Make a dragon wanna retire man
I'm too hot (hot damn)
Say my name you know who I am
I'm too hot (hot damn)
Am I bad 'bout that money
Break it down*

Kara fue quien comenzó el coro, los demás la rodeaban para contestar, mientras bajaba el ala de su sombrero. Enya cada vez que la miraba haciendo ese gesto que le parecía tan sexy, se enamoraba más.

*Girls hit your hallelujah (wooh)
Girls hit your hallelujah (wooh)
Girls hit your hallelujah (wooh)
'Cause Uptown Funk gon' give it to you (wooh)*

*'Cause Uptown Funk gon' give it to you
'Cause Uptown Funk gon' give it to you
Saturday night, and we in the spot
Don't believe me, just watch, come on!*

Enya se ubicó frente al escenario mientras los otros la rodearon en el momento que cantaron, “*Stop, wait a minute*”, comenzó a quitar su abrigo, dejando a más de uno con la boca abierta; Kara y Rebeca la imitaron causando que los chicos y gran parte de las chicas gritaran extasiados. Debajo de los

abrigo las chicas mostraban unos tops en cuero de diferentes tonos en conjunto con “minishorts”, tan cortos que dejaban ver parte de sus bien trabajados traseros.

Una vez culminada la canción procedieron a saludar a un público delirante de todas las edades. La producción había logrado ventas increíbles, la unión de Xtream con la estrella del momento, Enya, había sido más que un éxito.

Todos se deshicieron de sus sombreros, Kara lucía su nuevo look, el cabello ya estaba más largo, cubriendo su poco el área que antes era rapada, lo llevaba rojizo con destellos dorados, un cambio radical, Enya estaba enloquecida de cómo lucía su pareja. Ella en cambio había decidido quitar el rubio, ahora era una chica de cabello gris con destellos oscuros, las ondas lucían desarregladas y sus ojos ahora eran más llamativos, los maquillaba un poco dando una imagen seductora.

Rebeca también estrenaba nueva imagen, había llevado siempre su cabello largo, esta vez y ante la gran gira que se presentaba, decidió estar más cómoda. Oswell recomendó llevar su cabello hasta los hombros del lado derecho y hasta la mejilla en su perfil izquierdo, mantener su color natural y quitar los destellos.

Los cuerpos de los cuatro artistas en escena eran impresionantes, mujeres y el hombre, estaban muy bien trabajados, condición física inmejorable, llevaban ya una hora y media de concierto. Los fanáticos esperaban impacientes la canción que daba título a la gira.

El escenario quedó a oscuras, dos altos taburetes fueron iluminados desde arriba, la multitud ya sospechaba, una vez comenzaron las notas el fervor fue mayor. Detrás de bambalinas Kara y Enya se abrazaban, esta era la canción que dio paso a su relación. Un tema que decía lo que la chica de Xtream siempre deseó. Era su primera vez en un escenario juntas. Esta vez ambas vestían de manera similar, unos finos, y a la vez, sencillos, trajes largos de corte sirena de color blanco.

Los músicos dieron paso a su talento, justo en lo alto del escenario se mostraba dos escaleras. Una tela oscura semitransparente mostró las esbeltas siluetas de ambas mujeres, una a cada lado. La imagen a contraluz era delirante. Una vez la cortina se abrió, dio paso a la presencia de las cantantes.

La introducción de “*Por ti*” fue alargándose, mientras las chicas descendían escalera abajo, hasta que al fin cada una se sentó en la alta silla forrada en cuero blanco y patas de metal plateado. Quedaban cara a cara, una

frente a la otra, sonreían con esa complicidad con la que llevaban su relación. Sus piernas cruzadas, desnudas, podían apreciarse a través de la abertura del traje que comenzaba al principio de sus muslos.

La voz de Kara dio comienzo a la interpretación. Una vez en el coro, dos poderosas luces alumbraron a los costados de las cantantes, allí estaban también de blanco Rebeca y Jacob. El público acompañaba a los cantantes, todos esperaban ese momento en que las voces de las chicas se unieran para interpretar la parte que tocaba fusionadas. Al llegar el clímax de la canción, las voces fueron opacadas por los gritos de sus fans, pero duró poco, era más el deseo de escuchar a sus ídolos, ellas no los defraudaron. Sus voces lucían más acopladas que nunca, la dulzura y entrega era palpable.

*Por ti, que sé que existes.
Por tus besos que algún día serán míos.
Por ti, que aún no te conozco.
Por tu amor que fue creado para amarme.
Por tu sonrisa, que me iluminará hasta el alma.
Tus ojos que se empequeñecerán al mirarme,
y lograrán que mi cuerpo se estremezca al solo recordarlos.
Por ti, amada mía,
llegaré hasta el último de los rincones, hasta encontrarte.
Porque, aunque sé que existes, aún no has llegado a mí.
A este lugar que fue creado para acunarte,
mis brazos, que esperan por ti.*

Fue Enya quien se levantó primero de la silla, sorprendiendo a su novia. Extendió la mano, Kara la aceptó sin saber qué se traía entre manos. La canadiense llevó sus manos hasta la cintura y pegó su cuerpo al de la otra, acercó su boca al oído de su chica. Los gritos eran ensordecedores.

—¿Lo hacemos?

—¿Estás segura?

—Lo estoy.

Una firme Enya había decidido que jamás ocultaría lo que esa mujer le hacía sentir, pero verla frente a ella, con las luces haciendo resaltar su belleza, escuchando la letra que ya se sabía de memoria hizo que allí, en medio de aquel escenario y con miles de personas de testigos, le diría al mundo que por

fin había llegado su persona. Usaría las mismas líneas de la canción que compuso su novia.

Caminaron juntas, tomadas de la mano hasta el centro del escenario; de repente, Enya anunció que deseaba decir algo, pidió un poco de silencio, cosa que no era fácil. Los músicos continuaron tocando, pero en menor volumen.

Kara miraba a Enya con una cara de incertidumbre, apretaba su mano en un intento de hacerla desistir de cualquier cosa que no hubieran platicado antes. Sí, habían decidido desde el comienzo de su relación que no se esconderían y no lo harían, pero frente a esa multitud, Kara estaba aterrada. Enya se percató, la miró con esos ojos que la derretían, la abrazó una vez más dándole tranquilidad, luego se separó y llevó el micrófono hasta sus labios. Se dirigió al público.

—Cuando escuché la letra de esta canción por primera vez, me conmoví. Eso que escribió esta chica a mi lado, era lo que yo había querido para mi corazón. Cada estrofa, cada palabra era lo que yo anhelaba. Me sentí tan identificada que necesité cantarla, se lo pedí a mi manejadora y al presidente de nuestra disquera. Necesitaba que mi voz repitiera lo que otra persona también deseaba, porque yo sabía... —ahora se dirigió a Kara, quien la miraba con los ojos a punto de desbordarse—, yo necesitaba conocer y ver a los ojos a quien pensaba como yo, quería saber si esas palabras eran su sentir. Hoy, que ya la conozco, no me resta si no expresarme utilizando algunas frases de “Por ti”; de esa canción que nació de ella y que hoy disfrutamos todos. Kara, ya sé que existes, tus besos ya son míos, tu sonrisa ilumina mi alma, mi cuerpo se estremece al recordarte. Estos brazos fueron creado para acunarte, Kara mía. ¡Al fin te encontré!, ¡por ti, al fin, soy feliz!

Un beso, un gran abrazo entre las mujeres y miles de personas eufóricas gritando al unísono fueron testigos de una confirmación de amor. Esa que esta vez los medios reseñarían de boca de sus protagonistas.

Epílogo

Tres meses después...

—¿Qué tal si nos escapamos?

Las manos de Enya soltaron el celular para tomar por la cintura a su mujer, quien sin previo aviso, se había sentado a horcajadas en sus piernas. La sonrisa permanente que Enya traía en su rostro ya hacía varias semanas volvió a deslumbrar a la ahora pelirroja.

—¿Y eso?, ¿pretendes que nos fusilen si desaparecemos ahora? Aún faltan ciudades por visitar, amor.

Enya hablaba mientras Kara repartía besos por todo su rostro, se detenía en su cuello, aspiraba su aroma que la tenía embriagada. La canadiense solo recibía e intentaba organizar las palabras, desde que estaban juntas un eterno romance se había instalado en cada habitación de hotel que visitaban, en cada lugar donde ambas se encontraran.

Enya había hallado en esa mujer la ternura y comprensión que nunca tuvo de nadie, el cuidado, la pasión y entrega. Conoció a su familia después de la confesión en la primera función de la gira, incluido su padre; quisieron conocer de primera mano a la chica que robó el corazón de su hija. Y la habían aceptado. Enya seguía sintiéndose, al lado de Kara como desde que la conoció, en una nube.

—Una vez me dijiste que me llevarías al Caribe, que no escaparíamos juntas. ¿Lo recuerdas?

—Siii, claro que lo recuerdo, es mi lugar favorito.

—¡Llévame!

—¿En serio quieres que hagamos esa locura, amor?

Enya la tomó por los brazos para hablarle y detener el ataque de besos del que era presa.

—Hace frío... y, además, tenemos unos días libres sin presentaciones. Hagamos esa locura.

Fue Enya quien esta vez la atacó a besos.

—No tienes que hacer tanto ruido para convencerme —separó su cuerpo un poco de la chica, hizo malabares con una mano para tomar la laptop que tenía cerca. Kara continuaba besándola por donde quiera que la agarrara. Enya reía

—. Dame un respiro, buscare boletos.

—Mjm..., ¿luego podrás quitarme este frío?

La sensualidad con la que Kara le dijo esas palabras hizo que la concentración de la canadiense se fuera al piso, soltó la laptop en la alfombra para colocar a su novia debajo de ella. Atrapó sus manos en el sofá y buscó bajo la camiseta ancha que llevaba puesta el calor de su piel. Acariciaba su abdomen, atrapaba sus senos con la mano derecha, la izquierda la tenía sujetándole las manos, mientras esta se retorció debajo de su cuerpo al sentir las caricias.

—Si te vistieras de acuerdo con el clima no tendrías frío.

Enya le susurraba sin quitar los labios de su boca, mordía y hablaba causando estragos en el cuerpo de Kara.

—No te has quejado en ningún momento porque ande en esta fachas, de hecho, te gusta.

—Me encanta.

Comenzó a besarla, a rozar su nariz en la de ella a la par con sus sexos. Rozaba en círculos, hacia arriba y abajo, logrando volver loca a Kara. Las risas dieron paso a los suspiros, una vez comenzó el musical de gemidos en aquella habitación de hotel, Enya abandonó las manos de Kara para que pudiera agarrarse de ella y tuviese más soporte.

Kara envolvía a su mujer con brazos y piernas, haciendo presión con sus talones en su trasero buscando más contacto. Una vez que ambas, que ya se conocían demasiado, fueron notando que la otra estaba al borde del clímax, metieron sus manos entre las piernas de la otra, logrando conseguir que los gemidos se convirtieran esta vez en gritos de pasión. Enya se desplomó sobre Kara, se abrazaron hasta que las respiraciones se normalizaron. De repente, Enya quiso acomodarse en el sofá para no lastimar a su chica que aún estaba debajo, el movimiento fue equivocado provocando que las dos cayeran al suelo, esta vez, Kara sobre Enya. Ella comenzó a reír sonoramente; Kara no pudo si no contagiarse al escucharla.

—¡Estamos locas! Iba a buscar boletos para viajar y míranos..., en diez minutos todo se fue al infierno.

—¡Me provocaste!

—¿Yo? —Enya simuló estar ofendida—. ¿Quién anda por la habitación solo en ropa interior o casi desnuda? Andas solo con una camiseta ancha que solo provoca meter las manos por aquí y por acá. Diez minutos desde que

entraste a la sala y ya mira donde me tienes..., en el suelo.

—Tengo ropa Enya, esta camiseta —agarró la tela— es ropa.

La canadiense torció la boca, Kara vio el brillo del deseo en sus ojos, de inmediato supo que de allí no se levantarían en buen rato. Vio cómo su mujer tomó los bordes de la camiseta y se la sacó por la cabeza.

—Ya no, ya no tienes nada.

Solo dos días bastaron para que aterrizaran en un aeropuerto del Caribe. Enya tenía contactos en la isla que le consiguieron de manera casi anónima una cabaña a orillas de una playa hermosa, la cual aún no era explotada turísticamente. Llegaron de noche, muy tarde; un hombre muy educado de nombre Greg, las recogió en una camioneta y las llevó hasta el lugar donde se hospedarían. Greg les entregó la llave de la cabaña, les deseó una hermosa estadía y dejó su número telefónico para alguna emergencia.

Kara estaba muy excitada, era su primera vez en una isla del Caribe, de inmediato sintieron el golpe de calor característico del lugar. Al abrir la puerta de la cabaña de madera las recibió el aroma a flores tropicales que adornaba cada rincón de la habitación, combinado con el olor a mar, a salitre, a trópico. La puerta del balcón estaba abierta. Kara se dirigió hasta allí al escuchar el sonido de las olas al golpear sin piedad las rocas que dividían la playa del mar abierto. La luna se reflejaba espléndidamente sobre el agua.

Enya se detuvo en el marco de la puerta, cruzó sus brazos y se dedicó a observarla. Esa chica sostenía sus manos del pasamanos de madera, vestía un traje abierto a los lados. La brisa de la noche lograba que la tela se abriera descubriendo sus muslos dejándole ver cuan hermosos los tenía; ella adoraba esa parte del cuerpo de su chica. Sonrió al recordar cuando Kara se vistió para salir del hotel en pleno invierno y con ese traje.

—Kara, hace mucho frío afuera, te vas a congelar de camino al aeropuerto —le advirtió al verla salir de la habitación del hotel.

—No importa, vamos al caribe, me cubro con un abrigo largo, lo quito en el avión.

Era incorregible. Ella en cambio no sufriría los embates del frío de camino al aeropuerto, se vistió de jeans, una camiseta delgada de manguillos y se enfundó en su cálido abrigo. Obviamente una vez en el avión sintió calor y lo retiró de su cuerpo.

No era la primera vez que viajaban juntas en un avión, prácticamente cada semana estaban una al lado de la otra sobrevolando alguna ciudad para presentarse, pero esta vez era diferente. Tal vez la emoción de su primer viaje como parejas no permitió que ambas descansaran. Planearon todo muy deprisa. Una vez que el avión despegó, Kara se durmió sobre el hombro de Enya en casi todo el vuelo. Habían dicho a Liz y Elvira que no estarían disponibles por unos días, solo Rebeca estaba al tanto de dónde pasarían esos días.

Kara aspiraba el aroma del salitre, del mar. Sus ojos no se separaban de la vista, a pesar de ser de noche, unos faroles alumbraban la playa y la luna regalaba un poco de su luz a su rostro.

El corazón de la canadiense latía incesantemente solo observándola allí, de pie frente al mar, sentía que era una visión, pero era ella, Kara, su gran amor. ¡Cuanto la amaba!

La chica no se sorprendió cuando sintió los brazos de su amada abrazarla por la espalda y colocar su barbilla en su hombro. Kara los recibió apresándolos a su cintura.

—Gracias amor, esto es un paraíso.

—Me alegra que te guste, ya necesitábamos algo de calor, ¿no crees?

—Bueno, calor, calor, no he necesitado.

Enya soltó una carcajada.

—Estoy de acuerdo, sabes a que me refiero.

—Si, lo sé —la chica de cabello corto se giró entre los brazos de su novia para encontrarse con sus ojos. Colocó los brazos sobre sus hombros y solo la besó, tan intensamente que las piernas de Enya se aflojaron—. Te amo Enya, te amo como jamás imaginé. Eres una gran mujer y amo tanto que seamos pareja, no tienes una idea.

Enya sintió que su vida estaba completa, su madre hacía unas semanas que había salido de la clínica de rehabilitación. Brenda estaba ilusionada y muy ocupada habilitando la residencia familiar de la mano del equipo de trabajo de su hija. Mientras eso ocurría, pernoctaba en el apartamento de la cantante, estaba maravillada con el estilo de vida de su hija. Enya tenía a los mejores terapeutas para tratar a su madre, un grupo de personas de su confianza estaban al pendiente de cualquier necesidad de Brenda.

Las primeras noches en la “libre comunidad”, Enya se quedó a dormir en el apartamento con su madre, tenían que ponerse al día en tantas cosas. Kara

recomendó que solo estuvieran solo ellas; Enya a regañadientes aceptó, sabía que era lo correcto, pero le costaba separarse de su mujer. Pasaron varias veladas compartiendo como madre e hija, intentando recuperar el tiempo perdido. Para sorpresa de Enya, su madre estaba al tanto de su carrera por medio de periódicos o revistas que hojeaba en los puestos callejeros.

La pareja de enamoradas ya había platicado como sobrellevarían su relación una vez concluida la gira, cada una continuaría con su carrera individual. Decidieron que ya de entrada vivirían juntas, cada una llegaría al mismo lugar, a su hogar. Se dividirían entre el lujoso apartamento de Enya en New York y la cabaña de Kara en Tennessee. Así, en sus días libres de compromisos, ya tendrían un lugar fijo donde continuar viviendo su amor.

Rebeca veía como cada día la relación de su hermana se afianzaba. Kara cuidaba a Enya, que en realidad era como una niña sin dirección. Su cuñada se notaba muy enamorada, el amor y la protección que le daba a su hermana había logrado que su aversión inicial ya no existiera. Compartían con la familia de ambas regularmente, siempre que les era posible y durante las giras nunca faltaba una cena, almuerzo o desayuno de las hermanas en completa intimidad. Eso era importante para Kara y Rebeca, y Enya lo respetaba.

Como toda pareja habían tenido una que otra discusión fruto de la desorganización de la canadiense, y la convivencia. Ambas mujeres eran caprichosas e imponentes a la hora de establecer sus criterios, a veces no se ponían de acuerdo. Sus enojos duraban solo minutos, ellas acostumbraban a hablar y esa comunicación era notable para todos en el equipo de producción y staff de los eventos.

Esa noche en el Caribe permanecieron abrazadas, admirando la hermosa creación frente a ellas. Kara destapó una botella helada de champagne que Enya había solicitado con anterioridad. La sirvió en dos copas flautas.

Chocaron sus copas, brindaron por su vida, por su amor y por la canción que las llevó hasta allí. Ambas, al unísono y sin ponerse de acuerdo exclamaron...

—“Por ti”

Fin